

NUEVO MES DE MARIA

6

EXPLICACION DE LA SALUTACION ANGELICA

DIVIDIDA EN TREINTA Y UNA LECCIONES PARA CADA
UNO DE LOS DIAS DEL MES DE MAYO

POR

Federico González Suárez

PRESBITERO



PRIMERA PARTE

TOMO PRIMERO

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA



QUITO

IMPRESA DEL CLERO

1888



DIOS TE SALVE,

MARIA :

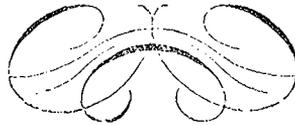
LLENA ERES DE GRACIA :

EL SEÑOR ES CONTIGO :

BENDITA ERES ENTRE TODAS LAS MUJERES,

Y BENDITO ES EL FRUTO DE TU VIENTRE,

JESUS.



PROLOGO.

Los libros que tratan de los misterios, alabanzas y excelencias de la Virgen María son innumerables, y dar á luz uno nuevo sobre aquel mismo asunto, parece no sólo innecesario, sino hasta inútil. No obstante, diré yo, apropiándome la observación de San Agustín, conviene que muchos escriban sobre el mismo asunto, á fin de que, divulgándose la verdad de muchas maneras y por multiplicados caminos, llegue más fácil y cómodamente al conocimiento de todos. La observación que hacía San Agustín, al publicar su Tratado sobre el misterio de la Trinidad, será pues mi excusa de haber dado á luz un nuevo libro sobre los innumerables que tratan de la Virgen María: á muchos escritores doctos y muy autorizados les ha animado á tomar la pluma la citada reflexión de San Agustín, y espero que ella me disculpará también á mí de haberme acercado al altar de la Virgen, trayéndole en obsequio mi ramillo de flores, descoloridas é inodoras, es cierto, porque en este jardín estéril de mi pobre ingenio no se encuentran mejores.

Deseo vivamente que estas páginas produzcan algún bien á los fieles, y que los enciendan cada día más y más en devoción á la Santísima Virgen: que la saludable práctica de celebrar el *Mes de María* se extienda y propague á todas partes, y que, santificado con ella el hogar doméstico, sea digno de recibir las bendiciones del Cielo.

1887.

FEDERICO GONZÁLEZ SUÁREZ.



INSTRUCCION

SOBRE EL MODO DE PRACTICAR CON PROVECHO

LA DEVOCION DEL MES DE MARIA.

Mi intención no es reprobar ni condenar ciertas prácticas accidentales, con que, así en las iglesias como en las casas, la devoción del Mes de María se suele convertir, por desgracia, en espectáculo religioso, acompañado muchas veces de ruido y de estrépito: no tengo derecho para condenar esas prácticas; pero las deploro.

Así pues, el Mes de María conviene celebrarlo, ante todo, con espíritu de compunción y de retiro, y no con distracción y esparcimiento: es muy indispensable proponerse hacer al fin del mes una comunión fervorosa, con la cual se dé principio á la enmienda ó á la mejora de la vida; y á este blanco deben ir enderezados todos los medios ó industrias piadosas con que se santifique el mes.

Las prácticas que durante el mes se suelen ejercitar son: el ejercicio diario del mes, la virtud, el obsequio y la jaculatoria, las que explicaremos separadamente.

El ejercicio diario consiste en el cumplimiento de aquellos actos devotos, que se ha determinado practicar cada día. Estos actos pueden ser la Santa Misa por la mañana; y, por la tarde, ó por la noche, á la hora que sea más conveniente, el Rosario, las Letanías lauretanas, la Lección y un breve

rato de consideración sobre la misma. Si podemos oír la Misa todos los días del mes, no dejemos de oírla; pero, si por motivos razonables, no pudiéremos oírla todos los días, no por eso dejemos de ser muy fieles y puntuales en el cumplimiento de las demás prácticas, y pongamos todo esmero en no omitirlas ni un solo día. La lección, hecha con calma y reposo, bastará por una meditación.

Por *virtud* se entiende el ejercicio determinado de alguna virtud especial, que escojamos para practicarla de preferencia durante todo el mes.—Respecto de este punto, es muy bueno que siempre elijamos por virtud especial la *Fuga de las ocasiones*.—Hagamos un examen diligente de las causas de nuestra conducta, busquemos cual es la que nos retiene presos en el pecado, ó nos hace recaer en él tantas veces, y no encontraremos otra sino la temeraria perseverancia en las ocasiones de pecado: durante un mes propóngamos huir de ellas diligentemente, y habremos practicado una virtud muy agradable á la Virgen Santísima.

Por lo que hace al *obsequio diario*, aconsejo que se determine y escoja uno para cada uno de los días de la semana, y que no se varíe: así, por ejemplo, al domingo se señalará siempre una y la misma obra buena, sean cuatro ó cinco los domingos que trajere el mes de mayo.

La siguiente indicación puede ser útil á este propósito.

Lunes—Examen de la manera como estoy practicando el Mes de María.

Martes—Un acto de mortificación corporal.

Miércoles—El repetir á cada hora la Salutación Angélica.

Jueves—Una limosna á un pobre.

Viernes—Un acto de mortificación interior.

Sábado—El ayuno.

Domingo—La visita al Santísimo Sacramento.

El examen sobre la manera como estamos celebrando el Mes de María es muy provechoso, según mi juicio, y se reducirá á las preguntas siguientes.

¿Cómo guardo yo el propósito de huír de las ocasiones? ¿Cómo lo he guardado en esta semana? ¿Cómo cumplo las distribuciones piadosas de cada día? ¿Soy puntual en ellas? ¿Las he omitido todas? ¿He omitido algunas? ¿Por qué causa?

¿Digo la jaculatoria cada día? ¿Cuántas veces la repito?

¿Practico el obsequio diario? ¿Lo he omitido algún día? ¿Por qué motivo lo omití?

Haré una comparación entre una semana y otra: si he practicado bien, toda la semana, los ejercicios piadosos y actos de virtud, daré gracias á Dios y prometeré guardar mejor mis propósitos en la siguiente semana, en la semana que he comenzado. Si me remordiere de algo la conciencia, pondré enmendarlo y buscaré los medios para que la nueva semana sea mejor que la precedente.

Los actos de mortificación interior que podemos practicar en cada día son innumerables: el vencimiento para cumplir las distribuciones del Mes de María: el callar una agudeza, una ocurrencia oportuna, que quisiéramos decir en la conversación: tolerar en silencio las indiscreciones de una persona: estos y otros muchos actos pueden servir como de ejemplos de actos prácticos de mortificación interior.

La visita al Santísimo Sacramento en la iglesia es uno de los actos trascendentales del Mes de María, y aconsejo la mayor puntualidad en practicarla, porque en ella está el secreto de la más segura santificación. El que quiera de veras cambiar de vida acuda á presentarse á Nuestro Se-

ñor en el adorable Sacramento de la Eucaristía.

Una persona que esté enferma, una que se liegue en el campo, puede practicar la Visita: aquélla desde su cama; ésta desde el lugar donde se encontrare, y por ningún caso se ha de omitir.

La mortificación corporal es una de las prácticas más necesarias y provechosas de la vida cristiana.

Por ventura, ¿no podré yo cada ocho días mortificarme levantándome á tiempo oportuno, dejando la cama temprano? Si el sábado, por justas razones, no pudiere ayunar, me abstendré en la comida, todo el día, de aquello que más me agradare.

La *jaculatoria* se repetirá fielmente tres veces al día á lo menos: al despertarse, al mediodía y al acostarse. Bueno es elegir una sola para todo el mes. También sería muy provechoso, en caso de variarla, tomar cada día aquellas palabras de la Salutación angélica que correspondieren á la lección del día pasado, á fin de traer á la memoria los misterios con ellas significados.—Pueden servir las palabras de las Letanías ó las exclamaciones de la Salve.—En todo caso, aconsejo, como la mejor de las prácticas, no variar en todo el mes la *jaculatoria*.

Comunión fervorosa. El examen de cada semana debe contener siempre la siguiente pregunta: ¿qué obstáculo me impide comulgar? . . . Si la persona viviere frecuentando sacramentos, se preguntará: ¿qué es lo que me impide comulgar con fervor? ¿qué preparación llevo yo á este acto, el más solemne de la vida?

Seamos constantes en nuestra devoción, tomando las santas prácticas del Mes de María, con grande fervor; para que nuestra vida tenga un rejuvenecimiento espiritual, bajo la influencia de la devoción á la Madre de Dios.



LECCION PREPARATORIA

PARA EL ULTIMO DIA DE ABRIL.

CUAN PROVECHOSA SEA LA DEVOCION DEL MES
DE MARIA.

La devoción del Mes de María es una de las más provechosas para nuestras almas. Un mes entero del año consagrado al culto y honra de la Madre de Dios arranca al alma del fango de la tierra, en que vive sumergida, y le comunica un impulso divino para volar hacia Dios, que es nuestro último fin.

Las devociones cotidianas son necesarias, son indispensables, y sin ellas la vida sobrenatural de la gracia no puede conservarse mucho tiempo. La práctica del Mes de María añade á nuestras diarias oraciones el ejercicio de un culto especial, tributado, durante muchos días seguidos, á honra y gloria de la Madre de Dios; lo cual no puede menos de causar en nuestra alma una transformación saludable, pues el culto con que honramos á María tiene la gracia particular de producir en nuestra alma una regeneración completa. Hasta en las

imágenes materiales de la Santísima Virgen hay un cierto encanto misterioso, que obra suavemente en nuestro ánimo, sin que nos sea dado dejar de conmovernos cuando las vemos, ó cuando nos presentamos delante de ellas: llega entonces á nuestras almas un cierto airecillo suavísimo de devoción y de ternura, que no sabemos de donde viene, y es que sopla del Cielo para santificar nuestros corazones. Si una simple imagen de María causa en nuestras almas efectos tan maravillosos, ¿cuál no será la gracia que esté preparada para los que, durante un mes entero del año, acudan á los pies de María, la invoquen, alaben y bendigan? ¿Será posible que la Virgen deje sin especial remuneración una demostración tan particular de amor y de confianza? Una exclamación dirigida á María es bastante para alcanzar gracias extraordinarias, y ¿no lo serán tantas prácticas de culto fervoroso y de amor filial? ¡Oh! Acudamos todos á María, acudamos todos, compitiendo unos con otros en celo por su gloria, en devoción y en amor constante! Gastamos todo el año en diversiones y pasatiempos, y ¿no gastaremos, por el corto tiempo de un mes una media hora, una hora todos los días en actos de piedad para honra y culto de María?

Por ventura, ¿no seremos nunca desgraciados? no estaremos nunca tristes, para no necesitar jamás de auxilio y de consuelo? Y ¿quién es ese que se tiene en este mundo miserable por tan afortunado que no necesite de la protección de María?

¿Viviremos para siempre aquí en la tierra y no gustaremos nunca el amargo cáliz de la muerte? O, acaso, ese cáliz para todos tan amargo, solamente para nosotros será dulce? ¿Solamente nosotros no necesitaremos aplacar al Juez Eterno, tan justamente irritado por nuestros pecados? ¿Solamente nosotros no temeremos la muerte y sus

horribles consecuencias, que tanto hicieron temblar á los santos?

¿ Vivimos frecuentando los santos Sacramentos? Pues del Mes de María nos ha de venir la luz, para que conozcamos si nuestras confesiones han sido buenas, si nuestras comuniones no han sido indignas. Renovaremos nuestro fervor, adquiriremos aliento para perseverar, y de buenos, mediante la gracia divina, nos haremos mejores.

¿ Hemos caído, talvez, en pecado? ¡ Ay! si estamos en pecado; ay, si tenemos la desgracia, la grande, la espantosa, la inmensa desgracia de estar en pecado, acudamos, acudamos con presteza á la Madre de la Divina Gracia para levantarnos.!

¿ Qué disculpa tenéis para no hacer el Mes de María? Estáis ocupados? Pues en la ocupación en que estéis, si queréis, os sobrará tiempo para gastar media hora al día en honrar á la Virgen. ¿ Os parece demasiado? Pues, y cuántas horas al día perdéis inútilmente!

¿ Estáis enfermos? Ninguna ocasión más propicia para practicar el Mes de María. Desde vuestro lecho de dolor podéis practicarlo: en ello recibiréis alivio y consuelo.

¿ Os hacen falta recursos? Para el Mes de María no son necesarios: os basta con la buena voluntad. Podéis orar, leer, meditar, sin que os cueste dinero.

¿ Encontráis, talvez, demasiado penoso el ejercicio del Mes de María? Pues el pecado cuesta infinitamente más trabajos, más angustias, más mortificaciones aun en este mundo: con la décima parte de lo que hacemos y de lo que sufrimos por gozar un momento de un solo placer vedado, que pasa en un instante, Dios se da por muy bien servido, y podemos llegar á ser unos santos.

¿ Vais de camino? En tal caso el ejercicio del

Mes de María os puede servir hasta de un suave y apasible descanso.

¿Estáis en el campo? La soledad de los campos convida á la oración, y en ninguna parte podéis practicar con mejor recogimiento el Mes de María.

¿Qué excusa podéis dar de no hacerlo? ¿No queréis honrar á la Virgen? ¡Ay! Hora llegará cuando esa vuestra criminal conducta os pese, y sin remedio. ¿No queréis honrar á la Virgen? ¿Es posible semejante delito en pecho católico? Sí, porque delito es no ser devoto de la Virgen. Vamos al altar, que allí está la imagen de la Virgen, y todo allí nos hablará del Cielo, y á la vista de la Virgen se trocará en tierno el más duro corazón.

DEPRECACION.

Hoy me presento delante de Vos, Oh Virgen Inmaculada, á renovar, al pie de vuestros altares, en presencia de vuestra santa imagen, los votos de mi amor filial, de mi confianza, de mi reverencia y de mi adoración hacia Vos. Os agradezco rendidamente por la gracia de haberme prolongado la vida hasta este instante, concediéndome además el beneficio de traerme á vuestras plantas, para derramar sobre mí vuestras bendiciones. Esta gracia me preparará para una santa muerte, esta gracia estará ligada, sin duda, con la de mi salvación eterna: deseo corresponder á la misericordia divina, ser fiel á la gracia y perseverar hasta el último instante de mi vida en el servicio divino. Alcanzadme Vos la gracia de serviros con fervor, de practicar con devoción los actos de vuestro culto en este santo mes y de honraros y serviros hasta el fin de mi vida. Amén.

LECCION PRIMERA.

DIA PRIMERO DE MAYO.

EXPLICACION DE LA PRIMERA PALABRA DE LA
SALUTACION ANGÉLICA: AVE, DIOS TE SALVE.

I

El objeto que nos proponemos al celebrar el Mes de María es aumentar en nosotros la devoción y el amor filial para con la divina Virgen; mas, como ni el amor ni la devoción pueden crecer en nosotros, sino mediante el conocimiento que tengamos de María; por esto conviene que adquiramos alguna idea siquiera de sus virtudes y excelencias, de sus méritos y dignidad. No conocemos á la Virgen, no sabemos cuán grande es su dignidad y cuán perfectas sus virtudes; ¿qué haremos para conocerla? Procuremos descubrir y meditar los misterios de la grandeza de María, contenidos en la Salutación angélica, oración breve y sencilla, que estamos habituados á repetir con frecuencia, desde niños; pero cuyo maravilloso significado no hemos comprendido. Meditemos despacio, analicemos menudamente, palabra por palabra, cada una de las frases de que se compone el Ave María, y conozcamos poco á poco quien es la Virgen, cuanta su santidad y cuán sublime su destino.

La salutación angélica que, comunmente, llamamos el *Ave María*, consta de dos partes, que son el elogio y la deprecación: el elogio es la primera; la deprecación, la segunda.

El elogio está compuesto de las palabras, con que el Angel San Gabriel saludó á la Virgen Ma-

ría, cuando se presentó delante de Ella para anunciarle, de parte de Dios, el misterio de la Encarnación; y de las que á la misma Virgen dirigió Santa Isabel, cuando recibió la visita inesperada de su excelsa prima. Santa Isabel repitió las últimas palabras de San Gabriel; así es que, la santa principió con las palabras con que concluyó el Angel. Y de ambos nos hace notar el Evangelio que, cuando las profirieron, estaban inspirados por el Espíritu Santo. *Missus est á Deo*, se dice del Angel. Fué enviado, y. . . ¿por quién?—; Por Dios! *Á Deo* (1).

Y respecto de Santa Isabel, pondera el Texto Sagrado la inspiración divina, diciendo que estaba llena del Espíritu Santo. *Repleta Spiritu Sancto Elisabeth*.

Esta inspiración divina consistía en la revelación clara y luminosa, que Dios les había hecho á entrambos de los misterios recónditos é inefables de la Encarnación del Verbo Eterno y de la Maternidad Divina: conocía pues el Angel la grandeza de la Virgen, su destino admirable, y este conocimiento despertaba en él afectos de reverencia, de devoción, de admiración y de amor hacia la futura Madre del Unigénito de Dios humanado.

Semejante conocimiento le fué concedido también á Santa Isabel: así es que, ni el mensajero celestial ni la venturosa madre del Precursor fueron instrumentos ciegos ó puramente materiales del Espíritu Santo, no: eso no convenía ni á la majestad del Altísimo, ni á la excelencia del misterio anunciado, ni á la dignidad de la Virgen y de los mismos que servían al Señor de instrumentos para alabarla: ellos conocieron y entendieron y penetraron, muy bien, el sentido de todas las palabras que pronunciaron.

(1) Evangelio de San Lucas, cap. I. ver. 26 y 41.

¿Quién fué, pues, el autor del elogio? ¿Quién?
¡ Ah! Lo fué el mismo Dios! . . . Y es tan magnífico este elogio que contiene y encierra todo cuanto de mayor alabanza se puede pensar y decir acerca de la Virgen María.

La deprecación fué compuesta por la Iglesia Católica; y ella misma añadió á la primera parte los sagrados nombres de Jesús y de María.

La primera palabra de la salutación angélica: *Ave, Dios te salve*, equivale á estas otras palabras: *alégrate, regocígate, salta de contento: gaude, lactare, exulta*. Era palabra para saludar, anunciando nuevas de mucho regocijo; palabra, con la cual se estimulaba á la alegría, al gozo; palabra, que el inferior solía dirigir al superior, deseándole prosperidad; palabra que, difícilmente, un hombre libre, un amo, habría dirigido á un esclavo.

Y la dirige, ¿quién? ¡ Un Angel! A quién? A la Virgen María: y se la dirige, en nombre de Dios y de parte de Dios. ¿Qué significación tuvo, pues, esa palabra en boca del Angel, cuando con ella saludó á la Virgen? . . . Esa palabra fué de respeto y de reverencia, de regocijo y de felicitación. Por parte del Angel que la pronunció, fué palabra de respeto, de reverencia y acatamiento á la Virgen. Pronunciada por el Angel, de parte de Dios, fué palabra de felicitación y de parabién á la Virgen; y, por esto, finalmente, fué palabra de alegría, de regocijo, de gozo cumplido.

En tres cosas, según enseña Santo Tomás, el ángel es superior al hombre: lo es en la condición de su naturaleza, puramente espiritual; en la posesión de la gracia y en la comunicación y trato con Dios; y, por esto, el hombre debe tributar al ángel respeto, acatamiento y reverencia. Mas la Virgen es superior á los ángeles, precisamente, en aquellas tres cosas, en que la naturaleza angélica es

superior á la humana (1).

El ángel, espíritu puro, es superior al hombre, compuesto de alma espiritual y de cuerpo material, corruptible, sujeto á la destrucción y á la muerte: en el ángel no hay, como en el hombre, sentidos que puedan influir sobre su vida y manchar el espíritu, haciéndolo esclavo de las cosas sensibles: en una palabra, el ángel vive de una vida mucho más noble y excelente que el vivir del hombre en este mundo. Pero, en el ángel es condición de su propia naturaleza lo que en María es efecto de una virtud admirable y extraordinaria: el ángel permanece eternamente puro en la limpieza y castidad de su naturaleza incorpórea y espiritual; María conserva, en cuerpo terreno, la inmaculada limpieza de una virginidad celestial: en María es mérito lo que en el ángel es condición natural de su propia sustancia. Por esto, el santo arcángel se presenta, lleno de reverencia, delante de la Virgen, y le saluda con una palabra de tanto acatamiento: *Ave, Dios te salve!*

El ángel es superior al hombre en la posesión de la gracia sobrenatural: ellos, los ángeles, espíritus bienaventurados, pasada ya la prueba de su obediencia y fidelidad al Criador, están para siempre confirmados en su gracia y amor; no pueden ya perder la gracia ni decaer de la elevación del estado sobrenatural, á que la bondad del Señor se dignó ensalzarlos: los hombres, al contrario, mientras dura para ellos el tiempo de la prueba en la tierra, ó no poseen la gracia ó, si la poseen, no están seguros de perseverar en la virtud y en el amor de su Criador. ¡Cuántas faltas! Qué de infidelidades, por otra parte, aun en aquellos mismos que tienen

(1) Santo Tomás.—Comentario ó explicación de la Salutación angélica, entre los opúsculos.

la dicha incomparable de conservar la gracia de Dios! ¡Cuán innumerables son los que la pierden! ¡Cuán grande la muchedumbre de los que viven en pecado!... Por esto, siempre los hombres han tributado á los ángeles grande reverencia y acatamiento.

El ángel es superior al hombre en el trato y familiaridad con Dios: el ángel es un príncipe en la morada del Señor, de la cual el hombre vive desterrado, mientras anda, durante su vida mortal, peregrinando en este valle de lágrimas, donde, para mayor humillación suya, á cada instante puede perder la gracia y llegar á ser enemigo de Dios. Según la expresión de San Bernardo, los ángeles son los hijos de Dios, que, sentados á la mesa del Altísimo, gozan de las inefables dulzuras de la patria celestial, y nosotros debemos implorar su favor para participar de los relieves que caen del banquete de la gloria, preparado para los hijos de Dios; de cuyo pan, á lo menos podemos clamar que no se nos nieguen las migajas que se dan á los perrillos (1).

¡Ah! ¡Los Angeles!... Ellos viven vida bienaventurada, en la casa misma de Dios, en la mansión del gozo perdurable, en la Jerusalén celestial; viendo á Dios cara á cara, brillando como lámparas eternas, en el divino acatamiento, según nos lo dice la Escritura Santa, están anegados en el piélago de la dicha, ahondando, con su mirada de contemplación, en el abismo de las perfecciones infinitas, para arder, sin consumirse, en el amor de su Criador!!... Nosotros, tan alejados de Dios, tan tibios en su servicio, tan helados en su amor: nosotros, á quienes el tratar y comunicar con Dios causa pena, exige sacrificios, ¿cómo nos hemos de comparar con los ángeles? ¡ah! ¿cómo?

(1) San Bernardo.—Sermón para la fiesta de San Miguel Arcángel

Comparar nuestras miserias, las miserias de que es capaz nuestra naturaleza, con los atributos de la naturaleza angélica es para humillarnos y confundirnos: los ángeles pudieron ofender á Dios, negarle la obediencia que le debían y quebrantar el mandamiento, que á la infinita Sabiduría plugo imponerles; pero los ángeles no podrán llegar jamás al abismo, á que llega en sus culpas el hombre: el ángel puede dejar de amar á Dios, puede llegar hasta á aborrecer á Dios; pero jamás, nunca, podrá llegar á negar la existencia misma de Dios: el ángel soberbio pudo decir: *Super astra Dei exaltabo solium meum*, sobre los astros de Dios exaltaré mi trono: *similis ero Altísimo*, seré igual al Altísimo (1). El hombre llega en su orgullo á negar la existencia misma de Dios, y en su insensatez dice: *Non est Deus* (2). Dios no existe, no hay Dios: y este es el mayor abismo de humillación, el abismo más hondo, á que puede caer la miserable naturaleza humana.

María la Virgen inmaculada, es superior á los ángeles, precisamente, en aquellas tres cosas, en que éstos son superiores á los hombres. A los ángeles se les ha concedido la gracia con medida; á María se le ha dado toda la plenitud de la gracia: está vestida de la gracia, porque el manto suyo es el mismo Sol de justicia, que alumbrá á los cielos, que hace hermosos á los ángeles, y en cuya contemplación están éstos absortos eternamente.

Cristo, Nuestro Señor, es autor de la gracia, y en su humanidad sacratísima está y habita la plenitud de la gracia, como en el propio origen, como en la propia fuente de ella: María participa, sin tasa ni medida, de esa misma plenitud. Al ángel se

[1] Isaías, cap. 14, ver. 13 y 14.

[2] Salmo xlii, ver. 1.

le ha dado gracia como á siervo ; á María, como á soberana : porque los ángeles, aunque príncipes en la Jerusalén celestial, son ministros obedientes, son siervos, prontos y aparejados á cumplir los mandamientos del Señor : María es la Madre del Señor. A ninguno de los ángeles se ha dicho jamás : Siéntate á mi diestra : Tú eres mi Hijo ; yo de mi misma sustancia te he engendrado eternamente, como se ha dicho al Hijo de María ; y ¿ quién es el Hijo de María, sino el mismo Unigénito de Dios Padre, engendrado antes de todos los tiempos, en los esplendores de la eternidad? . . . Por esto, el Arcángel Gabriel saluda, con respeto, á María, y se presenta, con reverencia, delante de Ella. Se le ha revelado en los cielos la sublime dignidad de la Virgen : Dios lo envía, y lo envía para anunciar en la tierra la obra mayor de la diestra del Altísimo : se le ha manifestado la grandeza incomparable de la pobre y humilde doncella de Nazaret, y el Angel baja del Empíreo, absorto en la consideración del misterio que va á anunciar ; cae de rodillas en presencia de María, y, saliendo como de un éxtasis soberano, embargada todavía su mente con la admiración y el pasmo, prorrumpe en palabras de elogio y aclamación á la Virgen . . . Dios le ha revelado en lo alto ese misterio recóndito, escondido en los secretos de la esencia divina, incomprendible á los espíritus angélicos : el Arcángel no acaba de maravillarse ; está pasmado de asombro ; viene volando á la tierra, sumergido en aquel su éxtasis divino, y ; á la vista de la Virgen, como si volviendo sobre sí mismo no acabara todavía de salir de su arrobamiento, no pronuncia el nombre de la Virgen, no la apellida con el nombre, con que la conoce la tierra, le saluda, pronunciando delante de Ella las palabras ó rasgos, con que, allá en los cielos, se la había dado á conocer el Todopoderoso. *Ave, Dios*

te salve, llena de gracia: el Señor es contigo: bendita eres entre todas las mujeres! *Gratia plena! Dominus tecum: benedicta Tu in mulieribus.*

Ave, Dios te salve!!... Palabra respetuosa, palabra reverente; palabra, que el esclavo decía á su señor, con los ojos en tierra, la voz trémula, la cerviz inclinada: palabra que hoy un príncipe de las jerarquías celestiales dirige á una humilde hija de Jacob: palabra que el Ángel no se atrevió á pronunciar delante de María, sino de rodillas, anonadado en extática admiración: palabra, que labios angélicos dijeron temblando de santa reverencia, de profundo acatamiento!!...

Y, ¿quién era ése que tal palabra y tan reverente pronunciaba? Era el mayor príncipe entre los encargados de anunciar las órdenes de Dios: era aquel, cuya excelsa condición y elevada dignidad le habían merecido el renombre de fuerte entre los fuertes, pues en el cielo se le apellidaba: *Fortaleza de Dios*, "Fortitudo Dei:" y su nombre había sido el presagio de su destino incomparable. ¿No es la Encarnación la obra más estupenda del Altísimo? No es la Encarnación la obra, en que el Omnipotente agotó todo su poder, haciendo alarde de la fortaleza de su brazo poderoso?... Gabriel, de rodillas ante la humilde y pudorosa Virgen de Judá, Gabriel, en profundo acatamiento ante la tímida doncella de Israel, que se turba oyendo la magnífica aclamación, con que era saludada por el Ángel, es la viva imagen del gran misterio, que, en las entrañas de la misma Virgen, iba á poner por obra el Eterno. En la Encarnación la suma Majestad de Dios desciende hasta la nada de la criatura, y toma la humana naturaleza, pasmada de admiración viéndose elevada hasta la unión con la misma divinidad, en la persona adorable del Unigénito de Dios Padre, del Redentor de los hombres!...

Abraham estaba sentado á la sombra, bajo la encina de Mambré, cuando vió venir tres ángeles, que no le aparecieron en forma de peregrinos, y corrió hacia ellos, y, postrado en tierra, haciéndoles profunda reverencia, los saludó y les rogó que se dignaran aceptar la posada del huésped que les ofrecía bajo su pabellón. . . . Y el padre de los creyentes tomó la actitud de un esclavo en presencia de los ángeles. . . . Mas, ¡ qué cambio ! cuánta diferencia ! Un ángel descendiendo á la pobre morada de la más humilde de las hijas de Abraham, y delante de Ella se presenta con el ademán y compostura del súbdito en presencia del señor, del siervo en presencia del soberano. Es porque en María reconocen los ángeles á su reina y señora, porque saludan en Ella á la Madre del Verbo de Dios humanado.

Los padres de Sansón temen morir por haberseles aparecido un ángel, y se apresuran á tributarle, en el ofrecimiento de una víctima, el presente debido á su grandeza y majestad : y los antiguos patriarcas estaban tan penetrados de respeto á los ángeles que, se admiraban de continuar viviendo, después de haber sido favorecidos con la aparición de alguno de los espíritus angélicos. . . . Con María todo ha cambiado : ya no es la criatura humana la que tiembla y, cediéndose por tierra, esconde su rostro, amedrentada ante la presencia de un ángel, no. . . . el ángel es ahora quien se prosterna delante de una Virgen humilde y sencilla ; ese mismo ángel, á cuyo aspecto el profeta Daniel había desfallecido de temor : ese mismo ángel, ante quien Zacarías había quedado mudo, ese mismo es el que se presenta lleno de veneración y acatamiento delante de María, porque María, la humilde, la humildísima María, es superior á los mismos ángeles.

II

Pero la palabra *Ave*, Dios te salve, no es palabra solamente de respeto, es también palabra de felicitación, de parabién, de enhorabuena, y, por consiguiente, de regocijo y de la más cumplida alegría.

Palabra de felicitación.

Palabra de regocijo.

Anunciarle á una persona, y decirle que posee un bien y un bien verdadero y un bien precioso, que ella lo hubiese deseado, es darle motivo de alegría y de justo regocijo: si ese bien es el mayor que pudiera desear la persona que lo posee, si la posesión de ese bien ha sido vehementemente deseada, si la incertidumbre de no poseerlo ha sido causa de tristeza y de pena, ¿no será dar un grande regocijo, anunciar que el bien deseado se posee? que esa posesión es cierta, ciertísima? que el objeto de los justos deseos del corazón está alcanzado? que los anhelos de la voluntad han sido satisfechos? que se es feliz, con felicidad perfecta, con felicidad cumplida? ¡Oh! sí: llevad al enfermo, la nueva de su salud; dad al encarcelado el anuncio de su libertad; quitadle sus cadenas, abridle las puertas del calabozo, vuelva á ver la claridad del día: decid al cautivo que es libre, que se acabó la servidumbre: anunciad á Jacob que José vive, que está vivo el hijo, á quien había llorado por muerto tantos años; decid al anciano patriarca que su hijo predilecto, está vivo y que es rey de Egipto, ó Israel despertará como de un sueño y no lo creerá; tan alegre es la nueva, tan inesperado el anuncio!! . . .

En la tierra, donde hay tantas lágrimas, donde abundan tantos dolores, no hay, con todo eso, más que un solo mal; una sola desgracia: ese único mal, ese mal positivo, esa única verdadera desgracia es el pecado; sin el pecado, todos cuantos,

males hay en el mundo son suaves, son lijeros; aun más, son verdaderos bienes: con el pecado, no hay bien cumplido, y la misma posesión de todos los bienes imaginables de la tierra sería nada, no aprovecharía en manera alguna, porque, ¿de qué le sirvo al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? La posesión de la gracia divina es, pues, el único bien positivo aquí, en este mundo: poseer la gracia sobrenatural es la verdadera felicidad, es la mayor dicha posible para una criatura racional, aquí en la tierra. Y ese gran bien de la posesión de la gracia, tanto más lo apreciará una alma, cuanto mayor y más claro sea el conocimiento que tenga de Dios y de nuestros destinos eternos.

Ahora bien; nadie ha habido, ni es posible que haya jamás, tan perfectamente ilustrado en punto á la excelencia de la gracia divina y á la estimación que de ella debemos hacer, como la Virgen María; nadie ha tenido de Dios concepto más elevado, ni más profundo, ni ideas más cabales y perfectas de nuestra alma, de nuestro fin, de nuestras relaciones con el Criador, que el conocimiento que de Dios tuvo la Virgen, que las ideas clarísimas que su inteligencia poseía acerca del orden natural y del orden sobrenatural: esos conocimientos eran incomparablemente superiores á los de los patriarcas y á los de los profetas del Antiguo Testamento. Nadie ha conocido á Dios en este mundo como le conoció María.

El ingenio de la Inmaculada Virgen, naturalmente considerado, era aventajadísimo y muy penetrante; claro y prespícaz, nunca padecía sombras ni dudas; veía en las cosas hasta lo más profundo de la naturaleza de ellas; discernía con primor hasta los más lijeros ápices de lo verdadero y de lo falso, de lo sólido y de lo fútil, de lo bueno y de lo malo en todas las cosas; y ese ingenio tan noble y

aventajado estaba además limpio y vacío de ideas inútiles y ociosas, y muy rico en conceptos profundos, debidos á la continua lectura y meditación de las Santas Escrituras. María no amaba, pues, cosa alguna de la tierra; María no estimaba, pues, cosa alguna criada; amaba á Dios con un amor encendido, y lo amaba con todas las fuerzas de su alma, pura y generosa: nada deseaba tanto, por lo mismo, como estar unida con Dios, ser agradable al Señor, ser acepta al Altísimo, encontrar gracia en el divino acatamiento. ¡Cuánta no debió ser, por tanto, su alegría, cuando el Santo Angel le saludó diciéndole: Dios te salve, llena de gracia. *Ave Gratia plena!*

Ave, alégrate! ¡Por qué esa palabra de gozo en la tierra, mansión del llanto y morada del dolor? por qué invitar al regocijo á una alma, que sabe que la risa es un error y el gozo un engaño? Por qué labios angélicos traen á la morada del hombre una salutación que sería oportuna mejor en el cielo que en la tierra?... *Ave*, alégrate, regocijate! ¡*Exulta!* No pongas término á tu gozo!!

Meditemos despacio este misterio.

En la vida de la Virgen Santísima debemos distinguir con cuidado dos épocas principales: la una desde su concepción inmaculada hasta la Encarnación del Verbo Divino; la otra desde que fué elevada á la incomparable dignidad de Madre de Dios hasta su tránsito dichoso de este mundo al cielo. En la primera época, María estuvo en la más completa ignorancia del sublime destino para que había sido criada, y, como era humildísima, tenía siempre fijos los ojos de su alma en su pequeñez, en su nada, despreciándose á sí misma y teniéndose como la criatura más miserable de cuantas existían en el Universo. En la segunda época, ahondó todavía más en el abismo de su humildad; y así

vivía profundamente anonadada en el divino acatamiento; y esta humildad iba creciendo en el corazón de la Virgen á par de su caridad.

Consideremos á María en la primera época de su vida: ¿cuáles eran entonces sus aspiraciones? cuáles sus deseos? . . . María anhelaba, con todas las ansias de su alma, ser agradable á Dios, poseer la gracia divina: muchas veces había meditado en aquellas palabras del Sabio: el hombre no sabe si es digno de amor ú odio, *Nescit homo utrum amore an odio dignus sit* (1); y reflexionando sobre la grandeza de nuestro fin sobrenatural, se había reputado á sí misma como una pobrecilla, vacía de todo mérito, desnuda de toda virtud. ¡Qué de veces había pensado también en la venida al mundo del Mesías prometido al linaje humano, y tan deseado y tan esperado por la descendencia de Abraham! Y era Ella, quien lo debía dar á luz! Y era Ella, por quien se habían de cumplir las antiguas promesas!! y María lo ignoraba!! . . . ¡Oh! María! preparad vuestro corazón para el júbilo, aparejadlo para la alegría! Júbilo, alegría, de que sois digna por vuestra profunda humildad!! . . .

Ave, alégrate! ¿Por qué? Habéis sido agradable al Altísimo, estáis en gracia; esa gracia no la perderéis jamás, porque habéis sido confirmada en ella para siempre; no ha habido un solo instante de vuestra vida en que hayáis carecido de la gracia, pues fuistéis concebida sin mancha ni sombra de pecado. . . . ¡Cuántos motivos de alegría! ¡Cuán poderosos!

Lo que más inquieta á una ánima pura, y lo que á todos debiera tenernos muy inquietos, es la ignorancia del estado en que nos hallamos respecto de la gracia. ¿Estaré yo en gracia de Dios? es la

(1) Eclesiastés, cap. 9. ver. 1.

pregunta que se han hecho á sí mismos, temblando, todos los santos. . . . Pues revelar á una alma pura; y decirle que está en gracia de Dios, y que es agradable á los divinos ojos, ¿os parece ligero motivo de alegría? leve fundamento para el más justo regocijo? . . . Una vez adquirida la gracia, una vez convencidos de que la poseemos, ¿qué nos podrá afligir? qué nos podrá inquietar? ¡ Ah! entonces nos aflige, y justamente, el miedo de perderla, porque, según la expresión del Apóstol, llevamos el tesoro de la gracia en vasos quebradizos, y estamos expuestos á quedar privados de ella á cada instante. ¡ Estoy en gracia de Dios! . . . ¡ Qué consuelo para una alma! Pero puedo perder la gracia: ¿perseveraré? ¡ Ay! ésta ha sido la pregunta que ha conturbado á los santos, ésta la pregunta que daba alientos á su humildad, aceros á su mortificación, bríos á su fervor. . . . Pues decirle á una alma, de parte de Dios, decirselo en nombre de Dios y dándole pruebas evidentes de que se le habla por encargo divino, que no solamente está en gracia, sino que, además, perseverará en ella hasta la muerte, porque el mismo Dios la ha confirmado en la posesión de la gracia para siempre. . . . ¡ Oh! esto sí que es el colmo de la dicha, lo sumo de la felicidad! . . .

Cuando el santo Arcángel Gabriel se presentó ante la Virgen María, para anunciarle de parte de Dios el misterio de la Encarnación, el Espíritu Santo ilustró el alma de la Virgen, para que su inteligencia conociera, muy bien, con toda claridad y perfección, todo cuanto importaba conocer, á fin de que tan gran misterio se consumara de una manera digna de Dios. También el santo Arcángel había sido ilustrado con lumbrera de divina revelación sobre el misterio, cuya anunciación le había sido encargada, tanto en el Antiguo, como en el Nuevo Testamento. Las palabras de la salutación angélica

ta; al parecer, son muy sencillas; pero bajo de aquella aparente sencillez contienen arcanos maravillosos, esconden sentidos profundos, porque están henchidas de grandes, misteriosos y divinos significados. Mas, así el Angel como la Virgen comprendieron perfectísimamente todo el sentido de las palabras, sin que se les ocultase ni un ápice de la significación de ellas: Gabriel las pronunció como las había aprendido de boca de Dios: la Virgen las escuchó como dichas por el mismo Dios, por boca del Angel.

Ave, alégrate: *gaude, lactare, canilla*. . . . regocíjate, salta de contento. Virgen, hija de Judá, le decía el Angel, abreviando en la sencillez sublime de una sola palabra, todo un magnífico razonamiento: estás en gracia de Dios, has estado siempre; estarás eternamente: eres la predilecta del Altísimo, que en tí tiene puesta su complacencia: tu oriente no tuvo sombras, porque fuiste concebida no sólo en la claridad de la gracia, sino en los esplendores mismos de la santidad: no ha habido un solo instante de tu vida, en que fueras menos agradable á los ojos de Dios, pues el Todopoderoso se recreaba en tí aún antes de criarte. ¡Qué! Nosotros mismos, los espíritus angélicos, tiempo hubo cuando pudimos perder; y perder para siempre, la gracia de Dios; tú, empero, ni un momento, ni un instante, has podido perder la gracia: eres toda tú agradable al Señor; en tí no hay nada que le desagrede: le agradan tus obras, se complace en tus pensamientos, le deleitan tus deseos. . . . ¡*Gaude!* Alégrate, regocíjate!! *Ave!*

Complacerse con alguno porque lo ha sobrevenido una dicha, porque posee un bien, eso es felicitarle, darle la enhorabuena. Consuma alguno una empresa grande, lleva á cabo una hazaña memorable; pues conviene que nos congratulemos con él y

que le demos el parabién que merecen sus obras, que reclaman sus hazañas. María exaltada á la sublime dignidad de Madre de Dios, había llegado á la cumbre de la mayor grandeza posible, á que Dios puede elevar á una criatura; esa sola dignidad de Madre de Dios ponía á la Virgen sobre todo lo criado; por esto, el Ángel se derrueca delante de Ella, y le dirige la palabra como siervo á su señora, como súbdito á su soberana; y ese príncipe de las jerarquías celestiales se presenta delante de María, despojado de las insignias de su principado.

María, con su mente iluminada con las luces del Espíritu Santo, contempló las consecuencias futuras de la Encarnación, en que Ella iba á tener una parte tan principal. ¡Qué espectáculo el que la Virgen Inmaculada tuvo delante de los ojos de su alma en aquel momento! El mundo, de un extremo al otro, poblado de naciones gentílicas, sentadas en las sombras de la muerte: altares innumerables de ídolos, en los cuales se adoraban las pasiones y los vicios más infames; Dios conocido apenas en el estrecho rincón de la tierra de Judea, y allí adorado y servido más con los labios que con el corazón: y todos esos altares derribados, todos esos ídolos destruidos, las naciones convertidas á la fe, Dios adorado y amado en todo el mundo: cuarenta siglos de esperanza y de clamores satisfechos, al fin, con la venida del Hombre-Dios, y era Ella, María, la que lo había de dar á luz al mundo. Ved ahí el espectáculo que contempló la Virgen asombrada y turbada en su humildad, considerando cómo cabría en Ella tanta grandeza. Las puertas del cielo iban á abrirse, por fin; las puertas de la mansión, donde las almas de los justos estaban esperando la redención, se abrirían también; el cielo vería llegar al fin á sus moradores, y tanta gloria, tanta dicha, tanta felicidad efecto serían de la Encarnación, que por me-

dio de María estaba á punto de verificarse. Y esa gloria accidental de Dios, ese fin último de todas las obras divinas realizándose en el tiempo, por medio de la misma Encarnación, Dios adorado por una persona que le ofrecería un culto, un sacrificio de precio y mérito infinitos; ¡qué designios tan grandiosos! ¡qué obras tan maravillosas!; y en todas esas obras, y en tan admirables obras, veía la Virgen su obra, se veía asociada al Omnipotente para consumir tantas maravillas. Hé ahí el motivo, por el cual el santo Arcángel le felicitaba, dándole, con palabras llenas de misterio, el parabién por su grandeza, por sus méritos, por su excelso é incomparable destino. El Ángel felicitaba á la Virgen, y en la persona de la Virgen, felicitaba también á la pobre familia de Adán, á todo el linaje humano, para quien había llegado ya el día de la Redención: sí, en María era felicitado todo el linaje humano, que mediante los méritos de Jesucristo, había de tener bienes mayores y más excelentes que los que tuvo antes de la caída, en los días felices de la inocencia.

Quando el ángel San Rafael se presentó delante del anciano Tobías, que estaba ciego, le saludó diciéndole estas palabras: *Gaudium tibi sit semper*, sea siempre contigo la alegría: al oír semejante salutación, el ciego anciano le respondió al ángel con estas sentidas expresiones: ¡Cómo puedo alegrarme yo, que estoy á oscuras, le dijo: yo que no veo la luz! *Quale gaudium mihi erit qui in tenebris sedeo, et lumen coeli non video?* (1). ¡Qué alegría puede haber para mí, que paso mi vida, sentado en tinieblas, sin ver la luz del cielo! ¡Ah! cierto, la luz, la luz del cielo, ella es la que nos alegra; y, con razón, el viejo Patriarca se lamentaba de pasar con

(1) Tobías, cap. 5, versículos 11 y 12.

tristeza los días de su vida, sentado en tinieblas: *in tenebris sedeo*, sin ver la luz, la hermosa luz del cielo, *lumen coeli non video!!* En verdad, ¡cuán triste debe ser la vida, pasada en tinieblas, en oscuridad, apagados los ojos del cuerpo á la luz del día! Pues, esa luz del cielo, que llena de alegría el corazón, es un símbolo, una imagen, de esa otra luz sobrenatural de la gracia divina, que ilumina, alegra y regocija el mundo de las almas, donde viven los justos de la vida sobrenatural, en el trato y amistad con Dios.

Comparemos ahora la salutación que dirigió el ángel San Rafael al anciano y ciego Tobías, con la que á la Virgen Inmaculada le dirigió San Gabriel, anunciándole de parte de Dios el misterio de la Encarnación. *Gaudium tibi sit semper*, acompáñete siempre el gozo. *Ave, gaude, lactare, exulta*; Dios te salve: alégrate, regocijate, llénate de contento. Allá se deseaba compasivamente que un anciano, pobre y ciego, estuviese siempre contento: era el deseo de un bien, que el ángel de Dios imploraba para el anciano: aquí es la palabra de admiración y estupor, que sale inflamada de los labios de un ángel, á quien el precio y el valor de la gracia le son muy conocidos, y que no puede menos de felicitar con palabras del más extraordinario entusiasmo á la criatura más feliz entre todas las criaturas, á esa criatura única y privilegiada, para quien no había habido tinieblas, ni oscuridad de pecado; á esa criatura, cuyos ojos habían estado gozando siempre de la alegre luz de la gracia. ¡Oh! María! Y qué bien podíais responder vos, no triste y desconsolada como el ciego Tobías, sino llena del más justo regocijo: sí, me alegro; sí, mi espíritu saltando está de contento en Dios mi Salvador: *Exultavit spiritus meus in Deo Salvatore meo* (1), porque vi-

(1) San Lucas, cap. 1, ver. 47.

yo gozando de la luz y no ceso de ver la claridad del cielo: no, no estoy en tinieblas; gozo de la luz y gozaré de ella para siempre.

Lumen coeli non video, no veo la luz del cielo, y, ¿queréis que me alegre? ¡Ah!... ¡Ángel de Dios! has tocado la fibra más delicada de mi alma, ¿por qué me afliges? por qué me entristeces? Al desterrado le has hablado de su patria, del cielo, de la casa de Dios! No veo aquí, en este mundo, donde todo es tinieblas de vicios, oscuridad de pecados, no veo la luz del cielo: hazme ver esa luz y saltaré de contento! Y tú ¡oh! muerte! amiga de los desterrados, quebrantadora de cadenas, ábreme las puertas de la eternidad, que allá está la patria, allá la mansión de Dios, por quien suspira el alma, por quien anhela el corazón: iré á ver á mi Criador, iré á ver á mi Padre!!... ¿Por ventura el mundo se ha hecho para que vivamos aquí para siempre? Aquí, donde no reina Dios; aquí, donde Dios no es amado! ¡Oh *Lumen coeli non video*: No veo la luz del cielo, y, por eso, estoy triste!... Dadme un lugar donde Dios sea amado, y allí estaré contento.

DEPRECACIÓN.

¡Oh! María! Oh! Santa é Inmaculada Virgen, Madre de Dios! yo, pobrecillo, miserable, ék más ruín y despreciable entre los hombres, me postro, humildemente, en vuestra presencia, y os saludo y os felicito por vuestros méritos, por vuestra grandeza incomparable, por vuestra felicidad sin igual. Sin duda, hoy día, cuando repetimos, aquí en la tierra, las palabras de la salutación angélica, vuestro corazón siente nuevo é inefable regocijo y alegría sin medida: sois Madre del Verbo Divino humanado, y qué os puede faltar para vuestra felicidad? El ángel quedó pasmado al contemplar la

hermosura sobrenatural de vuestra alma immaculada, y os saludó reverentemente como á soberana suya, como á Reina de las jerarquías celestiales. ¡Oh! María, gloria del linaje humano! mi lengua es demasiado impura para alabaros dignamente, mis labios están manchados, ¿cómo me atreveré á alabaros? Pero, para no alabaros, sería necesario no conoceros: ¿y quién que os conozca dejará de amaros? y quién conociéndoos y amándoos, ¿no os alabará, no os bendecirá, no os ensalzará? ¡Ah! Vos misma hacedme digno de alabaros, de ensalzaros y bendeciros, en el tiempo y en la eternidad. Así sea.

LECCION SEGUNDA.

DIA DOS DE MAYO.

EXPLICACION DE LA SEGUNDA PALABRA: GRATIA
PLENA, LLENA DE GRACIA.

I

Para poder comprender bien el significado de la segunda palabra de la salutación angélica: *Gratia plena*, llena de gracia, es indispensable conocer antes lo que es la Gracia: así pues explicaremos primero la naturaleza de la Gracia y las especies de ella, según la diversa manera como obra la santificación de las almas.

La gracia es un ser sobrenatural, espiritual: lo da Dios, gratuitamente, á las almas, para que consigau la salvación eterna, que sin la gracia no po-

drían alcanzar. Como Dios Nuestro Señor siempre concede gratuitamente este auxilio sobrenatural, por eso es y se llama gracia, ó lo que es lo mismo, dón gratuito por excelencia, y que no se debía á aquel que lo recibe; pues, si por alguna razón pudiera él que recibe la gracia tener derecho á reclamarla, ya no sería dón gratuito.

Dios lo da misericordiosamente á las almas, para que mediante ese auxilio sobrenatural consigan la salvación eterna, que, como decíamos, sin el auxilio de la gracia les sería de todo punto imposible alcanzar. Y llámase gracia este auxilio sobrenatural, porque siempre lo concede gratuitamente el Señor, quien, si en todos sus dones es generoso y liberal, en conceder la gracia es muy más generoso y liberal que en otorgar cualquiera otro dón puramente natural; pues nada hay en las criaturas por donde puedan merecer como de justicia el dón por excelencia, el dón soberano de la gracia. ¿Cuál es la criatura, pregunta el Apóstol, que haya dado á Dios algo que no fuera debido á Dios? Quién es la criatura que tenga por deudor suyo al Criador? Si esto es verdad aun respecto de los dones puramente naturales, ¿cuánto más no lo será respecto de los sobrenaturales?

No obstante, en la sabia y adorable Providencia de Dios conviene que haya algún motivo para conceder la gracia, y que ese motivo sea digno del Altísimo. ¿Cuál podrá ser ese motivo? El motivo que á los ojos de Dios justifica la generosa concesión de la gracia, es la sangre de Jesucristo, los méritos infinitos del Verbo Divino humanado, autor y consumidor de la gracia, como se le llama en las Santas Escrituras.

La gracia es un ser espiritual, cuya naturaleza es muy superior á la de los ángeles y á la de las almas humanas. Si existe de asiento ó permanentemente en el alma, se dice gracia habitual ó santifi-

éante; mas, si visita el alma solamente de paso estimulándola á practicar actos de virtud, entonces recibe el nombre de gracia actual. Según una expresión del Espíritu Santo en el Apocalipsis, el Señor, al conceder á una alma la gracia actual, se ha como quien llama á una puerta cerrada pidiendo que se la abran. *Ecce sto ad ostium, et pulso* (1). Mirad que estoy parado á vuestra puerta dando aldabadas. Veamos ahora más detenidamente cual es la naturaleza y condición de la gracia santificante, y después veremos así mismo la naturaleza y condición de la gracia actual.

Dios Nuestro Señor cuando crió al hombre le dió un fin sobrenatural. Muchas veces repetimos que nuestro fin es sobrenatural, pero casi nunca nos hemos detenido ni por un instante siquiera á considerar la excelencia de nuestro fin, y lo que significa aquello de ser sobrenatural respecto de nosotros y aun de los mismos espíritus angélicos. Y no obstante, del conocimiento de la naturaleza de nuestro fin depende el que conozcamos bien lo que es la gracia santificante.

Ilámase natural respecto de nosotros todo aquello que nace y procede, como una consecuencia necesaria, de nuestro mismo modo de ser: así ver un objeto que tenemos delante de los ojos es natural, y nuestros ojos están hechos para eso. Pero para contemplar los astros escondidos en lo más profundo de los cielos, ya es necesario que los ojos sean auxiliados por instrumentos poderosos inventados y trabajados á propósito con ése objeto; puesto que la vista natural por sí sola no alcanza á tanto.

Una criatura racional como el hombre, ¿á qué podría aspirar naturalmente? . . . A conocer á Dios con solas las luces de la razón natural, á amarle con toda su voluntad natural y á emplear sus sen-

tidos en manifestar exteriormente este amor. Tal habría sido el fin puramente natural del hombre, con ese conocimiento y con ese amor habríamos estado contentos, ni hubiéramos aspirado á más, pues la consecución de aquel fin habría dejado satisfechos todos nuestros deseos, porque cada facultad habría conseguido su objeto. Pero á Dios le plugo hacerlo de otra manera: crió al hombre dándole un fin y un destino muy superiores á su propia naturaleza. Dióle por fin suyo el fin del mismo Dios. ¿Qué fin más excelente podía ni imaginarse siquiera? Y un fin semejante, ¿cómo podía ser el fin natural de una pura criatura? de una criatura como el hombre? ¿Qué proporción hay entre el ser infinito y el ser limitado? entre el Criador y la criatura, para decir ó suponer que el hombre podía tener por fin propio y natural suyo el fin mismo de Dios?

Encontráis por ahí abandonado un niño huérfano, sin padre ni madre, ni amparo alguno en la tierra; os movéis á compasión, lo recogéis y deseosos de hacerle cuantos beneficios podáis, al punto se os ocurre rogar á un personaje rico que se digne recibirlo en su casa y protegerlo. Ese pobre huérfano, ese desvalido ¿qué cosa tendrá derecho á pedir á ese rico y opulento personaje, pronto á abrirle generosamente las puertas de su casa? Tendrá derecho á exigir de su benefactor alguna cosa? Podrá pedirle que lo sienta á su misma mesa, que lo adopte por hijo, y por fin que lo constituya su heredero dándole cuanto posee? Ese miserable expósito, ese desvalido que no conoció quienes fueron sus padres, nunca podría reclamar nada, le bastaría vivir en el palacio de su protector y estar pronto y aparejado para servirle. Ved ahí lo que hizo Dios con el hombre, lo que hizo con nosotros: nos crió dándonos un fin sobrenatural, un destino infinitamente supe-

rior á nuestra naturaleza, pues la visión beatífica de Dios en el cielo, y esa vida que allí nos está preparada no son proporcionadas á la capacidad natural de la humana criatura.

Mas para conseguir ese nuestro fin sobrenatural son necesarios medios también sobrenaturales, y Dios se ha dignado dárnoslos, pues en todas sus obras resplandece su sabiduría infinita. Esos medios son la gracia, la gracia con la cual nos hacemos capaces del fin sobrenatural para que hemos sido criados; la gracia que nos ayuda y nos auxilia para la consecución de nuestro destino eterno; la gracia en fin que vivifica nuestra alma comunicándole vida sobrenatural, para hacerla capaz de alcanzar el fin sobrenatural.

El efecto de la gracia en el alma humana habría sido el mismo que acabamos de describir, aun cuando nuestros primeros padres no hubieran pecado; mas, ahora viciada la naturaleza humana por la culpa original, la gracia obra la santificación reparando primero en el hombre lo que la caída original arruinó: estamos en ruinas; toda nuestra naturaleza está desordenada, y la gracia verifica primero en nosotros una resurrección maravillosa: no sólo conserva la vida sobrenatural, principia por encender en nosotros la vida divina, luchando para conseguirlo con todas las depravadas inclinaciones de nuestro corazón, que se oponen á la acción de la gracia en nuestras almas.

La gracia no puede existir con el pecado mortal; el pecado venial la debilita; el mortal la destierra completamente del alma; allí donde está la gracia, ni está ni puede estar el pecado; y de una alma en pecado la gracia ha sido necesariamente expelida y rechazada. En el orden sobrenatural de la Providencia divina respecto de las almas son posibles dos estados solamente y nada más, que son ó

el estado de gracia ó el estado de pecado. La gracia hace al alma agradable á los ojos de Dios; el pecado la pone deforme, abominable; y amando Dios tanto como ama á sus criaturas, el pecado le obliga á detestar y aborrecer á una alma manchada, aunque no sea más que con una culpa mortal de pensamiento ó de deseo consentido en el secreto íntimo de la conciencia. Tal es el pecado: tal la gracia.

El Apóstol San Pedro, hablándonos de la gracia, nos dice que, mediante ella nos hacemos participantes de la naturaleza divina: *Divinae consortes naturae* (1), nos deificamos, quedamos endiosados. Hay en las Santas Escrituras ciertos misterios que nos dejan pasmados. ¿Cómo la gracia nos hace participantes de la naturaleza divina? En qué consiste esa participación? ¿Participar de la naturaleza divina! . . . ; Qué breves y sencillas palabras! pero, ¡cuán profundos misterios!

Dios es para sí mismo el objeto, el fin, el término de su amor: fuera de sí propio, de su misma esencia no puede encontrar Dios cosa que pueda ser su fin y el objeto de su amor; y cuando ama las criaturas las ama por sí mismo. Participar, pues, de la naturaleza divina, acaso significará adquirir tanta firmeza y rectitud en la voluntad que, adhiriéndose fuertemente al bien, no haya obstáculos que no venza para conservarse fija é inmóvil en el amor de lo bueno. ¿Qué cosa más inconstante que la voluntad humana? Estarse firme en lo bueno, inmovible en la práctica de la virtud, eso es participar de la naturaleza divina: tan clara la vista del alma que tenga siempre los ojos fijos en Dios; tan recta la voluntad que no ame sino lo que Dios ama, estos son efectos de la gracia. La inmutabilidad en el amor de lo bueno, ved pues ahí cual es la obra

(1) San Pedro, Epístola Segunda, cap. I. ver. 4.

consumada de la gracia en el frágil y voluble corazón humano.

La gracia es para el alma lo que el alma es para el cuerpo: por el alma vivimos, y la gracia hace con el alma lo que el alma con el cuerpo, la vivifica. Una alma privada de la gracia está muerta, ¡Oh! si comprendiésemos bien lo que significa esa muerte del alma! ¡Dios mío! Dignaos hacerme comprender cuán grave mal es el pecado, que puede dar la muerte á mi alma!

Explicada la naturaleza de la gracia satisficente, diremos lo que es la gracia actual.

Dos cosas nos son necesarias para practicar lo bueno: luz para conocer nuestros deberes y la manera de cumplirlos, y fortaleza para poner por obra lo que hubiéremos conocido que debemos practicar: luz para el entendimiento, fortaleza para la voluntad. Y hé aquí el ministerio de la gracia. Llega á las puertas de nuestra alma, y toca nuestro corazón invitándonos á que lo abramos, para tomar posesión de él en nombre de Dios. Nosotros podemos dar libremente entrada á Dios en nuestro corazón; ¡ay! y también podemos cerrar nuestro corazón, rechazar á Dios y no darle entrada! La gracia nunca nos violentará, pues quiere Dios que le amemos, y que nuestro amor sea libre y voluntario.

Después de haber expuesto brevemente lo que es la gracia, consideraremos ahora la plenitud de ella en la Virgen María, la santa é inmaculada Madre de Dios,

II

Muy dignas de ponderación y muy admirables son las palabras del santo Arcángel Gabriel: *Ave, gratia plena*, Dios te salve, llena de gracia. Son palabras absolutas y de afirmación: no dice el Angel, serás llena de gracia, sino que afirma y asevera

que María poseía la plenitud de la gracia antes que fuera saludada: no indica tiempo, no menciona instante alguno; sus palabras son una afirmación absoluta: no expresan un deseo, diciendo ojalá el Señor te conceda su gracia, no: en las palabras del Angel no hay deseo, hay afirmación: ni dice cuando ha sido la Virgen llena de gracia; no habla de tiempo pasado, ni promete la gracia para lo futuro; antes con una afirmación concisa y terminante, sin dejar lugar á dudas ni perplejidades, indica que no ha habido ni un instante siquiera en el cual María no haya estado llena de gracia.

¡Gratia plena, llena de gracia!! ¿Cuándo? Por ventura, ¿en el momento en que le saluda el Angel? ¡Ah! no busquéis el instante de esa plenitud en otro tiempo sino en el mismo de la concepción inmaculada; entonces, al mismo tiempo en que esa alma fué criada, la poseyó la gracia, previniéndola con su plenitud. Es llena de gracia, y no busquéis el momento de esa plenitud después del momento mismo de su creación. Así como la luz desde el momento en que fué criada por Dios fué brillante, espléndida y perfecta, distinta y segregada de las tinieblas; así también María desde el momento mismo de su creación brilla y resplandece con la plenitud de la gracia, saliendo inmaculada de entre la pecadora descendencia de Adán. *¡Gratia plena!* llena de gracia; siempre, en todos los instantes de su vida.

Tampoco la palabra del Angel es palabra de deseo: no expresa la voluntad de que le sobrevenga á la Virgen la plenitud de la gracia, ni pide para Ella un bien futuro: el Angel proclama un hecho, ya cumplido y verificado en un tiempo anterior á su embajada. Ya María poseía la gracia aun antes que el Angel Gabriel le saludara, llamándole llena de gracia.

Procuremos comprender algo de lo que significa esa plenitud, procuremos sondear ese abismo de santidad que es y se llama corazón de la Virgen. Tomaremos por guías nuestros á los Santos Padres y escucharemos sus palabras, que es muy satisfactorio oírlos cuando hablan de la Santa Madre de Dios.

¿Qué significa aquella plenitud de gracia que poseía la santa Virgen en el momento en que le saludó el Angel diciéndole: *Gratia plena*, llena de gracia? ¿En qué consiste ese lleno, esa plenitud?... Esa plenitud, ese lleno consisten en que María poseyó una gracia santificante proporcionada á la incomparable dignidad de Madre de Dios, para que había sido predestinada. Y bien, ¿cuál fué la medida de esa gracia? ¡ Ah! La medida de esa gracia fué el no tener término, tasa ni limitación alguna, porque fué inmensa, fué simplemente infinita: la medida de esa gracia fué por consiguiente no tener medida!... María había recibido la mayor gracia posible que puede recibir una pura criatura: á María había concedido Dios la gracia mayor que Dios con ser Dios puede dar á una pura criatura: ni María podía recibir gracia más excelente, ni Dios mismo podía dársela mayor á la Virgen.

Lleno se llama un vaso, dice el Bienaventurado Alberto Magno, cuando contiene toda cuanta cantidad de agua puede haber en su capacidad, hasta rebosar: en alma humana, en pura criatura ya no cabía, ni era posible que cupiera, gracia mayor que la que se había concedido á la santa Virgen. En la plenitud de la Virgen nada hay vacío: un vaso está tanto menos lleno cuanto más agua pueda recibir. Así es que, toda criatura racional siempre está más ó menos vacía, porque sea cualquiera la gracia que haya recibido, siempre puede recibir todavía una gracia mayor. Solamente estuvo llena de

gracia aquella que no podía recibir ya una gracia mayor que la gracia que poseía. *Ipsa autem sola gratia plena fuit, quia majorem gratiam habere non potuit* (1). Sólo Dios es superior á la Madre de Dios.

¿Queréis conocer cuán grande fué la santidad de la Virgen, cuánta la plenitud de su gracia santificante?... Hé aquí como la pondera San Anselmo, diciendo: que convenía que el Hombre-Dios fuese concebido por una Madre purísima, la cual permaneciendo virgen brillara con una pureza y santidad, sólo inferior á la de Dios. *Decens erat ut ea puritate, qua major sub Deo nequit intelligi, virgo illa niteret* (2). Conveniente era que la Virgen resplandeciese con una pureza tan grande, que entre las criaturas no pudiera nunca encontrarse mayor.

En varios lugares de la Escritura Santa se habla de plenitud de gracia, y de varios santos se nos dice que fueron llenados de la gracia del Espíritu Santo. ¿Qué significa, pues, la plenitud de gracia en las Santas Escrituras? Esa plenitud de gracia de los santos sería, acaso, la misma plenitud de gracia que poseyó la Virgen?... Para medir el grado de gracia santificante que le fué concedido á la Virgen María ya desde el instante mismo de su concepción inmaculada, es necesario tener presente el ministerio de Madre de Dios para que fué predestinada desde toda eternidad. Ese ministerio elevó á la Virgen á una dignidad verdaderamente inmensa, haciéndola merecedora de una gracia también inmensa: la medida de la gracia es la dignidad del destino á que Dios llama á una criatura; pues como el destino sobrenatural no pueda alcan-

(1) Biblia Beatae Virginis, cap. 2. Lucas,

(2) De Conceptu Virginali, cap. 18.

zarse sino mediante la gracia santificante, Dios, cuyas obras son sapientísimas, proporciona siempre los medios á los fines, concediendo á la criatura racional todos aquellos auxilios sin los cuales no podría alcanzar libremente el fin para que el Señor la ha criado. Dícese, pues, llenos de gracia según la capacidad respectivamente propia de cada uno, como enseña Santo Tomás, todos los santos, todas las almas justas, en cuanto han recibido de Dios aquel grado de gracia santificante, que cada una necesitaba para llegar al estado ó fin á que había sido destinada.

Si la medida de la gracia que santifica las almas es el ministerio para que Dios las ha predestinado, ¿cuál fué el grado de gracia santificante con que llenó Dios el alma de la Virgen, elegida y predestinada para ser Madre de su Unigénito humanado? Cuál fué esa dignidad? Quién podrá medir lo elevado de ese destino? Sí, cierto: los santos todos, los espíritus angélicos, todos han estado llenos de gracia; pero, como dice San Juan Damasceno, entre los siervos de Dios y la Madre de Dios hay una diferencia infinita. *Infinítum Dei servorum ac Matris discrimen est* (1). A todos se da la gracia con tasa, con medida; á María sin tasa, sin medida: ellos son siervos; María es Madre. Ellos, gotas de agua clarísima; María, el océano, el abismo de las aguas de santificación, en que reverberó el Eterno Sol de Justicia. *Virgo*, como dice el mismo San Juan Damasceno, *Virgo vitæ thesaurus, gratiæ abyssus immensa*. Los demás tuvieron vida; María fué el tesoro mismo de la vida: los demás participaron de la gracia; María fué un inmenso abismo de gracia.

Según la capacidad del vaso, así es el grado

(1) Oración quinta de Dormitione Virginis.

de gracia que puede recibir, y, aunque todos estén completamente llenos, aquel contendrá más que más pueda recibir. Inmensa fué, dice San Buenaventura, la gracia de que estuvo llena la Virgen, pues vaso inmensamente capaz no podía quedar lleno, sino con gracia inmensa. ¿Quién puede medir la inmensa santidad de María? . . . *Quis inmensitatem Mariæ potuit mensurare?* (1).

La gracia, pues, concedida á la Virgen y, por tanto, su santidad fué inmensa y la mayor que Dios con ser Dios puede conceder á una pura criatura, y la mayor que una criatura puede recibir. Después de Jesucristo, el Hombre-Dios, no hay ni es posible que haya jamás criatura más santa que la Virgen, porque nadie ha recibido nunca ni es posible que reciba jamás gracia tan inmensa, tan singular, como la que recibió María desde el momento mismo de su concepción inmaculada.

En la Santa Escritura se cuenta la creación de la luz, de esta manera tan sencilla como sublime. Y Dios dijo: haya luz y hubo luz, ó con mayor propiedad: brille la luz y la luz brilló. *Dixitque Deus fiat lux et facta est lux.* Así, la más hermosa entre todas las criaturas puramente materiales ó sensibles salió perfecta y acabada á la voz del Criador, brotando del seno mismo de las tinieblas: la luz desde el instante de su creación fué llena de hermosura, y tan perfecta que, según la expresión de la Escritura, el mismo Dios, viéndola, se llenó de contento, y por su obra el Criador se felicitó á sí mismo. *Vidit que Deus lucem quod esset bona* (2). La luz sale y brota de entre las tinieblas, y derramándose en un instante por los inmensos ámbitos del espacio, ilumina, colora, hermosa y hace visi-

(1) Speculum, B. M. V, Lección 5ª

(2) Génesis, cap. 1º versículos 3 y 4.

ble la vasta y estupenda creación, que, á oscuras, sin la luz, estaba en cierto modo como sepultada en los tenebrosos abismos de la nada. Ella representa bajo el símbolo de su hermosura á la obra más admirable y graciosa del Altísimo en el orden sobrenatural. La luz brota de entre las tinieblas, saliendo esplendorosa y brillante del seno mismo de la oscuridad: María, hija del linaje humano, descendiente de Adán, sale pura y santa de entre las generaciones manchadas y pecadoras, y brota immaculada del seno mismo del pecado: la luz es criada por la palabra de Dios, pues el Criador habló para criarla, y la luz brilló al punto mismo, en que en el seno estéril de la nada resonó por la primera vez la voz del Criador: María ocupa entre las criaturas el primer lugar; todo cuanto ha salido ó saldrá de las manos del Criador está destinado á glorificar á Dios, porque la gloria de Dios es el fin de toda la creación. ¿Y cómo llena la creación ese fin? Lo llena de una manera admirable por medio de Jesucristo, dando á Dios adoración, honra y gloria infinita: Jesucristo es, pues, según la expresión del Apóstol, Aquel en quien todas las cosas subsisten: *Omnia in ipso constant* (1). Y Jesucristo es el Hombre Dios, y como tal el Hijo de la Virgen. Ved, pues, á María asociada necesariamente á su Divino Hijo en los designios eternos: vedla ahí á esa primogénita entre todas las criaturas, saliendo de la boca del Altísimo, para hacer que brille en los cielos la luz indeficiente del Cordero. . . . María ocupa en los designios eternos el primer lugar entre las puras criaturas; y así como por la luz material el universo mundo es visible y se hermosa, así también por medio de la Virgen el mundo sobrenatural ha

(1) Epístola á los Colosenses, cap. 1.º ver. 17.

sido revelado y se han puesto de manifestó á los ojos de la humana contemplación los inefabes atributos de la Divinidad. Por esto la Iglesia católica aplica á María estas palabras, que la Sabiduría increada dijo de sí misma: *Ego ex ore Altissimi prodivi, primogenita ante omnem creaturam*. Yo, la primogénita entre todas las criaturas, salí de la boca del Altísimo: *Ego feci in coelis ut oriretur lumen indeficiens* (1). Yo hice que en los cielos brillara una luz indeficiente. ¡Qué! Acaso los cielos estaban en tinieblas?... Los cielos, se dice en el Apocalipsis, no necesitan de la claridad del sol ni de la luna ni de las estrellas, porque la antorcha que los ilumina es el Cordero de Dios. *Lucerna ejus est Agnus* (2). Y ¿quién prendió esa antorcha divina que alumbra y regocija la ciudad celestial sino María? La lumbré divina del Cordero es la claridad de la Jerusalén bienaventurada, cuyo día de gloria no tendrá noche jamás.

DEPRECACIÓN.

¡Oh! María! ¡Oh! Virgen inmaculada! ¡Oh! santa Madre de Dios! ¿Quién soy yo miserable que me atrevo á pronunciar vuestro nombre? ¡Qué ciega audacia la mía! Yo tomar vuestro nombre, puro y santo, en mis labios manchados! yo pecador, elogiaros á Vos, la misma pureza y santidad!... ¡Perdonad mi atrevimiento. ¡Oh! Virgen soberana!... *Non est spetiosa laus in ore peccatoris* (3), ¡ah! que no está bien la alabanza en boca del pecador: pero, Vos, siendo quien sois, os dignáis ser Madre nuestra; y nosotros, á pesar de

(1) Eclesiástico, cap. 24, versículos 5 y 6.

(2) Apocalipsis, cap. 21, ver. 23.

(3) Eclesiástico, cap. 15, ver. 9.

nuestra ruindad y miseria, tenemos la dicha y la honra de creer en Vos y de invocaros con el tierno y dulcísimo nombre de Madre: yo postrado ahora en vuestra presencia, humillado, confuso y lleno de vergüenza, porque mi conciencia me pone á la vista la fea y vergonzosa serie de mi vida, tejida toda de culpas, formada de pecados, ¿qué haré para excusarme? qué diré para disculparme? Ay! Excusas!! Disculpas!! Que las aleguen otros pobrecillos, á quienes habrá, talvez, faltado la gracia para santificarse, ó á lo menos la gracia con la abundancia con que se me ha concedido á mí. Me pasmo de mí mismo, cuando considero el desprecio que he hecho de la gracia de Dios, desprecio insensato, desprecio criminal! ¡Cuántos y cuántos con la gracia que se me ha dado tan generosamente á mí, se habrían santificado, y yo, ¡oh! María! no sólo no me he santificado, sino que cada día he ofendido más y más á Dios, y en mí los pecados han ido creciendo en número y malicia al compás de mis años! ¡Yo me humillo, yo me confundo, yo me avergüenzo! ¡Oh! María! compadeceos de mí! ¡Oh! María! amparadme, ¡Oh! María! socorredme! A Vos vengo, á Vos acudo, á vuestro patrocinio me acojo: merezco que me despreciéis, merezco que me deshechéis, indigno soy de que me amparéis: pero no os portéis conmigo como yo lo merezco; portaos como os lo inspire ese vuestro corazón purísimo y compasivo.—Así sea.



LECCION TERCERA.

DIA TRES DE MAYO.

CONTINÚA LA EXPLICACIÓN DE LA PLENITUD DE
GRACIA SANTIFICANTE EN LA VIRGEN MARÍA:
GRATIA PLENA, LLENA DE GRACIA.

I

La gracia santificante concedida á la Virgen fué la mayor que puede recibir una pura criatura, y también la mayor y más excelente que Dios con ser Dios puede conceder á una pura criatura.

Para la santificación de una criatura son indispensables la acción de Dios, que concede la gracia, sin la cual sería imposible la santificación; y la acción de la misma criatura, que debe cooperar libremente á la gracia que le haya sido dada. En la santificación de la Virgen María no alteró la Providencia ni derogó aquel orden de santificación tan sabiamente establecido: derramó en el alma de la Virgen un piélago inmenso de gracias, y exigió de Ella una cooperación libre y voluntaria á las gracias que había recibido.

Consideremos primero lo que Dios hizo, por su parte, para santificar á la Virgen, recordando ante todo que el Verbo Eterno se debió preparar una Madre santa, una Madre, que fuese digna de compartir con Dios Padre los derechos de la filiación respecto de Aquel que, hecho hombre en el seno virginal de María, continuaba siendo lo que desde toda eternidad había sido, el Unigénito del Padre

y la imagen de su sustancia. Para que de algún modo podamos hacer palpable la santidad de la Virgen, convendrá que la comparemos con la de los demás ángeles y santos; y, como la santidad depende de la gracia y de la correspondencia á ella, examinaremos si la gracia que recibió la Virgen fué mayor que la que recibieron los santos, y qué diferencia hubo entre la gracia concedida á éstos y la gracia destinada á la Madre de Dios.

La gracia concedida á la Virgen fué mayor que la que han recibido todos los ángeles y santos juntos, no sólo en el comienzo de la santificación de ellos, sino cuando estuvieron ya consumados en justicia y santidad. María fué, pues, más santa que todos los ángeles juntos; más santa que todos los santos y santas juntos, no sólo de los tiempos que precedieron á la venida del Salvador, sino de todos los que á ella se han seguido y de los que se seguirán hasta el fin de los siglos.

Hé aquí como discurre Santo Tomás, tratando de la santificación de la Virgen (1).

Damos el nombre de principio á todo aquello, de donde una cosa se sigue ó procede de cualquiera manera que sea: así, como el calor nace del fuego, decimos muy bien que éste es un principio de aquel. Por tanto, cuanto más cerca estuviere una cosa del principio de donde procede, tanto más participará de su naturaleza ó influencias: la que se hallare más próxima á una hoguera recibirá mayor calor, y la que estuviere junto á la luz gozará de mayor claridad, que otra que se mantuviere de ella alejada; y así, según la distancia del foco de luz y de la hoguera, así serán la claridad y el calor.

Dios es el autor y principio de la gracia, la que

(1) Santo Tomás, Suma teológica, Cuestión 27ª de la Tercera Parte.

se suele dar á los hombres en virtud de los méritos infinitos de Jesucristo; pues Nuestro Señor, en cuanto Dios como Unigénito del Padre, es el mismo autor y criador de la gracia; y como verdadero hombre tiene en su alma y cuerpo sagrados el instrumento con que ha merecido la gracia, y con que se digna misericordiosamente comunicarla á los hombres, que somos sus hermanos. Decid ahora, ¿quién entre todas las criaturas ha estado ni puede estar más cerca de Dios, y más unida con Dios, que la Virgen María? Quién ha participado, por lo mismo, de mayor gracia? Será posible que alguna criatura llegue á estar tan próxima á Dios, tan íntimamente unida con Dios como lo estuvo la Virgen?

La gracia de la Virgen no es una simple gracia de adopción filial, como la que se concedió á los ángeles y á los santos; es una gracia de maternidad real y verdadera, por la cual la Virgen María llegó á tener con el Unigénito de Dios humanado una relación de unión necesaria é indisoluble, pues el Verbo de Dios tomó del seno virginal é inmaculado de María la carne y la sangre, con que había de ser realmente y llamarse, con toda verdad, hijo del hombre, *Filius hominis*.

Si Dios es el principio y el autor de la gracia, tanto mayor será la gracia que posea una criatura, cuanto más cerca estuviere de Dios y más íntimamente unida se hallare con su Divina Majestad: la gracia habitual y, por consiguiente, la santificación depende de la mayor unión con Dios; y aquella criatura será más santa que con Dios estuviere más unida; y aquella que entre todos los espíritus celestiales y criaturas posibles hubiese llegado á tener con Dios la unión más íntima y más estrecha que fuere posible; aquella, á quien ya ni el mismo Dios pueda acrear más á sí, esa será más santa, esa no tendrá igual en gracia y santidad. ¡Esa criatura

es la Virgen ! ¡ Esa criatura es María ! Más santa que todos los santos, más llena de gracia que todos los ángeles, más unida con Dios que todos los ángeles y santos juntos

¿ Puede darse mayor ni más íntima y estrecha unión con Dios que la que tuvo en su vida mortal la santa Virgen María ? No, no es posible más íntima ni más estrecha unión con Dios. El Redentor, Nuestro Señor Jesucristo, es verdadero hijo de la Virgen María, pues en las virginales entrañas de Ella el Verbo de Dios tomó cuerpo humano y se revistió de naturaleza humana ; algo de la sustancia de María fué, por tanto, unido á la persona divina del Verbo ; y durante nueve meses enteros el Dios humanado vivió de la vida misma de la Virgen, y así la vida del Verbo Divino humanado, estuvo dependiente de la vida de María. ¿ Será posible unión más íntima ? Será dable ni imaginable siquiera unión más estrecha ?

Y esa unión de María con el Verbo Divino humanado no se acabó ni terminó con el nacimiento de Jesucristo, pues la Encarnación estableció entre la Madre-Virgen y el Hijo divino relaciones necesarias, relaciones indisolubles, relaciones eternas, que no podrán variarse ni mudarse jamás. María será siempre la Madre de Dios mientras Dios fuere Dios.

El amor que Dios tiene á una criatura está en relación con la gracia y santidad de ella : Dios no puede amar á una criatura racional, destinada á un fin sobrenatural, sino está revestida y adornada de la gracia, que la hace digna del amor de Dios ; y tanto mayor será este amor, cuanto mayor fuere la gracia de que se hallare adornada la criatura. ¿ Cuál deberá ser, pues, por tanto la medida de la gracia otorgada á la Virgen, sino la medida del amor que Dios le tuvo desde toda eternidad ? Ese amor po-

drá decirse, acaso, que fué el mismo que Dios tuvo á los ángeles y á los santos? ¡Ah! no: á los ángeles, á los santos amaba Dios desde toda eternidad con amor de padre para con sus hijos, de señor para con sus siervos; á la Virgen, empero, la amaba desde toda eternidad, con amor de hijo para con su madre. El Unigénito de Dios Padre debía estar un día colgado de los pechos virginales de María, y Ella había de decir con toda verdad al hijo de sus entrañas lo mismo que el Padre Eterno á su Unigénito, la segunda Persona de la adorable Trinidad: Tú eres mi hijo, y en tí tengo todas mis complacencias! ¿Cuál es la naturaleza y condición del amor filial, del amor de un hijo para con su madre? El amor filial, el amor de hijo para con su madre, es ante todo un amor de distinción y de preferencia, por el cual el hijo, en su corazón, ama á su madre prefiriéndola y anteponiéndola á todo otro objeto amado, por grandes que sean los méritos de éste. Puede el hijo reconocer, é indudablemente reconoce, cuantas otras personas le hacen ventajas á su madre; pero, á pesar de ese conocimiento, el hijo en su afecto coloca á su madre en el primer lugar, en el lugar de preferencia; y en el corazón y en los afectos de un hijo aquel lugar de distinción y de preferencia nadie le disputa, nadie tiene derecho á disputárselo á una madre. Naturaleza ha formado así el corazón humano, y ese nuestro corazón humano, así formado, así acondicionado, está formado y acondicionado así, según el corazón de Dios. Dios ha modelado nuestro corazón y lo ha criado conforme á su propio corazón.

Dios ha amado, pues, á la Virgen con un amor de predilección y de preferencia, anteponiéndola y prefiriéndola á todas las criaturas, desde toda eternidad. Y el amor que Dios tenía á la Virgen inmaculada no era solamente el amor de un señor para

con sus siervos, ni el de un padre para con sus hijos adoptivos, sino el amor de un hijo para con su madre. Reflexionemos que Jesucristo ha sido el único hijo que pudo, antes de nacer, escogerse y prepararse para sí anticipadamente una madre. ¿Quién hay que, pudiendo prepararse y escoger anticipadamente una madre, no se la preparara y escogiera muy excelente y perfecta, enriqueciéndola con cuantos beneficios le fuera posible? Y solamente Jesucristo, el Hombre-Dios, había de dejar de hacer lo que no querría omitir para con su propia madre ni el más ruin de los mortales? ¡ Ah! ¡ Cómo ni decirlo, ni imaginarlo siquiera! ¡ Cómo hacer esa injuria á Jesucristo!

El Verbo de Dios amaba á María desde toda eternidad con amor de hijo para con su madre, porque en la persona adorable de Jesucristo se unieron la naturaleza divina, por la cual el Verbo ha existido con Dios siendo Dios desde toda eternidad, y la naturaleza humana, por la cual en el tiempo principió á ser hijo de la Virgen. Si el Verbo Divino amaba, pues, desde toda eternidad á la Virgen con amor de hijo para con su madre, ese amor debió ser un amor de predilección y de preferencia singular, por el cual el Verbo Divino haya preferido y antepuesto en su amor la Virgen á todas las demás criaturas juntas. En efecto, el Verbo Eterno amó á María con amor filial, es decir, con amor de preferencia, ó la amó solamente con aquel amor ordinario y común con que el Señor ama generalmente á sus escogidos: mas, si la amó solamente con un amor común, la gracia de la Virgen también debió ser común y ordinaria, y por consiguiente su santidad debió quedar encerrada y contenida en los límites de la santidad común. Sin embargo, como Dios es infinitamente sabio, la conducta observada para con la Virgen debió tener motivos, en los cuales se

pusiera de manifiesto y no pudiera menos de reconocerse la infinita sabiduría de Dios: pregunto, pues, yo ahora: ¿Dios amó con amor de predilección á su Madre? Si la amó con amor filial, con amor de preferencia, María estuvo más llena de gracia que todas las criaturas juntas. Si el Verbo Eterno no amó á María con amor de preferencia, la gracia que se concedió á la Virgen fué la misma ordinaria y común, fué la gracia que se da, tasada y medida, á los siervos; y en tal caso el Verbo Divino pudo encarnarse en una madre mejor. Y, ¿por qué no se preparó y escogió una madre mejor? No quiso preparársela? Pues, dónde está su bondad! No pudo? Pues, decid que fué de su omnipotencia! No acertó á preparársela mejor? Pues cómo es infinitamente sabio! . . . María recibió una gracia común, con esa gracia no salió de la jerarquía de los siervos. . . . ¡Ah! ¡Cómo ni imaginárselo siquiera! Cómo suponerlo siquiera! ¡Cónque, el Verbo de Dios sería el único que, pudiendo hacer reina y soberana á su madre, se contentó con darle lugar entre sus esclavos! ¡No, Dios mío, no! Vos os preparasteis en la Virgen María una Madre digna de vuestra grandeza infinita!

El amor que Dios tiene á las criaturas racionales debe ser, ante todo, un amor de amistad, el cual no puede concebirse sin la gracia santificante, mediante la cual la criatura se hace digna de ser amada por Dios; y, como el distintivo del amor sea el hacer obsequios al amado, aquella criatura será tanto más amada cuanto más preciosos y excelentes sean los dones que haya recibido. Por los dones se mide el amor; y, por tanto, María, á quien Dios hizo, dándole la dignidad de Madre suya, el dón mayor y más precioso que tuvo el Omnipotente en los tesoros de su bondad, María es la criatura, á quien Dios ama con más amor que á to-

das las criaturas juntas.

El dón tan regalado de la Divina Maternidad está atestiguando cuánta era la plenitud de gracia de la Virgen: ese dón es prueba de amor especial infinito: y ese amor se alimenta con la inagotable plenitud de gracia santificante, derramada hasta rebotar, en la Virgen.

La plenitud de gracia de la Virgen la constituyó en un grado de santidad incomparable y muy superior al de todos los ángeles y santos; de tal manera que, después de Jesucristo, María es entre las puras criaturas la más santa. Por esto, la Iglesia Católica nos enseña y manda adorarla y venerarla con un culto especial, distinto del culto que tributamos á los ángeles y á los santos; y para ese culto en las Ciencias Sagradas se ha inventado un nombre propio, y se le ha llamado *hiperdulia*.

Conviene distinguir muy bien, como la misma Iglesia nos enseña, el culto debido á Dios Nuestro Señor, del que podemos y debemos tributar á las criaturas, es decir á los ángeles y á los santos que reinan con Dios en el cielo. El culto con que adoramos á Dios no puede jamás confundirse con el que damos á los ángeles y á los santos: á Dios adoramos por ser Dios quien es; á los ángeles y á los santos les rendimos culto de reverencia y alabanza en cuanto están unidos con Dios y son nuestros intercesores para con su Divina Majestad. Pero entre todos los ángeles y santos la Iglesia católica distingue, con un culto especial, á la Virgen María, porque María en santidad es superior á todos los ángeles y santos: así, á la Virgen le tributa la Iglesia el culto más rendido, más fervoroso y humilde, el mayor que puede rendirse á una pura criatura: no es posible dar á las criaturas un culto mayor que el que la Iglesia Católica tributa á la Virgen. Ahora bien: decíme, ¿ese culto no es la expresión del

dogma de la Maternidad Divina? ó mejor dicho, ¿ese culto no se funda en la santidad incomparable de la Madre de Dios? La Iglesia Católica, maestra infalible de la verdad, ni ha errado ni puede errar jamás en un punto tan trascendental y grave, como es el relativo al culto y á la adoración que se debe á una pura criatura: por tanto, ó María es más santa que todos los ángeles y santos juntos, ó la Iglesia Católica yerra funestamente, ofende á Dios, escandaliza al mundo y es causa de la perdición eterna de los fieles, cuando nos enseña y manda tributar, y cuando ella misma tributa á la Virgen María un culto superior al que rinde á todos los demás santos. ¡Oh! No: la Iglesia Católica, á quien asiste el Espíritu Santo, ni ha errado ni podía errar jamás: hínca la rodilla delante de la Virgen, porque María es santa: le tributa, en testimonio de amor y reverencia filiales, el mayor culto que se puede tributar á una pura criatura, porque María es más santa que todas las criaturas, y es más santa, porque en Ella se derramó, sin tasa ni medida, la plenitud de la gracia santificante.

Levantemos ahora los ojos al cielo y contemplemos aquella morada de verdadera felicidad y de paz envidiable, donde con Dios reinan eternamente los escogidos. ¡Qué hermosa es la mansión de la gloria, dividida en aquellas jerarquías de ángeles y de santos, que la pueblan! Todos los santos ocupan coros ó jerarquías, según sus méritos y la gracia que recibieron. Dios, justo remunerador de la virtud, premia en el cielo la que se practicó aquí en la tierra, con la fiel correspondencia á la gracia recibida; y á cada santo le discierne una corona proporcionada á sus méritos. Y tanto mayor es el premio y tanto más excelente el grado de gloria que alcanza cada uno, cuanto más perfecta y elevada haya sido en la tierra su santidad.

¿Y cuál es el lugar que ocupa la Virgen en el cielo? Cuál la jerarquía en que está colocada? Con qué premio ha sido galardonada su santidad?... En este punto, la misma Iglesia Católica es quien nos ha de instruir con su magisterio infalible. ¿Qué nos dice, pues, la Iglesia acerca del lugar que la Virgen ocupa en el cielo?... Todos los ángeles, todos los santos en el cielo son reyes, son príncipes; pero María es reina entre reyes y señora de soberanos: no forma parte de ninguna jerarquía humana ni angélica, sino que Ella sola, constituyéndose por sí misma una jerarquía especial, resplandece aislada en el Empíreo, sobre todas las jerarquías y coros angélicos, como única en la gracia, como sin par en la santidad.

Debajo, como inferiores á María, están los coros de los santos y las jerarquías angélicas aún las más encumbradas. Cerca del trono de Dios María brilla con una lumbré de gloria incomparable, reberverando en su alma y cuerpo inmaculado los rayos de la gloria misma de la Augusta Trinidad.

Por altos, por sublimados que se hallen en el cielo los santos y los espíritus angélicos, no llegan á frisar con el trono de gloria, desde donde la divina Virgen forma el encanto y embeleso de la celestial Jerusalén.

Con razón entusiasmada canta la Iglesia diciendo: *Exaltata est Sancta Dei Genitrix super choros Angelorum ad celestia regna* (1). La santa Madre de Dios ha sido en los cielos exaltada sobre los coros de los Angeles. ¿Por qué ese tan encumbrado puesto en la gloria? ¿Por qué ese trono celestial tan cerca del trono del mismo Dios? ¿Por qué ese trono tan superior á las jerarquías angéli-

(1) En el oficio de la Asunción de la Virgen, el 15 de agosto, en el Breviario romano.

cas? ¡ Ah! por qué, sino porque María está en santidad muy por encima de los mismos ángeles!! . . . La luna es humilde, es apacible, es modesta; pero contempladla cuando se enseñorea del firmamento, y veréis cómo con el brillo de su luz quedan eclipsadas las estrellas!

II

En la distribución de los dones y gracias de Dios hay un orden y una economía admirables. La gloria es premio, con que se remunera y galardona la fiel observancia de los mandamientos divinos; y la gracia, el auxilio, la fortaleza de que asistida la decaída naturaleza humana, llega á la consecución de su destino sobrenatural, que no es otro sino la posesión de la vida eterna. De este orden y economía admirables está pendiente todo el misterio de la predestinación: Dios á nadie niega la gracia necesaria para la salvación eterna; pero la gloria no se concede sino al que se hubiere hecho acreedor á ella mediante su cooperación á la gracia. ¿ En qué se funda, pues, todo el secreto de la predestinación? ¿ En qué se funda sino, en la libre y voluntaria correspondencia á la gracia por parte de la criatura racional? ¿ La gracia, que unos reciben para cooperar á ella y salvarse; y que otros innumerables desprecian y pisotean para perderse eternamente!

La gracia divina es, por lo mismo, una condición indispensable, sin la cual no puede existir la gloria para los que se han salvado. Mas, si este es el orden establecido por la Providencia, si esta es la divina economía guardada en la distribución de los bienes sobrenaturales, ¿ cuál fué la que se observó por el Altísimo respecto de la Virgen María? Los teólogos suelen enseñarnos que hay predestinación á la gracia, y predestinación á

la gloria y á la gracia juntamente; y que todos cuantos se salvan han recibido el beneficio de una de estas dos predestinaciones, ó á la gracia sola, ó la gracia y á la gloria juntamente. ¿Cuál de estas dos clases de predestinación fué la de la Virgen María? Fué, talvez, á la gracia sola? No! Fué acaso á la gracia y á la gloria? ¡Tampoco! ¿Cuál fué, pues, la predestinación de la Virgen? La predestinación de María fué una predestinación extraordinaria, fué una predestinación especial, y pertenece al orden único de la predestinación reservada á la naturaleza humana en Jesucristo; pues, así como el alma y el cuerpo sagrados de Nuestro Señor no fueron predestinados ni á la gracia ni á la gloria solamente, sino á la unión hipostática de la Divinidad en la persona adorable del Unigénito de Dios; así también la Virgen María no fué predestinada solamente á la gracia y á la gloria, sino á la Divina Maternidad; es decir, á suministrar al Verbo de Dios la naturaleza humana, de que había de revestirse para salvar á los hombres.

Sin Jesucristo Nuestro Señor, sin sus méritos infinitos, el linaje humano, la miserable descendencia de Adán habría estado perdida sin remedio, y perdida para siempre. El Redentor nos abrió las puertas del cielo, satisfaciendo por nosotros, con satisfacción de estricta justicia, la deuda que por el pecado teníamos contraída, adquiriendo para nosotros el derecho á la gloria, y mereciendo que fuésemos elevados á la dignidad de hijos de Dios. Sin Jesucristo, pues, no habría habido ni redención, ni gracia divina, ni salvación eterna: á Jesucristo Nuestro Señor se lo debemos todo, sin Jesucristo habríamos sido eternamente desgraciados.

Mas, en los adorables decretos de la sabiduría infinita de Dios la existencia de Jesucristo está de tal manera determinada y predestinada, que inclu-

ye y exige, necesaria é indispensablemente, la de la Virgen María. Sin Jesucristo la existencia de María habría sido imposible; y asimismo Jesucristo no podría existir sin la Virgen su Madre, porque, como lo dijo Pío IX, proclamando el dogma de la Concepción Inmaculada, uno y el mismo decreto fué el que nos dió á Jesucristo y el que nos dió á su Divina Madre (1). Ya no se puede, pues, confundir á María con los ángeles ni con los santos: el cielo se abre á los hombres por Jesucristo, que, en cuanto hombre, es también cabeza de los ángeles, y María está asociada inefablemente con Jesucristo para la Redención de los hombres, y como Madre de Dios, aunque hija de Adán, es también Reina de los ángeles. Para los hombres corre la sangre del Hombre-Dios y los redime; mas esa sangre, que el Unigénito de Dios toma de las entrañas de una humilde hija de Adán, ostenta en Ella principalmente todas las maravillas y prodigios de la diestra del Omnipotente, sacándola inmaculada y santa del seno mismo de una raza pecadora.

¿Y ahora será posible comparar la gracia santificante concedida á la Virgen con la gracia que salvó á los ángeles y á los santos? En el momento mismo en que fué criada el alma de la Virgen, se le debió dar una gracia cual correspondía á la dignidad de Madre de Dios, para cuyo ministerio era en aquel instante sacada de la nada. María en el momento de su concepción inmaculada era en los designios eternos tan Madre de Dios, como quince años después en el instante de la Encarnación del Verbo Divino en sus entrañas virginales. Al criar Dios el alma de María, criaba el alma de su Ma-

(1) Hé aquí las palabras del Papa Pío IX en la Bula *Ineffabilis Deus*: Et at illius Virginitatis primordia transferre, quae uno eodemque decreto cum Divinae Sapientiae incarnatione fuerant praestituta.

dre y debía por lo mismo criarla digna, desde aquel mismo instante, de su infinita Majestad, para cuya Madre la criaba. El fin de la creación es la gloria divina; y cuando Dios en los designios inescrutables de su providencia permitió el pecado de nuestros primeros padres, la redención por rigor de estricta justicia estaba también prevista y determinada. ¿Cómo podía, pues, estar incluída la Virgen en el decreto que permitía el pecado? Predestinándola Dios para encarnarse en Ella, no pudo, acaso, ó, talvez, no quiso criarla inmaculada? Si no pudo, decidme, ¿quién fué ese más poderoso que Dios, de cuyas manos el Altísimo no pudo librar á su propia Madre? Quién fué ese tan poderoso, cuyas cadenas no pudo quebrantar Dios, para librar del cautiverio á su Madre? ¡Qué afrenta para el Eterno! Pudo redimir á su Madre después, ¿por qué no había de poderlo antes? Por ventura, la sangre y los méritos del Redentor no eran desde toda eternidad tan infinitos en el divino acatamiento, como el día de la muerte de Jesucristo en el Calvario? . . .

Si no quiso Dios criar á su Madre en gracia: si no la quiso criar inmaculada, debemos decir entonces que fué más glorioso para Dios dejar que el demonio tomase posesión de la criatura á quien había predestinado para Madre de su Unigénito, y que la tuviese cautiva bajo su yugo, que preservarla del pecado original. Si la sangre del Hombre-Dios fué poderosa para redimir á la Virgen, diremos que no lo fué para preservarla? . . .

Mas, ¿de dónde ese límite á una sangre omnipotente? por qué esos defectos de poder y virtud en una sangre infinita? Acaso, ¿del pecado mismo? ¡Qué absurdo! ¡Cuánto no exceden y sobrepujan los méritos infinitos del Redentor á la malicia y gravedad no sólo del pecado original, siuo

de miles de millones de pecados originales que se hubieran cometido!

¿Habrá alguien tan temerario que se atreva á blasfemar de Dios, diciendo que, á pesar de su infinita sabiduría, no acertó con el camino de criar inmaculada á su madre, preservándola del pecado original? ¿Qué hombre habría en el mundo que, pudiendo preservar de la muerte á una persona querida, la dejara morir para darse la satisfacción de resucitarla después? Quién es el que dejara perecer á una madre querida, pudiendo salvarla de la muerte? ¿Y dejarla perecer con muerte cruel, con muerte vergonzosa, con muerte humillante! Y siendo esa madre una víctima inerme y desvalida! ¿Y siendo el Hijo fuerte y poderoso! ¿Oh! ¿qué de absurdos se siguen de suponer que María haya sido concebida en pecado! ¿Qué Dios, pudiendo haberla criado libre, la crió esclava: pudiendo criarla viva con la vida de la gracia, la crió muerta con la muerte sobrenatural del pecado original! ¿Que al abrir María los ojos á la luz de la vida, los abrió en tinieblas; y al pasar de la nada á la existencia, el Criador la dejó impasible que cayese cautiva en las garras de Satanás!

Dios desde toda eternidad amaba á María y la amaba con un amor de predilección y de preferencia: Dios amaba á María más que á todas las criaturas juntas; y si hubiera permitido que fuese concebida en pecado, si no la hubiera preservado de la culpa original, habría necesidad de confesar también, que á su criatura predilecta, que al objeto de su amor lo hizo objeto de su odio, y que el Señor se puso á sí mismo en la necesidad de tener aborrecimiento á la que era objeto de su mayor amor y cariño. Si Dios amó á la Virgen con amor de hijo para con su madre, no pudo menos de preservarla del pecado original. Conocemos lo que es el amor en

el mezquino corazón humano, y de cuanto es capaz un corazón que ama, y que ama de veras; y sólo Dios hemos de decir, contra toda razón, que amando infinitamente se quedó corto y apocado en hacer mercedes al objeto de su mayor amor, la Virgen inmaculada? ¡ Ah! No y mil veces no! ¡ Sería injuriar al Todopoderoso suponer que en la creación del alma de la Virgen no obró grandes portentos!

En el Libro del Génesis cuenta el Historiador sagrado cómo, habiendo Dios resuelto castigar con las aguas del diluvio á toda la descendencia de Adán, que se había corrompido enormemente, se dignó exceptuar del exterminio á Noé y su familia, los únicos que hallaron gracia en el divino acatamiento. Mandóle Dios á Noé construir una arca en la que se guareciese con sus hijos, las mujeres de éstos y un par de animales de cada especie: descendieron las aguas del diluvio; el mar rompió sus diques é inundó la tierra; las cataratas del cielo se abrieron y una lluvia veugadora estuvo cayendo sobre la tierra, sin cesar, por cuarenta días y cuarenta noches: todo fué inundado, la pavorosa creciente subió hasta cubrir los más encumbrados montes, y todo cuanto tenía vida sobre la superficie del globo pereció; solamente el arca iba flotando sobre las olas, y dentro de ella el Patriarca con su reducida familia, en quienes estaba la esperanza del linaje humano. Esa arca era una imagen profética de la santa Virgen María, á quien la inundación del pecado, que hizo perecer á toda la descendencia humana, no pudo alcanzar: la Virgen está siempre en un orden de predestinación tan sublime que las olas del pecado no la pueden dañar; y así como el arca llevaba á los únicos vivientes que se habían salvado del naufragio universal, así María encerraba en su seno virginal milagrosamente fecundado no sólo á la vida, sino al mismo autor de la vida:

¿ Noé le mandó Dios fabricar el arca en que había de salvarse él y su familia: al Verbo Divino, según la feliz consideración de Alberto Magno, le fué dicho por Dios Padre desde toda eternidad, que se eligiese y preparase una Madre, en quien había de unirse con la naturaleza humana para salvar al mundo. Cuando la tierra toda estaba todavía inundada por las aguas del diluvio, el arca descansó sobre la cumbre de un monte: ¿ no fué María la única que reposó en la plenitud de la gracia y santidad, cuando todo el linaje de Adán yacía miserablemente sumerjido en las impuras aguas de la culpa? No llevaba, acaso, en su seno inmaculado al Autor mismo de la vida? No había sido predestinada por el Altísimo para dar al mundo la vida sobrenatural, dándole al Redentor, por cuarenta siglos esperado? No era Ella la cooperadora de la Encarnación? ¿ Qué suban las aguas del diluvio, que crezca la inundación, el arca redentora flotará llevando en su seno la vida!

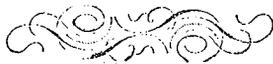
DEPRECACIÓN.

¡ Oh! María! ¡ Oh! Santa é inmaculada Madre de Dios! ¡ Qué á Vos con el pecado, á Vos, toda santa, toda pura! Desde toda eternidad fuisteis el objeto de las complacencias del Altísimo, que os eligió y os escogió para Madre de su Unigénito humanado; y, al criar vuestra alma, la crió limpia é inmaculada, atesorando en ella un caudal inmenso de gracias y de virtudes: de Vos es de quien dice el Esposo Divino en el Cantar de Cantares: *Tota pulchra es amica mea, et macula non est in te* (1). Toda hermosa eres, amiga mía, y en tí no hay mancha. Amiga os llama el Señor, para darnos á enten-

(1) Del Cantar de Cantares, cap. 4, ver. 7.

der que, por la plenitud de la gracia santificante de que estuvo enriquecida vuestra alma, no hubo ni un solo momento, en el cual perderais la amistad de Dios: si en vuestra concepción hubierais estado manchada con el pecado original, habríais perdido la amistad de Dios, y ya el Espíritu Santo no os hubiera llamado con verdad su amiga, porque estabais privada de la gracia. Si estabais privada de la gracia, ¿cómo llamaros hermosa y enteramente hermosa, hermosa por excelencia, *tota pulchra*? Si os encontrabais manchada con el pecado, ¿cómo proclamaros inmaculada? *macula non est in te*. ¡Ah! pasaron ya esos tiempos, oh Virgen santa, en que vuestros siervos y devotos padecían la aflicción de oír que en el gremio mismo de la Iglesia se disputaba acerca de vuestra concepción inmaculada, y hoy todos vuestros hijos podemos llamaros á boca llena limpia, santa, pura, inmaculada. . . .

Yo miserable pecador, indigno hijo de la Iglesia Católica, á pesar de mi ruindad, á pesar de mis degradantes vicios y pasiones vergonzosas, á pesar de mi falta absoluta de virtudes y méritos, siento todavía viva en mi alma la devoción para con Vos. ¡Oh! María! y ese amor que para con Vos queda todavía en el fondo de mi alma es una centella que arde todavía, aunque ahogada bajo la ceniza de tantos vicios, de tantos defectos pecaminosos y de tantos malos hábitos. ¡A Vos clamo, á Vos invoco, á Vos os doy gritos desde el fondo de mi miseria! ¡Oh! María! Compadecedme de mí, ¡oh! María! convertidme, ¡oh! María! resucitadme! Así sea.



LECCION CUARTA.

DIA CUATRO DE MAYO.

CONTINUÁSE LA EXPLICACIÓN DE LA PLENITUD DE GRACIA DE LA VIRGEN: GRATIA PLENA, LLENA DE GRACIA.

I

Hé aquí la serie de verdades, que, en orden á la plenitud de gracia santificante que poseyó el alma de la Virgen, hemos considerado hasta ahora. María gozó de la plenitud de la gracia santificante mucho antes de la Encarnación, como lo dió á entender claramente la salutación del Angel: mas, ¿á qué tiempo, á qué época de la vida de la Virgen deberá atribuirse esa plenitud de gracia? ¿En qué instante le fué concedida? ¿Habría habido, talvez, en la vida de la Virgen algún instante en el cual no estuviese llena de gracia? algún instante en el cual no fuese santa? A estas preguntas la Iglesia Católica responde enseñándonos como dogma de fe, que no hubo, ni pudo haber, un solo instante siquiera en el cual María no fuese santa: y nosotros creemos y confesamos que, desde el momento mismo en que fué criada mereció que las jerarquías angélicas le saludaran llamándola llena de gracia. Ahora, dando adelante un paso más para ahondar en el conocimiento de esa plenitud de gracia santificante concedida á María en el momento mismo de su concepción inmaculada, investigaremos si, acaso, ya desde aquel instante la gracia de la Virgen fué

mayor que la de todos los ángeles y santos juntos.

Recordemos que, según la enseñanza de los Santos Padres y las doctrinas de la Teología Católica, la plenitud de gracia santificante que poseyó la Virgen consiste en que Dios concedió á la Virgen la mayor gracia que Dios puede conceder á una pura criatura, y por consiguiente, que no ha habido nunca, ni es posible que haya jamás, criatura alguna tan santa como la Virgen María.

Suelen los teólogos, siguiendo á Santo Tomás, dar una regla ó principio para juzgar acerca de las gracias y excelencias sobrenaturales de la Virgen María: no hay gracia alguna ó privilegio que se haya concedido por Dios á algún ángel ó á algún santo, que no se haya concedido también á la Virgen María, y en un grado eminentísimo. Si esto es una verdad indudable respecto de gracias y privilegios extraordinarios, ¿qué diremos en punto á la gracia santificante? Si todo privilegio concedido á ángeles ó santos se ha concedido también, y en un grado eminentísimo á la Virgen María, la gracia santificante concedida á todos, la gracia santificante que no se niega á nadie, por ser indispensablemente necesaria para la salvación, le fué también concedida, y en un grado y con una medida muy superior respecto de aquel grado y de aquella medida en que fué dada á los ángeles y á los santos.

En el momento mismo de su concepción inmaculada María, por la plenitud de gracia de que entonces estuvo llena, era ya más santa que todos los ángeles y santos juntos, porque ya en aquel mismo instante el Señor la amaba más que á todos los ángeles y santos juntos, la amaba con amor de hijo para con su madre, con amor de predilección y de preferencia: en el momento de la concepción inmaculada de María, la creación entera, con todo cuanto en ella estaba contenido, era á los ojos de Dios

menos preciosa que la Virgen. ¿Qué era, en efecto, todo cuanto existía comparado con la perfección y belleza sobrenatural de esa alma inmaculada, que acababa de ser criada por Dios? Las brillantes lámparas que suelen lucir entre las tinieblas de la noche, se apagan al rayar la hermosa luz de la aurora en el Oriente. ¿Qué son las mejores luces de la tierra comparadas con la luz del cielo?

Nuestros primeros padres Adán y Eva fueron criados en gracia y recibieron el dón de la justicia original: también fueron criados en gracia los ángeles en el cielo. Hé aquí, pues, criaturas racionales enriquecidas con dones magníficos, con excelencias sobrenaturales: los espíritus angélicos en el cielo, criados en gracia; nuestros primeros padres en la tierra, criados también en gracia: han existido, pues, criaturas, que, al pasar de la nada á la vida, recibieron con la existencia suya natural una vida también sobrenatural, mediante la gracia divina. La Virgen no pudo ser de peor condición que los ángeles y nuestros primeros padres: María debió ser, pues, criada en gracia. Si á la Virgen se le hubiera negado lo que se concedió á los ángeles y á nuestros primeros padres, sería preciso deducir de ahí, como una consecuencia necesaria, que Dios amó más á nuestros primeros padres y á los ángeles, que á la santa Virgen. Mas, ¿cómo explicar entonces con semejante amor la gracia de la Divina Maternidad, concedida á María? Los dones de Dios son la prueba de su amor; y esa criatura única á quien concedió el más sublime de los dones debió ser necesariamente objeto del más incomparable amor: y como las cosas de Dios no se hacen sin un fin digno de Dios, claro es que preferir á los ángeles, preferir á nuestros primeros padres en la distribución de los dones sobrenaturales, y negar á la Virgen lo que se concedía á otras criaturas, no pudo

hacerse sin un fin altísimo y nobilísimo. Mas, ¿sería digno de la infinita sabiduría de Dios rebajar y posponer á la criatura predestinada desde toda eternidad para Madre de su Unigénito? Si los ángeles fueron, pues, criados en gracia; María también fué criada en gracia, y la gracia que recibió la Virgen en su concepción fué incomparablemente mayor que la que se concedió á los ángeles: si nuestros primeros padres fueron criados en gracia, María lo fué también, y la gracia de que estuvo llena el alma de la Virgen en su concepción fué, sin comparación, mayor que la que recibieron nuestros primeros padres, cuando fueron criados por Dios en gracia y santidad.

Entre las criaturas privilegiadas que han recibido de Dios beneficios sobrenaturales extraordinarios, se cuentan aquellos que, como el profeta Jeremías y San Juan Bautista, fueron santificados en el vientre de sus madres, antes de nacer. Del profeta Jeremías leemos en las Divinas Escrituras que el Señor lo predestinó para el ministerio de profeta, y lo santificó cuando estaba todavía en el vientre de su madre. *Antequam exires de vulva sanctificavi te* (1). Antes que salieras del vientre de tu madre te santifiqué. ¿En qué consistió esa santificación sino en el beneficio de la gracia, que el Señor se dignó conceder á su profeta, limpiándolo de la mancha del pecado original, con que había sido concebido? En qué consistió, sino en dar al alma del profeta la vida sobrenatural de la gracia, de que por el pecado original estaba privada? Y lo que se concedió á un profeta, ¿se había de negar á la Virgen? De la gracia con que fué favorecido Jeremías, debemos deducir cuánta sería la que el Señor concedió á la Virgen: pero entre la concep-

[1] Jeremías, cap. 1, ver. 5.—Seguimos en este punto la opinión de San Agustín acerca del sentido de las palabras del profeta.

ción inmaculada y la santificación anticipada en el seno de la madre, no queda otro medio sino la concepción manchada por el pecado original. ¿Diremos, pues, que la Madre de Dios fué santificada? es decir, afirmaremos implícitamente que vino al mundo enemiga de Dios, privada de su gracia, desheredada de los bienes eternos, y manchada con el pecado original? Si así sucedió, ¿dónde está el dón excelente concedido á la Virgen? Dónde ese dón, que debió ser mejor y más precioso y excelentísimo? No: María no fué purificada, porque no tuvo mancha: la que era toda pura no necesitaba de purificación: no había allí pecado cuyas manchas borrar, no había allí muerte donde palpitaba la vida, ni podía estar en sombras la que venía á la vida entre los esplendores clarísimos de la gracia divina!!...

San Juan Bautista fué también santificado en el vientre de su madre, antes de nacer. Anunciándole á Zacarías el nacimiento milagroso del Precursor, decía de él San Gabriel arcángel, que ya desde el seno materno sería llenado del Espíritu Santo: *Replebitur Spiritu Sancto adhuc ex utero matris suae* (1). Cuando esté todavía en el seno de su madre será lleno del Espíritu Santo. El anuncio del Angel se verificó, y la promesa tuvo su cumplimiento, cuando en la visita que hizo María á Santa Isabel, el Verbo de Dios, desde el claustro virginal en que estaba todavía encerrado, desató las ligaduras de la culpa original, que tenían aprisionado á su Precursor. ¿Y cuál fué el instrumento de que el Verbo de Dios se valió entonces, para obrar la santificación del Precursor, sino la voz dulcísima de María? La voz de la Virgen fué en aquellas circunstancias un instrumento de santificación; y, por esto, exclamaba Santa Isabel, y decía, dirigiéndose

(1) San Lucas, cap. 1, ver. 15.

á su immaculada prima: al punto en que sonó tu voz en mis oídos, dió señales de contento el niño que llevo en mis entrañas. *Ecce enim ut facta est vox salutationis tuae in auribus meis, exultavit in gaudio infans in utero meo* (1). Todo fué oír tu voz, cuando me saludaste, y dar saltos de regocijo el niño que traigo en mi seno. Ahora bien: en los tesoros de gracias y bendiciones de la Sabiduría Infinita, ¿no estaría, no debía estar, predestinada para la Madre de Dios una gracia mayor y más excelente que aquella que estuvo reservada para el Precursor? La dignidad, ¿era acaso la misma? Era igual el ministerio? Uno mismo el destino sobrenatural de entrambos?

Causa, por cierto, admiración que un niño, encerrado todavía en el vientre de su madre, se haya alegrado, y dado señales de su regocijo, y que la madre haya podido discernir que aquellos movimientos del niño eran manifestando alegría y contento. Mas nada de eso fué cosa puramente natural, sino maravillosa y extraordinaria, y una serie de portentos obrados por la presencia material del Verbo de Dios, á quien, hecho hombre, la Virgen bendita lo llevaba en el sacrario de su seno immaculado. La madre, la afortunada madre del Precursor, conoció por inspiración divina las maravillas que en su hijo acababan de verificarse; y el infante se regocijaba sintiendo el beneficio de la gracia purificadora, que, por medio de la voz de la Virgen, se le había concedido. En aquel momento San Juan recibió el uso anticipado de la razón para comprender los efectos maravillosos que la presencia del Verbo Divino obraba en su alma, y por esto conociendo la imponderable dicha de verse limpio de la culpa original, y lleno de gracia santifi-

(1) San Lucas, cap. 1, ver. 44.

cante, daba saltos de contento en el seno materno. En la santificación del Precursor se verificaron, pues, varias maravillas: fué purificado de la culpa original, fué lleno de gracia santificante, y recibió el uso anticipado de la razón: tanto y tan elevado era el ministerio para que estaba destinado, que así se dispensaban en beneficio suyo las leyes ordinarias de la Providencia en el orden natural y en el sobrenatural. Si ésta fué la gracia debida á San Juan, porque había de desempeñar solamente el ministerio de Precursor, preparando el camino al Hombre-Dios, ¿cuánta no sería la gracia concedida á la Virgen María, predestinada para Madre del Hombre-Dios? Así, no debemos decir que para con Ella fueron suspendidas las leyes del orden sobrenatural, sino que en ese mismo orden sobrenatural, respecto de la Virgen, todas las leyes de gracia estuvieron en armonía con la dignidad incomparable de la Maternidad Divina.

Otra de las gracias concedidas á algunos santos ha sido, según opinión de graves autores, la de gozar aquí en esta vida, aunque de una manera transitoria, de la visión beatífica de la Esencia Divina. Si esta gracia se haya concedido ó no á Moisés, á Elías y, talvez, á algún otro gran santo del Antiguo ó del Nuevo Testamento no es cosa cierta: lo que parece más seguro y fundado es que no se ha concedido sino únicamente á la Virgen María, elevada á la contemplación clara de la Esencia Divina en el momento de la Encarnación del Verbo de Dios en sus entrañas purísimas; á lo menos, así parece exigirlo la cooperación de la Virgen á aquel gran misterio (1).

En efecto, la Encarnación, por parte de Dios

(1) Sostienen esta opinión gravísimos Doctores y entre otros, el Beato Canicio, los Padres Vázquez y Suárez y los Santos Antonio, Bernardino de Seta y Tomás de Villanueva.

fué la obra del más sumo y extremado amor hacia la criatura; así es que, por parte de ésta debía ser correspondida con el mayor amor que le fuera posible; y María era en la Encarnación la cooperadora del Altísimo, encargada de hacer las veces del linaje humano: el amor de María debía, pues, igualar, en cuanto fuera posible, á ese amor inmenso con que Dios se hacía hombre para salvar á los hombres. He dicho igualar, con toda inexactitud, empleando esa palabra para expresar, aunque de un modo bien impropio, el esfuerzo amoroso con que María debía recibir en su claustro virginal al Hijo de Dios, que por amor á los hombres se hacía hombre. Y es claro que, preparada por la gracia santificante, pudo la Virgen fijar la mirada de su alma en el Verbo Eterno, para sondar aquel abismo de perfecciones infinitas, conocer secretos recónditos de divina sabiduría, de los que la lengua humana no puede hablar, y abrasarse en el más vivo amor á Dios, correspondiendo así á los excesos del amor divino con las finezas de su amor immaculado.

II

La gracia santificante, que recibió la Virgen María en su Concepción immaculada, fué una gracia singular y extraordinaria: María no solamente no fué concebida en pecado, sino que, siendo concebida en gracia, fué elevada á un grado tan alto de santidad que, ya desde aquel primer instante de su vida, fué más santa que todos los ángeles, más santa que los mayores santos. Todos los hijos de Adán nacemos manchados y somos hijos de ira; María fué la única concebida en gracia y santidad; y aun apenas criada habría podido muy bien el Angel saludarla, y, felicitándole por su dicha sin igual, darle la enhorabuena diciéndole: Dios te salve, llena

de gracia, *Ave grátia plena*. Las gracias y dones extraordinarios concedidos á los santos fueron otorgados también á la Virgen, pero de una manera muy superior y excelentísima.

La santidad de la Virgen es, por tanto, verdaderamente inmensa; no hay como comprenderla ni explicarla: decir que fué más santa que los mayores santos, más pura que los mismos ángeles, más abrasada en caridad que los mismos serafines, es no explicar nada: su santidad fué más perfecta, su caridad más encendida, su limpieza más acendrada. Si María desde el primer instante de su concepción fué más llena de gracia que los santos, ¿cuál sería su santidad? El comprenderlo no es dado al pobre ingenio humano!....

Hay en la Escritura Santa muchas palabras magníficas en elogio de la santidad de la Virgen inmaculada: iremos ponderando algunas. Hé aquí como nos habla de ella el Real Profeta, vaticinando la grandeza de la Madre de Dios bajo la figura de la ciudad de Jerusalén, cuyos fundamentos dice que se habían puesto en los montes santos: *Fundamenta ejus in montibus sanctis: diligit Dominus portas Sion super omnia tabernacula Jacob* (1). Los fundamentos suyos en los montes santos: el Señor ama las puertas de Sión más que todos los tabernáculos de Jacob. Por las excelencias de Jerusalén rastreademos la gran santidad de la Virgen. Los cimientos de Jerusalén, dice David que se habían abierto en montes, y, ponderando la condición de estos montes, los llama santos: bajo la imagen de esa ciudad de Sión, cuyos cimientos principiaron á fabricarse con regocijo general de toda la tierra, se nos da á entender algo de las soberanas excelencias de la Virgen Madre: ¿qué significan los fundamen-

(1) Salmo 86. versículo 1º

la Virgen, porque en su seno inmaculado el Verbo de Dios vivió vida mortal; es casa de Dios la Virgen, porque en su corazón purísimo residió el Espíritu Santo de una manera extraordinaria, como en casa y mansión suya propia. ¿Por ventura, no son casas de Dios las almas de los justos, en las que también reside el Espíritu Santo? ¡Ah! Sí, pero notad esta diferencia: en las almas de los justos, mientras viven en este mundo, por el desgraciado abuso de la libertad, Dios no es dueño ni señor; está en el corazón como un huésped, á quien se puede despedir, ¡ay! y muchas veces se despide por el pecado mortal: está á las puertas y llama para entrar: en el alma de María no fué así; la poseyó desde el instante de su concepción, y se mantuvo en ella dentro, adorado, amado y servido como dueño y señor, sin salir jamás de ese corazón, que El mismo se había fabricado para que fuese su morada.

Por esto también la Iglesia aplica á la Virgen estas palabras del Libro del Eclesiástico: *In plenitudine Sanctorum detentio mea*. En la plenitud de los santos está mi detención (1); que es como si dijera: yo soy el conjunto y el cúmulo de la perfección de todos los santos: es mi santidad la flor de la santidad criada: lo más perfecto, lo mejor de los santos se halla y está en mí. *In plenitudine sanctorum detentio mea*. Mi detención fué en el lleno de los santos. La Virgen tuvo en sí lo que á los santos hizo grandes y aventajados: lo que á cada uno le bastó para ser famoso en santidad, encumbrado en merecimientos, eso no fué más que un poco, algo de lo que tuvo la Virgen. Una espiga se compone de muchos granos de trigo, un racimo de muchos granos de uva: cada grano es perfecto en sí

(1) Eclesiástico, cap. 24, ver. 16.

mismo, hermoso y sazonado; pero la espiga es el conjunto y la suma de todos los granos, que juntos forman la espiga ó el racimo: lo lleno, la plenitud de los granos eso es la espiga, eso es el racimo. ¿Qué son los ángeles, qué son los santos respecto de la Virgen? Lo que un grano respecto de una espiga, lo que un grano respecto de un racimo y nada más.

Ved aquí estas otras palabras del Libro de los Proverbios, que hacen muy bien á nuestro propósito: *Multae filiae congregaverunt divitias: tu supergressa es universas* (1). Muchas son las hijas que han allegado riquezas; pero tú les ha superado á todas: las almas que han merecido llamarse hijas de Dios, las almas justas, grandes riquezas de virtudes y merecimientos atesoraron para el cielo; pero la Virgen aventajóse á todos: los ricos fueron encontrados pobres delante de Ella, y los muy llenos de virtudes, en comparación de Ella, se tuvieron por vacíos. *Virgo filia Sion*, exclamaremos con el profeta, *Virgo filia Sion, cui comparabo te, cui exaequabo te*: ¡Oh! Virgen, hija de Sión, oh Virgen extraordinaria, á quién sois comparable! ¿Quién podrá ser igual á Vos!

Es tan admirable la santidad de la Virgen María, que ni el ingenio humano puede llegar á comprenderla, ni la lengua humana puede acertar á alabarla dignamente: hay en esa maravilla de las maravillas de Dios tantos misterios inefables, tantos arcanos de gracia y santidad, que todo cuanto se pudiera decir, por más que se dijera y ponderara, siempre sería poco en comparación de lo que todavía restaría por conocer y penetrar. Mas, cuán poco nos ocupamos en meditar y considerar las grandezas, virtudes y excelencias de la Virgen! ¡Cuán-

(1) Proverbios, cap. 31, ver. 29.

tas ideas mezquinas y hasta erradas sobre su extraordinaria predestinación ! ¡Qué de repugnantes absurdos respecto á su conducta para con su Divino Hijo ! . . .

Trabajemos, sin descanso, por la gloria de la Virgen, y démosla á conocer á sus devotos, tomando de los más insignes Padres y Doctores de la Iglesia las palabras con que han celebrado la gracia y santidad de la Virgen, predicando sus alabanzas, defendiendo sus prerogativas ó explicando sus misterios.

En María, dice San Gregorio Taumaturgo, Obispo de Neocesarea del Ponto, en María se encerró y se depositó todo el tesoro infinito de la gracia divina: *Totus gratiae thesaurus reconditur* (1). De aquí la diferencia inmensa que hay entre María y los santos y los ángeles todos : pues á éstos se les concedieron del tesoro de la gracia dones y regalos, con que fueron enriquecidos ; pero en María estuvo todo el tesoro y caudal inagotable de la gracia. De doble admiración, nos dice el mismo Santo Padre, que se sintió poseído el Angel Gabriel delante de la Virgen : diósele á conocer al Angel de una manera extraordinaria el alma de la Virgen, y admiróse contemplando tanta perfección, tanta hermosura, y su admiración fué todavía mayor al conocer las virtudes de aquella alma, tan pura, tan santa, tan hermosa. *Non solum Angelus pulchritudinem sanctae Virginis, sed virtutes animi admiratur.* Admirado contempló el Angel no sólo la hermosura, sino las virtudes del alma de la santa Virgen. Y, ¿no había de admirarse el Angel, si María era, como dice Orígenes, Madre digna del Hijo de Dios ? *Unigeniti Dei Mater Virgo Maria digna digni.*

(1) Sermón sobre la Anunciación: (en las citas de los Santos Padres seguimos la edición del Abate Migue).

¿Quién fué el Hijo de María? Jesucristo! ¿y quién es Jesucristo? ¿Ah! Es el Unigénito del Padre, es el mismo Dios! María es digna Madre de tal Hijo! Raro encomio, magníficas palabras en las que, *digna digni*, aquel insigne Doctor cifró y compendió todos los elogios de la Virgen (1). Por esto San Bernardo aseveraba que á Dios no le convenía otra madre que la Virgen, y á la Virgen otro hijo que Dios; porque no es posible que haya ni madre más excelente entre las madres, ni hijo mejor entre los hijos. *Neque enim decebat Deum alia mater quam Virgo, neque Virginem alius filius quam Deus: quia nec major inter matres nec major inter filios nasci potuit.* Y después de citar estas palabras de San Bernardo, concluye San Buenaventura exclamando: Dios puede criar mundos mayores; puede hacer un cielo mejor; pero Dios con ser Dios no puede hacer una criatura mejor que la Virgen María, Madre de Dios. *Majorem mundum facere posset Deus, majus coelum, majorem matrem Dei non posset facere Deus* (2).

Nada más noble, nada más aventajado, nada más unido con Dios se puede encontrar que la Virgen, dice San Epifanio, Obispo de Salamina. Dadme noblezas, dadme preeminencias, noblezas puras, preeminencias legítimas, noblezas que lo sean de veras, preeminencias debidas al mérito, noblezas y preeminencias que lo sean delante de Dios: ¿qué es toda nobleza comparada con la de María? La ruindad del esclavo á par de la alcurnia de su señor! Qué es de las excelencias mayores comparadas con la humilde y cañada modestia de la santa Virgen? ¡Ah! Comparar méritos con méritos será hacedero, tratándose de méritos que no sean los

(1) Homilia primera, *ex decem variis*.

(2) En el *Espejo* ó Comentario sobre el Ave María.

de la Virgen; pero comparar excelencias y méritos, por grandes que sean, con excelencias y méritos tan incomparables eso es humillar toda excelencia, desvanecer todo mérito! *Matre Domini nil nobilius, et praestantius Deoque conjunctius potest inveniri* (1).

¡Oh! Virgen, exclama San Pedro Damiano, más santa que todos los santos: Vos sois tesoro santísimo de toda santidad! *O sancta et sanctis sanctior et totius sanctitatis sanctissime thesaurus*: por esto, añade San Jerónimo, la claridad de los santos le está subordinada: *Ideoque illi summittitur sanctorum claritas*, pues á todos los demás santos se ha concedido la gracia en medida y proporción, más en María se infundió la misma plenitud de toda la gracia: *Cueteris per partes praestatur: Mariae vero simul se tota infudit plenitudo gratiae* (2).

¡Quién podrá describiros á Vos ¡oh! espléndida Virgen? ¡Quién con palabras humanas se atreverá á explicar el portento que Vos sois ¡oh! María? ¡Quién será tan temerario que tenga confianza de discurrir acerca de vuestras excelencias adecuadamente, estando como estais Vos tan superior á toda criatura?: así se expresa San Sofronio Obispo de Jerusalén. *Omnem creaturam longe transgressa es* (3). ¡Oh! salve, trono inefable del Espíritu Santo, dice San Tarasio Obispo, dirigiéndose á la Virgen: *Ave Sancti Spiritus habitaculum ineffabile*. Más santa que los Querubines, más gloriosa que los mismos Serafines, más excelsa que el mismo Cielo: *Ave sanctior Cherubim, gloriosior Seraphim, ave coelo latior* (4).

La Virgen María fué verdaderamente un gran

1) Discurso de Laudibus Deiparae.

2) Sermón sobre la Asunción de la Virgen.

3) Sermón en la fiesta de la Anunciación.

4) Sermón sobre la Presentación de la Virgen en el templo.

portento, dice San Juan Crisóstomo: *Magnum vera miraculum fuit Beata semper Virgo Maria.* ¿Quién ha sido nunca, ó quién podrá ser jamás mayor ni más ilustre que Ella? ¿Quién más santo? *Quid namque illa sanctius?* Ni los Profetas, ni los Apóstoles, ni los Mártires; ni los Patriarcas, ni los Angeles, ni los Tronos, ni las Dominaciones, ni los Serafines, ni los Querubines, ni criatura alguna entre las cosas visibles ó invisibles puede encontrarse mayor ni más excelente que la Virgen. *Non denique aliud quidquam inter creatas res visibiles aut invisibiles majus aut excellentius inveniri potest* (1).

¿Quién ha sido superior á la Virgen? ¿Quién podrá serlo? María es, dice el mismo San Sofronio, la honra del linaje humano: *Hominum exornasti naturam:* no hay nadie que sea más santo que Ella entre las puras criaturas: ¿qué son los ángeles delante de la Virgen? Los ángeles son siervos suyos, porque María es superior á las jerarquías angélicas: *Tu Angelorum ordines superasti;* Vos superastéis á los órdenes de los Angeles: oscurecistéis el esplendor de los Arcángeles: los encumbrados asientos de los Tronos quedaron inferiores al vuestro: ante Vos se humillan las altas Dominaciones: *fulgores Archangelorum obtenebrasti: sublimes Thronorum sedes infra te ostendisti: altitudinem Dominatiorum depressisti:* los coros de los Principados van detrás de Vos, reconociéndoos por reina suya: comparada con la vuestra la fortaleza de las Potestades es debilidad: vuestra virtud más poderosa que la de las mismas Virtudes: esos vuestros ojos terrenales vencieron en su mirar á los de los Querubines, tan penetrantes en la Divina Esencia; y al soplo divino del Espíritu Santo movida vuestra alma pura voló más que los mismos alados Serafines: *Sera-*

(1) Citado por Metafraste, y lo trae el Breviario romano.

phim sex alas habentium volatus animae pennis divinitus agitatis transvolasti. Porque, como enseña San Anselmo: todo lo que no es Dios es inferior á Vos: después de Dios estáis Vos, ¡oh! María, ¡oh! Virgen singular, ¡oh! maravilla, ¡oh! portento admirable de la Diestra Omnipotente. ¡Oh! Señora, nada es igual á Vos, nada es comparable contigo: pues todo cuanto existe ó es superior á Vos ó es inferior á Vos. Superior á Vos es Dios solamente: inferior á Vos es todo lo que no es Dios. *Nihil tibi o Domina est oequale, nihil comparabile. . . . Quod supra te est solus Deus est, quod infra te est, est omne quod Deus non est* (1).

¿Quién hay más noble que la Madre de Dios? pregunta San Ambrosio. *Quid nobilium Dei Matre* ¿Quién más espléndido que Aquella, á quién eligió el mismo esplendor? *Quid splendidius ea quam splendor elegit.* Habla aquí el Sauto de la nobleza de la santidad, del esplendor sobrenatural de la gracia divina (2). Si no puede haber mayor nobleza, ni mayor esplendor que el de la Virgen, es claro que no puede haber una santidad superior á la suya: niega este Padre de la Iglesia la posibilidad misma de una santidad superior á la de María.

Del mismo sentir es San Agustín, cuando pregunta y dice: ¿Qué más digno ó más santo que la Virgen pudo nacer del humano linaje? *Quid dignius aut sanctius in humani generis semine potuit exoriri?* Con la Virgen no pueden compararse ninguno de los Patriarcas, ninguno de los antiguos Padres, ningún hombre absolutamente. *Cui nullus Patriarcarum, nullus antiquorum sequentium Patrum, nullus omnino hominum poterit comparari* (3).

1) Libro de Conceptu Virginis.

2) Libro segundo de *Virginibus*.

3) En el Millequio.

Si nadie es comparable con María, María es más santa que todos los santos.

Oigamos como discurre el Bienaventurado Alberto Magno.—Donde hay más pureza, allí hay mayor caridad; así es que, la caridad de la Virgen fué tan grande que no es posible hallar otra igual en criatura alguna, porque la Beatísima Virgen tuvo una pureza suma, y la mayor que después de la de Dios, es decir en puras criaturas, puede concebirse.

Beatissima Virgo habuit puritatem in summo, qua sub Deo major nequit intelligi. Y de dónde tanta caridad, sino de su extraordinaria humildad? La gracia no puede entrar sino en el alma, que, por medio de la humildad, estuviere vacía de amor propio: donde estuvo, pues, la humildad más profunda que pudo encontrarse en una criatura, allí debió estar también la gracia mayor y más excelente. *In Beatissima Virgine inter omnes creaturas major fuit humilitas: et gratiae plenitudo in ea tanta fuit quod in pura creatura aequalis esse non potuit* (1).

San Lorenzo Justiniano dice, que en María se encontraron reunidas todas cuantas felicidades y honras había repartidas en cada uno de los santos. *Quidquid honoris, quidquid felicitatis habebatur in singulis totum abundabat in Virgine* (2). San Lorenzo Justiniano entiende aquí por felicidad y por honor la gracia divina, mediante la cual la criatura racional es verdaderamente dichosa, y la virtud, por cuyo medio llega á la unión con Dios, que es la única honra verdadera. Pues todas las felicidades de los santos las tuvo María reunidas en su alma inmaculada, y con tanta abundancia que, si de ese piélago de dicha sobrenatural se hubiera repartido á todas las criaturas, todas habrían sido fe-

(1) Libro de las alabanzas de la Virgen.

(2) Sermón sobre la Asunción.

lices, y todavía la felicidad habría abundado en María. *Totum abundabat in Virgine.*

Más, ¿para qué hemos de continuar citando todavía textos de los Santos Padres y Doctores Católicos? Los elogios dirigidos á la Virgen son inagotables: busquemos más bien en la Santa Escritura alguna imagen mística de la incommensurable santidad de María.

La Santa Escritura nos refiere que la creación del mar fué de esta manera: las aguas estaban derramadas por la tierra y cubrían la superficie del globo toda entera: más dijo Dios: que las aguas se congreguen en un solo lugar, y que aparezca el elemento seco, y como lo mandó Dios así se ejecutó al punto; y la congregación ó acumulamiento de las aguas fué por el mismo Criador llamado con el nombre de mar. *Congregationesque aquarum appellavit maria* (1). La creación material es una representación y un símbolo de la regeneración espiritual, y el agua figura la gracia sobrenatural, que santifica las almas. Todas las gracias santificantes distribuidas, pues, y derramadas en las almas de los santos, y en los ángeles, fueron reunidas y congregadas por Dios en una sola alma, en un solo corazón; y esa alma, en la que se reunieron todas las gracias, y ese corazón que recibió todas las gracias, ese mar de santidad, ese piélago de perfección, ese océano de caridad, es una pura criatura, es la admirable Virgen, Madre de Dios. El amontonamiento de las aguas se llama océano, piélago, mar: la congregación de todas las gracias, la plenitud de la gracia santificante es y se llama corazón de la Virgen, abismo profundo de humildad, vasto seno de perfección.

Las gracias concedidas á los ángeles, las gra-

11] Génesis, cap. 1, ver. 10.

cias concedidas á los santos son arroyos de santidad, hilos de bendición, límpidos y hermosos; pero la plenitud de la gracia concedida á la Virgen es un mar, cuyas orillas no puede alcanzar á divisar aquí en la tierra la más alta contemplación; y ni la meditación más profunda podrá jamás lograr sondar ese fondo, ese abismo. . . . Conocer los arcanos de santidad del corazón de la Virgen es propio de Dios, criador y santificador de María.

Así como en el espejo cristalino de las aguas del mar se ven retratados los cielos; así, cuando os elevéis á contemplar la santidad de la Virgen, es imposible que ante los ojos de vuestra alma no aparezca la encantadora imagen de todo el cielo junto, reflejado en el corazón de María. Dice á este propósito San Buenaventura, aplicando á la Virgen aquellas palabras del Libro del Eclesiastés: *Omnia flumina intrant in mare et mare non redundat* (1), todos los ríos desaguan en el mar y el mar no rebosa: en el alma de la Virgen entraron todos los ríos de gracias que corren distribuidos en todos los ángeles y en todos los santos, y María los recibió, porque estaba predestinada á una santidad superior á la de todos los ángeles y santos juntos: en ese piélago de virtudes entraron y se confundieron en una santidad incomparable todas las virtudes parciales que habían hecho grandes en su respectivo orden y jerarquía á los ángeles y á los santos. *Omnia flumina intrant in mare et mare non redundat*. Los ríos todos de gracia y santidad entraron en María y el alma inmaculada de María no rebosó, porque estaba predestinada á un grado inefable de perfección, siendo Madre digna del Santo de los santos.

[1] Cap. I, ver. 7.

DEPRECACIÓN.

¡ Oh ! María ! ¡ oh ! María ! ¡ oh ! Madre immaculada ! *Quibus te laudibus efferam nescio*, no sé con cuales alabanzas os ensalzaré, *quia quem coeli capere non poterant tuo gremio contulisti*; encerrasteis en vuestro seno á Aquel á quien no pueden contener los cielos : ¿ qué dirá la lengua humana digno de Vos ? Guardar silencio, y callados admirar vuestra majestad eso sería alabanza digna de Vos, digna de vuestra santidad, ¡ oh ! santa Virgen, santa entre los santos, soberana de los santos. Vos sabéis cuánta es mi confianza en Vos, y mi indignidad os es también muy conocida : no obstante, vedme aquí postrado en vuestro acatamiento, deseando bendeciros, alabaros, ensalzar vuestro nombre y publicar vuestras excelencias : perdonad mi atrevimiento, no castigáis mi temeridad ? . . . ! Yo alabaros á Vos ! ¡ yo bendecir vuestro nombre ! ¡ yo ensalzar vuestra santidad !, con labios impuros, con corazón manchado ! . . . ¿ No me podíais Vos decir á mí como el Señor á su profeta : *Quare tu enarras justitias meas per os tuum?*, por qué te atreves tú con esos tus labios manchados á hablar de mi santidad ? . . . Esta reconvención me la hace mi conciencia ; pero me es imposible dejar de celebrar vuestro nombre, porque nadie puede contener en su pecho el hervor de tantos afectos como inspira la consideración de vuestra extraordinaria santidad : yo desde aquí, desde este mundo miserable, lugar de penas y miserias, me complazco en levantar al cielo mis ojos, para contemplaros encumbra da sobre las jerarquías angélicas, brillando cerca del trono de Dios, inundada con los resplandores de la misma Divinidad ; y pasmado de asombro y admiración no acierto á alabaros, ni puedo decir más

sino exclamar santa, santa, santa, Virgen inmaculada, Madre de Dios, el cielo mismo se felicita de teneros por Reina, la tierra canta vuestras alabanzas y las criaturas todas bendicen al Omnipotente por los portentos que hizo en Vos su diestra poderosa. Amén.

LECCION QUINTA.

DIA CINCO DE MAYO.

CONTINÚA LA EXPLICACIÓN SOBRE LA SEGUNDA
PALABRA DE LA SALUTACIÓN ANGÉLICA: GRATIA
PLENA, LLENA DE GRACIA.

I

Hasta aquí hemos considerado solamente la plenitud de la gracia santificante, que llenó el alma de la Virgen: resta que expliquemos cómo esa alma inmaculada se condujo en su correspondencia á la gracia actual: hasta aquí hemos visto lo que Dios hizo, por su parte, para santificar á la Virgen; conviene que veamos también lo que la Virgen hizo por la suya, para corresponder á la gracia, pues la obra de la santificación de María estuvo sujeta al mismo orden y á la misma economía que la santificación de todos los demás hijos de Adán; debía hacerse y se verificó mediante la gracia divina por parte de Dios, y la cooperación libre y voluntaria por parte de la Virgen.

No basta que el alma del justo esté revestida sólo de la gracia santificante, sino que es necesario que reciba además la influencia de la gracia actual, para que trabaje en su salvación; pues entrambas gracias, la actual y la santificante ó habitual, obrando de consuno, producen la perfección sobrenatural de las almas.

En el orden natural encontramos un ejemplo ó semejanza de lo que acontece en lo sobrenatural: para ver es necesario no sólo que los ojos estén vivos y sanos, sino que haya luz, y que nosotros los abramos á la luz y recibamos la acción oportuna de ella.—María fué inundada por la plenitud de la gracia santificante: más, ¿cómo correspondió la Virgen á la acción de la gracia? ¿La Virgen conservó siempre la gracia que recibió en el instante de su concepción inmaculada?

La gracia se pierde solamente por el pecado mortal; y se debilita y disminuye por el venial: preguntar, pues, si la Virgen conservó siempre la gracia equivale á preguntar, si la Virgen pecó alguna vez mortalmente. Es un dogma de fe, y una verdad católica definida por varios concilios, que la Virgen no perdió jamás la gracia recibida en su concepción, porque nunca cometió pecado mortal: y, como jamás se manchó ni con el más leve pecado venial, tampoco se pudo disminuir la gracia que había recibido, lo cual es también un dogma de fe y una verdad católica. Pero, no sólo no cometió María ni el más leve pecado venial, ni la más ligera imperfección en todo el discurso de su vida mortal sobre la tierra, sino que no pudo cometer pecado ni imperfección alguna, porque era moralmente impecable por un privilegio especial, debido á la incomparable dignidad de Madre de Dios, del Verbo Divino humanado. Dios es la misma santidad, y Jesucristo Nuestro Señor fué impecable por natu-

raléza; y la Virgen lo fué por gracia, y privilegio especial (1).

Dos épocas hemos dicho que debíamos distinguir en la vida de la Virgen: una la que precedió á la Encarnación, y otra la que siguió á la consumación de ese misterio en sus entrañas immaculadas. En la primera época, María era verdadera Madre de Dios en los designios del Eterno, como lo fué en la segunda cuando se hubo ya realizado en el tiempo el decreto de su misteriosa y extraordinaria predestinación: el Unigénito de Dios la amaba, pues, con un amor singular, con ese amor de preferencia con que un hijo ama á su madre: si María hubiera pecado, habría sucedido que Dios hubiera amado y aborrecido á un mismo tiempo á la Virgen: la hubiera amado con amor de hijo para con su madre, y la hubiera aborrecido, como aborrece Dios al pecador privado de su gracia. ¿Cómo se podrá concebir una cosa tan absurda y tan contradictoria? Amor y odio á un mismo tiempo. . . . María, el objeto de las complacencias del Eterno, como predestinada para madre de su Unigénito humanado; y María, objeto del odio y aborrecimiento del Eterno, como pecadora: María, llena de gracia en su concepción immaculada; y María, manchada, sin gracia y sin méritos ningunos:

(1) Dos son las verdades, que respecto á la inmunidad de todo pecado por parte de la Virgen, se deben tener presentes. Primera: María no fué manchada con el pecado original: este es un dogma de fe. Segunda: María en toda su vida no cometió jamás pecado mortal, ni pecado venial, ni la más ligera falta ó imperfección: esta es también una verdad de fe, creída y enseñada por la Iglesia, terminantemente declarada en el Concilio de Clermont celebrado bajo Urbano Segundo y definida explícitamente en el Concilio de Trento, en la Sesión 6^{ta}, canón 23.

En cuanto al privilegio de la impecabilidad moral de la Virgen, es doctrina común de los teólogos, quienes sólo difieren en la manera de explicarlo. Pueden verse, entre otros, á los Padres Suárez, Vázquez, Vega y Sedlmayr, que han tratado expresamente este punto.

esto sería negar hasta la existencia misma de Dios. Pues, si Dios no es infinito y sumo en todos sus atributos, no es Dios, no existe: y suponer que en la más admirable de sus obras, y donde deben resplandecer mayormente sus atributos, no ha podido disponer los medios en armonía con el fin, y se ha visto obligado, en cierto modo, á tropezar en contradicciones que chocan hasta á la pobre razón humana, eso sería desconocer su sabiduría infinita y blasfemar de ella. . . . Dios es infinito y sumo en todos sus atributos, y en la obra de la Encarnación y Redención, como nos enseña el Apóstol, brillan y resplandecen y están puestas de manifiesto la sabiduría y la omnipotencia divina, más que en ninguna otra de las obras de Dios.

Fuéle, pues, concedido á la Virgen el privilegio de la impecabilidad, con la confirmación en la gracia, desde el instante mismo en que fué concebida. Recibió María la existencia, y, con la existencia, y al mismo tiempo que la existencia, la gracia santificante, en cuya plenitud fué criada: en ese mismo instante fué confirmada en gracia y hecha moralmente impecable, con una santificación extraordinaria, pero muy debida á la divina Maternidad, á que la Virgen estaba predestinada. Este privilegio, ¿era, acaso, imposible? Repugnaba, talvez, á la Majestad Divina? Había contradicción en concedérselo á la Virgen? En el cielo tanto los ángeles como los hombres son impecables, y esa impecabilidad es en ellos un efecto necesario de la visión beatífica: la divina Maternidad realizó en María una unión más íntima y estrecha con Dios, que la que, mediante la visión beatífica, existe entre Dios y los bienaventurados en el cielo: María debió, pues, recibir los beneficios de esa unión en su alma inmaculada, y de aquí el privilegio de la impecabilidad de que gozó en este mundo.

La plenitud de gracia de María exige también este privilegio, como una condición necesaria, pues si la plenitud de gracia significa que á la Virgen le fué concedida la mayor gracia posible, es claro que la Virgen debió estar confirmada en gracia, y, por consiguiente, ser impecable, desde el instante mismo de su concepción. Entre dos gracias, una común y que pueda perderse por el pecado, y otra extraordinaria y que consume la santificación del alma, ¿cuál debería dar Dios á la Virgen? Si la segunda se ha concedido á algunos santos aquí en este mundo, confirmándolos en justicia y santidad, ¿pensaremos que se negó á la Virgen? ¡Ah! No: antes le fué concedida con mucha mayor excelencia que á todos los santos.

Más podrá preguntarse, talvez, ¿cómo pudo la Virgen merecer no habiendo podido pecar? Para merecer es necesario obrar con libertad, y la impecabilidad no supone falta ó privación de libertad; antes, por el contrario, exige una libertad más perfecta ó una voluntad más libre. La libertad no es sino la elección que entre dos cosas hace la criatura racional, con pleno conocimiento por parte de la inteligencia, y con plena deliberación por parte de la voluntad: quien puede elegir goza de libertad: si elige entre hacer una cosa ó dejar de hacerla: si elige entre dos cosas igualmente buenas, ó si, en fin, elige entre una cosa buena y una cosa mala, en todos esos casos hay libertad, pero no en todos buen uso de ella; porque, cuando se elige una cosa mala dejando una buena, es decir, cuando se hace lo malo, entonces no hay recto uso, sino abuso de libertad. ¿Qué viene á ser la impecabilidad? Qué viene á ser, sino una libertad más perfecta, un estado en el cual la criatura racional no puede abusar de su libertad? Para que haya mérito se necesita que la criatura racional proceda, con asenti-

nimiento pleno de la voluntad y conocimiento claro de la inteligencia, en todos sus actos, y que haya elección deliberada de una cosa más bien que de otra.

María, mediante la plenitud de gracia que le fué concedida en su concepción, recibió luz tan grande para su inteligencia y tanta fortaleza para su voluntad, que no pudo torcer, ni en un ápice, del recto sendero de la santificación á que estaba predestinada. Explicaremos esto más detenidamente.

De dos cosas necesitamos para santificarnos, ó mejor dicho, para obrar el bien, que son : luz para nuestra inteligencia y fortaleza para nuestra voluntad, sobre todo fortaleza para nuestra miserable voluntad, tan débil y tan variable. ¡ Cuántas veces conociendo clarísimamente nuestros deberes los quebrantamos ! ¡ Qué es lo que nos falta ? ¡ Ay ! ¡ un poco de fuerza para vencernos á nosotros mismos y nada más ! . . . La gracia es, pues, luz para nuestra inteligencia y fortaleza para nuestra voluntad ; y así, iluminando nuestra mente y fortaleciendo nuestro corazón, nos encamina suavemente á la práctica de la virtud. Esto hace con todos nosotros, en quienes el pecado original trastornó el orden, que Dios había establecido en nuestro sér al criarnos. En la Virgen, la acción de la gracia santificante tuvo una influencia poderosa, por el estado de inocencia y de justicia original en que fué criada. En María no existió lo que con un nombre especial suele llamarse *el fomes* ó la semilla del pecado, que consiste en esa inclinación fuerte y violenta que tenemos á lo malo, y en esa repugnancia y dificultad que experimentamos para lo bueno : por una parte nos sentimos inclinados poderosamente á lo malo, lo hacemos con facilidad, lo cometemos con gusto ; por otra parte, nos vemos muy poco aficionados á

lo bueno y para haber de practicarlo tenemos necesidad de hacernos violencia, lo practicamos con trabajo y muchas veces padecemos hasta una especie de desabrimiento en el ejercicio de la virtud: experimentamos dentro de nosotros mismos una lucha interior entre los apetitos y la razón, lucha que hacía gemir al Apóstol. Empero, María, criada en gracia, gozaba de la paz y tranquilidad de la justicia original, y no sentía lucha ni contradicción entre su razón y sus sentidos: antes los sentidos estaban sujetos y subordinados á la razón; y la razón, enteramente á la gracia y voluntad divina. No había en María esa contradicción, humillante y vergonzosa para la criatura racional, de la ley de los miembros, que, según el lenguaje de San Pablo, repugna y contradice á la ley del espíritu: la inteligencia de la Virgen naturalmente era muy perfecta y aventajadísima, y la voluntad, delicada en sus sentimientos, noble y exquisitamente sensible, tenía firmeza incontrastable en lo bueno, y para practicarlo no experimentaba esa violencia y dificultad, que arrastra hacia lo malo, por el desorden que el pecado original ha introducido en nuestra naturaleza. En una palabra, María estaba dotada de una libertad muy perfecta, y así, aun presentándosele ocasión de elegir entre lo bueno y lo malo, la Virgen moralmente no podía pecar: debía elegir entre lo bueno y lo mejor; entre lo mejor y lo heroico: entre lo agradable á Dios y lo muy agradable; entre una obra y los diversos modos ó maneras más ó menos perfectas de ejecutarla.

María, como criatura, por sí misma, flaca, y deleznable, podía faltar, podía cometer algún defecto y consentir en alguna imperfección; pero, asistida por la gracia divina, vigorizada por la gracia santificante, prevenida con auxilios divinos extraordinarios, no solo no cometió jamás ni la menor

imperfección, sino que llegó á ser moralmente impecable, por un privilegio especial, muy conveniente al sublime destino de Madre de Dios, que hizo de la Virgen, en el orden sobrenatural, una criatura singular. ¡ Santidad maravillosa, pero muy digna de la Madre de Dios !

¿ De dónde había de nacer el pecado en la Virgen María ? Pecamos por ignorancia ó por error ó por inconsideración : ¿ qué ignorancia podía haber en una mente tan ilustrada con lumbre celestial como la de la Virgen ? ¿ qué error en un entendimiento tan lleno de los dones del Espíritu Santo ? ¿ qué inconsideración en una alma tan señora de sí misma, tan calmada, tan serena, tan pacífica como la de la Virgen ? . . . Pecamos, porque nos dejamos vencer y dominar de las pasiones y afectos desordenados : en María todo era orden y concierto : sus sentidos obedecían á su razón y su razón á Dios : hacía uso de sus sentidos con tal discreción y tino, con tal prudencia y sabiduría, que hasta el menor y más insignificante de sus movimientos era un acto perfecto de adoración á Dios. El príncipe de tinieblas, ¿ se atrevería, talvez, á tentar á la Virgen ? ¿ Le daría Dios permiso para que se acercase á María ? . . . Pero, ¿ cómo había de triunfar de Aquella, que, con su pie inmaculado, eternamente le quebranta la cerviz ? ¿ Qué significan aquellas asechanzas, con que, en vano, acomete á la Virgen, intentando morder el pie con que le aplasta la soberbia cabeza, sino las victorias alcanzadas sobre Sanás por la humildísima Virgen ? ¿ Cómo podía, pues, pecar, la Madre de Dios ? . . .

La inteligencia de la Virgen era naturalmente muy clara, muy despejada, muy penetrante, su ingenio agudísimo y su discreción consumada : diremos, con una expresión, aunque muy profana, muy significativa : la Virgen tenía un talento sublime ;

y, cuando esa doncella virtuosísima fijaba la mirada de su entendimiento en una cosa, descubría todos los aspectos de ella, sus ápices de perfección, sus quilates de bondad: otra cualidad que distinguía el talento de la Virgen era el no poder errar ni padecer engaño en ninguna cosa, sobre todo en aquellas que tenían relación con Dios. De este modo, en la acción de la gracia y en la correspondencia á ella por parte de la Virgen, había una armonía constante y admirable. El Espíritu Santo llamaba al corazón de la Virgen y le movía á la práctica de las virtudes: al mismo tiempo iluminaba su entendimiento para hacerle conocer los diversos grados de perfección, la manera más ó menos heroica, con que una acción cualquiera podía practicarse: la Virgen tenía, pues, delante de sí una acción buena, un acto de virtud, y conocía perfectamente la manera más ó menos heroica de practicarla: sabía que era completamente libre para elegir una manera ú otra de practicar la obra de virtud que tenía delante, y no ignoraba que con cualquiera manera que Ella eligiese agradaría á Dios; pero conocía también que, eligiendo una manera más bien que otra, había de agradar más á Dios y darle mayor gloria; y así, pudiendo libremente elegir la manera perfecta, escogía generosamente, sin vacilar, la perfectísima, la más heroica, obrando siempre en su elección por el más vivo amor á Dios, á quien deseaba agradar y servir con todas sus fuerzas. Hé ahí en lo que estuvo el secreto de su estupenda santificación.

II

Nadie ha estado, ni podía estar, en una situación más excepcional que la Virgen María para la práctica de la virtud; situación difícilísima y, por

todo extremo única, y que no es posible que se vuelva á presentar jamás para ninguna criatura racional. Ponderemos las circunstancias de esa situación única en el orden sobrenatural de la predestinación.

María era Madre, real y verdadera de Dios, y en Jesucristo, la Segunda Persona de la Adorable Trinidad, el Unigénito del Padre revestido de humana naturaleza, tenía al mismo Dios sometido á las relaciones más íntimas y estrechas de la filiación y dependencia de un verdadero hijo para con su madre. María vivió, pues, con el mismo Dios en la íntima comunicación de la vida de familia: comunicación de familiaridad la más estrecha que puede imaginarse: además ese Hijo de sus entrañas, que era el mismo Hijo de Dios, se presentaba bajo la forma humana, ocultando su divinidad, escondiéndola, aniquilándola, según la enérgica expresión de San Pablo; María estaba, por lo mismo, en las condiciones más favorables para santificarse con una santificación maravillosa; y también podía languidecer en una vida ordinaria de virtud común, manejando al Hombre-Dios con la distracción, con la familiaridad consuetudinaria, propia de la vida íntima del hogar: circunstancias terribles!... Empero, María se encumbró á una incomparable santidad y supo ser fiel á su destino y predestinación.

En todos los actos de su vida la Virgen escogió siempre lo mejor, lo más perfecto, lo más heroico. Antes de la Encarnación, cuando todavía ignoraba su destino sobrenatural, prefirió el estado de la virginidad perpetua al del matrimonio, y consagró á Dios su pureza, con voto solemne, para que la virtud de la castidad estuviera realizada por la virtud de la religión. Una vez consumado en sus entrañas virginales el misterio de la Encarnación del Verbo divino, y viéndose madre de un ni-

ño que era al mismo tiempo su Dios, ¿ cómo pensáis que se condujo en su vida de Madre de tal Hijo? ¡ Cosa admirable! ¡ Cosa singular! Todos los actos que María practicaba con su tierno Niño eran actos de religión, porque todos se referían á Dios como fin suyo y término inmediato: eran actos de adoración y de culto tributado á Dios: pero, á la vez, ¿ qué actos eran aquellos? qué actos eran aquellos sino los que una madre practica con su hijo? Actos ordinarios y comunes de la vida! . . . Ponderad, pues, la situación de la Virgen, y ved en qué circunstancias tan desfavorables se encontraba para practicar actos heroicos de virtud; y, no obstante, la Virgen los practicó todos los días, y á cada instante, y en cada uno de los pasos de su vida. ¡ Cuán viva no era su fe en la divinidad de su Hijo! Tratóndolo y manejándolo todos los días, durante años enteros; tomándolo en sus brazos, abrigándolo en su seno, dándole para alimentarlo la leche de sus virginales pechos, teniéndolo en su regazo y acariciándolo como á su Hijo queridísimo, siempre lo trató con la mayor reverencia, con el más profundo acatamiento, con la adoración más rendida: el cariño que sentía á su Hijo divino era vivísimo y su amor muy encendido, y el Niño tenía en sí tanta gracia, era tan amable, que el corazón de la Virgen, como corazón de madre y de madre tan tierna, se le derretía de amor; y habría querido, en los arrobamientos de su amor, regalarse con su Niño estrechándolo apretadamente á su pecho, y dándole ósculos repetidos en su frente, satisfacer su cariño, que como cariño de madre no se hubiera saciado jamás. . . . pero María trataba á su Niño con la reverencia más profunda; lo amaba y lo adoraba, juntando admirablemente el cariño más tierno con la adoración más profunda, el amor más ardiente con el más humilde acatamiento: su Niño era

para Ella al mismo tiempo el objeto de la más amorosa ternura y de la devoción más espiritual y divina. . . . Nadie ha tratado jamás la adorable Eucaristía con tanta reverencia y devoción como María trató al Niño Dios, su divino Hijo: ¡con cuánta reverencia y miramiento, con cuánta devoción y compostura no tratan al Santísimo Sacramento las almas justas, los sacerdotes santos, en cuyo pecho se conserva viva la fe! Mas, ¿qué tiene de comparable toda la reverencia y devoción de los mayores santos á la Eucaristía, con la manera de tratar la Virgen al Niño Dios? ¿Cómo encontrar semejanza entre lo divino y lo humano, entre lo celestial y lo terreno? . . .

Continuemos ponderando la correspondencia de la Virgen á la gracia actual. San Pablo decía de sí mismo: debo á la gracia de Dios ser lo que soy. *Gratia Dei sum id quod sum*. Y añadía el Apóstol: la gracia del Señor permaneció siempre en mí: *Gratia Dei semper in me manet*, y jamás ha estado vacía, es decir, estéril, infructuosa por falta de correspondencia de mi parte. *Gratia ejus in me vacua non fuit* (1). Si el Apóstol de las Gentes podía hablar de esa manera, tratando de sí propio, ¿qué no podría decir de sí misma la santa Virgen? Ella, en su admirable cántico nos reveló que el Todopoderoso había obrado portentos en su alma y grandes cosas. . . . Aquel, cuya potencia no conoce límites, Aquel que es Omnipotente, y que tiene por nombre suyo el Santo, ha hecho en mí cosas grandes. *Fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus* (2). Con mucha mayor razón que el Apóstol podía, pues, decir la Virgen: por la gracia de Dios soy lo que soy, *Gratia Dei sum id quod*

(1) Epístola primera á los Corintios, cap. 15 ver. 10.

(2) San Lucas, cap. 1^o ver. 49.

sum. la gracia del Señor estuvo siempre en mí, *Gratia ejus semper in me manet.* ¡Siempre! *Semper:* en ningún tiempo, en ningún instante de mi vida, he estado privada de gracia: he estado llena de ella siempre: desde el momento mismo en que principié á existir, desde el instante en que fui criada, y en todos los días de mi vida. ¡Siempre! . . . Y la gracia jamás estuvo vacía en mí, jamás estuvo estéril, ociosa, inactiva, sin correspondencia. *Gratia in me vacua non fuit.*

Correspondió la Virgen á todas las gracias que recibió: no dejó pasar ni una sola, á la cual no correspondiera. Y, ¿cómo correspondía? ¡Ah! Correspondía al punto, siendo vigilantísima en acudir á todos los llamamientos que sentía en su corazón inmaculado: correspondía á toda la intensidad de la gracia que recibía, es decir, que su correspondencia á la gracia era, además de pronta, muy generosa. Sucede ordinariamente que, aun cuando se corresponda á la gracia recibida, por la manera de corresponder, muchas veces queda sin virtud ni eficacia una gran parte, dirémoslo así, de la gracia que se nos ha concedido: supongamos que la gracia tenga una intensidad como cuatro; nuestra correspondencia ordinariamente no es más que como de uno, y quedan ineficaces y perdidos para nosotros tres grados de gracia. ¡Oh! si correspondiéramos á toda la gracia que se nos concede tan misericordiosamente, cuán otros seríamos!; pero, cuánta y cuánta gracia, por nuestra culpa, queda perdida para nuestras almas, y se halla desperdiciada por negligencia nuestra, para nuestra santificación! Pues la Virgen inmaculada correspondió á toda la gracia recibida, y á todos los grados de ella, sin que dejara nunca uno solo siquiera al que no correspondiese. La cooperación á la gracia fué, pues, por parte de la Virgen, pronta, espontánea y gene-

rosa. Fiel siempre á la gracia, atenta á la voz del Espíritu Santo, acudía al punto á los actos más heroicos de virtud que se le inspiraban. Jamás ha habido, ni es posible que haya, una alma más dócil á la gracia que el alma de la Virgen; y esta fidelidad y esta docilidad nacían de su humildad y de la estimación en que tenía los dones de Dios: se reputaba siempre á sí misma la excelsa Virgen como indigna de las mercedes del Altísimo, y hacía de la gracia tanta estimación que no dejaba desperdiciada ni la más pequeña ó levisima parte de cuantas se le concedían. *Gratia in me vacua non fuit*; Oh! con cuánta más razón que el gran Apóstol podía, pues, exclamar la Virgen y decir, que la gracia divina no había estado inactiva ni un solo momento en su alma! . . . El Todopoderoso hizo en la Virgen grandes portentos; y á medida y proporción de esos portentos fué la correspondencia de la Virgen con su humildad, su generosidad, su fidelidad, única en la historia de los santos.

Según refiere el Historiador Sagrado, Dios Nuestro Señor plantó un huerto de delicias, *Paradisum voluptatis*, en el cual puso al primer hombre, acabando de formarlo del barro de la tierra. En aquel jardín ó huerto de delicias, habían brotado de la tierra, á la voz del Criador, árboles de todas clases, hermosos á la vista y de frutos regalados al paladar: encontrábanse también allí dos árboles maravillosos, el árbol de la vida, plantado en la mitad del Paraíso, y el árbol de la ciencia del bien y del mal. Los frutos del árbol de la vida tenían una eficacia misteriosa para preservar al hombre de la vejez, de las enfermedades y de la muerte.

Ahora bien: en el Paraíso, en ese huerto de delicias, encontramos una hermosa imagen de la Virgen María, y de la extraordinaria belleza de su alma inmaculada. ¿Quién plantó el Paraíso de de-

licias? Lo plantó, por ventura, la mano del hombre? No, que lo plantó Dios, con sus divinas manos! ¿Qué significa esa solicitud, esa diligencia, ese esmero, dirémoslo así, de la Majestad Divina, que planta, por sí mismo, con sus propias manos, el huerto del Paraíso? ¿Qué significa sino el amor, la predilección del Altísimo respecto de la Virgen, cuya alma planta el Señor con sus propias manos, es decir, la cría santa y pura, llena de gracia, libre é inmune de toda culpa? Plantar con las propias manos de Dios significa en la Divina Escritura haber sido criado en gracia y santidad, y estar limpio de todo pecado. De una tierra virgen, donde manos humanas no habían roto surcos ni echado semillas, brota el árbol de la vida, á la sola voz y querer de Dios; y ese árbol de la vida nace acompañado de toda clase de árboles, hermosos á la vista y de frutos suavísimos al paladar: ¿no véis en esto una imagen profética del admirable misterio de la Encarnación? Ese árbol de la vida no es un símbolo de Jesucristo, el Divino Redentor, que salió milagrosamente del seno intacto de la Virgen inmaculada, para librar al mundo de la muerte eterna? Esas variedades de árboles, cuya hermosura pondera el historiador sagrado, ¿qué otra cosa significan, sino las heroicas virtudes de que estuvo acompañada y como coronada la Maternidad divina de la santa Virgen? Y notad, que esos árboles no eran estériles: no se engalanaban solamente con flores vistosas; se enriquecían también con frutos delicados; porque la santidad de María no consistía únicamente en buenos deseos, sino también en obras de virtud heroicas y perfectas. El Paraíso fué plantado para recibir por su morador al primer hombre, que tuvo allí su mansión mientras conservó su inocencia; porque tantas virtudes, tanta pureza y santidad en el alma de la Virgen eran para hacerla

digna Madre de Dios, de Dios, que habitó corporalmente en Ella, cuando en el seno virginal suyo se revistió de nuestra humana naturaleza. Los árboles del Paraíso terrenal, plantados por la mano de Dios, eran muy hermosos á la vista: *Omne lignum pulchrum visu*: y ni esta circunstancia carece de significación mística, pues mediante ella se nos da á entender cuánta es la agradable influencia que por su buen ejemplo tienen las virtudes de ese Paraíso sobrenatural, plantado por las mismas manos de Dios, á saber, el alma de la Virgen, cuya santidad trae suavemente embelesados al cielo y á la tierra. No hay, pues, circunstancia alguna que no tenga su misterio especial en esa figura mística del alma inmaculada de la santa Virgen, tan hermosamente anunciada en la divina plantación del Paraíso terrenal.

DEPRECACIÓN.

Hoy, con nueva confianza, clamo á Vos, oh María! hoy levanto á Vos mi oración, y os la dirijo con lágrimas y gemidos. Paraíso de Dios, Edén sobrenatural, gloria y encanto de los cielos, Virgen divina, ¿será posible que os conozca y no os ame? ¿será posible que, habiendo llegado hasta mí la gratísima fragancia de vuestras virtudes, no me deleite? ¡Ah! No: mi alma se siente vigorizada al olor de vuestra santidad; el perfume de vuestra humildad me conforta, y mis propósitos de enmendar de vida son renovados con mayor fervor! Cuando mi alma está abatida, cuando mi corazón se encuentra desfallecido, si sucede que la gracia del Señor traiga hacia mí el recuerdo de vuestras excelencias, la memoria de vuestros méritos, al toque de esa fragancia celestial, al dar sobre mí ese olor del Paraíso de Dios, al punto revivo, cobro nuevos bríos, me le-

vanto de mi abatimiento y emprendo la enmienda de mi vida. ¡Aires del cielo que traen á una alma desterrada y peregrina en este mundo el recuerdo de la patria bienaventurada, ese recuerdo vivificador que hace amable la mortificación, dulce la penitencia! ¡Oh! María! ¡oh! María!, visitad con frecuencia á mi alma con ese recuerdo: traédmelo de continuo á la memoria, para que me reanime y fortalezca!. . . ¡Santa Virgen, paraíso místico de extraordinaria hermosura! sanad mi alma, confortadla; alcanzadme esa gracia poderosa, esa gracia eficaz, de la que soy tan indigno, de la que soy muy indigno, lo confieso; pero sin la que me perderé para siempre, me perderé sin remedio. Acudid en mi auxilio, Virgen benignísima; salvadme, Virgen poderosa; no me dejéis perecer, oh Madre de la divina gracia.—Amén.

LECCION SEXTA.

DIA SEIS DE MAYO.

CONTINÚA LA EXPLICACIÓN DE LA SEGUNDA PALABRA:
GRATIA PLENA, LLENA DE GRACIA.

I

Veamos ahora por qué medios y cómo se aumentaba en la santa Virgen la gracia divina. Se aumentaba á proporción de la correspondencia de la Virgen. Ley es de la Providencia en el orden so-

brenatural, que la gracia se conceda con una economía admirable y maravillosa, dándose á cada criatura racional un grado de gracia, que sea doblado respecto de aquel á que hubiere correspondido: al que se le dió un grado, se le darán dos en premio de su fidelidad en corresponder al primero: al que hubiere correspondido con una fidelidad como de cinco á cinco grados de gracia, se le darán en premio diez grados, y de esta manera la correspondencia á la gracia es premiada con aumentos doblados de gracia. Según esto, ¿quién será capaz de calcular el aumento de gracia que tuvo la Virgen María en toda su vida? Nadie recibió más gracia, ni nadie correspondió mejor, por esto la santidad de la Virgen es un arcano, cuyo conocimiento está reservado al mismo Dios.

Aumentábase también incesantemente la gracia divina en el alma de la Virgen por medio de su oración, pues, á ejemplo de Jesucristo, Ella no cesaba de orar, pudiéndosele aplicar lo que del Redentor dice el Evangelio, que pasaba la noche orando á Dios: *Erat pernoctans in oratione Dei* (1). Aumentábase por los continuos actos de virtud, que practicaba y, en fin, por la recepción de los Sacramentos.

Es indudable que María recibió el sacramento del Bautismo, que le fué administrado por el mismo Jesucristo; pues, aunque la santa Virgen no tenía necesidad de ese sacramento para limpiarse de la mancha del pecado original, que no contrajo, porque fué concebida en gracia; con todo, lo recibió, así para cumplir con la voluntad divina, como para ser agregada é incorporada á la Iglesia Católica, por medio de aquel sacramento, instituido no solamente para borrar el pecado original, sino también

[1] San Lúcas, cap. 6. ver. 12.

para hacernos miembros de la Iglesia fundada por Jesucristo. El Sacramento del Bautismo nos incorpora en la Iglesia, infunde en nuestra alma los hábitos de las virtudes sobrenaturales y nos da gracia para que cumplamos fielmente los deberes de cristianos.

El Sacramento de la Confirmación, con aumento extraordinario de gracia, lo recibió María, cuando el día de Pentecostes el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles y Discípulos y santas mujeres, que, como hace notar el Texto Sagrado, unidos con la Madre de Jesús, permanecían unánimemente en oración. *Erant omnes perseverantes unanimiter in oratione cum Maria Matre Jesu* (1). Si á los Apóstoles los transformó tan maravillosamente el Espíritu Santo, ¿qué portentos sobrenaturales no produciría en el alma de la Virgen? ¿Cuánto no sería el aumento de gracia que aquel fuego divino causó en su alma inmaculada? No es fácil comprenderlo ni mucho menos explicarlo.

La Virgen no fué capaz de la virtud de la Penitencia, y por esto no recibió el Sacramento de la Confesión. La penitencia, exigiendo por la contrición el odio y detestación sobrenatural de los pecados, supone un estado de imperfección, en el cual el alma está muerta á la vida de la gracia; y así, no podía ser capaz de semejante virtud. Aquella que siempre había gozado de la plenitud de la vida sobrenatural, mediante la posesión de la gracia divina. Talvez, lo mismo podríamos pensar respecto del Sacramento de la Extremaunción, á no ser que la humildísima Virgen haya querido recibirlo, para honrar aquel Sacramento; así como se sujetó á la ceremonia de la purificación por obediencia á la ley de Moisés, aunque con el nacimiento de su di-

[1] Hechos de los Apóstoles, cap. I. ver. 14.

vino Hijo no había padecido quebranto su integerrima virginidad.

En cuanto al Sacramento de la Eucaristía, la Virgen lo recibió desde su institución, todos los días de su vida: para Ella, de una manera especial, fué instituído aquel sacramento, porque la fe y los méritos de su santa Madre tuvo presentes el Redentor al instituir el sacramento de su cuerpo y sangre adorables: las especies sacramentales permanecían incorruptas en el pecho de la Virgen de una comunión á otra; y en ese mismo pecho virginal se conservó la Eucaristía, según opinión muy fundada, desde la noche de la pasión, en que fué instituída, hasta la mañana de la Resurrección, cuando Cristo salió vivo y triunfante del sepulcro.

El Sacramento de la Eucaristía pone en acción la caridad, y ese es el efecto especial que produce en el alma del que lo recibe dignamente. ¿Y será posible que alguien lo reciba con mejores disposiciones que la Virgen? Si con los pobres pecadores el Sacramento de la Eucaristía obra tantas maravillas, ¿qué efectos no produciría en la Virgen, que lo recibía todos los días, tan santa y dignamente? Podemos decir, sin temor de equivocarnos, que la adorable Eucaristía produjo en el alma de la Virgen todos los efectos divinos y sobrenaturales que es capaz de producir, precisamente porque en ninguna alma encontró las disposiciones y correspondencia que en el alma de la Virgen. De este modo María creció en santidad y en merecimientos, tan incomparablemente que no será posible que jamás criatura alguna alcance el punto de perfección á que llegó la Madre de Dios.

¡Santa y adorable Eucaristía! ¡Sacramento asombroso del amor de Jesucristo á nosotros los miserables pecadores! ¡Cómo transformas á las almas, cómo las purificas, cómo las engrandesces; has-

ta el cuerpo mismo cómo lo espiritualizas tan admirablemente ! ¡ Qué maravillas, qué portentos no obrarías en la santa Virgen ! Ella, que no puso jamás ni el más leve obstáculo á tus efectos sobrenaturales ; Ella, que durante un largo espacio de su vida, estuvo preparándose y disponiéndose á recibir dignamente tan divino Sacramento, desde que le fué revelada su institución : pues, como enseña el piadoso Canciller Gersón, á María le fué anunciada la institución de la Eucaristía mucho tiempo antes de que se verificara, y desde entonces la Virgen vivió haciendo sin cesar actos de preparación para disponerse á recibir, del modo más digno, el Sacramento de su Divino Hijo. Llevaba pureza celestial, fe vivísima, humildad profunda, deseos ardentísimos y más que seráfica caridad. ¡ Comuniones de la Virgen inmaculada ! ¡ Comuniones santísimas !, satisfaced á Jesucristo por los ultrajes que recibe en el Sacramento de su amor ! . . . Yo me aterro, yo me confundo, yo me abismo, pensando cuántas injurias se hacen á Jesucristo en el Sacramento de la Eucaristía ! . . . ¡ Cuántas os habré hecho yo mismo, oh Dios de paciencia y mansedumbre infinita !

Según indicamos antes, á la santa Virgen le fué concedido el uso de la razón desde el instante mismo en que fué criada : predestinación tan particular, destino tan admirable, como el que la Virgen debía alcanzar en su vida mortal, exigían gracias también particulares y privilegios incomparables : mejor dicho, María no estaba comprendida en el orden común y ordinario de la Providencia, como todas las demás criaturas racionales : María fué criada en un orden de providencia, que pudiéramos llamar divino y muy superior al sobrenatural : María pertenece, en los designios del Eterno, á aquel orden á que pertenecen Jesucristo y la Encarnación ; y así como el orden natural está subor-

dinado al orden sobrenatural ; así también entrambos órdenes están subordinados á ese otro orden divino y superior en la economía de la glorificación del Altísimo, que es el fin de todas las cosas. María debió, pues, conocer claramente los grandes beneficios divinos de que había sido colmada desde el momento mismo de su concepción ; y, sin duda, ya desde el seno materno aquella niña bendita, en el silencio de su conciencia entonaría su cántico de acción de gracias, aquel Magnificat sublime que hizo estremecer de contento y admiración á los cielos, cuando lo escucharon por la primera vez en las montañas de Judea, en la dichosa mansión de Zacarías.

El uso anticipado de la razón en la Virgen, como tenía por objeto la mayor santificación de aquella alma inmaculada, que debía prepararse á su ministerio de Madre de Dios, se ejercía solamente en las cosas relacionadas con lo divino, conservándose en todo lo demás sometido á las leyes comunes del orden natural ordinario. No era conveniente que gracias tan singulares y extraordinarias, como las que estaban predestinadas para la Virgen, quedaran estériles por largo tiempo, esperando hasta que amaneciese la luz de la razón en Ella, para que con pleno conocimiento correspondiera entonces libremente á la gracia recibida. El orden natural hemos dicho que está siempre subordinado al orden sobrenatural en los designios divinos, y, por esto, á todos los santos vemos que se les han concedido, en el mero orden natural, partes y prendas muy adecuadas para realizar aquellos destinos sobrenaturales que al Señor le plugo confiarles en su Iglesia. Una abundancia de gracia santificante como la que se concedió á la Virgen, reclamaba, pues, que también en el orden puramente natural los medios estuvieran en armonía con el fin. ¿Cuál era el fin de esa plenitud de gracia, sino la santificación

de María, para que fuese digna Madre de Dios? Y la santificación, ¿cómo había de verificarse, si por parte de aquella criatura predestinada no había cooperación? y cooperación libre y voluntaria! Y ¿podía existir semejante cooperación en una criatura racional privada de conocimiento? privada del uso de la razón! . . .

El alma humana es perfecta desde el instante en que es criada; y si nuestro entendimiento se halla como aletargado en los primeros años de la vida, aquello no proviene de otra causa sino del estado de los miembros ú órganos de nuestro cuerpo, que están destinados á servir á nuestro espíritu de instrumentos para el ejercicio de sus facultades. Pero, ¿cuál es ese estado? ¿cómo amanece en nosotros la luz de la razón natural? Eso es un enigma, porque nosotros somos para nosotros mismos un misterio. La gloria divina y la excelencia del fin á que estaba predestinada la Virgen exigían, pues, que se anticipara en Ella el uso de la razón natural, porque María debía prepararse, por medio de actos meritorios, á recibir para sí y para el linaje humano la gracia de la Encarnación. Dios entró en comunicación con aquella alma purísima, desde el mismo instante en que la sacó de la nada. ¿Para qué venía la Virgen al mundo? Venía para realizar en Ella y por medio de Ella la obra de la Encarnación: en la Virgen todo debía ser, pues, extraordinario! . . .

Resta que ponderemos ahora cuánta sería la santidad de María al fin de su vida mortal, habiendo principiado á corresponder á la gracia desde el primer momento de su existencia: calcular cuántos grados de gracia tendría el alma de la Virgen al tiempo de su muerte es imposible. Poned la gracia que le fué concedida al criarla inmaculada, la que merecía por cada uno de sus actos heroicos de

virtud, la que se le daba siempre duplicada por sus merecimientos y la manera de corresponder á las gracias que recibía, sin que hubiera una sola gracia á la cual no correspondiera con toda intensidad, sin que ni una sola gracia dejara de ser recibida por la Virgen dignamente, y correspondida con la mayor puntualidad y fidelidad posibles, y ved si podéis dar con el fondo de ese abismo insondable de santidad, y encontrar límites á ese inmenso océano de perfección que se llama corazón inmaculado de la Virgen. . . . Nadie, nadie comprenderá jamás aquí en la tierra lo que fué la santidad de la Virgen, y el comprenderlo, y el gozar comprendiéndolo, premio es reservado á los bienaventurados en el cielo. Salvémonos, salvémonos para gozar en la patria celestial, contemplantó aquel portento divino, aquella maravilla de las maravillas de Dios, la Virgen María, nuestra Madre Inmaculada.

II

Después de exponer los privilegios sobrenaturales extraordinarios de la Virgen María Nuestra Señora, conviene que veamos en las Santas Escrituras algún hecho, en el que se hallen figurados y vaticinados de un modo misterioso, para gloria divina y enseñanza nuestra; puesto que, según la doctrina de San Pablo, el Antiguo Testamento fué figura y profecía de la Iglesia Católica, y de lo que había de obrar el Altísimo en el orden de la gracia, cuando llegara la plenitud de los tiempos.

¿Quién más santo que la Virgen? ¿Quién más lleno de gracia? María debió brillar con una santidad tan grande, tan consumada, tan perfecta, que fuese superior á toda otra santidad, é inferior solamente á la santidad del mismo Dios. Convino que estuviera tan limpia, tan exenta de pecado, que

no sólo careciera de toda mancha, sino que fuera incapaz hasta de la más leve culpa, á fin de ser Madre digna de Dios. ¡Cómo habría habitado la Sabiduría Eterna en el seno de una Virgen, sujeta á pecado! . . . No conoce quién es Dios el que no confiesa que María es la criatura más santa entre los santos: ignora el sublime ministerio de la Virgen divina el que piensa que hay alguna criatura más santa que María, la co-redentora del linaje humano, la Madre admirable del mismo Dios.

Figura profética de la Virgen María fué Eva, la primera mujer, la madre del linaje humano; y es tan misteriosa la relación que existe entre Eva y María, que los Padres de la Iglesia, ya desde los tiempos apostólicos, se fijaron en ella, llamando la atención de los fieles sobre el ministerio de vida que ejerció María, y el ministerio de muerte que practicó Eva. San Pablo ha dado á Nuestro Señor Jesucristo el nombre de segundo Adán, diciéndonos que el primero, á quien llama terreno, fué figura del segundo, á quien el mismo Apóstol lo apellida celestial: *Adae, qui est forma futuri* (1), Adán, que fué figura del que había de venir. Fundados en esta enseñanza del Apóstol, podemos llamar á María la segunda Eva, la mujer celestial. Comparémoslas á entrambas.

Eva fué criada perfecta, en estado de inocencia y de gracia sobrenatural; María fué criada también en estado de inocencia y llena de gracia santificante: Eva, compañera del primer hombre, no permanece fiel á Dios: cuando llega el momento de la prueba, permite el Eterno que el espíritu tentador se acerque á nuestra primera madre y la incite á quebrantar el fácil precepto, que se le había impuesto, para ejercicio de su obediencia y sujeción

[1] Epístola á los Romanos, cap. 5, ver. 14.

al Criador. En tan crítico momento, ¿qué hace Eva? El ángel de tinieblas le habla provocándola á cometer una culpa: Eva le da oídos; pone en duda el cumplimiento de la amenaza divina, concibe en su corazón locos deseos de soberbia y, por fin, la fe y crédito debidos á Dios, se los niega á Dios, y se los concede al demonio: no cree á Dios, y cree al espíritu de mentira. Eva, ¿habría comido del fruto del árbol prohibido, si hubiera creído que comiéndolo había de morir irremediablemente? Claro es que no: comió, porque creyó que no se había de morir, con lo cual injurió á Dios enormemente, no dando crédito á las amenazas terminantes que el Señor le había hecho, diciéndoles á entrambos, á Adán y á Eva, que morirían irremisiblemente si comían del fruto del árbol prohibido. Un acto de incredulidad perdió, pues, al linaje humano, y un acto de fe lo salvó. Eva incrédula nos dió la muerte: la fe de María nos dió la vida.

Con un ángel habla María: con un ángel habló Eva. . . . El Angel Gabriel en nombre de Dios propuso á la Virgen un misterio profundo, para que lo creyera, y con el consentimiento suyo cooperara de su parte á la consumación de la obra más divina y admirable que el Todopoderoso podía ejecutar: María honró á Dios como una criatura debe honrar siempre á su Criador, sin vacilar, sin dudar, antes creyendo lo que en nombre de Dios se le anunciaba: Eva deshonoró á Dios y le injurió, cuando puso en duda las palabras de Dios para quebrantar el precepto divino. Hay en el pecado de Eva, nuestra primera madre, un oculto y secreto desprecio al Criador, y un amor de sí misma llevado hasta el desprecio de Dios, según la expresión de San Agustín: en el consentimiento de la Virgen hay un purísimo y ardiente amor á Dios, con deseos de que Dios sea infinitamente glorificado: Eva induce á Adán

y le mueve á ofender á su Criador, sabiendo que con su pecado había de arruinar para siempre á toda su descendencia; por el contrario, en María hay un amor á los hombres tan generoso y activo que le estimula á dar su consentimiento para la Encarnación.

De aquí las magníficas expresiones con que los Padres hablan de la Virgen llamándola, con San Bernardo, *Parentum nostrorum Reparatricem*, Reparadora de nuestros padres: apellidándola con San Efrén *Resurrectio Adæ*, resucitadora de Adán, resurrección de Adán, y proclamándola con San Agustín autora de nuestro gozo y puerta por donde entró en el mundo la vida. *Eva occidento obfuit; Maria vivificando profuit*: Eva dánndonos muerte, fué para nosotros nuestra ruina; María, dánndonos vida, fué para nosotros nuestra salvación: *illa percussit; ista sanavit*, Aquella nos causó la herida; ésta nos la sanó.

Eva fué madre de dos hijos: Caín, su primogénito, mató á Abel, inocente y muy agradable á los ojos de Dios: así también María padeció el dolor de contemplar á Jesucristo, Hijo bendito de su seno inmaculado, muerto á manos de los mismos judíos, que formaban el pueblo primogénito de Dios: pero, así como á Eva, por Abel, á quien mató Caín, le nació Set; así también la muerte de Jesucristo dió á María la descendencia espiritual de los hijos de la Iglesia Católica. Eva, al verse madre de Set, exclamó: Dios me ha concedido un hijo en vez de Abel, á quien mató Caín: así María pudo decir también á la vista de los fieles de la primitiva Iglesia; hé aquí los hijos que me ha dado Dios, por aquel que como víctima fué por todos sacrificado. Ni carece de misterio que Adán diera á su esposa un nombre tan magnífico y excelente llamándola *Mater cunctorum viventium*, Madre de todos los vi-

vientes, anunciando con aquel misterioso nombre la sobrenatural fecundidad de la Virgen Madre, cuya existencia les fué revelada por Dios á nuestros primeros padres, como una consoladora esperanza después de su caída.

DEPRECACIÓN.

¡ Oh ! María ! ¡ oh ! Virgen fidelísima ! ¿ Quién entre los santos es semejante á Vos ? ¿Cuál de los más encumbrados Serafines se puede comparar con Vos ? Vuestra extraordinaria santidad tan común en la apariencia, tan sencilla en lo exterior, tuvo en lo íntimo de vuestra alma, en lo secreto de vuestro corazón, un mérito y una perfección sin igual, entre la perfección y santidad de las puras criaturas : esas obras de virtud, tan comunes en lo exterior, son perfectas y admirables en lo interior, por la pureza y rectitud de la intención, por la fidelidad á la gracia, y por el fervor de caridad con que se ejecutan : vemos las obras exteriores ; la hermosura del alma está oculta. ¡ Oh ! María ! ¡ oh ! Madre inmaculada ! . . . En la historia de este miserable corazón mío hay tantos secretos de iniquidad, tantas infamias, tantas vergüenzas, tantas infidelidades, que hacen, en el orden sobrenatural de la gracia, un monstruo de una alma, al parecer tan compuesta : mis obras, tan arregladas á la vista de los hombres que miran solamente lo exterior, cuán horribles aparecerán á los divinos ojos, que escrutan mi conciencia ! . . . ¡ Ah ! Virgen santa ! yo sí que puedo decir mejor que el santo patriarca Job : *Commisera mea pavesco et ante te erubescó* : Horror me causan los pecados que he cometido y me avergüenzo delante de Vos. . . . ¡ Socorredme, Virgen santa : tened compasión de mí, Madre Inmaculada. Amén,

LECCION SÉPTIMA.

DIA SIETE DE MAYO.

EXPLICACIÓN DE LA TERCERA PALABRA DE LA
SALUTACIÓN ANGÉLICA: DOMINUS TECUM, EL
SEÑOR ES CONTIGO.

I

Las palabras de la Salutación angélica tienen entre sí un muy íntimo y estrecho enlace, y en su significación unas se apoyan en otras, de tal modo que el sentido de las que anteceden recibe su explicación y fundamento del significado de las que se siguen inmediatamente: todas están colocadas con ilación y lógica divina, y el santo Angel las fué pronunciando una después de otra, con sabiduría misteriosa. La primera palabra que pronunció es una expresión de regocijo: *Ave*, alégrate, y ¿por qué? ¿cuál es el motivo de esa alegría? Porque eres llena de gracia: y has sido y estás llena de gracia, porque el Señor es contigo, y, en fin, eres bendita entre todas las mujeres, porque de tí ha de nacer el mismo Hijo de Dios, que será el fruto bendito de tu vientre. Hé aquí el fundamento, la raíz, el motivo de todas las grandezas y excelencias de la Virgen, su divina Maternidad. El elogio de María lo principia el Angel y lo termina Santa Isabel. No es posible decir más en elogio de María: todo cuanto en alabanza de Ella se puede decir está contenido en las palabras de la Salutación angélica. Penetrar con la consideración en el profundo sentido de ellas, meditar su significado, explicarlo y

exponerlo, con toda esa riqueza de erudición y de ciencia sagrada, con que lo han hecho tantos varones santos y doctísimos, obra es digna de quien sepa amar de veras á la santa Virgen: nosotros nos contentaremos con seguir humildemente, á medida de nuestras débiles fuerzas, las huellas de esos insignes devotos de María.

Estas palabras: *Dominus tecum*, el Señor es contigo, se encuentran muchas veces en la Escritura Santa; así pues, conviene reflexionar sobre las circunstancias en que han sido pronunciadas, para deducir de ahí el verdadero sentido de ellas.

No fué el Angel Gabriel quien pronunció por la primera vez esta expresión: *Dominus tecum*, el Señor es contigo, dirigiéndosela á la Virgen, pues ya había sido pronunciada muchas otras veces por diversos personajes del Antiguo Testamento.

En el Deuteronomio, Moisés dirigiéndose á Josué y constituyéndolo, en nombre de Dios, por caudillo del pueblo escogido, al cual debía introducir en la tierra de promisión, le dice, en presencia de todo Israel: Tú introducirás á este pueblo en la tierra que el Señor juró que había de dar á nuestros padres, y tú se la distribuirás por suertes. No temas, ni te acobardes, porque el mismo Señor, que es vuestro conductor, estará contigo: *Dominus qui ductor est vester, ipse erit tecum* (1). El Señor estará contigo, *Dominus erit tecum*. ¿Qué significa esta expresión? A Josué se le confiaba, en nombre y por orden de Dios, el cargo de introducir al pueblo de Israel en la tierra prometida, cargo difícil, para el cual no eran suficientes los recursos meramente humanos, y se necesitaba un auxilio especial de parte del mismo Dios, que había elegido á Josué por caudillo de su pueblo.

(1) Deuteronomio, cap. 31, ver. 8.

En el Libro de los Jueces, leemos que el Angel que se apareció á Gedeón, le saludó diciéndole: El Señor es contigo, varón esforzadísimo, *Dominus tecum, virorum fortissime*. Si el Señor está conmigo, contestó Gedeón, decidme por qué nos han sobrevenido tantas calamidades? Ahora, el Señor nos ha abandonado y ños ha entregado en poder de nuestros enemigos. De la respuesta que dió Gedeón al Angel se deduce cómo entendían los israelitas la expresión *Dominus tecum*, el Señor está contigo. Si el Señor está con nosotros, ¿por qué han venido sobre nosotros tantos males? La presencia de tantos males era, pues, una señal cierta de que el Señor no estaba con su pueblo (1). El Señor es contigo significa, por tanto, en la Escritura Santa el auxilio especial y extraordinario que Dios concede á aquellos á quienes encarga un ministerio difícil, una obra, para cuya ejecución no son bastantes las fuerzas meramente naturales.

En la historia de Ruth, se refiere que Bóoz, saludando á los segadores de Belén, les dijo: *Dominus vobiscum*, el Señor sea con vosotros, y que ellos le respondieron: *Benedicat tibi Dominus*, bendígate el Señor (2). No hay duda de que ésta fuese la expresión, con que los buenos israelitas se saludaban unos á otros, en el pueblo de Dios. Mas, preguntaremos, ¿cuál es el propio, el verdadero significado de ella? Significábase con ella aquel auxilio extraordinario, aquella asistencia especial concedida por Dios para ejecutar alguna acción, en circunstancias determinadas, cuando no eran suficientes las fuerzas ó medios puramente naturales; en una palabra, la cooperación divina extraordinaria á las obras humanas. Josué debía ser el caudillo del pue-

(1) Libro de los Jueces, cap. 6, versículos 12 y 13.

(2) Ruth, cap. 2, ver. 4.

blo escogido, debía realizar la promesa que Dios tenía hecha, con juramento, á los antiguos patriarcas de darles á sus descendientes la tierra de Canaán, donde, según la frase de la Escritura Santa, fluían arroyos de leche y miel: ese pueblo, á quien debía gobernar Josué, era pueblo rebelde, de dura cerviz y de corazón incircunciso, dispuesto á la rebelión, descontento de los dones del Señor é ingrato á sus beneficios; y era necesario conducirlo al otro lado del Jordán, y adiestrarlo al combate con enemigos vigorosos y resueltos á defenderse denodadamente. No temas, ni te acobardes, le dijo Moisés, el Señor estará contigo y no te desampará, es decir, Dios te concederá, en todo momento, aquellos auxilios extraordinarios, que te son indispensables para realizar una empresa, para la que no te bastarían los recursos puramente humanos.

Si el Señor estuviera con nosotros, replicaba Gedeón al Angel, no nos habrían afligido tantas desgracias: nosotros no tenemos fuerzas para resistir á nuestros enemigos, y el Señor se ha apartado de nosotros, nos ha abandonado; y porque el Señor se ha alejado de nosotros, por eso nuestros enemigos nos oprimen y afligen de tantas maneras. ¿Qué es lo que nos falta? Sin duda, aquellos auxilios, sin los cuales no podremos vencer á nuestros enemigos ni librarnos de ellos.

Aquella expresión religiosa, consagrada por la Iglesia en su Liturgia: *Dominus vobiscum*, el Señor sea con vosotros, con que Booz saludaba á los segadores de Belén, nos da á conocer cuánta necesidad tenemos siempre, hasta para las acciones más ordinarias de la vida, del auxilio divino, de la presencia del Señor en toda ocasión. *Dominus vobiscum*, el Señor sea con vosotros, para que vuestra labor en el campo, las fatigas y faenas del trabajo os sean agradables, llevaderas y provechosas.

Estar, pues, el Señor con uno significa en la Escritura Santa la concesión de aquellos auxilios especiales que son necesarios para llevar á cabo una obra, para cuya ejecución no eran suficientes los recursos y medios puramente humanos y naturales.

Y ¿por qué en este caso para hablar de Dios se emplea siempre el nombre de Señor, con preferencia á todos los demás nombres que Dios tiene en la Escritura Santa? Ni esa palabra de Señor, con que se designa á Dios, está vacía de misterio; antes tiene admirable significación. Los nombres que la Escritura Santa suele dar á Dios, todos son divinos y misteriosos, y expresan algún atributo infinito; precisamente aquel atributo que brilla más que los otros en las circunstancias en que se está hablando del Ser Supremo. En el gobierno de las criaturas racionales se conduce Dios con inefables miramientos, dirémoslo así: ha ennoblecido á la criatura racional concediéndole el dón del libre albedrío; y, durante el tiempo de la prueba, Dios en su criatura respeta sus propios dones, y la gobierna auxiliándola y fortaleciéndola, pero dejando siempre intacta su libertad: quiere y exige la cooperación de la criatura, pero no violenta jamás la libertad de ella. Hé ahí lo que significa la palabra Señor, con que se designa á Dios en las Santas Escrituras, cuando se habla del absoluto dominio que tiene sobre las criaturas racionales: dominio absoluto, señorío magnífico, en el que se manifiesta la libertad de la criatura racional bajo la dependencia de su Criador.

Veamos lo que esta palabra significó dirigida por el Angel á la Virgen Santísima. El fin de la Encarnación fué la gloria de Dios: la redención del linaje humano fué la manera cómo, por medio de la Encarnación, el Verbo Divino humanado, redimiendo á los hombres, dió gloria á Dios. Debemos,

pues, distinguir muy bien el fin último de la Encarnación, del modo como á Dios Nuestro Señor le plugo realizar tan profundo misterio.

El Altísimo en sus inescrutables designios, permitió el pecado y la caída de nuestros primeros padres, y, por causa de ese pecado, la ruina del linaje humano; pues, según la expresión de San Pablo, todos los hombres morimos en Adán, nuestro primer padre y el progenitor de la familia humana. Dios pudo criar por sí mismo á todos los hombres como crió á Adán, ó sacándolos á todos inmediatamente de la nada, ó formando de la tierra ó de otro cualquiera elemento el cuerpo de ellos; ya haciéndolos á todos vivir juntos á un mismo tiempo, ya poblando el globo sucesivamente con diversas y sucesivas generaciones: pero en su infinita sabiduría dispuso las cosas de otro modo. Crió inmediatamente al primer hombre, formando su cuerpo por sí mismo del polvo de la tierra, y sacando de la nada el alma: de este primer hombre, como de una fuente de vida, habían de brotar sucesivamente todas las generaciones en la serie de los tiempos. Otra de las circunstancias de la creación de las criaturas racionales humanas, es la distribución de ellas en dos sexos, es decir, que la familia humana había de estar dividida en seres semejantes, destinados á completarse recíprocamente.

Dios, al criar al hombre, no se contentó con dejarlo en un estado puramente natural, sino que se dignó elevarlo sobre las condiciones de su propia naturaleza, sublimándolo por la gracia divina de que lo revistió, á un estado sobrenatural. Según el orden de la adorable Providencia, el primer hombre fué constituido cabeza y jefe de todos sus descendientes, y Dios celebró con Adán un pacto, por el cual los bienes que Adán poseía habían de transmitirse á todos sus descendientes, con tal que él,

como cabeza y jefe del linaje humano, cumpliera fielmente el precepto, impuesto por el Criador, de abstenerse del fruto del árbol llamado de la ciencia del bien y del mal. Si Adán guardaba el mandamiento divino, merecería, no solamente para sí, sino también para todos sus descendientes, la felicidad prometida por el Señor como premio á su obediencia; pero, asimismo, si quebrantaba el precepto divino, se atraería para sí y para todos sus descendientes el castigo con que Dios le había amenazado. Adán, en el día de su prueba, no fué fiel á su Dios y quebrantó el fácil precepto que el Señor le había impuesto, injuriando así y ofendiendo á su Criador. ¿Cuál fué la consecuencia de ese pecado? La consecuencia del pecado de Adán fué la ruina de todo el linaje humano: Adán perdió no sólo para sí, sino también para todos sus descendientes los bienes eternos, y nos acarreó desgracias imponderables. Pecando Adán, pecamos en él todos, porque en la voluntad suya, de una manera misteriosa, estaban contenidas las voluntades de todos nosotros.

Una vez consumada por el pecado de Adán la ruina del linaje humano, Dios podía dejarnos perecer para siempre á todos sin remedio, negándonos la gracia del perdón y la misericordia: podía también, perdonarnos sin exigir de nosotros satisfacción alguna, ó contentándose con la satisfacción, que á la infinita Majestad de todo un Dios ofendido podía dar la criatura miserable, ó, en fin, aceptando por el hombre la satisfacción que quisiera ofrecer otra criatura racional de naturaleza más excelente que la humana. Empero, no sucedió así, pues Dios quiso salvar al hombre, exigiéndole satisfacción de estricta justicia, proporcionada á la dignidad de la persona ofendida. Debía, pues, el culpable ofrecer á Dios en sacrificio expiatorio una víctima inocente y pura, que tuviese méritos infinitos y que por

ningún otro respecto fuese debida á Dios.

Dirémoslo mejor, la víctima tenía que ser el mismo culpable, y con ser el mismo culpable había de estar inocente, y, además de la inocencia, era indispensable que poseyera méritos infinitos: esto mismo aún no era bastante, pues la víctima expiatoria de una satisfacción de estricta justicia debía necesariamente no pertenecer por ningún otro respecto á la Majestad adorable de Dios ofendido. Así, la satisfacción de estricta justicia era de todo punto imposible por parte del hombre; pero no lo era para la sabiduría y para la bondad divina; y el Verbo Eterno de Dios, revistiéndose de la naturaleza humana en el seno inmaculado de la Virgen, fué esa víctima expiatoria, por la cual se ofreció al Altísimo satisfacción de estricta justicia por el pecado de nuestros primeros padres.

Pero el Verbo Divino no podía en su naturaleza divina ser víctima expiatoria por el pecado, porque no podía padecer, ni suplicar, ni merecer: era, pues, indispensable que tomara una naturaleza criada, paraque, mediante ella, siendo inferior al Padre, fuera capaz de merecimiento, y ofreciera sacrificio. Es verdad que para la satisfacción por el pecado, habría sido bastante que el Verbo Divino tomara una naturaleza criada cualquiera, por ejemplo, la angélica, y, uniéndola consigo en la unidad de su persona adorable, pidiera la salvación y mereciera el perdón y la gracia para el linaje humano: no obstante, el Verbo Divino quiso tomar la misma naturaleza humana, con la cual había de padecer, y resolvió tomarla no criándola inmediatamente de la nada, ni formándola de otra sustancia cualquiera, sino de la misma que había delinquido, de la misma que era culpable. En sacrificio de expiación por el pecado debía derramarse la misma sangre del criminal, y, con ser la misma sangre del culpable, ha-

bía de ser pura é inocente; y, con ser sangre de una criatura, había de tener méritos infinitos. Ved como sucedió esta obra admirable.

Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre: en su persona divina, que es la segunda de la santa Trinidad, está unido el Unigénito de Dios Padre á la naturaleza humana, y mediante la naturaleza humana de que está revestido, Jesucristo es hijo de Adán, hijo del hombre, como el mismo Señor se llama en su Evangelio. Corre por las venas del Hombre-Dios la sangre de Adán, la sangre del culpable; pero en el cuerpo humano de Jesucristo esa sangre es inocente, inocentísima, sin mancha, porque el Verbo Divino la tomó en una fuente pura é inmaculada. Esa fuente fué María.

María fué hija de Adán, descendiente de Adán, pero con todo eso, la naturaleza humana en María no estuvo, ni podía estar, manchada por la culpa, ni inficionada por el pecado original; antes estuvo no solamente limpia é inmaculada, sino además santificada por la unción de la gracia sobrenatural. Detengámonos á considerarlo un momento.

Dios había determinado redimir al linaje humano mediante una satisfacción de estricta justicia, en la que la misma naturaleza culpable fuese la víctima inocente del pecado; y la satisfacción que ofreció el Redentor fué superabundantísima. Más, ¿qué sangre fué la que Jesucristo derramó en el Calvario? fué, por ventura, una sangre que Dios había formado de alguna otra sustancia, ó criado, talvez, de la nada? No: la sangre derramada por Jesucristo fué sangre humana, tomada en el seno de María, y esa sangre, María la recibió de Adán, como hija suya, como su descendiente. Si de la sangre de la Virgen había de formarse, pues, mediante la acción del Espíritu Santo, el cuerpo adorable de Jesucristo, ese cuerpo que debía ser la víctima expiatoria de

nuestros pecados, el cuerpo mismo de la Virgen, su carne misma debió ser inmaculada y santa. Esa sangre pura, esa sangre virginal de que había de formarse el cuerpo divino de Jesucristo, no pudo estar manchada ni un solo instante por el pecado, porque la Sabiduría Eterna no podía habitar en cuerpo sujeto á pecado. *Sapientia nec habitabit in corpore subdito peccatis* (1). Si el cuerpo de la Virgen debía ser inmaculado, santo y puro, ¿cuánto más santa, pura é inmaculada no debió ser su alma? Esa alma, destinada á ser trono de la divina Sabiduría, que no suele entrar jamás en alma perversa? *Quoniam in malevolam animam non introibit Sapientia.*

Más la Encarnación, por cuyo medio había de verificarse tan admirablemente la redención del linaje humano, pudo llevarse á cabo por parte de Dios, sin que la Virgen diera su consentimiento para ella : pero no sucedió así, sino que Dios determinó pedir primero á María su consentimiento para la Encarnación, y no la elevó á la dignidad incomparable de Madre suya, sino después que la Virgen dió para ello, libre y voluntariamente, su asentimiento. No debemos ponernos á discurrir si el consentimiento de la Virgen para la Encarnación era ó no posible : el Todopoderoso se lo pidió á la Virgen : María lo dió : hé ahí el hecho, un hecho, cuya importancia y significación debemos meditar.

La Encarnación fué la gran obra de Dios, aquella en que el Omnipotente quiso hacer resplandecer más sus atributos : esta obra debía, pues, hacerse de una manera en toda digno de Dios. Puesto que la Encarnación debía verificarse tomando el Verbo Divino naturaleza humana en el seno de la Virgen, muy conveniente era que María diera, vo-

[1] Libro de la Sabiduría, cap. 1º, ver. 4.

luntariamente, á su Criador la sangre de su propio corazón, para que de ella se formara el cuerpo del Hombre-Dios: algo de su propia sustancia, la sangre de su propio corazón, debía dar la humilde hija de Judá, para que se formara el cuerpo divino del Unigénito del Padre que venía á redimir el mundo: algo, y lo dió, de una manera libre y generosa, consintiendo voluntariamente en ser Madre de Dios. En el conocimiento de la obra, cuya ejecución se le propuso, en la libertad que se dejó á la Virgen para consentir, en eso está la excelencia de obra tan maravillosa, porque la gloria de Dios es tanto mayor, cuanto más conoce la criatura racional los atributos divinos, y cuanto más le ama y se conforma con la voluntad divina.

La Encarnación era, además, para la Virgen, predestinada á ser Madre de Dios una obra de mérito incomparable: la dignidad de Madre de Dios imponía á la Virgen deberes muy graves, deberes terribles, y la manera como había de verificarse la Redención exigiría de su alma sacrificios y dolores tremendos: se acerca, pues, por esto, á Ella el mensajero celestial y le propone, de parte de Dios, una dignidad tan sublime; y los miramientos del Eterno para con la Virgen llegan hasta el extremo de dejar pendiente de la voluntad de Ella la obra de la Encarnación. María, además, como enseña el Angélico Doctor, en la Encarnación hacía las veces de todo el linaje humano, y en manos de la Virgen se puso por un momento la suerte futura, es decir, la salvación ó la ruina de todos los hijos de Adán.

La ofensa, con que el padre del linaje humano injurió al Criador, fué un acto libre, ejecutado con deliberación, posponiendo la gloria de Dios á una satisfacción miserable del más ruin de nuestros apetitos: así también la reparación de la injuria irrogada á Dios, debía verificarse, por parte del hombre,

con toda libertad y deliberación : el hombre ofendió á Dios, porque quiso ; debía, pues, satisfacerle voluntariamente, para que la satisfacción, así como la culpa, fuesen obras de criatura racional. Mas, ¿ cómo podría el culpable dar á Dios esa satisfacción voluntaria ? ¿ Cómo podría tomar parte en el sacrificio, que el Redentor debía ofrecer, para borrar los pecados del mundo ? Debía dar el linaje humano aquello que podía ofrecer para satisfacer á Dios. Y ¿ qué era lo que el linaje humano podía ofrecer ? ¡ Ah ! ¿ preguntáis que era ? ¡ El hombre podía ofrecer la sangre de la víctima ; la sangre, mediante cuyo derramamiento había de consumarse la Redención ! Hé ahí lo que el hombre podía ofrecer : y hé ahí lo que el hombre ofreció, y hé ahí lo que el linaje humano puso de su parte para la Redención, por medio de María, que hacía las veces de todo el linaje humano en el momento de la Anunciación.

Muy conveniente era que la Virgen conociera, clara y perfectamente, todos los designios del Altísimo en la Encarnación, en cuya obra estaba predestinada á cooperar tan eficazmente : y, en efecto, ilustrada por el Espíritu Santo, conoció todo cuanto convenía que conociera de aquel profundo misterio ; entendió entonces cuál era su propio destino, vió claramente los deberes de su divina Maternidad y, con la ciencia más completa de todo cuanto estaba pendiente de su consentimiento, lo dió, libre, voluntaria y generosamente, conformando, de un modo heroico, su voluntad con la voluntad divina, en los designios eternos de la Encarnación y de la Redención.

II

Ahora podemos explicar ya cual fué el significado que tuvo la expresión : *Dominus Tecum*, el Señor es contigo, con que el Angel saludó á la Vir-

gen María. ¿Cuál fué en boca del Angel el sentido de esa expresión? En boca del Angel, dirigida á la Virgen María en el momento que precedió á la Encarnación, esa palabra era una aseveración divina, por la cual se le hacía saber á la Virgen que el Todopoderoso le concedía los auxilios sobrenaturales y gracias extraordinarias que le eran indispensables, para cumplir dignamente su incomparable destino. Decirle á María, el Señor es contigo, fué, pues, lo mismo que manifestarle que, por parte de Dios, tenía aquella asistencia especialísima, que necesitaba para cooperar á la Encarnación del Verbo Divino y á la redención de los hombres: El Eterno os ha predestinado para una obra divina: en Vos no hay fuerzas naturales para obra semejante; pero el mismo, que para esa obra os ha predestinado, está con Vos asistiéndoos con auxilios abundantes, á fin de que podáis ejecutar la gran obra, para cuya realización, desde toda eternidad, habéis sido predestinada.—Tal era el sentido de las palabras del Angel.

Reflexionemos, además, que el Angel dijo y aseveró, de una manera absoluta, que el Señor estaba con María: *Dominus Tecum*, el Señor es contigo, es palabra de afirmación, no palabra de promesa: no era palabra piadosa, como la que Booz dirigía á los segadores de Belén, expresándoles un deseo afectuoso, como para implorar sobre ellos las bendiciones del cielo: fué palabra afirmativa, como la que Moisés dijo á Josué; como aquella con que otro ángel saludó á Gedeón. En el momento en que el Angel saludó á la santa Virgen ya Ella estaba, pues, prevenida con los auxilios eficaces de la gracia y asistencia divina, para merecer por su parte, en cuanto podía merecerlo, ser elevada á la sublime dignidad de Madre de Dios.

En efecto, la cooperación de la Virgen á la

Encarnación no fué una cooperación puramente material y pasiva; eso habría sido indigno de Dios y nada conveniente para la misma Virgen: su cooperación fué, pues, racional en sumo grado y un perfectísimo acto humano, deliberado y voluntario, y, por consiguiente, meritorio. Un acto de virtud sobrenatural, en el que María manifestó una perfección y santidad admirables.

¡Cuántos actos de virtudes heroicas y perfectísimas practicó la Virgen en aquel momento! Imaginémonos ese instante, en que el Angel, puesto reverentemente delante de María, le pidió, de parte de Dios, su consentimiento para la Encarnación. Dios, en los arcanos de su infinita sabiduría, tenía decretado pedir á la Virgen su consentimiento para encarnarse en sus entrañas; y, cuando llegó aquel instante, llamado en las Santas Escrituras la plenitud de los tiempos, María se vió en las circunstancias más extraordinarias en que puede encontrarse jamás criatura alguna racional. De sólo considerarlo se siente como anonada la mente humana. . . . Una niña tierna, de apenas catorce años de edad, modesta y recogida, que había pasado su vida encerrada en el templo, llevando con admirable resignación en su alma sensible los dolores de una temprana orfandad, vedla, de repente, constituida por árbitro de las mismas obras de Dios: vedla consultada, con miramientos inefables, por el mismo Dios, que se dignará esperar, con divina solicitud, la respuesta de aquella Virgen, única en los designios eternos. En un instante, para la Virgen muy inesperado, se le revela y pone de manifiesto su estupeña predestinación, y ante una revelación tan asombrosa, María da á los cielos, atónitos de admiración, el espectáculo maravilloso de las virtudes más extraordinarias.

Practicó la Virgen inmaculada en aquellas por

siempre memorables circunstancias de la Anunciación y Encarnación, actos perfectísimos de fe, prudencia, amor á Dios, caridad para con el prójimo y humildad. Cuando el misterio de la Encarnación fué anunciado á los paganos, lo tuvieron como una locura, como una demencia, como una necedad; y los Judíos, para creerlo, exigieron milagros que lo probaran, por ser el más profundo é incomprensible de todos los misterios. La fe es un homenaje de nuestra inteligencia á la Majestad divina, mediante el auxilio de la gracia: para tributar á Dios semejante homenaje, es indispensable que estemos convencidos de que Dios nos habla; y ese convencimiento no puede nacer sino de las profecías cumplidas y de los milagros verificados, por cuyo medio Dios haya probado que es el mismo Señor quien nos ha hablado, y que no es imposible lo que propone á nuestra creencia. Una vez convencidos de que es Dios quien nos habla, nuestra inteligencia, descansando en la veracidad divina que no puede engañarse, y en la bondad divina que no quiere jamás engañarnos, asiente y cree como verdadero lo que Dios nos ha revelado, aunque no lo comprendamos ni á inteligencia alguna criada sea posible comprenderlo. Pero, creer lo que de parte de Dios se propone á la inteligencia, sin exigir pruebas ni milagros, éso es honrar la suma veracidad divina, como la criatura debe honrar al Criador. ¿Qué proponía el Angel á la Virgen? ¡ Ah! El más profundo y recóndito de los divinos misterios! Se le pedía el consentimiento suyo para la Encarnación; y para que la santa Virgen diera ese consentimiento, era necesario que primero creyera firmísimamente en el misterio y en su realización. Y, ¿qué circunstancias tan excepcionales y tan extraordinarias para la Virgen! Debía creer que Ella había de ser Madre de un niño, el cual, con formarse en su seno

y criarse á sus pechos, había de ser, no obstante, el mismo Dios, el Dios verdadero : un Angel le estaba anunciando aquel misterio, á nombre de Dios, y para que aquel milagro tan estupendo se verificara en Ella, no se aguardaba más que su consentimiento : una sola cosa le constaba á la Virgen en aquellas circunstancias, y era que Ella, en aquel momento, estaba hablando con un Angel y que ese Angel le hablaba de cosas misteriosas que habían de consumarse en Ella, y por Ella, mediante la voluntad divina. . . . ¿Qué hizo la Virgen ? ¿ Acaso se rió, como Sara, cuando le fué anunciado el nacimiento de Isaac ? Por ventura, exigió al Angel, como Gedeón, milagros repetidos para creerlo ? O, talvez, dudó como Zacarías ? ; Ah ! No : María ni por un instante dudó de lo que el Angel le anunciaba ; antes lo creyó al punto, firmísimamente. . . . Y, ¿ cómo manifestaremos que lo creyó ? ; No parecía más bien que dudaba ? ; Dudar ! ; Oh ! No. . . . Preguntó cómo se verificaría aquel portento : *Quomodo fiet istud* : y preguntar acerca del modo como se verificará un suceso prueba clara es del convencimiento que se tiene de que aquel suceso se ha de verificar. Consideremos que la Virgen no preguntó al Angel, si era posible que se verificara la Encarnación, nó. Sin dudar del misterio y creyendo que había de verificarse en Ella, preguntó solamente el modo cómo había de verificarse.

La santa Virgen sabía que el Redentor del mundo, el Mesías prometido á los antiguos padres, según lo vaticinado por Isaías, había de nacer de una Virgen ; pero no sabía cómo había de verificarse un nacimiento tan milagroso : por esto, sin dudar del misterio, averigua tan solamente de qué manera se verificaría aquella maternidad, real y verdadera, conservando Ella su integridad virginal. *¿Quomodo fiet istud quoniam virum non cognosco?*

Que fué decir: Tengo hecho voto de no conocer varón: indicadme, pues, oh Angel de Dios, qué debo hacer paraque, sin el menor quebranto de mi pureza virginal, se verifique en mí ese misterio, que de parte del Señor me acabáis de anunciar. . . . He hecho voto de virginidad: sé que el Mesías ha de nacer de una madre virgen: eso naturalmente es imposible. . . . Decidme, pues, qué debo hacer para que se realice en mí ese misterio? Estas palabras de la Virgen manifiestan una discreción y una prudencia extraordinarias.

Muchas veces conocemos lo que Dios quiere de nosotros, la voluntad divina nos es manifiesta y la vemos claramente; pero en lo mismo que Dios quiere de nosotros, nuestra limitada razón natural encuentra, por lo pronto, una contradicción palpable; ¿qué debemos hacer entonces? Pedir al mismo Dios que nos alumbre, para conocer el modo de cumplir la divina voluntad; ser prudentes, buscando los medios para alcanzar el fin. Eso fué lo que hizo la Virgen Nuestra Señora: Dios le inspiró que hiciése voto de virginidad: obedeciendo á la inspiración divina, María consagró á Dios su pureza: el mismo Dios le manifiesta su voluntad de que sea Madre del Mesías: ¿no había una contradicción aparente en los querereres de la voluntad divina? *Quomodo fiet istud quoniam virum non cognosco?* ¡Dios mío! Estoy pronta á cumplir vuestra voluntad; pero no conozco el modo de cumplirla; ese modo manifestádmelo Vos mismo. ¡Cuánta humildad en esta respuesta! ¡Qué prudencia, qué discreción tan admirable!

Explicando el Angel á la Virgen la manera cómo había de verificarse en Ella la Encarnación del Verbo Divino, le instruye de la milagrosa concepción del Precursor, que había de nacer muy pronto de una madre estéril, porque nada era imposible

para el Señor. El próximo alumbramiento de Isabel no era tanto una prueba, con que pretendiese el Angel convencer á la Virgen, cuanto una circunstancia maravillosa, cuyo conocimiento convenia á la Virgen, para que por medio de Ella se verificara inmediatamente la santificación del Precursor. Obra menos maravillosa era la concepción de una mujer anciana, casada y estéril, que la de una virgen, sin quebranto de su virginidad. A Isabel debiera haberse dado como prueba la maternidad virginal de María, y no á María la concepción de Isabel. María creyó, pues, en la Encarnación con un acto de fe pronto, espontáneo, generoso: creyó al punto que le fué revelado el misterio, y le bastó conocer que Dios le hablaba para creer gustosa, sin vacilar, ni exigir milagros, para creer lo que Dios le anunciaba. Esa fe generosa honró á Dios, esa fe generosa cooperó á la salvación del mundo. No dijo á Dios, como Abrahám: basta Señor que uséis de misericordia con Ismael, como vacilando en dar entero crédito á las promesas que le hacía Dios sobre Isaac, el hijo que le había de nacer de Sara; ni como Moisés pidió á su divina Majestad señales extraordinarias en prueba del destino providencial para que había sido predestinada. Preséntase el Angel delante de la Virgen y le dice: el Hombre Dios nacerá de vuestras entrañas, ¿ consentís en ser madre suya? ¿ Qué responde la discretísima Virgen? El mismo Dios me inspiró consagrarle con voto mi virginidad, y se la he consagrado desde mi infancia; decidme, pues, cómo se verificará en mí la voluntad divina. . . . El Angel le contesta: concebréis y daréis á luz milagrosamente sin detrimento de vuestra virginidad, y el Santo por esencia que nacerá de vuestras entrañas será el Hijo de Dios.

El humilde viéndose ensalzado se tiene en nada y se llena de gratitud hacia su benefactor. Hé

aquí el primer pensamiento y el primer afecto que se despertó en el corazón de la Virgen Santísima, al escuchar el mensaje extraordinario que de parte de Dios le presentó el santo Arcángel: siempre ese corazón puro é immaculado había amado fervorosamente á Dios: Dios había sido el constante objeto de los anhelos y aspiraciones de aquella alma tan noble y generosa, completamente desprendida de todo lo terreno: hasta aquel momento María no había tenido otra aspiración que la de cumplir la voluntad divina, de la manera más agradable á Dios: era llegado el momento en que de parte del mismo Dios se le proponía una obra que había de dar al Eterno la mayor gloria posible: dejar de ejecutarla, qué habría significado por parte de la Virgen, sino que no amaba á Dios cuánto podía amarlo su corazón? María no vaciló ni por un instante: ¿amáis á Dios con todo vuestro corazón? Si así lo amáis, hé aquí una obra en la que todo ese vuestro amor se verá satisfecho: tal fué en su significación el razonamiento del Angel á la Virgen. El amor no se contenta ni queda satisfecho sino cuando hace bienes al amado; y tanto mayor es su contento, cuanto mayores bienes concede al amado: empero, cuando el objeto del amor es un ser superior que no necesita de bien alguno, cuando el objeto del amor es Dios que posee todo bien, y que no tiene necesidad de los bienes de las criaturas, porque su Divina Majestad es la fuente de donde manan todos los bienes, el amor vive y se alimenta buscando siempre el modo de dar gusto al amado, la manera de cumplir siempre su voluntad en todas las cosas y de cumplirla excelentemente. María amaba á Dios con todo el fervor de su corazón; y hé aquí que aquel Señor de la Majestad, á quien todos los bienes sobran y á quien nada hace falta, pide á María una cosa, que Dios quiere, que el Eterno ha me-

ner, y que María puede dar, haciendo, según la feliz expresión de un Padre de la Iglesia, deudor suyo á Aquel, de quien todas las criaturas son deudoras. ¿Qué es lo que María puede dar á Dios? ¡Ah! Lo que María puede dar á Dios es la santa humanidad, mediante la cual el Verbo de Dios puede redimir al mundo: y María la dió, con el amor más generoso, con la voluntad más pronta, con la caridad más encendida.

Conviene que reflexionemos sobre las disposiciones y los sentimientos del corazón inmaculado de la Virgen en el momento en que, contestando al Angel, dió su consentimiento para la Encarnación del Verbo Divino. María no dió su consentimiento á ciegas, lo dió deliberando y ponderando en su corazón todas las circunstancias y condiciones de la obra divina y milagrosa, que, en Ella y por medio de Ella, debía cumplir el Todopoderoso; y al dar su consentimiento, uniendo su voluntad con la de Dios, se propuso en su divina Maternidad todos los fines que la Sabiduría infinita intentaba con la Encarnación; por esto dió su consentimiento, respondiendo al Angel con una expresión admirable: Cúmplase en mí tu palabra. *Fiat mihi secundum verbum tuum.* Que fué como decir: yo no tengo más voluntad que la divina, y así yo quiero lo que Dios quiere de mí.

En aquel momento la salvación del género humano estuvo pendiente de la voluntad de la Virgen; y María, conociendo la necesidad que teníamos de la Encarnación para salvarnos, dió su consentimiento, movida de la más ardiente y generosa caridad, queriendo por su parte cooperar eficazmente á la Encarnación del Verbo Divino, para dar gloria á Dios con la salvación del mundo. Decimos que se quiere una cosa con voluntad eficaz, cuando se ponen todos los medios posibles para conseguirla, cuando se ponen sin tardanza y con gusto, con

prontitud y buena voluntad. Pues María, en la manera como dió su consentimiento, manifestó que tenía voluntad eficaz de cooperar á la Encarnación. San Agustín, imaginándose presente á la entrevista del Angel con la Virgen en el momento de la Anunciación, se dirige á María, y le habla en estos términos: Oh! María, le dice, el mundo todo cautivo os ruéga que deis vuestro consentimiento. *Saeculum omne captivum tuum deprecatur assensum*: Vos sois los rehenes que de su fe el mundo ha dado á Dios, *Te apud Deum mundus suae fidei obsidem fecit*. ¡Oh! Virgen, no tardéis en responder, dad pronto al Angel vuestro consentimiento y recibid en vuestro seno al Hijo de Dios: hablad, responded ya, oh Virgen sagrada. Porque os detenéis en dar la vida al mundo? *Vitam quid tricas mundo*. El Angel aguardando se está vuestro consentimiento: y en este instante vuestra fe ó abrirá el cielo ó lo cerrará para siempre. *Fides tua modo aut aperit coelum, aut claudit* (1).

Tomemos la palabra también nosotros en esta deprecación, y, con San Bernardo dirigiéndonos á la Virgen, exclamemos: esperando estamos, oh Señora, esa vuestra palabra de conmiseración, todos aquellos, á quienes miserablemente oprime la sentencia de condenación. *Expectamus et nos o Domina verbum miserationis quos miserabiliter premit sententia damnationis*. En arras de vuestro consentimiento se os ofrece nuestra salvación: al punto mismo en que consintáis, seremos salvados: *Statim liberabimur, si consentis*. Dios mismo espera vuestra respuesta de consentimiento, porque con ella ha decretado salvar al mundo: *Desiderat Deus respensionis assensum, in quo nimirum proposuit sel-*

(1) San Agustín. (Citas tomadas de la Summa aurea Deiparae, tomo 5º).

vare mundum (1). La augusta Trinidad, dice, San Buenaventura, esperaba la respuesta y el consentimiento de aquella Virgen singular: *Tota Trinitas erat ibi exspectans responsionem et consensum hujus suae filiae singularis* (2).

Cuán maravilloso fué verdaderamente aquel instante de la serie de los siglos, llamado con razón por el Apóstol, la plenitud de los tiempos. Mientras la santa Virgen se detiene, como deliberando para dar su consentimiento, Dios, en lo alto de los cielos, suspenso, aguarda la respuesta de la más humilde y de la más grande entre todas las criaturas: los Patriarcas, desde Adán hasta los mismos padres de María, esperan anhelantes esa palabra omnipotente, que ha de quebrantar las cerraduras de los oscuros limbos y abrir de par en par las puertas de la gloria: los ángeles están esperando oírla para llenarse de júbilo: la desean para todas las futuras generaciones, que, desde el fondo oscuro de los tiempos, tienen puesto el oído atento para escucharla, y levantan entrambas manos en ademán de súplica y de ruego, tendiéndolas hacia la Virgen, á fin de conmoverla: los infernos tiemblan, despavoridos antes de escucharla, porque presienten su derrota y su ruína. Los Santos Padres en el Limbo, dice San Lorenzo Justiniano, temían que la profunda humildad de la Virgen le hiciera retardar el consentimiento: *Ne ob humilitatis virtutem reniteretur Virgo consensumque, negaret* (3). Bajó sus púdicos ojos la santa Virgen, y, fija la vista en tierra, inclinada la cabeza y juntas al pecho sus manos, abismada en la más profunda humildad, absorta en la contemplación de tan alto misterio, y ardiendo en

(1) Homilia iv, sobre el Evangelio de San Lucas; *Misus est.*

(2) Meditaciones de la Vida de Cristo.

(3) Sermón sobre la Anunciación.

el fuego divino de la más pura caridad, respondió diciendo, en breves y admirables palabras: Hé aquí la esclava del Señor, cúmplase en mí tu palabra. *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum* (1).

Consideremos cuánta humildad hubo en estas palabras. La Inmaculada Virgen dió una mirada á su condición de criatura, y ponderando en su corazón la nada de sí misma y el inefable destino á que Dios la quería ensalzar, admirándose y maravillándose de que el Todopoderoso, á sus incomparables beneficios para con Ella, añadiese también el inaudito miramiento de pedirle que consintiese y diera su beneplácito para la obra, á cuya realización se había dignado asociarla, llena de gratitud y agradecimiento, reconociéndose inmerecedora de los beneficios divinos que estaba recibiendo, prorrumpió en las expresiones más humildes que labios criados han pronunciado jamás. Nadie ha sido; ni es posible que sea elevado nunca á tanta dignidad como la Virgen, y en tales circunstancias hizo Ella el acto de humildad más profundo que se ha practicado jamás. Ponderemos la palabra con que se designó á sí misma en aquel momento: esclava se llamó, *ancilla*, dando á esa palabra todo el significado que esa expresión tenía en aquel tiempo. La esclava era comprada por su señor, quien, por el mero hecho de dar el precio por ella, adquiría sobre la mujer que compraba por esclava el derecho del más absoluto dominio; podía venderla nuevamente, alquilarla, regalarla, ó quitarle la vida á su arbitrio: la esclava era indigna de todo honor y de todo beneficio; vivía para su amo, y una mirada benévola de parte de éste era el mayor galardón que podía recibir: el amo nunca hablaba á su esclava

(1) San Lucas, cap. I, ver. 38.

va y una señal muda bastaba para comunicarle sus órdenes, que la esclava debía cumplir al instante, sin replicar, por difíciles que fueran: María buscó, pues, la expresión más humilde en el lenguaje humano, para designar el estado más humilde de la sociedad, á fin de manifestar de esa manera al Señor los sentimientos de que estaba poseído su corazón, y se llamó esclava; y, si en la lengua humana hubiera habido una palabra más humilde, María se habría designado con ella, en aquel instante. Notad cómo calló su nombre y se designó de una manera tan concisa y al mismo tiempo tan enérgica y admirable: hé aquí la esclava: no dice, yo soy la esclava, no se iguala ni compara con las demás criaturas, sino que se tiene por inferior á todas, y en su humildad se considera como la más vil y pobre de todas las criaturas; y, si todas se deben llamar esclavas del Señor, yo, dice María, debo ser llamada la esclava, la sierva por excelencia: yo no merezco nombre, ni lo tengo: las demás criaturas llámense con mejores nombres; á mí ningún otro nombre me conviene, sino el de esclava; yo soy esclava de los esclavos del Señor: cúmplase en mí su voluntad. Y ese corazón inmaculado estaba poseído de los sentimientos más generosos y de los afectos de humildad que expresaban sus labios, porque María era en su corazón aún mucho más humilde que lo que proclamaban sus labios.

Fiat mihi secundum verbum tuum. Cúmplase en mí, hágase en mí la voluntad divina: esa fué la palabra poderosa, con que la Virgen, por su parte, obró la Encarnación y la salvación del mundo. *Fiat*, hágase, y el Verbo de Dios, al punto, se hizo carne y habitó entre nosotros. Esta fué la palabra admirable, que los humildes labios de la Virgen pronunciaron para la salvación del mundo: hágase dijo Dios, y el mundo fué criado: más, para regenerar

el mundo, quiso Dios que la palabra vivificadora la pronunciara la Virgen, doncella tierna y delicada, cuya existencia pasaba desconocida de todos; pero cuyo corazón el mismo Dios había dotado de una magnanimidad incomparable; corazón, que supo amar como otro ninguno ha amado; corazón generoso, que tratándose de la elección de una madre para el mismo Dios, pudo animarse de tan elevados sentimientos, que antes de consentir en ser madre, y madre de todo un Dios, pactó primero la manera mejor de serlo más dignamente, pidiendo al Altísimo que naciera de Ella, conservando intacta y sin quebranto su virginidad. Ningún otro nacimiento es digno de Dios, si ha de nacer Dios de una mujer, que nacer de madre virgen: tal fué el discurso que María formó en su conciencia; y, por esto, en el instante mismo de dar su consentimiento, renovó y ratificó el voto con que había consagrado á Dios su virginidad, manifestando así elocuentemente con sus acciones los elevadísimos conceptos que tenía de la santidad divina.

Cuando el Angel Gabriel le saludó con palabras magníficas, revelándole misterios de grandeza ocultos para Ella, la Virgen quedó como asustada ante el conocimiento inesperado de su predestinación, reflexionando cuál sería el sentido de una salutación tan inesperada. *Quae cum audisset turbata est et cogitabat qualis esset ista salutatio.* La turbación de la Virgen al saber su predestinación es la prueba más espléndida de su profundísima humildad: en muy poco se estimaba quien tanto se espantó de su grandeza: esa grandeza, esos méritos tan excelentes, tan consumados, estaban ocultos y desconocidos para la humildísima Virgen. Y qué idea tan digna y justa tenía de la santidad de Dios, cuando exclamó, cerrando los ojos á su grandeza y fijando su consideración solamente en su pequeñez,

en su nada: hé aquí la esclava del Señor, *Ecce ancilla Domini*. Admirable palabra, expresión suavisima, que el Altísimo escuchó lleno de satisfacción inefable. *Soror mea, amica, sponsa, fac me audire vocem tuam*: oh hermana, amiga, esposa mía hacedme oír vuestra voz: *Sonet vox tua in auribus meis*, suene vuestra voz en mis oídos: *vox enim tua dulcis et facies tua decora*, vuestra voz es para mí dulcísima, y vuestra faz, hermosa. Le llama Dios á la Virgen hermana, porque naciendo de Ella había de ser hijo de Adán, hijo del hombre; la llama amiga, por la santidad de la Virgen; y esposa, porque la había asociado á sí su Majestad en la obra de la Encarnación: y con estos tres nombres misteriosos la conjura, apellidándola, en el Cántico de los Cánticos, hermana, esposa, amiga, y pidiéndole, con dulcísimos requiebros, el consentimiento para la Encarnación y la Redención.

Cuando Abraham quiso dar á su hijo Isaac, una esposa digna de él, llamó á Eliezer, su criado fidelísimo, y después de hacerle prometer con juramento que cumpliría religiosamente todo cuanto le mandara en punto á la elección de una esposa para su hijo Isaac, lo envió á Mesopotamia, encargándole buscar allá una joven entre las doncellas de su propia familia. Partió el fiel criado, llevando de la recámara del patriarca ricos presentes para la futura esposa del hijo de su señor. Llega á Mesopotamia, se dirige á la ciudad donde moraba la familia de Abraham, y después de haber hecho oración á Dios, para implorar el éxito feliz de su viaje, se le presenta Rebeca, joven púdica y por extremo hermosa, en quien reconoce Eliezer á la que Dios tenía reservada para esposa de Isaac.

Los padres de Rebeca convienen gustosos en que vaya con Eliezer, para desposarse con Isaac; pero el viaje no se emprende, sino cuando Rebeca

da su consentimiento ; de tal manera que, sin este requisito, nada se habría verificado. Los padres de la joven aprueban la resolución del criado de Abraham ; pero, antes de darle una respuesta terminante, llaman primero á Rebeca y consultan su voluntad : así todo está pendiente del consentimiento de Rebeca.

Según la doctrina del angélico Doctor Santo Tomás, la Encarnación fué uno como desposorio que el Verbo Divino celebró con la naturaleza humana en el tálamo virginal de las entrañas de María Inmaculada, donde se revistió de nuestra carne para redimir al mundo.

Desde toda eternidad la Encarnación del Verbo Divino estaba determinada para la gloria de Dios, con la redención del mundo ; y desde toda eternidad también había Dios predestinado á la criatura bienaventurada, en quien aquel estupendo misterio había de verificarse : la solicitud de Abraham en buscar una esposa digna de su hijo, escogiéndola y eligiéndola de entre las doncellas de su misma familia y linaje, es una profecía ó figura mística de la extraordinaria predestinación de la Virgen Inmaculada. Ella no pertenece al común linaje de las demás hijas de Adán, manchadas con la culpa ; por el contrario, pertenece á la generación sobrenatural de los hijos de Dios, por la plenitud de la gracia santificante de que estuvo llena su alma desde el momento mismo de su concepción. No elige Dios para Madre de su Hijo divino una hija de Canaán, es decir, una hija del linaje maldecido ; la excoge y la predestina entre la familia de Abraham, ó, lo que es lo mismo, en la familia heredera de las divinas promesas y poseedora de las bendiciones sobrenaturales.

Rebeca, con su pudor y rara hermosura, es imagen profética de la santa Virgen, cuya hermosura

sobrenatural y cuya santa belleza no tienen semejante, ni en el cielo ni en la tierra entre las cosas criadas: á Rebeca se le presentan de parte de Abraham riquísimos obsequios, porque á María, de parte del Altísimo le estaban reservados dones inefables para adorno y embellecimiento de su alma, á fin de prepararla para que fuera digna Madre del Verbo Divino humanado. Pero, aunque los padres de Rebeca convienen gustosos en su matrimonio con Isaac, no por eso prescinden del consentimiento de la joven; antes, por el contrario, llaman á Rebeca, consultan su voluntad y le piden su consentimiento, y, cuando ella lo da voluntariamente, entonces se determina la partida y se resuelve el desposorio con Isaac. ¡Qué significación tan admirable tiene esta circunstancia! ¡Cómo, por medio de ella, se nos revela que, para la Encarnación del Verbo Divino, según los decretos inefables del Altísimo, era necesario el consentimiento previo de la santa Virgen! Esa solicitud de Abraham en buscar una esposa para su hijo, esa elección que hace de ella, escogiéndola entre las doncellas de su casa y familia, manifiestan las excelencias de la extraordinaria predestinación de la Virgen María, la cual, según la enseñanza de San Bernardo, no fué encontrada casualmente, ni escogida de un modo fortuito, sino preparada y predestinada desde toda eternidad y formada por el mismo Dios para el incomparable ministerio de Madre del Redentor del mundo. Para esto se la adorna con presentes magníficos, para esto se la enriquece anticipadamente con dones extraordinarios, y por amor á ella y por su respeto se hacen también regalos á sus parientes; pues, por amor á María, la pobre descendencia de Adán había de ser objeto de tantas misericordias por parte del Altísimo. Pero advertid como todo está pendiente del consentimiento de Rebeca, porque todo había de estar un

día pendiente del consentimiento de María. Y María lo dió voluntariamente, proponiéndose como fin del consentimiento suyo el mismo que Dios tenía en la Encarnación de su Unigénito para la redención del género humano.

DEPRECACIÓN.

¡ Oh ! María ! oh Virgen Inmaculada ! ¿ cómo os agradeceremos dignamente vuestro consentimiento generoso para la Encarnación del Verbo Divino ? Ese consentimiento vuestro, según los insondables decretos del Eterno, salvó al linaje humano : ese acto de una tan pura y encendida caridad para con Dios, de un amor tan perfecto y heroico al prójimo, esa vuestra profundísima humildad, nos dió al Salvador del mundo : por Vos el cielo fué regocijado, y entre la tierra y el cielo celebrada alianza de paz y de reconciliación. Vuestra palabra de consentimiento fué escuchada con alegría indecible por los Padres y Patriarcas, detenidos en la triste morada del Limbo, donde hacía tantos siglos estaban esperando que hablarais Vos esa palabra, que había de abrir á los pobres descendientes de Adán las puertas de la gloria, fatalmente cerradas por su culpa : vuestra palabra llenó de terror al príncipe de tinieblas, porque Satanás, en aquel instante, sintió que su orgullosa cabeza era pisada por vuestro pie inmaculado, y conoció además que su imperio se arruinaba para siempre : los ángeles escucharon esa vuestra palabra con regocijo inexplicable : Dios mismo la oyó y el Altísimo se gozó en su propia obra, viéndose por Vos tan dignamente glorificado. ¡ Oh ! María ! Bendita seais una y mil veces en los cielos y en la tierra, porque consentisteis en ser Madre de Dios, pues por vuestro consentimiento vino la salud al mundo ! Justo es que os alabemos,

que os ensalcemos y que, en cuanto es posible, engrandezcamos vuestro nombre, nosotros, los hijos de Eva, á quienes devolvió la vida vuestro consentimiento: Eva nos perdió, Vos nos salvasteis. Dignaos infundir, ¡oh! María! en mi corazón un fervoroso agradecimiento á Vos, á vuestra bondad inagotable para con este pobre y miserable pecador.—Amén.

LECCION OCTAVA.

DIA OCHO DE MAYO.

CONTINÚA LA EXPLICACIÓN DE LA TERCERA PALABRA DE LA SALUTACIÓN ANGÉLICA: DOMINUS TFCUM, EL SEÑOR ES CONTIGO.

I

El consentimiento de la Virgen para la Encarnación le fué pedido por Dios, y la Virgen lo dió voluntariamente. Dios Nuestro Señor se dignó pedirlo, á fin de verificar del modo más admirable y divino la obra de la Encarnación; y la Virgen lo dió al punto, libre y espontáneamente. Veamos, pues, ahora lo que aquel consentimiento significó y las consecuencias que de su consentimiento se siguieron para la Virgen Santísima. En ese consentimiento está todo el secreto de la vida de la Virgen, Señora Nuestra.

Conviene que, ante todo, distingamos la En-

Encarnación de la Redención: la Encarnación es el acto por el cual el Verbo Divino, la segunda persona de la Trinidad santísima, tomó la naturaleza humana en el seno inmaculado de María: por la Encarnación existe el Hombre-Dios. La Redención es aquel acto, ó, mejor dicho, aquella serie de actos innumerables que practicó el Hombre-Dios, durante toda su vida mortal sobre la tierra, desde el instante mismo de su concepción, hasta que espiró sobre la cruz en el Calvario. La Encarnación se hace para que exista Jesucristo. ¿Quién es Jesucristo? Jesucristo es el mismo Dios hecho hombre: la Redención es el sacrificio de Jesucristo, inmolado á manos de los hombres, para salvar á los hombres.

Verificada la Encarnación existe, pues, Jesucristo, el Hombre-Dios, en quien hay una voluntad divina, increada, eterna, infinita, por ser voluntad del mismo Dios; y una voluntad humana, creada, por ser voluntad de un alma racional humana: la voluntad divina no absorbe ni destruye la voluntad humana, en Jesucristo, la que, por lo mismo, permanece siempre perfectamente libre. Hecha esta consideración, ya podemos exponer cómo se verificó la Redención.

El linage humano, por el pecado de nuestros primeros padres, había perdido el derecho á la vida eterna, y se hallaba enteramente privado de la gloria, en cuya posesión consiste nuestro fin sobrenatural. Para perdonar al hombre culpable, Dios exigía satisfacción de estricta justicia, la cual, aunque no podía darla ningún puro hombre, podía ofrecerla el Hombre-Dios. Habría bastado que el Unigénito de Dios se uniera á una naturaleza criada, y que pidiese al Padre el perdón, para que el linage humano fuera perdonado, quedando en todo rigor de justicia satisfecha la Majestad divina ofen-

dida; pues, quien pedía misericordia era la misma inocencia, y su ruego, su oración tenía mérito y valor infinitos; además, aunque, en cuanto criatura, había recibido del mismo Dios esa naturaleza humana, en virtud de la cual podía como inferior á Dios, orar y suplicar; no obstante, por ser la misma inocencia, no debía á Dios esa oración suplicatoria, ese ruego como de culpable, con el cual habría satisfecho por nuestros pecados y nos habría merecido el perdón.

Distingamos, pues, la Redención considerada en sí misma, de la manera cómo la consumó Nuestro Señor Jesucristo. El Unigénito de Dios toma nuestra humana naturaleza en el purísimo seno de la Virgen María; y el Hombre-Dios, el Salvador de los hombres, principia á existir. Dios Padre, desde toda eternidad, ha decretado redimir á los hombres y salvarlos, dando al mundo su mismo Hijo Unigénito, como dice el Santo Evangelio, para que, muriendo, redimiera al mundo. . . . El mundo será, pues, infaliblemente salvado; los hombres serán infaliblemente redimidos: su Salvador, su Redentor, es el mismo Hijo de Dios humanado. Mas, ¿cómo se verificará la Redención? ¿De qué manera el Hijo de Dios humanado redimirá á los hombres? El decreto de Dios Padre sobre la Redención del linaje humano era decreto divino absoluto, al cual Nuestro Señor Jesucristo se sometió, en cuanto hombre, con la más perfecta obediencia; pero la manera cómo había de consumarse la Redención no estuvo incluída en el decreto absoluto de ella: Jesucristo, en cuanto hombre, no podía elegir entre ser Redentor de los hombres ó no serlo; pero sí, pudo elegir, y eligió muy libremente, la manera como había de redimir al mundo. Y en eso consiste una de las maravillas de la Redención.

La redención del linaje humano podía consu-

marse de varias maneras, pues el Hombre-Dios era libre para elegir el modo de redimirnos: de una manera apacible y llena de tranquilidad, por el camino del gozo y de la alegría; ó de una manera triste y llena de amargura, por el camino del dolor y del padecimiento. Cualquiera de esas maneras que hubiera elegido el Hombre-Dios, habria sido de precio infinito la Redención; pero Jesucristo escogió libremente la Redención dolorosa, como la más agradable á Dios Padre, como la que daba mayor gloria al Eterno, y aún en esa misma Redención dolorosa, en que el Hombre-Dios escogía la muerte y los padecimientos, fué tan admirable la elección de Jesucristo, que tomó, eligió y prefirió para sí la muerte más dolorosa y los padecimientos más inauditos, inmolando por su amor á Dios Padre, y por su deseo del bien de los hombres, todo cuanto le correspondía necesariamente en su condición de Hombre-Dios: le correspondía el gozo, y escogió el dolor: le correspondía la vida y eligió la muerte. Esto significan aquellas palabras suyas misteriosas, con que clamando á Dios Padre, le decía, en cuanto hombre: Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; empero, no se haga mi voluntad sino la vuestra, *Pater mi, si possibile est, transent a me calix iste* (1).

Todo cuanto hasta aquí hemos dicho acerca de la Encarnación y la Redención, era necesario para comprender el modo como la Virgen Santísima cooperó á esos elevadísimos misterios. La maternidad de la Virgen María fué única, y tan maravilloso que, por ella, María se constituyó en circunstancias también únicas y tan excepcionales, que es imposible que nunca madre alguna se halle en circunstancias semejantes á las de María, no sólo en cuanto á

(1) San Mateo, cap. 26, ver. 39.

su maternidad virginal, sino en cuanto á su *misma* libre aceptación de su maternidad. Una mujer puede elegir el ser madre, y no puede elegir más, porque no puede elegir y determinar con su voluntad previamente el concebir y dar á luz un hijo determinado; y así, cuando siente la presencia de una nueva criatura humana que principia á vivir en su seno, nada puede decir ni asegurar acerca del fruto de sus entrañas: sabe que es madre; pero ignora absolutamente de quien lo será. ¿Cuál es la mujer que pueda decir jamás: yo quiero ser madre de un Abel, de un David, y que lo sea sin más que quererlo? Pues María da su consentimiento para ser madre, con la ciencia más clara y perfecta de lo que será el hijo que ha de concebir en su seno: consiente en ser madre, pero no madre de una manera vaga, general, indeterminada, sino madre de un hijo, el fin de cuya existencia le es perfectamente conocido: consiente en ser madre, pero Madre del Salvador del mundo; y desde el instante mismo en que experimenta los gozos de su maternidad divina sabe toda la historia del Hijo que ha concebido en su seno.

Ese Hijo divino existe porque Ella ha consentido en que exista: y en la manera de vida que ese divino Hijo ha de llevar en la tierra, y en la muerte con que terminará su vida la Madre ha consentido también. La Virgen había cooperado á la existencia de Jesucristo, dando al Verbo divino el cuerpo humano de que se había revestido en su seno: María había dado de la manera más libre, espontánea y generosa, su propia sangre, una parte de la propia sustancia suya, para que de ella fuese formado el cuerpo del Hombre-Dios; y, como en el orden de las cosas criadas, un cuerpo humano no puede ser formado sin que al mismo tiempo sea criada y exista una alma humana racional, que lo informe y ani-

me; María, dando su sangre para que de ella se formara el cuerpo de Jesucristo y consintiendo en ser Madre suya, cooperó eficazmente á la creación de la misma alma humana que el Verbo divino unió á sí en la unión inefable de una sola personalidad divina. El Hombre-Dios venía, pues, á ser verdadero Hijo de la Virgen; y Ella su verdadera Madre: María tenía, dirémoslo así, por tanto, un derecho verdadero y positivo, sobre su divino Hijo, sobre el Hijo de las entrañas propias suyas: y ese derecho maternal de María sobre Jesucristo era tanto más propio de Ella, cuanto, en lo humano, Jesucristo no tenía padre, y había sido concebido y formado en el seno de la Virgen, fecundado milagrosamente.

Nuevo derecho de propiedad, si podemos expresarnos de este modo, adquirió María sobre Jesucristo, tanto porque lo alimentó con la leche de sus virginales pechos, como, porque lo rescató, dando por su rescate el precio tasado por la ley. A ese Hijo suyo, á ese Hijo de sus entrañas, tanto más suyo cuanto era concebido y formado de una manera virginal, sin padre, con quien compartir en lo humano los derechos de la maternidad; á ese Hijo suyo, lo hizo suyo, segunda vez, redimiéndolo en el templo del Señor. Estaba mandado en la ley de Moisés que el primer hijo varón fuera consagrado al Señor: según el rigor del espíritu de la ley, todo primogénito debiera haber sido muerto y ofrecido en sacrificio al Señor; pero una disposición benigna permitía á los padres redimir al niño, dando por su rescate el precio tasado por la ley, y ofreciendo además un corderillo en holocausto. María se presentó en el templo, llevando al Hijo de Dios recién nacido: lo ofreció al Señor y lo rescató, dando por su Hijo, como lo prescribía la ley, cinco siclos de plata y ofreciendo en holocausto dos

palomillas, pues como pobre no le fué posible presentar un cordero en sacrificio. María tenía, pues, derecho sobre su divino Hijo, ese divino Niño era dos veces suyo: suyo, porque Ella lo había concebido en su seno virginal; y suyo, porque lo había rescatado.

Más llegó en la vida de la Virgen el momento solemne, aquel en que de parte de Dios le fué declarado pública y explícitamente el modo como había de verificarse la Redención. María tuvo conocimiento claro y perfecto de que su Hijo divino era el Redentor del mundo, Ella sabía muy bien que Jesucristo había de consumir la Redención del linaje humano, y no ignoraba la manera como había de verificarse ésta: en la meditación de las Santas Escrituras su alma se había empapado en indefinible amargura, ponderando las profecías relativas á los dolores y padecimientos del Mesías; había visto además correr la sangre de su Niño divino en la Circuncisión; pero en la Presentación el misterio le fué manifestado claramente. Jesucristo, Hijo Unigénito del Eterno Padre en cuanto Dios, é Hijo de María en cuanto hombre, pertenecía á la vez, diremoslo así, á Dios Padre y á la santa Virgen: era de entrambos, y entrambos habían de darlo para la redención del mundo, y entrambos lo dieron.

María dió su consentimiento para ser Madre del Redentor del mundo; consintió pues voluntariamente en la Redención, y sólo restaba que asimismo consintiera en el modo de la Redención, eligiendo heroicamente la redención dolorosa, como la más agradable á Dios y más provechosa para el linaje humano. Así como á Jesucristo Nuestro Señor, también á la Virgen María, le fué propuesta la elección entre las diversas maneras de redención, todas gloriosas para Dios, mas no todas en igual grado. Consideremos á la santa Virgen en aquel instan-

te y oigamos ese sublime *fiat*, esa segunda palabra de consentimiento, tanto más maravillosa, cuanto más se la conoce. ¿Quién fué el encargado de hacer á la Virgen este segundo anuncio? ¿Quién de parte de Dios le pidió de nuevo su consentimiento? El Santo Evangelio nos refiere que, cuando llegó el día de la purificación, María fué al templo de Dios á Jerusalén, para cumplir allí con las ceremonias legales religiosas, y presentar también á su Hijo divino, como lo prescribía la ley de Moisés. Movidó por el Espíritu Santo, acudió en aquel mismo instante al templo el anciano Simeón, tomó al Divino Infante en sus brazos, é inspirado con luz de profecía, dirigiéndose á la Madre, vaticinó el misterio de la Redención, anunciándole, que había de verificarse de una manera dolorosa: Este Niño, le dijo, debe ser puesto como blanco de contradicción, para ruina y salvación de muchos en Israel: y la muerte suya será para tí una espada de dolor que traspasará tu alma. *Tuam ipsius animam pertransibit gladius* (1). Cuando el santo anciano Simeón hizo á la Virgen este anuncio, ¿qué pensais que hizo, sino exigir de Ella nuevamente el consentimiento para la Redención sangrienta y dolorosa? No fué aquel un mero anuncio; ni tampoco se quiso exigir de la santa Virgen solamente la resignación á la muerte, á la muerte dolorosa de Jesucristo: lo que de María se exigió fué el consentimiento voluntario para la pasión del Hombre-Dios. Ponderemos la profunda significación de tan adorable misterio.

Jesucristo debía ser una víctima por nuestros pecados; pero una víctima voluntaria, ofrecida espontáneamente, no una víctima forzada, que se ofreciese á Dios como á la fuerza: esa oblación voluntaria debía hacerse á la vez por la misma víctima y

(1, San Lucas, cap. 2º, ver. 35.

por el linaje humano, en cuya expiación se ofrecía. Jesucristo, la víctima divina, se ofreció voluntariamente, pues de su oblación estaba anunciado que sería voluntaria. *Oblatus est quia ipse voluit*, había dicho el profeta Isaiás, hablando del Redentor: ofrecióse á la muerte, porque El mismo lo quiso (1). Y el mismo Señor, anunciando su muerte, había manifestado que moriría voluntariamente: mi vida, dijo, á mí nadie me la puede quitar: *Animam meam nemo tollit á me*: yo tengo poder para entregarme á la muerte; y poder para devolverme la vida: *Potestatem habeo ponendi animam meam: et potestatem habeo iterum sumendi eam* (2).

En cuanto al linaje humano, por cuya redención se ofrecía la víctima divina, claro es que no podía consentir voluntariamente en el sacrificio de ella, sino por medio de alguna persona que lo representara ó hiciera sus veces en el acto mismo de la oblación, en el instante en que de parte de Dios se le pidiera para ello su consentimiento. Ahora bien: María representaba á todo el linaje humano y hacía sus veces en los grandes misterios de la Redención, y así dió su consentimiento, y, por su parte, escogió voluntariamente la Redención dolorosa, como más gloriosa para Dios y más provechosa para el linaje humano.

En dos momentos muy solemnes hizo el sacrificio de su divino Hijo: en la Anunciación y en la Presentación. Cuando dió su consentimiento para la Encarnación, consintió también por su parte en el sacrificio doloroso del Redentor, aceptando entonces para Ella todos los dolores, angustias y padecimientos, que la muerte dolorosa de su Hijo le había de ocasionar. Cuando llegó el día de presen-

(1) Isaiás, cap. 53, ver. 7.

(2) San Juan, cap. 10, versículos 16 y 18.

tarlo en el Templo, María subió al monte Sión, como más tarde al Calvario, para cooperar al sacrificio de su Hijo divino: era llegado el día, en que, por fin, al cabo de tantos siglos, se había de presentar al Eterno en su santo templo la única víctima que le era agradable, la víctima figurada en todos los demás sacrificios, la víctima divina, de mérito y de precio infinito: María la llevaba en sus brazos, María dió por esa víctima adorable el rescate de la ley, María ofreció la tortolilla, que debía ser sacrificada en vez de su Hijo; pero la Virgen conocía muy bien que el rescate dado por su Niño, que la víctima presentada en sacrificio por su Hijo, no impedirían la inmolación dolorosa del Redentor que Ella rescataba entonces de la muerte sólo temporalmente, para sacrificarlo después. ¡ Cuán inmenso fué entonces el dolor de la Virgen! ¿ Qué sintió su maternal corazón viendo degollar la tortolilla que ofreció en sacrificio por su Hijo divino? Sin duda, en aquel momento se le representaría la inmolación dolorosa de su Niño, inocente, inerme y mansísimo, sacrificado para redención del mundo. . . .

II

El consentimiento de la Virgen para la Encarnación incluía también el consentimiento para la Redención, aceptando todos los deberes que le imponía la divina Maternidad, y todos los sacrificios, dolores, padecimientos y humillaciones de la expiación, en la que el Verbo Eterno humanado había de ser la víctima para la salvación del género humano. María consintió no sólo en ser Madre del Hombre-Dios, sino en que el Hombre-Dios, su Hijo verdadero, fuese inmolado como víctima para la redención del mundo: María se conformó en todo con la voluntad divina, y podemos decir que, ya

desde el momento mismo de la Anunciación, presentó generosamente su corazón magnánimo á la espada de dolor, que un día había de traspasarlo tan cruelmente.

Nada es tan admirable como esta cooperación de la Virgen Santísima á la gran obra del Todopoderoso, la Encarnación del Verbo Divino, para la redención del género humano. A la Virgen se le proponen de parte de Dios la Encarnación del Verbo Divino y la redención del mundo, dándole á conocer que entrambas obras maravillosas ponía en sus manos la Sabiduría infinita, haciéndolas depender del consentimiento libre y voluntario de María. Mas, para que en todo brillara la sabiduría divina, la Virgen comprendió claramente cuantos dolores, cuantos padecimientos, cuantos y cuan inauditos sacrificios le exigiría después, durante todo el curso de su vida, ese consentimiento, que, de parte del Eterno, le pedía el santo Angel. Ponderó el largo y tremendo martirio que le aguardaba, el bien inmenso de la salvación del linaje humano y la gloria, que, con la Encarnación y la Redención había de recibir Dios en los cielos y en la tierra; y, conociendo claramente y ponderando despacio todo esto, dió su consentimiento, con un amor á Dios tan puro, tan intenso, tan generoso, y con una caridad y misericordia para con los hombres, tan compasiva y tan heroica, que actos semejantes de virtud ni se habían ejecutado nunca, ni es posible que se practiquen jamás por criatura alguna; y en ese momento y con esos actos de virtud, la Virgen honró y glorificó maravillosamente á Dios Nuestro Señor.

Este acto le mereció á la Virgen el título sublime de Co-Redentora del linaje humano. ¡Santa Virgen! ¡Madre admirable! cuán grande sois, cuán grande, cuán santa, cuán admirable!!... ¡Bendito sea para siempre el Señor Todopoderoso que hizo

en Vos tan portentosas maravillas, dilatando vuestro corazón y comunicándole tan asombrosa magnanimidad!! Bendito sea eternamente, porque os crió tan santa, tan perfecta, tan admirable! . . .

Si Dios hubiera pedido á la Virgen su consentimiento solamente para la Encarnación del Verbo Eterno, María no habría hecho una obra tan admirable y extraordinaria, como la que ejecutó al consentir no sólo en ser Madre del Verbo Divino humanado, sino en el sacrificio del Hombre-Dios, que había de ser inmolado para la redención del mundo. María, por este acto, consintió voluntariamente en todos los dolores, angustias y padecimientos que le estaban reservados como á Madre del Redentor, es decir, de la víctima expiatoria del linaje humano. Consentir solamente en la Encarnación habría sido aceptar una dignidad sublime, única é incomparable; pero convenir en ser Madre del Redentor fué, en cuanto dependió de la Virgen, sacrificarse generosamente, inmolarse voluntariamente, aceptando la participación en el sacrificio sangriento, con que había de consumir el Hombre-Dios la salvación del mundo.

María, por su parte, se sacrificó también, y además consintió en el futuro sacrificio del Redentor, que había de nacer de sus entrañas. Para un acto semejante de virtud eran necesarios auxilios inmensos, asombrosos, y esos auxilios los tuvo María en sumo grado, circunstancia que declaraba el Arcángel diciéndole á la Virgen que el Señor estaba con Ella. *Dominus Tecum*, el Señor es contigo.

¡Qué acto tan heroico de caridad practicó entonces la divina Virgen! Amaba á su tierno Niño con un amor imponderable, porque lo amaba con amor de madre, y de madre virgen, que no compartía con nadie el amor á su Hijo: ese Hijo era un cuerpecito infante, de apenas cuarenta días de naci-

do; y tenía tanta gracia, tanta hermosura, había en su rostro tanta inocencia, tanta mansedumbre, y una amabilidad tan extraordinaria, que la Virgen se abrasaba cada día en mayor y más tierno y más exquisito amor hacia su Niño.... No obstante, Símeón anuncia á la Madre la voluntad divina respecto de aquel Niño, á quien ha tomado en brazos, y lo presenta á los ojos de la Virgen, como para hundir ya desde aquel momento la espada de dolor en su pecho maternal: ¿qué hace la Virgen? ¡Ah! ¿preguntáis qué hace? Consuma en su corazón el más heroico de los sacrificios: no habla, no pronuncia una palabra: le basta saber la voluntad divina para cumplirla al punto, sin dudar, sin vacilar; antes con ánimo espontáneo y generoso: conoce lo que será á Dios más glorioso, lo que será más aceptable ante el divino acatamiento, y se conforma con ello y eso lo quiere y eso lo ejecuta, y ni en un ápice deja de corresponder á la gracia divina.

Desde aquel momento María llevó traspasada su alma con la espada del dolor, y esa herida fué ahondándose cada día más en su corazón, y la llaga que en esa alma exquisitamente sensible y delicada hicieron á la vez el amor y el dolor fué encruelciéndose por momentos, llegando María á experimentar padecimientos inefables. Ya desde aquel momento María no podía fijar sus ojos en su divino Niño, sin sentir una nueva herida de dolor en su corazón maternal: ese Niño llegaría un día en que sería, según la expresión del Profeta, Varón de dolores y que sabe lo que es padecer: ese Niño se le representaba goteando sangre, despedazado, y, en fin, agonizante, y el corazón de la Virgen con esa consideración vivía en continuos éxtasis, dirémoslo así, de amargura, pudiendo exclamar, en medio de la prolongada agonía de su creciente dolor: Padre, todo os es posible, pase de mí este cáliz; pero no se haga ni vo-

luntad sino la vuestra.

María conoció que la Redención había de ser dolorosa, derramando el Señor su sangre en expiación de los pecados del mundo; pero no le fueron reveladas las circunstancias particulares de la futura pasión de su Hijo, é ignoró los pormenores de ella; lo cual fué causa de que su dolor fuera más agudo é intenso, porque, careciendo del conocimiento circunstanciado de las cosas, la Virgen ejercitaba su consideración en ponderar la muerte dolorosa y sangrienta que estaba preparada para su divino Hijo imaginando, por la meditación de las profecías cuánto padecería: así ese Niño, tan gracioso, tan divino, tan hermosamente encantador, se le aparecía, según lo había representado Isaías, marchito, como el tallo de hierba que brota en un arenal, resecaado por los rayos de un sol abrasador: poníase á contemplar á su Niño, cuando descansaba en sus brazos, y su consideración se lo mostraba todo cubierto de heridas de los pies á la cabeza, y, entonces, reflexionando que en ese cuerpo adorable no había de quedar parte alguna sana y sin dolor, el corazón de la Virgen entraba y se sumergía en angustias indecibles. Podemos decir, pues, con toda verdad, que la vida de la Virgen fué una inmolación continuada (1).

Ilena del más puro amor á Dios, profundísimamente humilde, callada y modesta, vivía hundida en un océano de amargura, y en lo íntimo de su corazón llevaba clavada esa espada de dolor, que lo atravesó desde el momento en que Ella misma consintió en el sacrificio sangriento de su divino Hijo. La vida de la santa Virgen fué verdaderamente un martirio: el Evangelio nos la presenta ocupa-

(1) *Et ascendet sicut virgultum coram eo et sicut radix de terra sitiendi. — Virum dolorum et scientem infirmitatem. — A planta pedis usque ad verticem non est in eo sanitas. (Isaías, cap. 53, versículos 2 y 3, cap. 1º, ver. 6º).*

da en reflexionar y ponderar en su corazón las circunstancias relativas á su Hijo divino. Ved aquí lo que significa esa tercera palabra, con que le saludó el Angel diciéndole: *Dominus Tecum*, el Señor es contigo.

Ahora consideremos la naturaleza del dolor de la Virgen y ponderemos su intensidad.

Una de las causas de ese dolor fué que la Virgen amaba á Jesucristo, su Hijo divino, con un amor incomparable, porque Jesucristo era para la Virgen á la vez su Hijo y su Dios. Como á su Dios, la Virgen le tenía un amor sin igual, pues María es la criatura que ha amado más á Dios; ni será posible que criatura alguna llegue á tener jamás á Dios tanto amor, un amor tan grande, como el que le tuvo la Virgen. Ese amor era además un afecto intensísimo de gratitud hacia Dios por los beneficios que con Ella había obrado: María habría, pues, anhelado para Jesucristo el amor de todas las criaturas: que todas lo conocieran por su Dios y lo amen y lo reverencien y lo adoren, con aquel amor, reverencia y adoración que la criatura debe á su Creador, y que Jesucristo tenía derecho á exigir de los ángeles y de los hombres. Como á su Hijo, María tenía á Jesucristo aquel amor criado, que, como Madre, convenía que tuviera á un Hijo que había nacido de Ella en el tiempo, y que era desde toda eternidad engendrado por Dios Padre. En la tierra, en el orden de las cosas criadas, convenía que el corazón de la santa Virgen sintiera hacia Jesucristo un amor maternal tan excelente y perfecto, que pudiera emular el amor eterno, con que Dios Padre ama á su Unigénito. María podía y debía decir de Jesucristo lo que de Jesucristo dijo Dios Padre: Este es mi muy amado Hijo, en quien tengo puestas todas mis complacencias.

María y Dios Padre amaban á Jesucristo, Hi-

jo Unigénito de Dios según su divinidad, é Hijo también Unigénito de la Virgen en cuanto hombre: el corazón de la Virgen y su alma estaban, pues, formados y dispuestos para sentir un amor intensísimo, y tan sumo que emulara, á su modo, en la tierra el amor eterno que Dios Padre tiene en el cielo á su Unigénito.

En segundo lugar, el amor que la Virgen tenía á Jesucristo iba creciendo cada día y aumentándose de una manera extraordinaria, por las muchas prendas y excelencias que cada día manifestaba Jesucristo, haciéndose cada día más y más amable: había en el Redentor tantas y tan admirables cualidades que era imposible dejar de amarlo: el trato y la vida íntima de familia, con el trato y comunicación de una madre para con su único hijo, y de un Hijo como Jesucristo para con una Madre como la Virgen, era incentivo de mayor amor. Esa vida íntima había pasado en el silencio, en el retiro, en la soledad, con las mismas costumbres, con afectos idénticos: esa vida del Hijo divino y de la Madre inmaculada había recibido las mismas influencias é inspiraciones del Espíritu Santo, con la concordia y armonía más admirable que se haya visto jamás en la tierra.

En tercer lugar, esa vida había pasado toda en el padecimiento, en la pobreza y en el dolor: María había salvado la vida á su Niño con la fuga, yendo á tierra remota y enemiga; y ese Niño, y ese Hijo queridísimo había sido el compañero inseparable de una vida solitaria, laboriosa y llena de padecimientos: motivos todos que fomentan y atizan el amor. ¿Quién podrá calcular cuánto amaba la Virgen á Jesucristo?

En cuarto lugar, María tuvo conocimiento de los dolores preparados para el Hombre-Dios; y, como ese conocimiento profético no era circunstan-

ciado, las angustias del corazón de la Virgen eran incomparables, y la pasión de Jesucristo fué verdaderamente una espada de dolor, que toda la vida llevó la Virgen atravesada en su alma.

En quinto lugar, María tuvo un motivo especialísimo para que su dolor fuera imponderable. ¿Cuál fué ese motivo? Ese motivo fué el haber consentido en la pasión de Jesucristo, dando para ello la aquiescencia de su voluntad, con un acto de caridad heroicamente divino.

En sexto lugar, movida por la inspiración del Espíritu Santo fué llevada la Virgen á asistir y presenciar la muerte de Jesucristo, su agonía y su sepultura, escenas en las cuales su corazón maternal fué desgarrado cruelísimamente.

En séptimo lugar, el corazón de la Virgen era humanamente muy noble, sensible y delicado: estaba su alma dotada de una ternura exquisita, y su inteligencia á proporción era asimismo clara, aguda y penetrante. Como estaba acostumbrada á la meditación, conocía admirablemente todas las cosas, reflexionaba sobre ellas, ponderándolas muy de asiento, sin que se le pasara jamás desadvertida ni la más pequeña circunstancia. Como su ingenio era tan perfecto y tan pronto, sin ninguna tardanza, comprendía todas las cosas, y, una vez comprendidas, las estaba considerando despacio incesantemente, sin apartar de ellas su atención, por grande que fuera el dolor, que causaran en su alma. Porque esta era otra de las excelencias suyas, no apartar su atención ni distraerla de los objetos, cuya contemplación le causaba dolor; antes los miraba con atención, teniendo siempre puestos en ellos los ojos de su alma contemplativa. En esto era admirable la Virgen. El hombre procura olvidar los motivos de su dolor, aparta, retira, aleja de sí, y aun de su imaginación, procurando distraerse, todo lo

que le causa pena y dolor. La Virgen no así: su mirada estaba fija en el objeto de su dolor, y la espada que traspasaba su alma, siempre hiriéndola con heridas nuevas de dolor, no le dejaba ni la más pequeña tregua al padecimiento. Tanto más, cuanto el alma de la Virgen no podía experimentar ninguna de aquellas pasiones violentas que embotan la sensibilidad y disminuyen el dolor: la Virgen era incapaz de ira, de disgusto, de venganza: ni podía perder jamás el conocimiento á la violencia del dolor, ni una emoción tan acerva y cruel como la de su dolor le impedía el ejercicio de ninguna de las facultades de su alma. Así es que, sus condiciones para el dolor y el padecimiento eran extraordinarias.

Jamás tomó ni se permitió ningún lenitivo á su dolor; antes en todas las circunstancias de la vida y de la pasión del Señor, gobernaba de tal manera sus acciones, que nunca interrumpió ese culto de adoración religiosa y de reverencia profunda que tenía á Jesucristo. Al recibir su divino cadáver despedazado, su amor, su cariño, su dolor están acompañados del más puro y excelente culto de adoración rendido al cuerpo de Dios: no se echa sobre la faz de su divino Hijo difunto, como José sobre el rostro de su padre Jacob, para besarlo, cuando lo vió muerto. Agar, que huye para no ver morir de sed á su hijo Ismael: Ana, la esposa del anciano Tobías, que lamenta desconsolada la ausencia y la tardanza de su hijo: esos son los ejemplos de un amor maternal puramente humano. En Jacob, que llora viendo la túnica de José; en David, plañendo por Absalón, están muy vivos los afectos del corazón paternal.—Abraham y la madre de los Macabeos son el esfuerzo sobrenatural del corazón humano, sin que nadie iguale ni se acerque al corazón de la Madre Virgen.—En sus demás misterios la Vir-

gen aparece como muy divina, muy superior á lo que alcanzan de suyo las humanas fuerzas: en su dolor María se nos presenta muy cerca de nosotros: no en ese piélago de luz y de gloria, en que la solemos contemplar en sus otros misterios. En sus dolores, agobiada de padecimientos, se nos muestra llorando también Ella, como una hija de Eeva, desterrada en este valle de lágrimas, y nuestro corazón se siente poseído de una confianza y ternura filiales hacia Aquella, que supo en este mundo lo que es el dolor y que, por eso, volverá misericordiosa desde el cielo esos ojos suyos que probaron la amargura del llanto, á los que gemimos en este mundo.

La vida de la Virgen en la tierra fué una serie de dolores y angustias, padecidas con generosa y heroica resignación. Apenas cumplidos los tres años, es apartada de su casa, y en tan tierna edad llevada al templo, de cuyo recogimiento no salió sino para presenciar la muerte de sus padres; pues según la tradición, la santa niña asistió á la muerte de San Joaquín que falleció primero, y después á la de Santa Ana, que sobrevivió poco tiempo á su esposo: María en los más tiernos años de su vida vió, pues, descender á sus padres al sepulcro, y la que estaba predestinada para ser consuelo de afligidos y Madre bondadosa de todos los mortales, probó en la tierra las amarguras de la orfandad, desde su más tierna infancia.

Con qué divino y extraordinario silencio no guardó después el secreto de la Encarnación del Verbo Eterno que se había verificado en sus entrañas virginales, mientras una oscura nube de tristeza anublaba el alma de su santo esposo José. Una humildad heroica conservó á María refugiada en su silencio igualmente heroico, sin revelar por su propia boca un secreto que tanto la enaltecía, esperando que lo manifestara el mismo Señor, en el mo-

mento en que lo tuviera por conveniente, según los consejos de su infinita sabiduría.

Vinieron después los gozos de su admirable maternidad ; pero, cuánto no se enturbiaron con las humillaciones, desaires y desprecios de Belén ! María vió á su Hijo divino en el más profundo abismo de la humillación y de la pobreza, despreciado de los hombres en su misma entrada al mundo ; así es que, los gozos de su virginal alumbramiento estuvieron mezclados en el corazón de María con los sinsabores que no podía menos de causarle esa como pasión anticipada de su divino Hijo en Belén.

Queriendo el Señor probar la fe de Abraham, le mandó que sacrificara á su hijo Isaac. Toma, le dijo Dios, á tu hijo unigénito, Isaac, á quien amas, y ofrécemelo en holocausto sobre el monte que Yo te mostraré : *Tolle filium tuum unigénitum, quem diligis Isaac, atque offeres eum in holocaustum* (1). Toma, es decir: tú mismo, en persona, y por tus propias manos, lo sacrificarás ; ¿ á quién ? ; A tu hijo, á Isaac, á tu unigénito ! dice el nombre, como para herir el amor del padre, y expresa que el hijo es unigénito como si quisiera ponderar que era el objeto único del afecto paternal, y la sola esperanza, en tan avanzada edad, de la prometida descendencia, de la esperada posteridad. Y el padre, por sus propias manos, ha de inmolar á su hijo, le ha de dar muerte, ha de dividir su cuerpo, lo ha de quemar en el fuego sagrado sobre el altar, lo ha de reducir á cenizas, y esas cenizas ha de esparcir él mismo, con sus propias manos!!... *Offeres eum in holocaustum*... Jamás prueba tan terrible se exigió á corazón humano. Y el obediente patriarca tomó á su hijo, á su unigénito, á Isaac, á quien amaba, y lo ofreció en sacrificio al Señor : atado sobre

(1) Génesis, cap. 22, ver. 2.

los haces de leña, aguardaba Isaac, en silencio, el golpe del cuchillo que debía darle muerte, cuando el Todopoderoso contuvo el brazo del padre, que estaba á punto de inmolar á su hijo.

El precepto terrible se intimó, segunda vez, en la plenitud de los tiempos, no ya á un varón esforzado, sino á una Madre delicada, ordenándole que ofreciera en holocausto á su propio Hijo, al Hijo de sus entrañas, al unigénito suyo, al fruto milagroso de su limpieza virginal, al Hijo, á quien Ella amaba con el amor más intenso; y debía consentir Ella misma en el sacrificio de su Hijo, y ese sacrificio debía ser sangriento, humillante, doloroso, y lo había de presenciar la Madre, viendo espirar á su Hijo, cubierto de heridas, ante sus propios ojos, y no se habían de aceptar solamente los propósitos generosos de la más puntual obediencia, sino que la Madre había de pasar por el extremo de tener en sus propios brazos el cadáver despedazado de su Hijo: todo, como el Señor lo dispuso, así se ejecutó. María consintió en la inmolación de su divino Hijo, sacrificado para redimir á los hombres; y para la Virgen no hubo ni treguas en el dolor ni lenitivo en el padecimiento: á la orden siguió la ejecución, y el pecho delicado de una Madre virgen supo ser fuerte más que la misma muerte, porque en su amor á Dios y á los hombres ni ha tenido igual ni tendrá nunca semejante.

En los inescrutables arcanos de la Sabiduría infinita estaba decretado que la Encarnación del Verbo Eterno había de verificarse mediante el consentimiento de la Virgen, predestinada desde toda eternidad para Madre de Dios. La mayor entre las obras divinas estuvo, pues, pendiente de la voluntad de la Virgen, porque tan grande fué la honra, con que el Señor quiso glorificarla. Así es que, en la Escritura Santa bien claramente se nos da á en-

tender este misterio, en aquellas palabras, con que el Esposo divino llama y convida á la Esposa mística de los Cánticos, diciéndole: Levántate, apresúrate, amiga mía, hermosa mía, *Surge, propera, amica mea, formosa mea* (1). Con tan amorosas y regaladas palabras estimula y anima á la Virgen el Espíritu Santo, disponiéndola para la Encarnación: la llama amiga suya, la apellida hermosa, para darnos á entender que en María no sólo no se encontraba mancha de pecado alguno, sino, que además, estaba hermoseada con la belleza sobrenatural de todas las virtudes. Levántate, le dice, *surge*: date prisa, añade, *propera*; porque la humildad de la Virgen no pusiera tardanza á la obra de la Encarnación, que era la suprema manifestación del amor inagotable de Dios á los hombres.

Y ¡qué palabras tan patéticas dirige el Espíritu Santo á su Inmaculada Esposa! ¡Con qué imágenes tan hermosas le pone delante la triste condición del mundo, deseoso de recibir á su Salvador, á quien, por cuarenta siglos, estaba esperando! Ya pasó el invierno, le dice: *jam enim hiems transit*: las lluvias se han retirado y se disipan: *imber abiit et rescesit*: el arrullo de la tórtola se ha dejado oír en nuestra tierra, la higuera ha brotado sus botones, y las viñas florecidas esparcen ya su fragancia. *Vineae florentes dederunt odorem suum*. El largo tiempo de oscuridad y de sombras de la antigua ley ha tocado ya á su fin: la dilatada época de las promesas está á punto de terminar: en la edad de los padres y de los profetas de vuestro pueblo se oyeron los tristes gemidos, las melancólicas y sentidas plegarias, con que clamaban por la pronta venida del Redentor prometido: *vox turturis audita est in terra nostra*: sus gemidos se oyeron en esa tierra del

(1) Cantar de Cantares, cap. 2, versículos 10, 11, 12, 13 y 14.

mundo, que es nuestra: vuestra, porque Vos fuisteis criada en ella: mía, porque yo, revistiéndome de carne mortal, viviré entre los hombres, en la tierra, que he criado para morada temporal de ellos: *in terra nostra*. . . . El pueblo de Israel, que es la viña de mi heredad, que yo he plantado y cultivado, se ha cubierto de flores, con sus profetas y sus justos: *tempus putacionis advenit*, ha llegado, pues, ya el tiempo de la poda, el tiempo de la visitación, en el cual, mediante la gracia de la redención, produzca frutos mejores, sea capaz de la perfección de la ley evangélica y extienda sus pámpanos hasta los últimos confines del mundo. *Sonet vox tua in auribus meis*. Suene vuestra voz, la voz de vuestro consentimiento, en mis oídos: porque vuestra voz me es muy agradable, y vuestras obras son ante mí muy meritorias. *Vox enim tua dulcis et facies tua decora*. La palabra de aceptación, el consentimiento de la Virgen, era á Dios muy agradable; y con esa palabra había decretado su Majestad dar principio á la redención del mundo.

DEPRECACIÓN.

¡ Cuántas gracias os debemos dar á Vos, ¡ oh! Virgen santa, por vuestro consentimiento para la Encarnación del Verbo Divino! Por vuestra resolución vino la salud al mundo, y los miserables mortales recobramos la vida sobrenatural que habíamos perdido! ¡ De cuántos beneficios no os somos deudores, por ese acto de vuestro generoso amor á Dios! ¡ Qué de gracias no hemos recibido, mediante la sangre adorable de vuestro Hijo: sangre que se dignó tomar en vuestro seno inmaculado, para derramarla por nosotros, tan pródigamente en su pasión. Y habrá quién no os ame, oh María? ¡ Y habrá quién no os bendiga y glorifique, oh Virgen

admirable? Digna sois de amor, de reverencia, de reconocimiento, ¡oh! Cooperadora de la salvación del linaje humano! Yo os amo, con todo mi corazón; yo os bendigo, lleno de reverencia, y deseo ardientemente que todos os conozcan, os amen, os alaben y os reverencien, tributándoos rendidas gracias, por vuestro consentimiento á la Encarnación del Verbo Divino en vuestro seno virginal: por vuestra aceptación de los dolores, angustias y padecimientos, con que cooperasteis al sacrificio de vuestro Hijo divino, de donde le vino al mundo su redención. Amén.

LECCION NOVENA.

DIA NUEVE DE MAYO.

EXPLICACIÓN DE LA CUARTA PALABRA DE LA
SALUTACIÓN ANGÉLICA: *BENEDICTA TU IN
MULIERIBUS*, BENDITA ÉRES TÚ ENTRE TODAS
LAS MUJERES.

I

La última palabra, con que el santo Angel Gabriel saludó á la Virgen María fué esta: *Benedicta tu in mulieribus*, Bendita eres tú entre todas las mujeres (1). Esta palabra es como el resumen de todas las anteriores y el motivo de ellas: María es bendita entre todas las mujeres; y, por eso, está

(1) San Lucas, cap. 1º, ver. 28.

llena de la gracia divina, y el Señor la asiste con los auxilios extraordinarios de una providencia maravillosa.

Bendición es la concesión de algún bien, otorgado, de parte del que bendice, al sujeto que recibe la bendición: bendice el mismo Dios; y bendice el hombre, en nombre de Dios. Las bendiciones divinas son la concesión inmediata y real de todos aquellos bienes expresados en la misma bendición; más las bendiciones que da el hombre no son sino el deseo más ó menos vivo de que Dios conceda á la persona bendecida aquellos bienes que para ella implora de Dios el que la bendice: como el hombre no puede tener un conocimiento seguro de lo que conviene á las criaturas, y como carece de poder para realizar siempre todos sus deseos; por eso, en sus bendiciones se limita á rogar á Dios, que se digne conceder á las criaturas los bienes que, al bendecirlas, desea para ellas. No así, las bendiciones divinas; pues la infinita sabiduría sabe lo que mejor nos conviene, y su bondad omnipotente se digna concedernos, cuando nos bendice, todos los bienes que necesitamos. La bendición divina es la misma concesión del bien, anunciado en las palabras de la bendición: cuando Dios bendice, llena de bienes en el acto mismo de bendecir; cuando el hombre bendice, se limita á implorar, á pedir. Los antiguos Patriarcas del pueblo escogido bendecían á sus primogénitos, implorando para ellos los bienes y la prosperidad, que el Señor había prometido conceder á los hijos que merecieran aquella bendición solemne de sus padres. La Iglesia Católica bendice, con bendiciones divinas; y, por eso, á las bendiciones de la Iglesia están vinculados todos los bienes que la Iglesia implora para los fieles, y que Dios infaliblemente concede, cumpliendo la promesa hecha á la santa Iglesia, cuando le dió facultad

de bendecir en su adorable nombre.

Conocida lo que es la bendición en sí misma, veamos ahora el significado de las palabras del Angel: Bendita entre todas las mujeres. Notemos que estas palabras no son de deseo, sino de afirmación: no expresan un bien que el Angel implorara de Dios para la Virgen; no son una bendición, pronunciada por el Angel en nombre de Dios; tampoco indican una cosa futura, sino que afirman y aseveran un hecho ya verificado, en tiempo anterior á aquel en que el Angel las pronunció.

Advirtamos además, que las palabras tienen una significación absoluta y universal: pues, diciendo que María era bendita entre todas las mujeres, y no particularizando ninguna especie de bienes en que la Virgen hubiese sido favorecida, indicó el Arcángel que María poseía toda clase de bienes: al llamarla absolutamente bendita, reveló que Dios había concedido á la Virgen todas cuantas gracias y bendiciones era capaz de recibir la Virgen.

Consideradas, pues, atentamente las palabras del Angel, *Bendita entre las mujeres* no pueden menos de causar admiración con su significado misterioso. Las palabras del Angel manifiestan que todos los hijos de Adán eran malditos; y que, entre todos ellos, no había más que uno solo bendito, y que ese único bendito era la Virgen. Toda la descendencia de Adán está maldecida; la única bendita es María: todos nacemos hijos de ira; la única concebida en gracia, la única bendita es solamente María.

Mas, se podrá preguntar, por qué el santo Angel dijo, dirigiéndose á María, bendita entre las mujeres, y no, en general, bendita entre todos? Cuando Dios en el paraíso terrenal castigó á nuestros primeros padres, y en ellos á toda su descendencia, maldiciendo á la serpiente infernal, dijo: que

pondría enemistades entre la serpiente y la mujer, entre el hijo de la mujer y la descendencia de la serpiente, y que la mujer le quebrantaría la cabeza á la serpiente (1). Estas palabras de Dios fueron pronunciadas contra el demonio, y nuestros primeros padres las entendieron así, pues bien sabían ellos que la serpiente terrena no había sido más que un instrumento de que se valió el demonio para tentar más fácilmente á Eva; y Eva, cuando estaba hablando con la serpiente, conoció, sin duda, que el ángel de tinieblas era quien le hablaba, pues la existencia de los ángeles caídos les había sido revelada anticipadamente á nuestros primeros padres. Ahóra bien: en las palabras que el Señor pronunció contra la serpiente infernal no hay solamente un castigo contra el demonio: Satanás y los ángeles suyos estaban ya castigados: lo que contienen esas palabras es, además del castigo, una profecía, y, al mismo tiempo, una promesa: una mujer había de quebrantar la cabeza de la serpiente infernal; y esta mujer sería extraordinaria entre todas, porque de ella nacería un hijo, que sería enemigo de la serpiente y de toda su descendencia; y habría enemistades entre esa mujer y la serpiente, enemistades muy funestas para la serpiente, porque la mujer le quebrantaría la cabeza. Siendo, pues, todas las mujeres malditas en Eva, y todos los hombres malditos en Adán, sólo habría un hombre bendito. ¿Cuál sería ese? El hijo de una mujer, también la única bendita entre todas las mujeres, porque estaba predestinada á quebrantar la cabeza de la serpiente infernal. Cuando el Ángel dirigió, pues, á María estas palabras: Bendita entre todas las mujeres, fué

(1) *Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius: ipsa conteret caput tuum: Pondré enemistades entre tí y la mujer, y entre tu raza y la descendencia suya: ella quebrantará tu cabeza. (Génesis, cap. 3, ver. 15).*

decirle: María, Vos sois la mujer que quebrantará la cabeza de la serpiente infernal: todos los hijos de Adán han sido maldecidos por Dios; empero, en Vos cumple el Señor su promesa, porque Vos sois la única bendita; ha puesto ya el Señor enemistades entre Vos y la serpiente, y esas enemistades serán eternas, porque, por el Hijo que nacerá de vuestras entrañas, Vos al demonio le quebrantaréis para siempre la cabeza.

Tal y tan misterioso fué el sentido de las últimas palabras del santo Arcángel: que fué como decirle á la Virgen: Vos sois la mujer de la promesa divina, Vos sois la mujer anunciada por el mismo Dios en el paraíso terrenal.

Principiemos ahora á meditar despacio su sentido. Bendita entre todas las mujeres: estas palabras manifiestan no solamente que la Virgen fué libre de la maldición pronunciada contra nuestros primeros padres y contra todos sus descendientes, sino que estuvo además agraciada con tales y tantas bendiciones divinas, que el Enviado celestial no pudo menos de saludarle, llamándola bendita por excelencia. Fué libre de toda maldición y estuvo llena de toda bendición.

Dios maldijo á nuestros primeros padres, en pena de su pecado: pronunció maldición contra Adán, pronunció maldición contra Eva; y, pronunciándola contra ellos, maldijo en ellos á toda su descendencia. Hé aquí la maldición pronunciada contra la mujer: *Multiplicabo aerumnas tuas, et conceptus tuos: in dolore paries filios, et sub viri potestate eris, et ipse dominabitur tibi.* Multiplicaré las congojas de tus alumbramientos: con dolor darás á luz tus hijos, estarás bajo la potestad del varón y él te dominará (1). La maldición con que Dios castigó

(1) Génesis, cap. 3, ver. 16.

á Adán, fué ésta: *Maledicta terra in opere tuo: in laboribus comedes ex ea cunctis diebus vitae tuae. Spinās, et tribulos germinabit tibi, et comedes herbam terrae. In sudore vultus tui vesceris pane, donec revertaris in terram de qua sumptus es: quia pulvis es, et in pulverem reverteris* (1). La tierra sea maldita para tu labor: con trabajo sacarás de ella los frutos, con que has de alimentarte todos los días de tu vida: espinas y abrojos brotará para tí, y comerás yerba de la tierra. Con el sudor de tu rostro comerás el pan toda tu vida, hasta que vuelvas á la tierra de que has sido sacado; porque polvo eres y en polvo te convertirás. Meditemos detenidamente el significado de tan adorables palabras.

Aunque el Señor maldijo por separado, y con maldición especial, á la mujer y al varón; no obstante, la maldición pronunciada particularmente contra el uno comprendió á la otra: la maldición contra Adán castigó también á Eva; y, á su vez, la maldición contra la mujer, en gran parte, cayó sobre el varón. Estas maldiciones debían pesar sobre toda la descendencia de Adán, y, por tanto, la maldición pronunciada contra el varón hirió también á la mujer; así como la que castigó á ésta, castigó también á aquel.

Estas maldiciones divinas pronunciadas contra nuestros primeros padres tienen dos sentidos igualmente verdaderos: el sentido material y el sentido espiritual, porque el hombre fué castigado como criatura racional, destinada á un fin último sobrenatural. Consideremos cada maldición por separado.

En la maldición pronunciada contra Eva notamos los siguientes castigos: *Multiplicabo aerumnas tuas et conceptus tuos*, multiplicaré las congojas de

(1) Génesis, cap. 3, versículos 17, 18 y 19.

tus alumbramientos: *In dolore paries filios* darás á luz tus hijos con dolor: *Sub viri potestate eris et ipse dominabitur tibi*, estarás bajo la potestad del varón y por él serás dominada.

Multiplicaré las congojas de tus alumbramientos. Doble sentido tiene esta maldición: uno material; y otro sobrenatural ó espiritual. El sentido material es el que las palabras expresan por sí mismas; aquello que dicen con su sonido material: expresan, pues, que la maternidad en la mujer estará acompañada de angustias, de congojas, de molestias, de sinsabores; angustias, congojas, molestias y sinsabores multiplicados ya desde el instante mismo en que la mujer sintiere vivir en sus entrañas las preudas de su maternidad. Hé ahí el sentido material: hé ahí el castigo puramente doloroso para la sensibilidad corporal: el castigo del alma es aún mucho más doloroso.

La propagación de la especie humana en el estado de la inocencia original se hubiera verificado como ahora en el estado del linaje humano, decaído por la culpa de sus primeros padres; en aquel dichosísimo estado de la justicia original, en que los sentidos obedecían rendidamente á la razón, la rebeldía de los apetitos no se habría conocido, ni se habría tampoco experimentado esa desapoderada furia de lo sensible contra lo espiritual, que llena de tanta confusión y vergüenza á la criatura humana, haciendo humillante y vergonzoso nuestro origen. La Santa Escritura nos dice que nuestros primeros padres en el estado de la justicia original, estaban desnudos, y no necesitaban de vestidos para cubrirse, porque llevaban el velo de su propia inocencia; mas, apenas hubieron pecado, cuando ya advirtieron que estaban desnudos, y se avergonzaron de su desnudez. Sintieron en la rebelión de su carne la pena de su culpa, aun antes que el Señor

hubiese pronunciado contra ellos su castigo.

Multiplicabo aerumnas tuas et conceptus tuos.
Yo multiplicaré las angustias de tus alumbramientos. ¡Cuán tremenda sentencia! La carne armóse desde aquel momento de su afrentoso agijón, y el ángel de tinieblas, según la expresión del Apóstol, abofeteó á los pobres hijos de Adán! Esas angustias, esas congojas, esas molestias vergonzosas, que son la humillación de nuestra carne: ese abismo que la sensualidad acertó á abrir en nuestro propio corazón, sin que haya goces materiales que lo llenen jamás, tal fué la pena, con que el pecado original de nuestros primeros padres mereció ser justamente castigado.

A esta maldición corresponde una bendición para la santa Virgen: María en su maternidad estuvo exenta de congojas y de angustias, que mortificaran su cuerpo virginal; y en punto á esas otras vergonzosas tendencias de la humana naturaleza desordenada por el pecado, María no las sintió ni las experimentó, porque en Ella la carne estaba en todo sujeta al espíritu, y los apetitos sometidos á la razón, y todo su sér gobernado por la gracia santificante; cuya plenitud en la Virgen tuvo efectos particulares, pues no sólo santificó el alma, sino que influyó también directamente en el cuerpo santificándolo y haciéndolo digno de dar posada al Verbo Divino, que en él había de albergarse, vestido de nuestra carne. Ved, pues, con cuanta razón María debía ser llamada bendita entre todas las mujeres.

In dolore paries filios, darás á luz tus hijos con dolor. Cuando Dios se dignó criar á nuestros primeros padres, no se contentó con dejarlos en aquel estado que exigía la condición natural de ellos, sino que los elevó á un estado sobrenatural, revistiéndolos y hermoosándolos con la gracia santificante; y, en cuanto á la vida temporal, les previno con

auxilios extraordinarios, para que las causas naturales influyendo sobre sus cuerpos no produjeran en ellos los efectos, que, atendido el orden regular y ordinario de la naturaleza, no podían menos de producir. Los frutos del árbol de la vida, de que nuestros primeros padres debían alimentarse, los preservaban de todo dolor: así es que, ni vejez, ni enfermedades, ni dolor, ni molestia alguna podían afligirlos en el estado de la inocencia. Nuestro cuerpo conoce y experimenta el dolor, en pena del pecado. En su sentido material esta maldición significa, pues, que la mujer no podía gozar de las complacencias de la maternidad, sino á precio de angustias terribles y de dolores mortales en su alumbramiento. De esta maldición estuvo libre la Madre de Dios; porque, como la concepción del Verbo Divino se verificó de una manera milagrosa, sin concurso de varón ni detrimento de la integridad virginal de María, así también el dar á luz al Hijo Unigénito del Eterno, hecho hombre para salvarnos, fué sin dolor, antes con grande é inefable regocijo, que del alma se transmitió al cuerpo immaculado. *Benedicta in mulieribus*: bendita es, por lo mismo, entre todas las mujeres Aquella contra quien no fué pronunciada la divina maldición.

II

María concibe, sin quebranto de su virginidad, y dando á luz al Verbo Divino humanado su pureza é integridad no padecen detrimento: lleva en su casto seno un Niño, que es verdadero hijo suyo; pero no experimenta las angustias corporales que preceden inseparablemente á la fecundidad en todas las demás madres, ni sufre las congojas y las molestias de que está siempre acompañado el alumbramiento en todas las demás mujeres; antes, por

el contrario, el cuerpo mismo virginal de María siente transportes de gozo inefable con la presencia del Verbo Divino, que consagra y endiosa el tabernáculo de las immaculadas entrañas de María, donde se halla hecho hombre, revestido de nuestra humana naturaleza, habitando materialmente, como en el primer santuario, como en el primer templo, que su Divina Majestad se ha fabricado en la tierra.

Durante los nueve meses que lleva en su seno purísimo al mismo Dios humanado, María experimenta en su cuerpo la presencia de la Divinidad, y vive de una manera maravillosa, sin que haya lengua humana que pueda explicar los efectos extraordinarios del Verbo humanado sobre el cuerpo de su Madre, ni mente criada que acierte á comprenderlos. . . . Del trato y comunicación con Dios recibía Moisés hasta en su mismo cuerpo efectos maravillosos, y cuando bajaba del Sinaí, su rostro estaba iluminado con el esplendor de la gloria divina, y brillaba despidiendo rayos de aterrante claridad, sin que hubiese nadie que se atreviera á mirarle fijamente, ni por un momento; ¡cuáles no serían las influencias divinas del Verbo sobre la carne virginal de María! ¡Qué efectos tan extraordinarios no causaría en su mismo cuerpo! ¡Quién podrá decirlo! ¡Quién podrá comprenderlo! ¡Qué vida la de la santa Virgen, en aquellos nueve extraordinarios meses, cuando andaba llevando en su seno al mismo Dios humanado!

Llegó, por fin, el día memorable, por tantos siglos esperado, el día, en que el mundo debía recibir á su Criador, que entraba en el mundo, con la condición de una débil ó inerte criatura. La noche avanzaba en su carrera y todo yacía en silencio profundo, cuando la Virgen, arrobada en éxtasis, contemplando en visión inefable la Esencia Divina, y admirando los secretos de aquella generación mis-

teriosa, por la cual el Verbo Divino sale eternamente del seno del Padre, dió á luz á su Hijo y su Dios, que salía de Ella para alumbrar el mundo.

El que da fecundidad al seno de las madres, mediante una ley natural, ¿no podía fecundizar el casto seno de una virgen, sin que perdiera, por eso, su limpieza y su integridad? El que ha sacado los mundos de la nada con sólo su palabra, ¿no podía, acaso, formar el cuerpo humano de Jesucristo de la pura sangre de María, en el seno immaculado de Ella, por sola la acción y virtud milagrosa del Espíritu Santo? Ése mismo Divino Espíritu, que, volando sobre el informe y oscuro caos en el primer día de los tiempos, dió movimiento á la materia y puso orden y fecundidad en el basto embrión del universo, ¿no podría fecundar ese otro abismo de humildad de la Virgen immaculada? ¿Quién ha puesto límites á la omnipotencia? ¿De dónde términos para la Sabiduría infinita? . . . Dios había de nacer de una mujer, y, al recibir de Ella la carne con que venía á redimir al mundo, ¿la despojaría de una virtud tan preciosa como la virginidad? ¿Le privaría del mérito de una virtud tan singular? El Autor de toda virtud y santidad amenguaría los méritos de la criatura que había de ser su Madre? La ensalzaría á tanta dignidad, á precio de una virtud, humillándola primero con la mancilla de su pureza, con el quebranto de su virginidad? . . . De este modo, la mayor de las gracias sobrenaturales, la Maternidad divina, habría hecho perder á la Virgen los méritos de una de sus más admirables virtudes: ¿no amaba, acaso, Dios la pureza de María? El Verbo Divino no era, acaso, glorificado con la virtud de María?

¿Por qué, pues, destruía el mismo Dios una virtud que amaba, una virtud, con que era glorificado? No fué el mismo Señor quien inspiró á Ma-

ría el voto sublime de virginidad? Por ventura, ¿se contradice el Espíritu Santo? Si ese voto era excelente, si la virginidad de María era muy agradable á Dios, ¿por qué Dios la reprueba, la destruye y mancilla á su Madre, haciéndola menos pura, menos santa? Si María mediante su virginidad era santa, santísima, decidme, ¿cómo ni imaginar siquiera que el mismo Dios la hubiese humillado haciéndola Madre verdadera suya, á precio de una virtud que realizaba el mérito de la Virgen? ¿Cómo ni imaginar siquiera que María hubiese llegado á ser menos santa, dando á luz al Verbo Divino humanado.

María, la Madre admirable, es pura, es santa, es inmaculada antes de concebir en sus entrañas al Verbo Divino: ¿dejaría de ser pura, dando á luz al mismo Dios? dejaría de ser santa, dando á luz al Santo de los santos? La Maternidad divina, la pondría menos limpia? empañaría su celestial pureza? la rebajaría á un grado inferior de santidad? ¡Quién tal pensó jamás!

La comunicación con Dios santifica á las criaturas, ¿solamente á la Virgen la habría puesto de peor condición? Y una comunicación que no ha tenido semejante, en la que se identificó la vida de la Virgen con la vida de Dios, llevando nueve meses en sus entrañas al Verbo Divino humanado, habría hecho menos santa á María? La habría hecho menos pura? Habría empañado el terso cristal de su pureza inmaculada? No: las maldiciones de Eva no cayeron sobre María: María es bendita entre todas las mujeres; todas son malditas en Eva; María es la sola, la única bendita.

Su virginidad sagrada no tiene igual, ni es posible que tenga semejante. María fué la primera en practicar una virtud tan difícil y tan precioso; y apenas tuvo uso de razón hizo á Dios un voto expreso de guardar perpetuamente su virginidad, real-

zando de este modo su pureza con el mérito de la religión : de un seno tan puro y tan santo era, pues, conveniente que naciera el Verbo de Dios. ¡Oh ! Virgen María, Virgen de vírgenes, Virgen por excelencia, la misma virginidad, como os apellida la santa Iglesia : *sancta et immaculata Virginitas*, Virginidad santa é inmaculada: toda limpia, toda pura; las manchas que ensucian y envilecen á las madres terrenas estuvieron muy lejos de Vos: las impurezas que cortejan la fecundidad humana se trocaron en gracia y en santidad en vuestro alumbramiento divino, en el que no hubo dolor sino gozo; en el que los ayes de la culpa se cambiaron en cánticos de pureza, y las maldiciones del primer pecado se mudaron en bendiciones y portentos, cual convenía á un parto virgíneo, cuando el que nacía era el mismo Dios. Nube santa y profética llovisteis sobre la tierra, árida y desolada, el rocío divino, que salió callado y misterioso de vuestro seno inmaculado, para vivificar el mundo: disteis paso al divino Sol de justicia, sin que sus rayos os causaran daño; antes quedasteis iluminada con la claridad divina, que reflejó en Vos toda la lumbre de la santidad increada, para haceros más pura y más hermosa.

Estér fué, en muchas circunstancias de su persona y de su vida, imagen y figura profética de la Virgen Santísima: lo fué en haber sido escogida de entre un pueblo cautivo, y elegida para esposa del más poderoso monarca del Oriente: lo fué en haber sido predestinada para libertar de la muerte y el exterminio á su pueblo. María es elevada á la incomparable dignidad de Madre de Dios, para cooperar á la redención del linaje humano, condenado á muerte eterna por el pecado de Adán, cuya hija es María: la ley de muerte no comprende á Estér; por que, aunque es de la raza proscrita de Judá, no obstante, es también la esposa del rey: así María, co-

no escogida desde toda eternidad y preparada para Madre del Verbo Divino, no estuvo comprendida en la sentencia de condenación pronunciada contra todo el linaje de Adán; antes, en los insondables designios de la Sabiduría infinita, la santa Virgen fué asociada por el Unigénito de Dios á la obra de la redención del mundo, en la cual la hija de Adán tiene una parte esencial, mediante los mismos decretos divinos.

Contemplemos á Estér en el momento, en que se presenta delante del rey Asuero, para implorar la vida de su pueblo, del pobre pueblo judío, condenado injustamente á ser exterminado.

¿Cómo se presenta Estér delante del rey? Deja el vestido de penitencia y de duelo, y se adorna con las galas de reina; toma dos esclavas, para que la acompañen; apoyada en una de ellas, la otra le sigue detrás, alzando el regio manto de púrpura y levantándolo para que no se arrastre por el suelo: atraviesa las antecámaras y se pone al frente del trono, donde Asuero estaba sentado, con aire de grande majestad: fija el rey una mirada como de indignación en la reina, y Estér cae al punto desmayada: lo ve el rey, múdase en sobresalto su indignación y baja apresuradamente del trono; toma en sus brazos á Estér, que estaba como muerta y sin conocimiento, y, acariciándola, le dice una y más veces: Estér, ¿qué tienes? Yo soy tu hermano: no temas: *Ego sum frater tuus, nobis metuere.* No morirás, pues la ley de muerte no se ha pronunciado contra tí: *Non morieris: non enim pro te, sed pro omnibus haec lex constituta est.* Anímate, toca mi cetro. Como Estér continuara exánime y callada, el rey puso el cetro sobre el pecho de ella, y, dándole un ósculo, le dijo, como en tono de cariñosa reconvencción: Estér, ¿por qué no me hablas? Co-brando ánimo la reina, se esforzó para hablar; más,

apenas hubo articulado unas pocas palabras, cuando segunda vez tornó á caer desmayada, aumentando y creciendo con esto la solicitud del rey (1).

De la profecía pasemos á la realidad. Llega el momento de la Encarnación: María está frente á frente con el mismo Dios: más ya ni á los ojos de Dios, ni á los propios ojos de la Virgen, es María una simple hija de Adán, pues la salutación del Angel, revelándole su destino, la ha hecho aparecer ante los cielos y la tierra, ante el tiempo y la eternidad, revestida de gracia incomparable: dos virtudes acompañan á la Virgen en aquel instante: apoyada en la más viva y heroica fe, abandona á su humildad todo aquel cúmulo de grandeza y excelencias, con que la ha adornado el Omnipotente, y su profundísima humildad lo recoge y lo levanta, sin dejarlo ajarse contra el polvo de la humana vanidad: María, sostenida por la fe y por la humildad, se presenta á los ojos del Altísimo en un estado tan amable, que ablanda y cautiva el corazón de Dios: la soberbia de nuestros primeros padres lo había llenado de indignación; empero la profundísima humildad, con que María se anonada á sí misma, lo hace descender inmediatamente del trono de su gloria, para tomar nuestra humana naturaleza, hacerse hermano nuestro y redimirnos.

Asuero alza en sus brazos á Estér y la acaricia: el Eterno toma en sus brazos á María y la llena de sus gracias: ¿cuáles son los brazos de Dios, sino su omnipotencia y su sabiduría infinita? Omnipotencia y sabiduría divinas, que verifican la obra de la Encarnación, en la que María fué levantada y sostenida por la Majestad divina, para que, siendo una pobre criatura humana, cooperara á un misterio tan estupendo.

(1) Libro de Estér, cap. 15, versículos 12 y 13.

Asuero le dice á Estér: yo soy tu hermano, anunciando así que el Unigénito de Dios, hecho hombre en las entrañas de María, había de decir á los hombres: no temáis, porque soy hermano vuestro: la ley de muerte no se ha pronunciado contra Estér, porque ninguna ley de muerte se ha pronunciado jamás contra María: María no ha sido condenada á muerte, como toda la demás familia de Adán, cautiva del demonio: María puede presentarse á cualquier instante en la presencia divina, porque siempre está en la gracia del Rey de cielos y tierra. El rey insta á Estér y le ruega que hable. ¡ Ah! Día hubo, cuando Dios mismo pidió, instó á una humilde Virgen, y le puso el cetro de su omnipotencia en las manos suyas, conjurándola á que hablara, porque esa palabra que el Todopoderoso deseaba oír de boca de María era la señal de vida que la humanidad, muerta por el pecado, había de dar para recibir en su frente el ósculo divino, con que se levantó unida á la misma Divinidad, en la naturaleza humana de que se revistió el Verbo Eterno para redimir al mundo.

María es la criatura privilegiada, María es la criatura singular; la criatura única en la gracia y en las bendiciones del Altísimo. Su Divina Majestad levanta á María á un grado extraordinario de gracia y de gloria, porque la predestina, desde toda eternidad, para hacerla su verdadera Madre: la ley de muerte, que se decretó contra los judíos, no comprendía á Estér; ni ella podía estar envuelta en la sentencia del exterminio general de su pueblo: por el contrario, á Estér le es permitido el libre acceso ante el trono regio, porque la ley de muerte dictada contra todos no cayó sobre ella: circunstancias proféticas todas, con que se nos da á conocer el ministerio de María, su dignidad, sus excelencias, sus privilegios, merced á los cuales le saludó el An-

gel, proclamándola bendita entre todas las mujeres, bendita por excelencia.

Dos gracias pudo hacer Dios á María, en las cuales el Todopoderoso agotó su omnipotencia: unió á su Persona Divina la naturaleza humana tomándola en el seno de la Virgen, y haciéndola así á la Virgen Madre de Dios. En Jesucristo la naturaleza humana recibió la mayor unión posible con Dios: en María una persona humana fué levantada á la mayor unión posible con la Divinidad: por eso María es proclamada bendita por excelencia, pues había recibido el mayor bien posible. Bendecir, ¿no es hacer bienes? Cuando Dios bendice, ¿no llena real y positivamente de los bienes anunciados en la bendición? ¿Y qué bien mayor podía dar Dios á una persona, que hacerla su verdadera Madre? María, con toda razón, es pues proclamada bendita por excelencia, por haber recibido de Dios en la persona de Ella el mayor bien posible; y llamarla bendita por excelencia es lo mismo que proclamarla Madre de Dios.

DEPRECACIÓN.

¿Cómo clamaré á Vos? ¿Cómo os llamaré en mi auxilio? ¿Cómo os invocaré, ¡oh! María? La conciencia me está dando voces incesantemente, recordándome mis innumerables, mis feos, mis enormes pecados, ¿qué será de mí? ¿qué sentencia pronunciará contra mí vuestro Hijo divino y mi tremendo Juez? ¿qué sentencia pronunciará? ¡Ay! ¿qué sentencia se pronunciará contra este miserable pecador? Si alguno hay que merezca el infierno, ese soy yo, oh Madre santa! Otros han caído en esas llamas terribles con menos pecados que yo, con menos gracias, con menos auxilios sobrenaturales: si á tantos de esos infelices réprobos se hubiesen

concedido solamente algunas de las gracias que se me han dado á mí, se habrían salvado, habrían sido santos. . . . ¿Qué me ha faltado á mí? ¿qué puedo decir yo para excusarme? ¡Ah! El infierno, las vengadoras llamas, el fuego inextinguible, hé ahí lo que yo no sólo una, sino mil veces tengo merecido. Lo confieso, lo confieso, y os ruego que me libréis de la condenación eterna, ¡oh! Abogada mía, ¡oh! Refugio de pecadores! . . . Virgen María, no me deshechéis, no me abandonéis; salvadme, porque soy un pecador miserable: salvadme, porque después de Dios en Vos tengo puesta mi esperanza. . . . Vos sois bendita entre todas las mujeres, bendita por excelencia; yo no merezco sino condenación. . . . Salvadme, oh María, porque después de Dios en Vos tengo puesta mi esperanza.—Amén.

LECCION DÉCIMA.

DIA DIEZ DE MAYO.

CONTINÚA LA EXPLICACIÓN DE LA CUARTA PALABRA DE LA SALUTACIÓN ANGÉLICA: **BENEDICTA TU IN MULIERIBUS**, BENDITA ERES TÚ ENTRE TODAS LAS MUJERES.

I

In dolore paries liberos, darás á luz tus hijos con dolor. Considerado el sentido material de esta maldición examinemos ahora su sentido moral. En su sentido espiritual, esta maldición significa todos

aquellos trabajos, que, tanto al padre, como principalmente á la madre, imponen la crianza, educación y vida de los hijos. Respecto de la madre, podemos decir que ésta no ha zafado todavía de los dolores corporales del alumbramiento material, cuando principia á padecer esas otras congojas espirituales del alumbramiento moral, porque la madre, aunque da á luz á sus hijos, que salen de sus entrañas corporales, nunca los acaba de dar á luz en el orden moral, y siempre los lleva en las entrañas de su alma. La vida de la madre viene á ser absorbida por la vida de los hijos, y la felicidad y la desgracia de una madre están pendientes de la dicha y de la desventura de sus hijos.

El corazón de la mujer, de su propia condición, es muy sensible, y su imaginación engrandece y abulta todos los objetos que la impresionan; de aquí es que, en el alma de la mujer la fuente del dolor es copiosa é inagotable. Además, el amor de la madre es el más perfecto de todos los amores de que es capaz el corazón humano, y ninguno es más constante ni más generoso, porque ninguno es más puro: nace de lo íntimo del alma, y, como se alimenta de la bondad nativa, en que es tan rico el corazón de la madre, no ha menester que los sentidos aticen sus llamas: el amor maternal es el más constante, porque es el más generoso y desinteresado, el menos egoísta de todos los amores: se complace en el bien ajeno y raras veces busca su propio provecho. Todo puede soportar el corazón de una madre, y ni olvido, ni distancias, ni ingratitud, ni injurias son bastantes á secar la inagotable vena del amor en el corazón de la madre. ¡Qué admirable es la condición del corazón maternal! El corazón de la madre es un cautivo: es en pecho libre un corazón esclavo! Ya no vivirá sino á merced de ajena voluntad: y, ¡oh hijos! el día mismo en que

seáis ó muy desgraciados ó muy felices, podéis dar muerte al punto á vuestras madres con vuestra prosperidad ó vuestra desgracia.

Añadid las rigurosas obligaciones morales impuestas á los padres y á las madres respecto de sus hijos, y habréis conocido algo de lo que significa esa maldición de Dios, pronunciada especialmente contra Eva, cuando, en castigo de su pecado, le dijo el Señor: *In dolore paries filios*, parirás tus hijos con dolor. El alumbramiento moral es mucho más doloroso, sin comparación, que el alumbramiento corporal.

Más, ¿quién lo había de pensar siquiera! Dios es la fuente, el origen, la causa de todo gozo; en la unión con Dios consiste la verdadera felicidad; y tanto mayor es el gozo de una alma cuanto más estrecha é íntima es su unión con Dios. Por tanto, la vida de la santa Virgen debió haber sido una vida enteramente de alegría y de regocijo, por su unión con Dios. ¿Qué unión más íntima con Dios que la de la Virgen con su Hijo divino? Aquella unión era la posesión misma de Dios, por medio del amor más puro y más constante, por medio del amor maternal: la vida de la Virgen estaba identificada con la vida del Hombre Dios. ¡Cuánto motivo de alegría y de la más inefable alegría para el corazón de la Virgen! Pero la divina Sabiduría dispuso las cosas de otro modo, y María, á causa de su mismo Hijo, conoció el dolor y experimentó el padecimiento: el Hijo venía á redimir al género humano, y, según la enérgica expresión del Apóstol, se hizo á sí propio objeto de maldición, tomando sobre sí las maldiciones que pesaban sobre los pecadores; y la Virgen, en su condición de Corredentora del linaje humano, aceptó sobre sí aquellas penas que afligian á la descendencia maldita de Adán.

El Redentor se hizo en todo semejante á noso-

tros, menos en el pecado, y por amor á los hombres hizo maldición: *Factus pro nobis maledictum*, según la ya citada expresión del Apóstol. Meditemos estas admirables palabras (1).

En el castigo del pecado original hay unas penas que eran compatibles con la dignidad del Redentor, y otras que desdecían enteramente de semejante dignidad, por ser divina la persona de Jesucristo; pues era la persona misma de Dios, la segunda de la adorable Trinidad. En una palabra, entre las penas, con que es castigado el pecado original, hay algunas que aun en el estado de la justicia original habrían sido posibles, si bien no con las mismas condiciones, con que se verifican ahora impuestas como pena del pecado. Según la enseñanza del Apóstol, Jesucristo escogió el padecer, á fin de aprender por experiencia propia á tener misericordia: estas admirables palabras del Apóstol no pueden menos de hacer grande impresión en el ánimo del que las considera, aunque no sea más que de paso. El Hombre-Dios quiso ser tentado en todo, como nos dice el mismo San Pablo, para ser semejante á sus hermanos: eligió el padecimiento, se preparó para sí en la tierra una vida de dolor y de trabajos, y de Belén al Calvario, del seno de la Virgen á los brazos de la cruz, todo fué padecer, todo fué sufrir. ¿Por qué tanto dolor en la vida mortal del Hombre-Dios? ¡Ah! ¿por qué, sino porque amó á los hombres, sus hermanos, con una caridad inagotable?

Así también la santa Virgen, cuya vida en la tierra debía haber sido una alegría inefable nunca interrumpida, escogió participar de las amarguras de la maldición, con que fué castigada nuestra primera madre; y la que en su virginal alumbramiento

[1] Epístola á los Gálatas, cap. 3, ver. 13.

to no experimentó dolor alguno, llevó después toda su vida traspasada el alma suya maternal con espada de dolor, á consecuencia de la pasión reservada para el Hijo adorable de sus entrañas. De este modo María vino á saborear todas las angustias, que podían en la tierra amargar el corazón de una madre: quiso participar del dolor de las madres, y tener en el dolor la mayor parte. ¡ Ah ! ¿ qué digo ? No quiso tan sólo participar, tomar una parte en el dolor: dilató los senos de su corazón inmaculado y abrió su alma sensible al dolor, que vino sobre Ella y la sumergió en un piélago de amargura.

Madres, que lloráis por vuestros hijos, consolaos, y aprended á padecer con ese ejemplar admirable de María, cuya alma veis traspasada de dolor. Esa Madre debía haber sido la más alegre de todas las madres; esa Madre, madre del más inmejorable de los hijos, no debía haber padecido; y, no obstante, ¿ qué vida de madre entre las madres afligidas podrá compararse con la vida de esa madre divina, que mereció por excelencia el nombre de madre dolorosa? ¡ Ah ! esa vida es un tejido de padecimientos, y sobre todos los gozos de Belén y de Nazaret la cruz sangrienta proyecta su tristísima sombra !

Apenas ha hecho su entrada en el mundo ese Hijo por siempre bendito, cuando ya es perseguido: los pocos días, que ha respirado recién el aire de la vida, parecen demasiados á sus enemigos, y, temiendo perder reinos temporales, persiguen de muerte al Rey de cielos y tierra; y es necesario huír, en la noche, sin pérdida de tiempo, como un criminal fugitivo, en la oscuridad y en el silencio, tomando el camino y emigrando lejos, para salvar en el destierro esa vida preciosa, buscando en Egipto, país idólatra, un refugio para el Niño divino.— En Nazaret verá de nuevo la Virgen puestos á prue-

ba su fe y su amor de Madre: ese Niño tiene reservas divinas y en su pecho guarda secretos inescrutables; así día llegó cuando la Madre, á quien esos secretos no le habían sido revelados, hubo de sentir más viva la herida de un dolor, que venía lastimando hacía doce años su corazón. Una pregunta reverente y amorosa manifiesta cuales fueron entonces los padecimientos de ese corazón. *Fili, ¿quid fecisti nobis sic? Ecce pater tuus et ego dolentes quaerebamus te.* Hijo, ¿por qué lo habéis hecho así con nosotros: hé aquí que vuestro padre y yo, affigidos, os andábamos buscando (1).

Jesucristo no reveló á su divina Madre todas las circunstancias particulares relativas á su pasión: la santa Virgen sabía que su Hijo redimiría al mundo padeciendo una muerte dolorosa y humillante, pero ignoraba en qué tiempo, en cuál lugar y de qué manera se había de consumir el sacrificio con que el linaje humano sería redimido. Cuando el Niño cumplió los doce años de su edad, llegó á aquella época de la vida en la que, según las costumbres y leyes de su pueblo, los hijos varones salían de la potestad de sus padres y podían disponer libremente de sí mismos; y en aquella edad era precisamente cuando, según la ley, el varón estaba obligado á presentarse personalmente en el templo del Señor. Jesús se presentó en Jerusalén ó hizo en el templo ante los doctores de la ley la primera manifestación pública y solemne de su divinidad. San José y la santa Virgen adoraban en aquel divino Niño á su mismo Dios, tratándole en la misma vida íntima de familia con respeto y adoración profunda: la sumisión de María á la voluntad divina era perfectísima. En el momento en que debían volver á reunirse con Jesús, la ausencia de Jesús los des-

[1] San Lucas, cap. 2, versículos 48 y 49.

consuela: era, por ventura, llegada la hora en que había de dar principio á la dolorosa redención del mundo? María lo ignora, busca al Niño divino, y, cuando lo encuentra, le dice: Hijo, ¿por qué nos habéis tratado así? Vuestro padre y yo os andábamos buscando afligidos: que era como pedir al Señor que se dignara manifestarles misericordiosamente los inefabiles designios de su providencia respecto de ellos, para cumplirlos al punto. No sabíais que en las cosas de mi Padre conviene que me ocupe yo, les contestó Jesús; ¿para qué me buscabais? Estas palabras de Jesús no fueron comprendidas entonces por la Virgen, pues Ella ignoraba, como tantas veces lo hemos dicho, las circunstancias futuras de la Redención, y así le era desconocido y oculto el ministerio público y solemne que el Redentor había de ejercer predicando como Maestro divino su doctrina en las ciudades y en los campos. Jesús gobernaba sus acciones con divina sabiduría, y en las relaciones del Hijo con la Madre no puede menos de notarse una economía misteriosa, por la cual la santa Virgen iba siendo ilustrada sobre las circunstancias de la Redención de una manera progresiva, á fin de que tuviese ocasión de practicar aquellos perfectísimos actos de caridad y de Religión, que admiramos en su vida santísima.

II

¿De dónde nacía la intensidad, la vehemencia del dolor de la Virgen? Nacía de su conocimiento, de su ciencia sobrenatural; pues tanto mayor es el dolor, cuanto más claro y profundo es el conocimiento de los motivos que lo causan. Conocía la santa Virgen la inocencia, la dignidad y las excelencias de la persona de Jesucristo: no ha habido, ni es posible que haya jamás inocencia igual á

la de Jesucristo; y ese Hijo inocentísimo era tratado no sólo como criminal, sino como el mayor de los criminales: era calumniado, escarnecido y vilipendiado: siendo el Mesías prometido, el verdadero Rey de cielos y tierra, era pospuesto á un sedicioso, á un homicida: siendo el dador de todos los bienes, era reputado como un ladrón, y afrentado entre ladrones.

¡Cuánto horror no nos causa oír los sacrilegios que los incrédulos cometen con la adorable Eucaristía! Ese horror es justo, es legítimo: empero, ¿qué es la santa Eucaristía sino el verdadero cuerpo de Jesucristo? Pues, si á nosotros, tan sensuales, tan á oscuras en las cosas divinas, tan faltos de fe viva, nos causa horror y espanto cualquiera sacrilegio cometido con la Hostia sagrada; ¿cuál sería el horror, cuál el espanto que se apoderó del ánima de la Virgen viendo, con sus propios ojos, los horrendos sacrilegios que los soldados y los verdugos cometían con Jesucristo, desnudándolo con burlas é insultos, azotándolo con ferocidad, dándole bofetadas, escupiéndole al rostro y coronándolo de espinas? El abandono cobarde de los discípulos, la negación y el perjurio del Príncipe de los Apóstoles, la traición fomentada de Júdas con sus circunstancias horribles y detestables, todo atormentaba el corazón de la Virgen, por el grande y consumado conocimiento que tenía de toda la deformidad moral de aquellas acciones.

La mansedumbre con que padecía Jesucristo, ese estado de debilidad en que el mismo Señor se había puesto, tan indefenso, tan inerme, lleno de dulzura y de candor, guardando un silencio profundo ante sus calumniadores, sin abrir sus labios para defenderse, circunstancias eran que aumentaban el dolor de la Virgen. ¿No es verdad que sufrimos viendo el castigo de un criminal, por más convenci-

dos que estemos de la justicia con que se lo castiga? Y si el que sufre es inocente; si es merecedor de toda honra; si sufre, si padece abandonado, desvalido, sin defensa; si es un amigo, si es un benefactor, si es un hijo. . . . Y amigo y esposo y benefactor y hijo todo era Jesucristo para la Virgen, porque para la Virgen en el divino Señor se reunían todas esas excelencias, todos esos amores: amor de estimación, amor de gratitud, amor de Madre! . . .

Conocía la Virgen el odio, la ira, la venganza y todas las demás pasiones que ardían en el pecho de los judíos, y veía que esas pasiones eran en lo interior aún muy más acervas que en lo exterior; y este conocimiento acrecentaba el dolor del alma de la Virgen de una manera imponderable: Ella se empapaba en amargura, cuando los deicidas se regocijaban, satisfechos de hacer sufrir y morir á Jesucristo. El gozo feroz de los judíos era cuchillo de dolor que llagaba desapiadadamente el corazón de la Virgen.

Conocía muy bien la Virgen los dolores interiores que estaba padeciendo Jesucristo en su alma sagrada, y ponderaba cuánto más cruel era la pasión íntima de su Hijo, que la pasión de su cuerpo: el alma de Jesucristo estaba patente ante los ojos de la contemplación de María, y la veía agonizar á la violencia del tedio y de la tristeza, del pavor y de la desolación. La Virgen consideraba la condición de víctima en que se hallaba Jesucristo, puesto entre la justicia divina y el mundo culpable. . . . La santidad adorable de Dios llenaba de un respeto profundo á la Virgen: el odio que Dios tiene al pecado la aterraba, y, viendo ejercer al Eterno toda su justicia tan estrictamente en el Redentor, el alma de la Virgen se deshacía, poseída de los afectos más vehementes de pavor, de tristeza, de anonadamiento. La deformidad del pecado la lle-

naba de horror; la malicia de los crímenes de los hombres, su obstinación, su locura en el pecado; el deleite culpable, el contentamiento en ofender á Dios tan desapoderadamente, torturaban el alma de la Virgen con penas y dolores inexplicables. Según nos enseña San Pablo, de tal manera ofreció Jesucristo su vida y se sacrificó por todos los hombres, que la redención fué tan común y universal para todos, como individual y particular para cada uno, pudiendo decir cada uno de los hijos de Adán, cada uno de los redimidos: Cristo se entregó á la muerte y se sacrificó por mí, como si solamente uno hubiese sido el pecador y el redimido: *Qui tradidit semetipsum pro me* (1).

El mismo Apóstol nos advierte que cada pecado equivale á una nueva crucifixión de Jesucristo, y que, por nuestra parte, tantas veces crucificamos á Jesucristo cuantas pecamos mortalmente: cada pecado mortal, según los decretos divinos, no debe ser perdonado sino con satisfacción de estricta justicia (2). . . . ¡Verdad aterrante! ¡Verdad tremenda!... Cada pecado demanda á la misericordia divina todos los méritos de la Encarnación para ser perdonado. De donde deducimos una consecuencia, verdaderamente asombrosa en punto á la pasión de Jesucristo: á saber, que el Redentor debió padecer tantas veces cuantos eran los pecados de todos y de cada uno de los hombres, desde Adán hasta el último de los nacidos, compensándose en la intensidad de los dolores el número de las muertes dolorosas ó de las redenciones, correspondiente al número de los pecados. Más, ¿quién podrá calcular el número de los pecados, que excede á todo cálculo, que no tiene suma ni guarismo? Si es imposible con-

[1] A los Gálatas, cap. 2, ver. 20.

[2] A los Hebreos, cap. 6, ver. 6.

tar el número de los pecados que un hombre comete en sólo un año de vida, ¿ cómo se podrá calcular el número total de todos los pecados cometidos por todos los hombres, desde el principio hasta el fin del mundo? ¡ Cuán terrible no debió ser, pues, la intensidad de la pasión del Redentor! ¡ Cuán agudo, cuán intenso el dolor de María, que había consentido en la expiación dolorosa, asociándose voluntariamente á Jesucristo en sus padecimientos!!

El alma de la Virgen era perfectísima y dotada naturalmente de una potencia maravillosa para padecer, y de una aptitud extraordinaria para el dolor; de aquí es que, herida por tantas causas, vivía en una verdadera agonía, conservándose de un modo sobrenatural. Sentía pavor al aspecto de la santidad divina ofendida por el pecado, y ese afecto la tenía como anonadada durante la pasión de Jesucristo: las tristezas, las angustias, las amarguras que oscurecían su alma eran indecibles, y padecía sin lenitivo, sin consolación alguna, mientras la pasión sangrienta de su divino Hijo iba hundiéndole por instantes más y más en el alma el cuchillo del dolor.

Otra causa contribuyó terriblemente á aumentar los dolores de la Virgen y fué su presencia material en el Calvario, al pie de la cruz de Jesucristo. Considerada humanamente, la presencia de María en el Calvario manifestaba una fortaleza y un vigor de alma sorprendentes; pero hay en esa presencia algo más extraordinario todavía: si se atiende tan sólo á la ternura del amor maternal, talvez, ¿ no habría estado ausente la Virgen, lejos del lugar del sacrificio de su Hijo? En presenciar la muerte de su único Hijo, ¿ no habría, acaso, algo contrario á la delicadeza de la ternura maternal? María subió, pues, al Calvario movida por una inspiración particular del Espíritu Santo, que la llevó á pre-

senciar el sacrificio de la Víctima divina, para cuya inmolación sangrienta había dado la Virgen su consentimiento. Jesucristo era aquel día para los hombres un objeto de abominación, de odio, de desprecio, de escarnio, de befa; y manifestarse en público, ante las turbas, ébrias de furor y amotinadas contra Jesucristo, como su Madre, era recibir en sí, por parte de la Virgen, todas las afrentas, todas las humillaciones, que caían sobre el Crucificado: era amar la ignominia de la cruz de Jesucristo, pues sobre la Madre venían á dar todas las injurias que se hacían al Hijo. María fué la única que en aquel día adoró á Jesucristo como al verdadero Dios y Redentor de los hombres, cuando de todas partes se levantaban gritos de muerte y de execración contra el Hombre-Dios. La fe, la adoración y el amor de la Virgen en el Calvario, junto á la cruz de Jesucristo, cooperaron eficazmente á la salvación del mundo. ¿Quién creyó entonces con viva fe en la divinidad de Jesucristo, sino María? Quién le adoró entonces con adoración profunda, sino María? Quién hizo en aquel momento actos de amor tan puros, tan encendidos, tan intensos como los de María? La ternura maternal le hubiera alejado, tal vez, del Calvario, si la fe y la adoración al Hombre-Dios no la hubiesen conservado allí, firme, inmóvil, en pie junto á la cruz de Jesucristo.

Fijaba la Virgen sus ojos en la cruz y veía como estaba corriendo la sangre por todo el cuerpo del Señor, manando de sus heridas en arroyos que descendían á empapar la tierra; y, considerando que, en virtud de los méritos previstos de esa sangre preciosa había sido Ella libre de toda mancha é inmaculada en su concepción, se consumía de agradecimiento, inflamada en los más fervorosos afectos de admiración, de amor, de ternura y de humildad. Este conocimiento aumentaba el dolor,

porque la Virgen se consideraba como la causa y el motivo de la pasión de su Hijo y Redentor, ponderando las gracias sobrenaturales y los privilegios y excelencias con que había sido enriquecida, merced á esa sangre divina, que estaba viendo correr tan generosamente para la redención del linaje humano. María adoraba la sangre divina, como el precio infinito de su magnífica y singular redención, viéndose, en virtud de ella, criada en la plenitud de la gracia y preservada de la culpa original.

María en el Calvario, al pie de la cruz de Jesucristo, hacía las veces de todo el linaje humano, de todos y de cada uno de nosotros, los mortales, los hijos de Adán, por cuya redención se ofrecía aquel tremendo y divino sacrificio. Sobre el ara santa de la cruz, Jesucristo, Pontífice eterno del linaje humano, estaba ofreciendo á Dios el único sacrificio digno de Dios: Él mismo era el sacerdote y la víctima, el sacrificador y el holocausto: empero, ¿por quién ofrecía ese sacrificio? Lo ofrecía, acaso, por sí mismo? ¡Ah! No: no necesitaba de ofrecer por sí mismo sacrificio alguno, porque era la misma santidad, la misma inocencia; lo ofrecía á Dios Padre por nosotros, por el mundo, por la descendencia de Adán: y en ese día los hombres no sólo no se asociaban á Jesucristo en su sacrificio, sino que maldecían de Él y blasfemaban: el culpable no tomaba, pues, parte en la reparación; el criminal se negaba, pues, á satisfacer por su parte á la justicia divina, á quien tan enormemente había ofendido. . . . María nos representaba en aquel momento, María hacía nuestras veces en el gran día de la inmolación de la Víctima divina en el Calvario: María estaba allí, avergonzada y llena de rubor ante Dios Padre, por nuestros pecados: María lloraba entonces, implorando por nosotros la gracia del perdón: la santa, la pura, la inmaculada se presen-

taba en el divino acatamiento con la vergüenza, el pavor, la humildad y la contrición de los culpables, por quienes Jesucristo espiraba en la cruz, entre afrentas y dolores inauditos, hecho víctima de propiciación por nuestros pecados.

Doliase la Virgen y se lastimaba con ansias y congojas indecibles, considerando que Ella misma había dado su consentimiento para el sacrificio sangriento de su divino Hijo: sus entrañas maternales se conmovieron cruelmente al consentir en la pasión de su Hijo, y presenciando sus dolores, su agonía, su muerte derretíase de dolor el corazón de la Virgen. Nadie se ha encontrado jamás en circunstancias semejantes á las de María: una madre que debe consentir ella misma en la muerte de su hijo, de su querido, de su único hijo; y esa muerte ha de ser dolorosa, violenta, humillante, á manos de enemigos feroces ó implacables; y la madre en persona, con sus propios ojos, ha de presenciar la muerte de su hijo, ser testigo de su agonía, recibir su cadáver despedazado y darle sepultura!... ¡Cuántos y cuán terribles sacrificios impuso á la Virgen su divina Maternidad!...

Subió al Calvario, asistió á la crucifixión, se mantuvo tres horas al pie de la cruz, y dió sepultura al divino cadáver de su Hijo sacrosanto. Mas, ¿qué sintió su corazón maternal oyendo los repetidos golpes del martillo, mientras crucificaban al Señor? ¿Cómo se desgarraría su alma escuchando las blasfemias y sarcasmos de los que denostaban al Salvador? De qué dolor no se vería traspasada en aquellas tres largas horas, en que le estuvo contemplando agonizar suspendido del patíbulo de la cruz? ¿Cuáles serían las angustias de la Virgen y cuál la herida que recibió su corazón viendo morir á su divino Hijo? ¿Habrá dolor comparable con el que le causó la lanzada que rasgó el pecho de Jesucristo

ya difunto? . . . El sol se había puesto ya tras los montes de Judea, comenzaba el crepúsculo de la tarde, la cumbre del Calvario estaba vacía y silenciosa; y mientras en la ciudad deicida se oía un sor-do murmullo, causado por la agitación de los pre-paratorios para la Pascua, la Virgen ofrecía á los cielos el espectáculo sublime de su dolor, en el que no ha tenido igual, ni tendrá nunca semejante: re-ibió en su regazo el cadáver sangriento de Jesu-risto, y lo adoró, tributándole en homenaje su fe, su amor y los transportes de su dolor: contempló despacio la faz lívida, los ojos apagados, la boca entreabierta, la lengua amargada; los grumos de sangre que enrojecían el santo rostro y el cuerpo todo llagado y la ancha herida abierta en el pecho divino por la lanza: las manos y los pies estaban rasgados por los clavos, y el cabello y la barba em-papados en sangre, espectáculo doloroso para la Virgen, vista cruel, causadora de angustias y de pe-nas indecibles en el materno corazón de Aquélla, única en el dolor por ser también única en el amor.

En aquellos instantes, cortos por la duración, largos por el dolor, el regazo de la Virgen fué un altar, donde yacía en holocausto la Víctima divina, sacrificada para la redención del mundo: ¡Virgen extraordinaria! ejemplar de santidad, portento de la gracia, maravilla de las maravillas de Dios, ¿quién podrá comprender lo grande de vuestros do-lores, lo insondable de ese piélago de amargura en que estuvo sumergido vuestro corazón inmaculado, en la pasión de vuestro Hijo? Corazón tierno, co-razón virginal, corazón delicado, santo corazón de la Virgen, ¿quién acertará á medir vuestra magna-nimidad? ¡Qué de sacrificios os impuso la dignidad de Madre de Dios! ¡Cuán fiel fuisteis á vuestra pre-destinación!

La santa Virgen llevó en este mundo una vi-

da verdaderamente de dolor y de martirio, pues el conocimiento que tenía de la futura pasión de su Hijo le causaba tormentos imponderables, y la ignorancia de las circunstancias particulares de la pasión acrecentaba el dolor. Llegado el día terrible, el día de la justicia divina contra el Redentor, María se vió acometida por una avenida de dolores inmensos: presenció la espantosa flajelación; vió de lejos, confundida entre las turbas, al Señor, ya cuando Pilatos lo mostró al pueblo, ya cuando iba caminando al Calvario, llevando Él mismo á cuestras el madero en que había de ser crucificado: recibióle después en sus brazos y le contempló muerto, despedazado y empapado en su propia sangre. Las lágrimas hinchieron copiosamente los ojos de la Virgen y rodaron por sus mejillas, bañando en amargo llanto su rostro, marehito y ajado por el dolor. ¡ Oh ! Madre admirable, cuán honda fué la herida de vuestro corazón ! En vuestros brazos tuvistéis á vuestro Hijo, muerto en lo más florido de su juventud, afeada la divina hermosura de su rostro divino con cardenales y salivas, con heridas y contusiones ! ¡ La incomparable mansedumbre de su semblante difunto, las huellas profundas que habían estampado en su rostro la lenta agonía, la tristeza mortal, la amargura desoladora y el pavoroso desamparo martirizaron vuestro corazón con dolores y angustias imponderables ! Todo en Vos es extraordinario, oh María ! Lo es vuestra gracia, lo es vuestra predestinación, lo es vuestro dolor : buscando Jeremías un objeto en la naturaleza, con que comparar lo grande de vuestro dolor, no encontró otro sino el mar, el océano, sin orillas, sin fondo, sin medida para el caudal inmenso de sus aguas : *Magna est velut mare contritio tua* (1). Grande como el

(1) Jeremías, Lamentaciones, cap. 2, ver. 13.

mar es tu quebranto. ¡Oh Virgen divina! lloradéis por la salvación de los mortales, sentistéis en lo íntimo de vuestra alma inmaculada el cuchillo del dolor, que la traspasó tan cruelmente en la pasión de vuestro Hijo y nuestro Redentor; y con vuestro dolor merecisteis el título de Corredentora del linaje humano; dignaos hacer que esas vuestras lágrimas, que ese vuestro inmenso dolor, no sean perdidos para nosotros. ¡Triste, ¡ay! tristísimo debe ser condenarse con una redención tan preciosa, condenarse, á pesar de vuestro dolor, á pesar de la sangre de Jesucristo!

Agar, la madre de Ismael, cuando vió á su hijo agonizante de sed en el desierto, se apartó lejos, lejos de él, exclamando con sentidos lamentos: no tengo valor para ver morir á mi hijo: *Non videbo morientem puerum* (1). Hé ahí el grito del amor maternal, hé ahí la expresión de lo que siente, de lo que hace una madre, al aspecto de la muerte de su hijo. ¡Mi hijo está agonizante: *non videbo morientem puerum*, ¡ah! no tengo, no valor para verlo morir! María está al pie de la cruz, viendo agonizar á Jesucristo, y Jesucristo agoniza á la violencia de los más crueles dolores y de las más terribles angustias: ¿habría menos ternura en el corazón de la Virgen que en el pecho de Agar, la pobre esclava de Sara? Ismael, extenuado de cansancio, moría de sed en el desierto, y Agar, su madre, huye, llorando, para no verlo morir, porque Agar no tiene un sorbo de agua para su hijo moribundo. . . . Jesucristo da un quejido en la cruz y elama que tiene sed, y á sus quejidos siguen las burlas de los soldados que le atormentan en su misma agonía: ¿huye la Virgen? se aparta de junto á la cruz? ¡Ah! No: allí se está firme, inmóvil, mien-

(1) Génesis, cap. 21, ver. 16.

tras en su corazón de madre la ternura se sacrifica á la fe y adoración. . . . ¡ María es madre de un Hijo, que es su Dios, y le ama como á su Hijo, su único Hijo, y le ama y le adora como á su Dios, y así la religión la mantiene junto á la cruz.

Ana, la madre del joven Tobías, lloraba amargamente, desconsolada viendo que su hijo no regresaba á su casa el día señalado, el día en que ella lo esperaba; y salía á todos los caminos y los recorría para encontrar á su hijo, y en cada torbellino de polvo que levantaba el viento en el lejano horizonte creía ver asomar ya á su hijo: tan tierno, tan profundo es el amor maternal! Y Ana lloraba solamente la ausencia de su hijo, de su hijo, que tardaba en venir, de su hijo que volvió, al fin, lleno de prosperidad. *Flebat mater irremediabilibus lacrymis* (1), lloraba la madre con lágrimas inconsolables: lágrimas de madre siempre son inconsolables. . . .

Cuando los hijos de Jacob se reunieron para consolar á su padre que lloraba por José, á quien lo creía muerto, Jacob, rehusando admitir consuelo, decía: yo moriré de dolor, moriré de tristeza é iré á juntarme con mi hijo en el sepulcro; y cuando le rogaban que dejara volver á Egipto á Benjamín, exclamaba: me queréis dejar sin hijos: José ya no existe, Simeón está preso, y ahora pretendéis arrebatarme también á Benjamín: no irá mi hijo con vosotros, pues si le aconteciere algún desastre, vuestro anciano padre morirá de pesadumbre. *De-ducetis canos meos cum dolore ad inferos* (2).

Jacob amaba tiernamente á Benjamín, porque lo había engendrado en su ancianidad: Jacob amaba con predilección á José, por las virtudes y dotes de su hijo; y ese anciano padre protestaba que

(1) Tobías, cap. 10, ver. 4.

[2] Génesis, cap. 42, ver. 33.

la desgracia de uno solo de los numerosos hijos de que se veía rodeado, le quitaría al punto la vida. Rastreamos por aquí algo del dolor de la Virgen: Ella era Madre de Jesucristo, á quien lo había concebido y dado á luz conservando intacta su pureza virginal; y Jesucristo era su Hijo único, y estaba lleno en cuanto hombre de virtudes y de excelencias incomparables, y María lo veía morir ante sus mismos ojos!

David lamentaba la muerte de Absalom, el hijo rebelde, el hijo que maquinaba la ruina de su padre, el hijo ingrato, que había profanado públicamente el tálamo paterno: no le inquietaba el éxito del combate y lo único por que estaba solícito David era por la vida de su hijo: *Servate mihi puerum Absalom* (1), guardadme la vida de mi hijo Absalom: en nada tiene el triunfo, en nada estima la victoria, pues ha muerto Absalom: Absalom el rebelde, Absalom el mal hijo, y David llora por él, gime y lamenta: el rey no se acuerda sino de que es padre y se está plañiendo por Absalom y endechando sobre él, con ayes y exclamaciones dolorosas, en las que repite sin cesar, con profunda ternura, el nombre de Absalom. *Absalom fili mi! Fili mi Absalom*, hijo mío Absalom; Absalom hijo mío (2). Hé ahí lo que es amar, amar como Padre! . . . ¿Quién no se preguntará ahora: cuánto no amaría la Virgen á Jesucristo? cuán terrible no sería su dolor? ¿Dolor de madre por la muerte de un hijo como Jesucristo? Si David, en su compasión de padre, no hacía otro encargo á sus soldados sino el de que no quitaran la vida á Absalom: *Servate mihi puerum Absalom*, guardad para mí á Absalom: para mí, decía David, como quien dice, para su padre, para el

(1) Libro Segundo de los Reyes, cap. 18, ver. 5.

(2) Id., ver. 33.

que lo ama de veras: muerto Absalom, exclamaba David, dando gritos de dolor: ¡ay! Absalom, hijo mío, ¡quién me diera haber muerto por tí! *Quis mihi tribuat ut ego moriar pro te* (1). ¡Oh! consideremos cuán grande sería el dolor de la Virgen, considerémoslo por el dolor de David en la muerte de un hijo como Absalom: era hijo perverso, hijo descorazonado: David tenía otros muchos hijos que le amaban y honraban como á padre; y, sin embargo, ese rey habría dado su vida por aquel hijo rebelde y pésimo: ¿habrá dolor comparable con el de María, cuyo corazón perfectísimo estaba dotado de una sensibilidad exquisita y delicada en sumo grado? Por el dolor de un padre, como David, en la muerte de un hijo como el pérfido Absalom, rastreemos cuán inmenso sería el dolor de la Virgen en la pasión de Jesucristo, de Jesucristo, el hijo de milagro, el hijo mejor entre los hijos, el Hijo divino. Con mucha mayor razón que David, podía exclamar la Virgen: ay, Hijo mío, quién me diera poder morir por TÍ! Y, sin duda, esta era la exclamación que salía sin cesar, durante treinta y tres años, del pecho de la Virgen, siempre que veía á Jesucristo, cuya futura pasión le tenía traspasada de dolor el alma.

¡Oh! Hijo mío, quién me diera poder morir por tí. *Quis mihi tribuat ut ego moriar pro te*: tales serían, sin duda, las exclamaciones de la sagrada Virgen, al estrechar contra su seno al Niño Dios recién nacido, pues ya los mismos santos gozos de Belén estuvieron enturbiados con la previsión de la muerte dolorosa reservada para el divino Infante; y desde entonces la Madre dichosa no podía mirar á su Hijo, sin que al punto se le hincase en el corazón un cuchillo de dolor, con el conocimien-

(1) Id., idem.

to anticipado de la pasión. ¡Qué de veces la santa Virgen en la efusión de su amor maternal apretaría contra su seno al Niño divino, exclamando, entre ayes y suspiros salidos de lo íntimo de su alma: ¡oh! Hijo mío, Hijo de mis entrañas, quién me diera poder morir por Tí!! *Quis mihi tribuat ut ego moriar pro te.* ¡Oh! si me fuera dado morir por Tí!!

Crueldad fué la de los hijos de Jacob, que enviaron á su padre la túnica de José, su hermano menor, teñida en sangre, diciéndole: mira si esa túnica que hemos encontrado es la túnica de tu hijo José: reconocióla el padre y, herido de súbito dolor, exclamó: esta túnica es de mi hijo José: una bestia feroz se ha comido á mi hijo; una fiera ha devorado á José: *Fera pessima comedit eum, bestia devoravit Joseph* (1). Y perseveró en su llanto y se negó á admitir consuelo, protestando que moriría de dolor. Tanto y tan grande era el amor de Jacob á su hijo José.

Cuando tuvisteis en vuestro regazo el cuerpo despedazado de Jesucristo, de vuestro Hijo difunto, ¿qué os dijeron, ¡oh! María, aquellos ojos apagados, aquella hermosura del rostro divino afeada, aquella belleza inefable, misterioso reflejo de la gloria del Verbo Eterno, que no habían podido anular completamente los ultrajes de la pasión? ¿Qué os dijeron? ¿qué recuerdos os trajeron á la mente? La vida de treinta años, pasada en pobre hogar, solitaria, silenciosa, en el trabajo, pesado, duro, continuo, en la oración, en coloquios divinos; la vida de padecimientos, la vida de comunicación íntima entre la Madre inmaculada y el Hijo divino. La santidad admirable, la bondad suma, la humildad extraordinaria, la mansedumbre dulcísima: tiene el amor como condición propia el encenderse más y

(1) Génesis, cap. 37, ver. 33.

hacerse más intenso, cuando la persona amada padece, cuando padece inocentemente, cuando padece con resignación; entonces nuestros afectos cobran mayor viveza, crece nuestra ternura y nuestro cariño se vuelve más efusivo. ¡Qué pasó en el alma de la Virgen al tener en sus brazos el cadáver sangriento de Jesucristo; al limpiarle de salivas el rostro, al aliñarle el cabello empapado en sangre, al disponerlo para darle sepultura! ¡Quién podrá conocerlo! ¡Misterio de dolor insondable! Santa Virgen, cuán admirable sois en todos vuestros misterios, pero cuánto más admirable no lo sois en vuestros dolores! Al pie de la cruz de Jesucristo, con vuestro corazón despedazado por el dolor, aparecéis grande y extraordinariamente sublime; y contra ese vuestro virginal corazón, donde se nos representan hincados cuchillos de dolor, parece como si la justicia divina hubiese vibrado los rayos de su indignación, apartándolos del mundo criminal, para herir con ellos vuestro pecho de Madre, poniendo vuestro corazón maternal como blanco á la Majestad divina, ofendida por nuestros pecados.

En elogio de la Esposa mística, en los Cantares de Salomón, se leen estas palabras: *Tus labios son como cinta de grana, y suavísimo tu hablar, Sicut vitta coccinea labia tua: et eloquium tuum, dulce* (1). ¿Cuál es el sentido de estas palabras? ¿Cuál su significado? Dos condiciones ó circunstancias hay, con las cuales podríamos pecar impunemente, á saber: si Dios no supiera de nuestros pecados, y si careciera de poder para castigarnos. Más, ¿quién podrá poner vendas á la Sabiduría infinita? ¿Quién será el que ate las manos al Todopoderoso? La mediación de la Virgen, su poderosa intercesión, sus ruegos misericordiosos por los pecadores, son los

(1) Cantar de Cantares, cap. 4, ver. 3.

que ponen vendas de caridad á esos ojos divinos, y atan, con ligaduras de espera y de paciencia, esas manos justas y vengadoras, en las cuales tan terrible es caer. Hé aquí por qué los labios de la Virgen se comparan á la cinta de grana: con sus ruegos ata al Señor, y con su hablar suavísimo le desenoja. *Et eloquium tuum dulce.* Por esto su intercesión es un consuelo, es una esperanza para los grandes pecadores. Gracia, amor y caridad atan á Dios y le encadenan, deteniendo su justicia ofendida.

Quando reflexionamos despacio sobre nuestra suerte futura; quando pensamos seriamente en el destino, que estará reservado para nosotros allá en la eternidad; cuando nos ponemos á considerar, á la luz de la fe, nuestros pecados; en fin, cuando dejamos hablar, aunque no sea más que por un momento, á nuestra conciencia, no podemos menos de llenarnos de inquietud; cierto terror melancólico se apodera de nuestro corazón, y una gota de acibar cae de repente para amargar nuestros placeres. La muerte es necesaria, la eternidad infalible: ¿qué será de mí? ¿Me salvaré? ¿Me condenaré? Hasta aquí he vivido pecando, confiado en la misericordia de Dios, en la facilidad de hacer penitencia y en no sé qué seguridad de salvarme, acerca de la cual yo mismo no acierto á darme cuenta. . . . Y el tiempo avanza, y yo me voy acercando rápidamente hacia el término de mis días: soy un reo, á quien van llevando á presentar delante del juez que lo ha de sentenciar: ¡ay! ese Juez no puede ser engañado; ¡ay! ese Juez es inexorable! ¿Que haré? ¿Qué será de mí miserable? ¿Cuál será mi suerte futura?

DEPRECACIÓN.

¡ Oh María, oh Madre admirable, oh Madre dolorosa, oh Reina de los mártires, cuando pienso en

el tremendo juicio que me aguarda en la eternidad: cuando reflexiono en la estrecha cuenta que tengo de dar á Dios de toda mi vida: cuando me imagino en aquel terrible instante, en que mi pobre alma ha de aparecer, con toda su ruindad, delante de los ojos santísimos de Jesucristo, me lleno de horror, me confundo y avergüenzo: ¿qué podré decir para excusarme? Mi conciencia me fiscalizará, mi conciencia misma me condenará: gracias, las he tenido en abundancia; conocimiento de mis deberes, me ha sobrado: yo he pecado de malicia, yo merezco el infierno! ¡Oh María! rogad por mí, interceded por mí ahora, cuando todavía es tiempo de misericordia; ahora, cuando todavía podéis salvar á este miserable. ¡Ay! Entonces en el tremendo tribunal del divino Juez se me hará cargo de la pasión, y de la muerte del Redentor y se me echará en rostro su sangre adorable derramada por mí para salvarme, y se me pedirá cuenta estrecha, severa, inexorable de las veces innumerables que yo con mis pecados volví á crucificar al Hijo de Dios... ¡Oh! por vuestros dolores, salvadme entonces Virgen misericordiosa: tened piedad de mí, tened piedad de un miserable, que lleva sobre sí la sangre divina, la sangre que nos redimió. Si Vos me desecháis, ¿á quién acudiré? ¿á quién llamaré en mi auxilio? Y bajo cuyo amparo me acogeré... Por esa espada de dolor que llevasteis atravesada en vuestro corazón maternal, compadeceos de mí, compadeceos de este pecador y no me abandonéis, oh María.—Amén.



LECCION UNDÉCIMA.

DIA ONCE DE MAYO.

CONTINÚA LA EXPLICACIÓN DE LA CUARTA PALABRA DE LA SALUTACIÓN ANGÉLICA: BENEDICTA TU IN MULIERIBUS, BENDITA ERES TÚ ENTRE TODAS LAS MUJERES.

I

Consideremos la tercera maldición con que fué castigada la mujer. *Sub viri potestate eris et ipse dominabitur tui*, estarás bajo la potestad del varón, y él te dominará. En el estado de la inocencia y de la justicia original, las condiciones de la familia habrían sido muy diversas respecto de lo que son ahora, en el estado de la naturaleza humana, decaída y enferma por el pecado: Dios impuso á nuestros primeros padres, como castigo de su pecado, las consecuencias ó resultados de su mismo pecado. Hé aquí el significado de las palabras divinas.

En el estado de la inocencia las condiciones de la familia hubieran sido muy felices; pues el fundamento de ella habría sido una castidad, tranquila y pacífica: la mujer fué criada por Dios, para compañera y auxiliar del varón; y entre el varón y la mujer debía haberse conservado una concordia perfecta y una armonía inalterable, pues un amor único, atizado por los encantos de una juventud nunca marchitada por los años, habría mantenido vivos los afectos y muy apretados los vínculos conyugales.

La mujer habría estado entonces también sujeta al varón; pero esa sujeción hubiera sido suavísima, y la obediencia ligera, y más bien una nueva satisfacción, antes que un pesado deber: el varón hubiera tratado á la mujer con reverencia y comedimiento, respetando en ella á un igual y auxiliador suyo, dado por Dios para hacerle más agradable la vida; y el mandar discreto hubiera hecho muy suave el obedecer. La felicidad doméstica hubiera sido completada por los hijos, en cuyo amor y correspondencia habrían encontrado los padres una fuente inagotable de purísimos goces y de satisfacciones incomparables.

Trastornado el orden de la familia por el pecado, el Redentor debía enseñarnos el camino para restablecerlo. Nada es tan sagrado ni tan precioso como la familia: la familia es el fundamento de todas las sociedades y, acaso, la única sociedad que habría existido en el estado de la inocencia: hoy la Iglesia misma no podría existir ni conservarse sin la familia. Así como el género humano principió en el Paraíso terrenal por la familia, así también la redención comienza por la familia; y el restablecimiento de la familia es la obra del Salvador, durante los treinta años primeros de su vida mortal sobre la tierra.

Ved el hogar de María en Nazaret, para que conozcáis la regeneración de la familia en la redención del linaje humano. La más exquisita fragancia de la más pura y celestial virginidad esparce, al través de los siglos, esa santa casa de Nazaret, bajo cuyo techo moró Dios con los hombres; bajo cuyo techo se puso el fundamento de la Iglesia Católica en una familia, donde encontramos á la Virgen Madre y al Niño Divino en la sociedad del trabajo, de la paciencia y de la castidad, quiero decir, en la compañía del santo patriarca José, en quien

estaban figurados ambos Testamentos. ¡ Santa casa de Nazaret ! ¡ Divino ejemplar del hogar doméstico ! ¡ Entrambos Testamentos, el Antiguo y el Nuevo, junto al regazo de la Virgen Madre, donde, en la persona de San José, asombrado y enternecido, contemplan la faz encantadora del Niño divino, esperado por las edades antiguas, y creído por las generaciones futuras !

Tres son los fundamentos de la familia cristiana, á saber: el trabajo, la caridad y la castidad; sin estas tres virtudes, la ruina del hogar doméstico es inevitable. María, la mujer bendita entre todas las mujeres, no recibió el castigo de la espantosa y triste servidumbre, con que tan justamente fué penada Eva, por haber inducido á su esposo á que quebrantara el precepto divino; antes, por el contrario, en la voluntaria sujeción de la Virgen á su casto esposo, el santo patriarca José, en su obediencia y sumisión, hubo como una renovación de aquellos días felices de la inocencia original, cuando Adán y Eva, justos é inocentes, vivían en la sociedad de familia, comunicándose con su Criador. En Nazaret el mismo Dios se sentó á la mesa del hogar doméstico, y partió el pan del trabajo, servido por la virginidad.

En María se reúnen, de una manera divina, las excelencias de la virginidad con las bendiciones de la maternidad: María no tiene dividido su corazón y lo posee todo entero el Espíritu Santo, que es su Esposo y que es su Dios; María, por la maternidad divina, es verdaderamente la mujer bendita entre todas las mujeres. ¿ Quién como Ella ha llevado jamás ese doble honor, esa corona duplicada de madre y de virgen? La pureza virginal de María recibe nuevo brillo, nuevo realce con su maternidad inmaculada; y esa Madre admirable de un Hijo divino no podía menos de conservar intacta su virginidad, después de su concepción y alumbramiento. En

el estado del matrimonio, María se sujeta y obedece á San José; pero, ponderemos las circunstancias de esa sujeción y obediencia de la Virgen. Atendida la sublime dignidad de María, como Madre verdadera de Dios, nadie había entre las puras criaturas superior á Ella; y así, nadie podía en la tierra tener mando y autoridad sobre la Virgen: la obediencia y la sumisión de María á su santo esposo José, fué, pues, un acto de la más consumada perfección, eligiendo la Madre de Dios esa manera de vida, tan humilde y modesta, y ejercitándose, con tanta constancia y celo, en el cumplimiento fidelísimo de los cotidianos deberes, que aquel género de vida le imponía.

La mujer, por la maldición divina, debía soportar el yugo de la sujeción al varón, siendo en la sociedad humana en todo inferior al hombre, sea cualquiera el estado que abraza ó la condición que tenga: esposa, viuda ó doncella, hé ahí los estados en que puede aparecer con honra la mujer en la sociedad humana: la esposa lleva las preeminencias de la maternidad, á expensas de los timbres de la virginidad: la doncella verá apagarse su vida solitaria en el silencio de su hogar, condenado á quedar vacío; al paso que la viuda, descendiendo al sepulcro, se consolará con las bendiciones de su posteridad; empero, jamás podrá disfrutar la mujer de los frutos de la maternidad, en medio de las flores de la virginidad. Esa gloria debía ser privilegio único y exclusivo de la mujer, bendita entre las mujeres, de la Madre de Jesucristo, el Redentor del mundo.

La santa Virgen, obediendo á una especial revelación del Espíritu Santo, contrajo matrimonio con San José, y de esta manera el Hijo de Dios vino al mundo, sin que á la honra y buena fama de su divina Madre le causara mengua ni quebranto su

milagrosa fecundidad: San José fué constituido, por su condición de verdadero esposo de María, en testigo de su virginidad y en custodio de su fama; y así Jesucristo apareció como hijo del esposo de María; gobernando las cosas admirable y suavemente la infinita Sabiduría, á fin de que el gran misterio de la Encarnación se verificara en todo de un modo digno de Dios.

San José llenó para con la divina Virgen y el Hombre-Dios todos los deberes que le imponía su extraordinaria predestinación, como esposo de la Madre de Dios y como padre putativo del Redentor; y la Virgen y el mismo Señor le estuvieron siempre fieles, obedientes y sujetos, como al jefe de la familia. Jamás hubo sujeción más rendida, jamás obediencia tan completa, nunca mayor armonía ni más perfecto acuerdo de voluntades: el hogar, donde moraba el Verbo divino humanado, era un templo, donde reinaban la paz, el orden y la santidad, que el pecado, introduciendo las concupiscencias, había ahuyentado de la mansión del hombre sobre la tierra. Así fué en Nazaret restaurada la familia al estado, en que la voluntad divina había querido constituir la, cuando crió á la especie humana en este mundo, y aun fué todavía más engrandecida.

Más dirá, talvez, alguno: ¿San José no quiso abandonar á la Virgen, separándose de Ella ocultamente? ¿Daría, por ventura, lugar en su alma á alguna duda respecto de la santidad de la Virgen? ¡Ah! No, mil veces no!... San José era testigo de la santidad admirable de su immaculada Esposa; y, viendo aparecer en Ella las señales exteriores de su evidente maternidad, entró en una especie de sagrado estupor, sin acertar á explicar naturalmente lo que estaba observando, y sin atreverse, ni por un sólo instante, á dudar de la castidad de la Virgen,

ni mucho menos á sospechar nada contra Ella: conocía la asombrosa santidad de su Esposa, era testigo de su limpieza virginal: más, ¿cómo explicar naturalmente su maternidad? En esta situación de ánimo, resolvió apartarse ocultamente de su Esposa, poniéndose lejos de un misterio que le llenaba de un santo terror. El Altísimo acudió entonces en auxilio de la inquietud de su siervo, revelándole el misterio de la Encarnación, que San José creyó firmísimamente, con la más viva fe, disponiendo su alma para cumplir el destino sublime, para el que la Providencia se había dignado predestinarlo.

II

Pasemos ahora á examinar la maldición pronunciada contra Adán. Consideradas atentamente las palabras, con que Dios Nuestro Señor castigó al primer hombre, no puede menos de reconocerse en ellas una pena doblada, á saber: el trabajo durante la vida, y después, como término de ésta, la muerte.

Veamos la naturaleza y condiciones de la pena del trabajo.

Desde dos puntos de vista conviene que consideremos el trabajo: como ocupación propia de la criatura racional humana, en su estado de inocencia y de justicia original; y como una pena impuesta por el Criador al hombre, para castigar su pecado. Los hombres en el estado de la justicia original, en el estado de la inocencia, habrían también trabajado, indudablemente; pero entonces, en aquel estado dichosísimo, el trabajo hubiera tenido condiciones muy diferentes, pues habría sido suave, ligero y como un deleitable entretenimiento. En efecto, entonces hubieran tenido los hombres muchísimas menos necesidades que ahora, así porque los frutos

del árbol de la vida los habrían preservado de dolencias, de achaques, y de enfermedades; como también, porque, estando las pasiones enteramente sujetas á la razón, los sentidos al alma y el alma á Dios, habrían sido muy pocas y fáciles de satisfacer las necesidades humanas. Cubiertos además los cuerpos con los velos de la inocencia, el vestido hubiera sido superfluo en aquel dichoso estado.

Más, si consideramos el trabajo como pena del pecado, desde luego se nos presenta una reflexión sobre las palabras, con que Dios lo impuso al primer hombre: maldita sea la tierra para tu labor, le dijo el Señor: *Maledicta terra in opere tuo*. ¿Qué significan estas palabras del Señor? Castigando Dios al hombre, maldice la tierra: ¿qué otra cosa puede ser esa maldición, sino una mudanza sufrida por la tierra en todas sus condiciones de planeta, destinado á la habitación de la criatura racional humana? Cuando Dios crió las cosas que forman el conjunto del universo material, las bendijo á todas en general y á cada una en particular; ¿qué significa, pues, ahora esa maldición lanzada contra la tierra? Qué otra significación puede tener, sino la de una mudanza, un trastorno en las condiciones, que, para la vida humana, tenía el planeta antes del pecado de nuestros primeros padres? Las condiciones para la vida humana cambiaron, por tanto, probablemente, á consecuencia del pecado, en el planeta destinado para nuestra morada: talvez, esas grandes transformaciones, acaecidas á consecuencia del pecado de nuestros primeros padres, son aquellas épocas glaciales que ha entrevisto la ciencia moderna allá en remotísimas edades de nuestro globo terrestre. Día vendrá, pues, cuando, convertidas en verdades positivas, las investigaciones científicas, ofrezca una prueba concluyente del pecado original la menos religiosa de todas las ciencias físicas modernas, la

Geología, tan opuesta, al parecer, á nuestros dogmas católicos.

La tierra misma, este planeta en que habitamos, sufrió, pues, probablemente, cambios y mudanzas á consecuencia del pecado de nuestros primeros padres; porque la que había sido criada para mansión de la inocencia, tenía que servir como morada de una raza decaída y proscrita. Esa maldición divina fulminada contra la tierra, fué, pues, el primer fruto del pecado. Y en una tierra maldecida por Dios fué el hombre condenado al trabajo, y á un trabajo penoso y molesto, como lo anunciaban ya esas palabras divinas: *In sudore vultus tui*, con el sudor de tu frente, *in laboribus comedes*, con trabajos comerás: palabras, que, bien ponderadas, significan que el trabajo, á que Dios condenaba al hombre, no era trabajo suave y ligero, sino antes trabajo duro y penoso. El sudor del rostro señal evidente era de la fatiga, á que Dios condenaba al hombre: el sudor del rostro manifestaba cuánto había de fatigarse y causarse el hombre, trabajando para arrancar del seno avaro de la tierra un poco de pan, con que sustentar su vida, cansada y laboriosa.

Esta maldición la tomó sobre sí mismo voluntariamente nuestro Señor Jesucristo: y, en el taller humilde de un pobre artesano, las manos del Hombre-Dios se cansaron, y su cuerpo adorable se fatigó en el trabajo, oscuro, penoso y humilde de carpintero, porque el Criador del universo y el Unigénito de Dios Padre, hecho hombre por amor al hombre, quiso ganar el pan con el sudor de su rostro divino, para vivir trabajando en esta tierra, que era suya, porque Su Majestad la había criado, sacándola de la nada.

Sí, Jesucristo vivió trabajando: sí, Jesucristo comió el pan y se lo ganó con el sudor de su frente divina! Y ¿qué clase de trabajo prefirió Jesucristo?

El Hombre-Dios prefirió un trabajo oscuro y humilde; un arte, cuyas obras, tan necesarias como sencillas, no granjean jamás renombre alguno á sus autores. ¿Quién ha oído exaltar jamás la fama de un carpintero? ¿Dónde se hallará que le hayan levantado estatuas?... ¿Dónde monumentos de gloria?

Sí, Jesucristo vivió trabajando: Jesucristo comió el pan y se lo ganó con el sudor de su frente divina! ¿El hijo del artesano; el artesano, hé ahí los nombres, con que el Señor era conocido en la oscura ciudad de Nazaret, donde pasó toda su vida. *¿Nonne hic est fabri filius? Nonne hic est faber?* No es este el hijo del carpintero? No es este el carpintero? Tales eran las preguntas que los habitantes de Nazaret se hacían unos á otros, asombrados oyendo la maravillosa doctrina del Señor y su ciencia incomparable (1).

Jesucristo no tenía necesidad de trabajar para vivir; y, no obstante, se sujetó al trabajo, y á un trabajo humilde, duro y penoso, y en semejante trabajo perseveró hasta los treinta años de su vida, trabajando todos los días y fatigándose durante treinta años, al abrigo de un pobre taller de artesano. ¿Era, acaso, necesario que el Señor viviera trabajando? ¿No tenía el dueño de todo lo criado infinitos otros medios de proveer á la conservación de su vida en cuanto hombre? Nuestro ejemplo y la santificación del trabajo, ved ahí el fin que se propuso Jesucristo, inclinando su cabeza adorable á la maldición pronunciada contra Adán, y sujetándose á su castigo, como si también contra su Majestad hubiera sido pronunciado.

Ved por qué razón también la santa Virgen María se sometió á una vida laboriosa, y á la pena

(1) San Mateo, cap. 13 ver. 55.

del trabajo, que Ella no había merecido. Esa hija de reyes, esa descendiente de tantos ilustres Patriarcas, esa princesa de la sangre real de David, esa doncella, entre cuyos ascendientes se contaban monarcas famosos como Salomón, y caudillos insignes como Zorobabel, habita en una casa humilde de Nazaret, y pasa los días de su vida oscuramente consagrada á las faenas domésticas en la mansión de su esposo, hijo de reyes como Ella, pero reducido á la modesta condición de artesano, en una aldea, fuera de su tierra natal. En la ciudad de David José y María son más extraños y desconocidos que en la Galilea.

Ponderemos, ponderemos lo penoso de la vida humilde de un artesano, de un trabajador, en aquella época y en aquellos pueblos y entre aquellas gentes, olvidadas de la sencillez de las antiguas costumbres patriarcales, y tan codiciosas de las riquezas terrenas, que hasta habían torcido el sentido de las profecías relativas al Redentor, y esperaban un Mesías rico, poderoso y lleno de la grandeza de un conquistador. Las ideas paganas habían cundido hasta en el pueblo de Dios, y los judíos en la época de Jesucristo se habían hecho ya famosos en todo el mundo por su codicia de riquezas y su apego al dinero. En ese pueblo y entre aquellas gentes una doncella como la Virgen, desposada con un artesano, debió ser tenida en ninguna estimación, tanto más, cuanto la nobleza de su linaje era muy superior y de todos conocida. Pues sucede que la humillación en que cae una persona es más grande, mayor, cuando de rica pasa á ser pobre, ó cuando siendo muy noble por su linaje, se halla reducida á condiciones de pobreza y necesidad. *Nonne hic est filius Mariae?* No es éste el hijo de María, exclamaban admirados los de Nazaret, oyendo la sabiduría de Jesucristo en sus palabras, y viendo sus obras

maravillosas. *Nonne hic est filius Mariae*, no es éste el hijo de María? ¡Dios mío! Cuán pocas palabras, pero cuán significativas, y cómo ellas solas bastan para pintar, muy al vivo, la humilde condición, en que vivía la Virgen? *Nonne hic est filius Mariae*, no es éste el hijo de María? Es decir: de aquella mujer de todos nosotros tan conocida, de aquella mujer tan pobre, tan humilde, tan sencilla? De aquella mujer, á quien todos hemos visto pasar su vida trabajando? *Nonne hic est filius Mariae!* (1).

En el Santo Evangelio hay una palabra admirable, que, como todas las dichas por nuestro divino Maestro, contiene enseñanzas provechosísimas para nosotros. ¿Cuál es esa palabra? Esa palabra divina es la siguiente: *Non in solo pane vivit homo*, el hombre no vive solamente de pan, es decir: el hombre no tiene solamente cuerpo, el hombre no es un sér puramente material: la vida del cuerpo no es la única vida que deba conservar el hombre; el cuerpo se sustenta con alimentos y comidas materiales; pero hay en el hombre una otra vida, para cuyo sustento es tan necesaria la palabra divina, ó la gracia, como para la vida del cuerpo lo es el alimento material. *Non in solo pane vivit homo, set in omni verbo, quod procedit de ore Dei* (2). El hombre no vive solamente de pan, sino que vive también de toda palabra que sale de la boca de Dios.

Por el pecado de nuestros primeros padres, quedó la naturaleza humana condenada á la ignorancia y expuesta al error en punto á aquellas verdades, cuyo conocimiento es indispensable para conseguir nuestro fin sobrenatural; de tal modo que, si antes era necesaria la revelación divina, después del peca-

(1) San Marcos, cap. 6, ver. 3.

(2) San Mateo, cap. 4, ver. 4.

do lo fué aún con mayor necesidad. El hombre nace con ignorancia completa, y tiene en la corrupción de su desordenada naturaleza disposiciones para abrazar el error que halague sus pasiones, y rechazar la luz de la verdad que le exija sacrificios. No solamente en punto á las verdades religiosas es necesario el trabajo y la fatiga de la humana inteligencia, no: el hombre viene á la vida, á oscuras, y la verdad, que es el pan de la inteligencia, se alcanza con tantos y aun mayores trabajos, que el pan, con que sustentamos nuestro cuerpo; y el surco del saber humano, para que produzca frutos de ciencia y de verdad, debe ser fecundado con más copiosos sudores, que el seno ingrato de la tierra, donde, tras sudores y fatigas, estamos condenados á no cosechar más que espinas y abrojos. ¡Cuán pesado es el trabajo para la inteligencia humana! ¡Cuántos sudores, qué de fatigas cuesta la ciencia! ¡Y tan holgada es la ignorancia que, á pesar de conocer como conocemos las ventajas de la ciencia, todavía nos causa grande trabajo el aprender; y muchas veces sucede que preferimos la muelle y enervante ignorancia á la vivificadora, aunque áspera ciencia humana. Ese grande amor á la ciencia, ese anhelo que nos consume por saber, ese culto que rendimos á la sabiduría, muchas veces no son poderosos para arrancarnos de entre los brazos de la ignorancia, donde preferimos languidecer, de miedo al trabajo, necesario para alcanzar algún poco siquiera de ciencia: tanta contradicción hay en nuestra naturaleza!

Esa contradicción la explica el pecado original. La ignorancia es pena del pecado; y el hombre, en la fatiga y sudores, con que adquiere el conocimiento de la verdad, padece el castigo de su primera culpa; porque el hombre en su estado actual no se halla tal, como salió de las manos del Criador.

Ahora preguntemos: esa maldición, pronunciada contra Adán y su descendencia, ¿cayó también sobre la santa Virgen? Aunque María fué descendiente de Adán, no cayó sobre Ella esta maldición; ni era posible que incurriera en semejante castigo Aquella, que estaba predestinada para cooperar á la regeneración sobrenatural del linaje humano. Antes, por el contrario, la inteligencia suya jamás estuvo en tinieblas, ni su mente elevadísima nunca se vió expuesta al error, en punto á todos aquellos conocimientos, de que era conveniente que estuviese enriquecida la doncella, que venía al mundo, preparada por el Espíritu Santo, desde toda eternidad, para Madre del Verbo humanado.

La verdad es el alimento del alma: hay dos clases de verdades: unas son necesarias á todos, sin excepción, y es indispensable conocerlas, para alcanzar el fin sobrenatural, propio de la criatura racional humana; otras verdades hay, sin cuyo conocimiento el hombre puede muy bien conseguir su fin: las primeras son indispensables á todo hombre, y así nadie debe ignorarlas; antes todos están obligados á conocerlas: las segundas ni están al alcance de todos como las primeras, ni el conocimiento de ellas es indispensable para conseguir nuestro fin sobrenatural. Más, ¿cuánto trabajo no cuesta alcanzar el conocimiento completo de aquellas verdades indispensables para nuestro fin sobrenatural! El hombre nace en la más tenebrosa ignorancia de esas verdades, y es de todo punto necesario que reciba la luz, por medio de la enseñanza; y ahí principia en el cultivar de la humana inteligencia el trabajo, á que, en pena del pecado original, fuimos todos condenados. Además de la ignorancia, tenemos la exposición al error, aprendiendo la mentira en vez de la verdad; la mentira, que mata; en vez de la verdad que vivifica. Eva confesaba ingenuamente

al Señor y decía, que la serpiente la había engañado.

La santa Virgen estuvo iluminada con la luz de todos aquellos conocimientos sobrenaturales, que le eran necesarios para cumplir perfectamente el incomparable destino, á que Dios la había predestinado; mereciendo por esto que el Angel le saludara, llamándola Bendita por excelencia. ¿Qué es la ignorancia, sino la falta del conocimiento de alguna verdad? y, ¿de dónde podría haber provenido la ignorancia en la mente de la santa Virgen? La ignorancia no podía provenir, sino ó de la naturaleza de la misma verdad, ó de culpa de la Virgen, ó, en fin, de una permisión divina. Más, ¿cómo podría provenir de la naturaleza de la verdad? pues, si la verdad es inaccesible al entendimiento humano, entonces no hay, ni puede haber, ignorancia propiamente dicha; porque, en tanto decimos que se ignora una cosa, en cuanto no la conocemos pudiendo conocerla. Si el entendimiento no alcanza una verdad, porque no la comprende, será incapaz de conocerla; pero esa incapacidad ni es, ni merece llamarse, ignorancia. ¿Podremos suponer culpa en la Virgen, y acusarla de ignorancia? ¡Ah! eso ni suponerlo siquiera es posible: María puso, y consuma diligencia, todos los medios humanos que estaban á su alcance, para conseguir toda la instrucción religiosa, que debía adquirir. Y, en fin, Dios no podía ni debía permitir una ignorancia que redundaba en mengua y desdoro de la gloria divina. Y el error, ¿cómo había de entrar en aquella mente privilegiada, á la que alumbraba la luz de la ciencia sobrenatural? En aquella inteligencia, que gozaba de todas las excelencias y ventajas, que adornaban la inteligencia humana en el estado de la inocencia y de la justicia original? Ni ignorancia, ni error, ni engano, ni ilusiones eran, pues, posibles en la Virgen inmaculada. Ella mereció, por lo mis-

mo, con toda verdad, que el Angel, saludándole de parte de Dios, le dijera: Bendita entre todas las mujeres, *Benedicta tu in mulieribus*.

El pueblo de Dios estaba oprimido bajo el yugo de los Madianitas, y gemía, pidiendo al Señor que lo sacase de tan pesada servidumbre. Escuchó el Señor los clamores de su pueblo, y eligió á Gedeón para que lo libertase: más Gedeón, dudando del cumplimiento de las promesas divinas, se atrevió á pedir al Señor una señal milagrosa, que le asegurara del fiel cumplimiento de los anuncios, que se le habían hecho en nombre de Dios; y el Señor, condescendiendo con la importuna súplica de Gedeón, se dignó darle la señal, que él mismo pidió y escogió. Gedeón dijo al Señor: yo extenderé en mi éra este vellón de lana; y, si al amanecer, lo encontrare empapado en rocío, y seco todo el campo en derredor, no dudaré de que he de triunfar sobre los Madianitas. Gedeón puso su vellocino en la éra; y como lo pidió, así se cumplió: á la mañana siguiente, todo el campo estaba seco, la éra enjuta, y mojado sólo el vellocino (1).

¿Qué misterio estuvo figurado en este hecho, sino el admirable misterio de la Encarnación, el nacimiento milagroso del Verbo de Dios humanado? *Descendet sicut pluvia in vellus*. Descenderá de lo alto, como la lluvia de rocío sobre el vellón, decía el Real Profeta, aludiendo al nacimiento del Mesías prometido (2). Cuando las tinieblas de la noche estén á punto de disiparse; cuando ya la plácida luz de la aurora comience á clarear en el oriente; cuando todo repose en paz, entonces el Unigénito de Dios descenderá de los cielos á la tierra; y será su venida callada y misteriosa, como la lluvia del

(1) Libro de los Jueces, cap. 6, versículos 36 y 40.

(2) Salmo 71, ver, 6.

rocío, cuyas gotas caen, sin ruido ni rumor alguno, en la suave superficie de un vellón de lana. *Descendet sicut pluvia in vellus*: descenderá como la lluvia de rocío sobre un vellón de lana. ¡Qué bien simboliza la dulzura, la suavidad, la humildad profunda y el absoluto rendimiento á la voluntad divina de la Virgen ese vellón de lana, sobre el cual vierten las nubes sus gotas de rocío, hasta dejarlo mojado y empapado enteramente! La gracia, descendiendo sobre la Virgen, al terminar la antigua ley, tiempo de sombras y de oscuridad; la santidad de María, en medio del linaje humano, árido y enjuto, como concebido en pecado, caído de su antigua perfección y degradado! ¿Podrá encontrarse un hecho que anuncie más hermosamente la Encarnación? Y todo esto como señal de un triunfo seguro sobre los Madianitas, opresores del pueblo de Dios: todo esto como una prenda de la paz, que vendrá con la ruina de los enemigos de Israel! Esa concepción milagrosa del Hijo de Dios, esa venida al seno de María, sin causar detrimento á su virginidad, todo es un anuncio de la redención del linaje humano. ¿Por ventura, las gotas de rocío que destilan las nubes causan lesión ó quebranto al copo de lana, á las suaves guedejas del vellón? Y la Maternidad divina, ¿causaría, acaso, menoscabo á la integérrima virginidad de María?

El vellocino de Gedeón, que se empapa en rocío, quedando seca toda la éra á la redonda, simboliza á María, la única que fué santa y llena de gracia entre todos los descendientes de Adán, manchados con la culpa y faltos de méritos.

Ahora pido que suceda al contrario, tornó á decir Gedeón al Señor: quiero que el vellocino quede seco, y que toda la éra aparezca mojada; y el Señor condescendió nuevamente con el juez de Israel: el campo se encontró humedecido; y el vello-

cino estaba enjuto. ¿No es cierto que de la gracia de Jesucristo participa todo el linaje humano? ¿No es cierto que recibimos todos la gracia de la plenitud de gracia del Hijo divino de María? . . . Cuando Jesucristo en su pasión aparece como pecador, como víctima expiatoria, árido y triste, el linaje humano se humedece en el rocío de la misericordia: mientras la justicia se ejerce estrictamente con el Redentor, para los redimidos desciende copiosamente la misericordia.

DEPRECACIÓN.

¡Quién piensa, ¡oh! Virgen santa, en los secretos insondables de la Providencia, sin extremarse! Estamos destinados á un fin sobrenatural: hemos sido criados para gozar de la vida eterna, y la perdemos miserablemente, por los mezquinos goces terrenales! El abuso culpable de las gracias divinas, la infidelidad á los beneficios recibidos nos conducen, poco á poco, á nuestra ruina, á nuestra perdición eterna. ¡Oh! Virgen benditísima, ¿cuántas gracias habré yo desperdiciado? ¿Cuántos beneficios divinos habré recibido yo en valde? ¿Qué de inspiraciones saludables me han encontrado duro, indiferente! ¿De cuántas cosas habré yo abusado? Yo veo las acciones y buenos ejemplos de personas fervorosas: presencio las grandes conversiones de innumerables pecadores, que tienen la dicha de volverse á Dios; y me quedo terco é insensible, ¿qué es lo que pasa conmigo? . . . Otros se afanan por salvarse, y yo no tengo cuidado de mi salvación: todos vuelan al cielo; y yo me he prendado de la tierra! ¡Triste condición la, mía! ¡Funesta insensibilidad! Virgen misericordiosa, muevaos á compasión la dureza de esta mi pobre alma desgraciada: apiadaos de mí miserable. . . . Desde

el abismo de la culpa en que me encuentro caído, os doy gritos á Vos, oh María, llamándoos en mi auxilio, invocandoos con la mayor confianza: doleos de mi desgracia, tened lástima de mi pobre alma. Amén.

LECCION DUODÉCIMA.

DIA DOCE DE MAYO.

TERMINA LA EXPLICACIÓN DE LA CUARTA PALABRA DE LA SALUTACIÓN ANGÉLICA: BENEDICTA TU IN MULIERIBUS, BENDITA ERES TÚ ENTRE TODAS LAS MUJERES.

I

La última pena, con que Dios castigó el pecado de nuestros primeros padres, fué condenándolos á la muerte del cuerpo y á la privación de la gracia divina, que es la muerte del alma. Polvo eres, le dijo Dios á nuestro primer padre, y en polvo te convertirás; y así tornarás otra vez á la tierra de que fuiste sacado: *Donc revertaris in terram de qua sumptus es: quia pulvis es, et in pulverem revertaris* (1). Esta pena, aunque fué impuesta especialmente á Adán, recayó también sobre Eva y toda su descendencia.

En cuanto á su significado, lo tiene doble; pues, en el sentido material, significa la muerte del cuerpo; y en el sentido sobrenatural, la muerte del

(1 Génesis, cap. 3, ver. 19.)

alma, que consiste en la privación de la gracia de Dios: fué, por tanto, el hombre condenado á perder la gracia divina, y á morir: y, en efecto, perdió la gracia; nace en pecado, porque en pecado es concebido: y pierde la vida del cuerpo, porque nace irremisiblemente condenado á morir, y torna otra vez al polvo de que fué sacado.

María, la inmaculada Virgen, Madre de Dios, fué exenta y libre de la pena del pecado, y del pecado mismo: jamás perdió, con la gracia divina, la vida del alma, porque fue concebida en la plenitud de la gracia, limpia é inmune de la mancha de la culpa original. La pena de la muerte del alma no debía padecer Aquella, que venía al mundo para ser Madre de la gracia. Empero, respecto de la muerte temporal, María la sufrió, sujetándose á ella, con la más perfecta resignación á la voluntad divina; pues, aunque la santa Virgen no merecía la pena de la muerte temporal, por haber sido concebida sin pecado, con todo, estuvo sujeta á ella, porque así convenía á la gloria de Dios, para que la Virgen fuese en todo semejante á Jesucristo.

¿Qué es la muerte? ¿Qué es morir? La muerte no es otra cosa, sino la separación que se verifica entre el alma y el cuerpo; y morir es separarse y apartarse el alma del cuerpo, que animaba. Separadas entrambas sustancias, la una de la otra, cada una continúa existiendo aparte, sujeta á las leyes comunes y ordinarias de su propia naturaleza: el alma, sustancia perfecta, enteramente inmaterial y espiritual, desde el momento en que se aparta del cuerpo principia á vivir, con aquella vida que le es propia. ¿Cuál es esa vida? La vida de los seres espirituales, vida que consiste en el ejercicio de aquellas facultades propias de sus esencias: vida, que el alma humana no había vivido hasta entonces, porque desde que fué criada estuvo

unida al cuerpo, y, con éste, y por medio de los órganos y sentidos suyos, ejerció la actividad de sus facultades. En cuanto á nuestro cuerpo, que es sustancia enteramente material y compuesta, una vez separado del alma que lo animaba, sufre todas aquellas consecuencias, que son efectos necesarios de las leyes, á que en el mundo universo están sujetas las criaturas puramente materiales, y cambia de formas y se descompone y se vuelve polvo, tendiendo, como si dijésemos, á aquel estado de los elementos primitivos de la materia.

Hasta el momento de la muerte, ni el alma ni el cuerpo han vivido con vida propia é independiente: en cuanto al cuerpo, reflexionemos que el cuerpo, por su naturaleza, no puede tener ninguna clase de vida, propiamente tal; y ni aun su crecimiento y desarrollo serian posibles sin el alma. Respecto del alma, ella sí, por su naturaleza, puede tener vida independiente, sin necesitar del cuerpo para los actos ó movimientos que constituyen la vida propia de las criaturas espirituales. Empero, según el orden de las cosas naturales establecido por la Providencia divina, el alma ha sido criada para el cuerpo, y el cuerpo para el alma; y juntos y unidos deben formar esa criatura racional humana, el hombre, compuesto de una sustancia material y de una sustancia espiritual, tan unidas, tan concordes, que no constituyen entre las dos más que una sola vida, la vida humana. Esa vida humana no es la vida solamente del alma; tampoco es la vida solamente del cuerpo; es la vida del cuerpo y del alma unidos y juntos, con aquella armonía y mutuo concierto que entre ellos ha establecido el Criador.

¿Qué viene á ser, pues, la muerte? La muerte, considerada desde el punto de vista puramente natural, no viene á ser otra cosa, sino el rompimiento

del lazo de unión entre el alma y el cuerpo, á consecuencia de las leyes naturales, á que el cuerpo está sometido, como sustancia puramente material. Propio es, en efecto, de la naturaleza de las sustancias puramente materiales cambiar de formas ó maneras exteriores de existir: no se destruyen, no perecen, no se aniquilan: mudan de forma exterior y continúan existiendo así, bajo otro aspecto. La muerte es, por tanto, naturalmente considerada, una consecuencia necesaria de las leyes que rigen el orden material del Universo. Más, el hombre no debía morir, y los frutos del árbol de la vida, de que había de alimentarse en el estado de la inocencia, estaban preparados y dispuestos por Dios con virtudes naturales tan maravillosas que habrían conservado perpetuamente el vigor del cuerpo, impidiendo que las causas naturales produjeran sobre éste sus consecuencias también naturales. En el estado de la inocencia original, el hombre no hubiera muerto: habría gozado de la vida temporal, durante el espacio de la prueba, unido el cuerpo con el alma, hasta el momento de pasar á disfrutar, también en cuerpo y alma, de las delicias de la bienaventuranza sobrenatural.

¿Qué viene á ser, por tanto, la muerte en el estado presente de la naturaleza humana caída por el pecado original? La muerte viene á ser ahora una pena, un castigo del pecado; pues, por el pecado, la naturaleza humana fué privada de todas aquellas gracias y dones naturales, que acompañaban á la gracia divina, en el estado de la inocencia. *Per peccatum mors*: por el pecado entró la muerte en el mundo, según nos dice el Apóstol, y la muerte es, como nos lo enseña el mismo San Pablo, *Stipendium peccati*, el sueldo, la soldada del pecado: con el pecado, el hombre se granjeó, pues, la muerte. *Stipendium peccatis mors*.

Si consideramos, pues, atentamente la naturaleza de las penas, con que la culpa original fué castigada, no podremos menos de maravillarnos, reconociendo que el Criador no inventó, dirémoslo así, ni discurrió castigos y penalidades, y se contentó con privar al hombre de todos los privilegios superiores á su naturaleza, con los cuales le había enriquecido en el estado de la inocencia, quedando de esta manera la naturaleza humana, por un designio especial de la Providencia, á causa de semejante privación, herida y debilitada hasta en sus mismas fuerzas naturales.

Expuestas en los párrafos anteriores las reflexiones necesarias para la cabal inteligencia de nuestro asunto, tiempo es ya de que lo examinemos detenidamente. La santa Virgen, ¿murió positivamente? O, talvez, pasó de la tierra al cielo, sin gustar el cáliz de la muerte? Si murió positivamente, ¿cuál fué la causa de su muerte, no habiendo merecido el morir, por no haber cometido pecado? Tales son los puntos que debemos examinar.

Decimos, pues, en primer lugar, que la Virgen María murió positivamente, terminando el curso de su vida mortal sobre la tierra, con muerte natural, como todos los demás hijos de Adán. María, cierto es, que no debía morir rigurosamente, pues no había sido concebida en pecado; y, no habiendo incurrido en la culpa, tampoco debía merecer la pena, con que la culpa era castigada: pero Dios Nuestro Señor dispuso que muriera, para que en todo fuese semejante á Jesucristo: ni era digno que la Virgen Madre, siendo una pura criatura, fuera preservada de la muerte, cuando el Hombre-Dios la había padecido: los méritos del Unigénito del Padre preservaron á María de la mancha de la culpa original, y justo era que la Virgen inmaculada pasara por las sombras del sepulcro, á donde el mismo Dios había

descendido. ¡Cómo María no había de morir; habiendo muerto Jesucristo! ¡Cómo se había de otorgar á una pura criatura un privilegio, que no lo tomó para sí el Redentor del mundo?

Convino, además, que muriera la santa Virgen, á fin de que su muerte fuese un nuevo testimonio para nuestra fe; pues la muerte padecida realmente por la Virgen Madre era argumento invencible de la realidad de la naturaleza humana, que en su seno virginal había tomado el Unigénito de Dios, para redimir al mundo. ¿Cuánto no se habría dudado de la realidad del cuerpo sagrado de Jesucristo, si su divina Madre no hubiera muerto positivamente? La duda respecto de la verdad de la naturaleza humana del Redentor, habría sido también motivo poderoso para dudar de la verdad de la misma redención.

Más, ¿cómo murió la santa Virgen? ¿cuál fué la causa de su muerte? El cuerpo virginal de María no estuvo sujeto á enfermedades y miserias, porque el Señor, que en ese cuerpo inmaculado había de tomar nuestra carne, lo preservó de todos aquellos dolores, que no eran compatibles con la dignidad de aquel cuerpo venerable, arca y relicario de la sagrada humanidad de Cristo: la edad no lo quebrantó, las enfermedades no pudieron acercarse á ese cuerpo sagrado, para hacerle daño, ni la vejez estampó en su rostro virginal sus tristes huellas. Ese santo cuerpo tenía todas aquellas dotes, que eran como patrimonio y árreos de la inocencia en el cuerpo de nuestros primeros padres en el Paraíso terrenal, antes de su caída: la complexión de todos sus humores era perfectísima, y la vida de la Virgen, que tan discreta y santamente gobernaba y componía todas sus acciones, era tan propia para la conservación de la salud, que aun humanamente considerada la existencia de la divina Señora, debía

prolongarse largos años sobre la tierra.

Ese cuerpo virginal encerraba una alma santísima, á la que estaba enteramente sujeto y subordinado, acompasando con la razón, alumbrada por la gracia, hasta sus menores movimientos: ese cuerpo purísimo era digno instrumento de una alma noble, elevada y extraordinaria. Mas, en ese corazón immaculado ardía una fragua inextinguible de amor divino, que, atizándose por instantes, creció y se aumentó hasta el punto de romper y quebrantar los lazos de unión del cuerpo con el alma.

La muerte fué para la Virgen santísima un acto heroico de conformidad con la voluntad divina y de profunda humildad: conoció que Dios quería que Ella saliera de este mundo por el camino de la muerte, y se conformó al punto, llena de gozo, con la voluntad divina, á pesar de la terrible repugnancia que naturalmente no podía menos de sentir á la muerte; porque la muerte siempre es horrorosa y repugnante para la naturaleza humana. Sea cualquiera la seguridad que inspire la conciencia respecto de la suerte futura, el horror á la muerte es inevitable, porque morir es venir, es llegar á los límites de la nada, es tocar con ellos temporalmente: y la criatura humana, en la muerte, deja de existir como tal criatura humana; aunque continúe viviendo el alma y se conserve el cuerpo; pues aquella tiene un modo de existencia muy diverso, y éste permanece, pero bajo formas enteramente diversas. En la muerte, el hombre, como hombre, deja de existir, y esa separación, ese apartamiento que divide el alma del cuerpo, no puede menos de ser muy doloroso; y, por eso, morir es terrible, y tanto más horrorosa para la naturaleza humana debe ser la muerte, cuanto más elevada sea y penetrante la inteligencia humana, para aprender y comprender todo lo que tiene de duro y terrible la separación de

dos sustancias, criadas para vivir juntas, formando, en mutua armonía y concordia un solo sujeto humano.

Y siempre hay en la muerte, para el cuerpo humano, mucho de humillante en aquellos sentidos, en aquellos miembros faltos de vida, que, por la separación del alma, vienen á ser un trono vacío y abandonado, cuyo rey hubiese como dejado de existir, transmigrando á regiones desconocidas, por ilimitado espacio de tiempo.

María se conformó con el morir, dejando al Señor el tiempo y la hora: su conformidad con la muerte fué absoluta, pronta, enteramente generosa, y diciendo, con los labios y el corazón, esa gran palabra suya, con que dió la vida al mundo: *Non mihi secundum verbum tuum*, cúmplase en mí tu voluntad, incliné, con heroica y profundísima humildad la cabeza al decreto del Eterno. ¡ Esa cabeza virginal, colmada de las bendiciones de la gracia, se dobló resignada al golpe de la muerte! El amor á Dios, que ardía en el corazón inmaculado de la Virgen, y los vehementísimos deseos de gozar de la vista clara de Dios, de tal manera quebrantaron el cuerpo delicado, que no pudiendo ya el alma resistir aquellos ímpetus de amor divino, rompió el vaso frágil de la carne y voló al seno de Dios. María espiró á impulsos de la caridad, verificándose en Ella las palabras del Cántico de los Cánticos: *Fortis est ut mors dilectio*, el amor es poderoso como la muerte.

Imaginemos con la consideración aquel instante, en que el ánima santísima de la Virgen inmaculada salió de su cuerpo bendito, dejándolo hecho despojo de la muerte, exánime y sin vida. ¿ Quién podrá describirlo dignamente? Ese sagrado y virginal despojo de la muerte no pudo ser ajado ni hu-

millado por la muerte, porque la muerte, esa hija primogénita del pecado, no tuvo poder alguno sobre el santuario de la verdadera vida, sobre el tabernáculo del Verbo divino humanado. ¡La muerte, en su misma victoria, se vió vencida, según la expresión del gran Apóstol! *Absorta est mors in victoria.*

El cuerpo de la santa Virgen era naturalmente perfectísimo, y su rostro muy hermoso; pero con una belleza tan pura y tan celestial, que inspiraba castos y santos pensamientos en todos cuantos lo miraban: había, además, en aquel rostro una modestia tan extraordinaria y una majestad tan amable, que arrebatava invenciblemente los corazones: sus ojos miraban con una mirada tan viva, tan penetrante, tan llena de masedumbre y de insinuación que herían el ánimo y lo movían á reverencia; y en toda la persona de la Virgen y hasta en el menor de sus movimientos resplandecía tanta dignidad y una compostura tan sobrehumana, que infundía en todos cuantos la veían profundo respeto, al mismo tiempo que suavísima confianza. Ese cuerpo sagrado, una vez hecho despojo de la muerte, apareció, á la vista de los circunstantes, revestido de hermosura divina y de belleza incomparable: los ojos, apagados para la vida terrenal, fijos en el cielo, brillaban con luz de gloria inefable: los virginales labios entreabiertos, con expresión de grande dulzura y tranquilidad, dejaban conocer que, con el alma santa, habían exhalado la más humilde y férvida plegaria, cesando en la tierra la oración y el sublime *Magnificat*, que principiaban á entonar en los cielos, donde lo cantarán eternamente. Todo en aquel cadáver virginal manifestaba que la maldición pronunciada contra nuestros primeros padres no había caído sobre María, y que la Madre de Dios había muerto, haciendo en salir de esta vida, el acto más

heroico de generosa conformidad con la voluntad divina.

Dos cosas hacen terrible la muerte, y son las angustias y temores por la incertidumbre de la suerte futura, y el arrepentimiento y amarguras que causa lo pasado: más, lo que á todos nos hace tan terrible el trance de la muerte y tan espantoso el paso á la eternidad, eso consolaba y llenaba de alegría inexplicable el corazón de la Virgen. Respecto de lo futuro, la conciencia suya le daba testimonio de la más completa seguridad, no precisamente de la salvación, sino de la corona de gloria que en el cielo le estaba reservada á sus merecimientos, en trono superior al de todos los ángeles y santos; sin que respecto de lo pasado hubiese ni el más corto motivo de remordimiento. ¿Qué tinieblas podían oscurecer á la que estaba vestida del sol? ¿Qué nubes de penas y remordimientos podían enturbiar aquel cielo tan sereno de su alma santísima? ¿Qué sombras de temores y de incertidumbres podían levantarse para entristecer el ocaso de aquel astro espléndido de incomparable santidad, que trasponía el horizonte del tiempo, para alumbrar las regiones de la eternidad? Qué, al apagarse en la tierra, comenzaba á brillar en el cielo, alegrando cielos y tierra: allá con su luz, acá con su influencia bienhechora?

Tan profundo, tan admirable es el significado de las palabras, con que concluyó el Angel su salutación, diciendo á la Virgen: Bendita eres entre todas las mujeres, *Benedicta tu in mulieribus*. La que dió á luz, sin dolor, al Hijo divino de sus entrañas immaculadas, salió de este mundo, espirando sin agonía dolorosa ni amargos remordimientos; antes, con el corazón rebosando en alegría y júbilo inefables: el cuerpo, desfallecido á la vehemencia de aquel éxtasis de amor, en que estaba poderosamente

te embargada el alma, cedió, dejándola partir al seno de su Dios.

II

Más, el cuerpo de la santa Virgen, ¿permaneció por muy largo tiempo en el sepulcro? Resucitó la Virgen, y está en cuerpo y alma en la gloria? ¿Qué debemos creer, qué debemos pensar acerca de esto?

En castigo del pecado original, se impuso á Adán y á toda su descendencia la pena de morir, con irremisible necesidad: en esta pena hay dos castigos diversos relativos á nuestro cuerpo; pues, no solamente, por la muerte, el alma es separada del cuerpo, sino que éste, además, se destruye, pudiéndose, deshaciéndose y tornándose, al fin, en polvo: el cuerpo humano, podemos decir, que, positivamente, desaparece, deja de existir y vuelve á la nada; porque, aunque se conserven, más ó menos tiempo, unos cuantos átomos de inmundo polvo, el cuerpo, como cuerpo humano, no existe, ni se puede discernir jamás entre polvo y polvo, para señalar y decir: este es el cuerpo humano de tal rey, de tal sabio, de tal mendigo! . . .

La Virgen santa se resignó perfectamente á los decretos divinos, y, en cuanto estuvo de su parte, aceptó la muerte, pasando por aquel tan amargo trance, á que estamos condenados los miserables descendientes de Adán. Pero, ese cuerpo virginal, ¿se convirtió también en polvo? Ese santuario del Verbo Eterno fué también profanado por la corrupción y dejó de existir; ó se conserva, acaso, intacto é inviolable, sin que sepamos dónde ni en qué lugar de la tierra permanezca oculto y sustraído, sigilosamente, por la Providencia á nuestros cultos, á nuestro amor, á nuestra devoción, á nuestro consuelo? ¡Ah! Dios mío, no, y mil veces no!

cuerpo inmaculado fué solamente un huésped momentáneo del sepulcro; y, vivo, glorioso, salió de entre las sombras de la muerte más resplandeciente, más espléndido que el mismo sol, radiante de gloria y reverberando en sí la luz de la misma Divinidad, que materialmente se dignó habitar en él, por nueve meses enteros, viviendo de la misma vida de la santa Virgen.

La destrucción de nuestro cuerpo es pena, impuesta á los descendientes de Adán, por la transgresión de nuestros primeros padres: siendo María inocente, decidme, ¿por qué había de sufrir su cuerpo una pena, que la Virgen no había merecido? Si Dios, infinitamente justo, aun en el castigo templara siempre el rigor con la bondad, ¿por qué solamente con la Virgen, la criatura más inocente que ha existido jamás, por qué solamente con la Virgen había de hacer extremos de rigor y de justicia? Rigores y justicia en la inocencia! ¡Ah! ¡Eso es imposible! ¡Quién tal cosa oyó jamás! ¡En Dios ni siquiera imaginarlo es posible!

La misma humildad, con que la santa Virgen se había tan generosamente resignado á morir, ¿no era motivo suficiente para que el Altísimo preservara de la corrupción aquel cuerpo inmaculado, y lo resucitara glorioso? No hemos de resucitar, acaso, todos los hombres, al fin de los siglos? No han de tornar otra vez á la vida nuestros cuerpos, unidos con sus propias almas? Bien considerado todo, ¿qué es lo que Dios ha debido hacer en beneficio de la Virgen? No se reduce todo á una simple abreviación de tiempo, concediendo antes á la Virgen lo que, en la consumación de los tiempos, se otorgará, sin excepción alguna, hasta á los mismos réprobos?

En el Santo Evangelio se refiere, que con Jesucristo resucitaron muchos antiguos santos, quienes, como opinan varios Padres y Doctores gravísi-

mos, no tornaron á morir, sino que subieron al cielo en cuerpo y alma con el mismo Redentor (1). Pues, lo que se ha concedido á otros santos, ¿cómo se había de negar á la Virgen? Si se concedió á otros santos, debió, según la regla de los Teólogos, concederse y con mayores ventajas á la Madre de Dios. Y si ese sagrado cuerpo no ha resucitado, dónde se halla oculto? dónde yace escondido? Por qué nos lo niega el Señor á nuestra devoción y á nuestro culto? No es el cuerpo de su Madre santísima, ¿por qué ha dispuesto, pues, que permanezca ignorado, oculto, sin los honores y homenajes, que tan justamente le son debidos? Por qué, habiéndonos inspirado amor filial hacia la Virgen, Madre suya y Madre también nuestra amantísima, nos niega el consuelo de venerar sus restos mortales, de tributar culto á sus virginales cenizas? Siendo Dios la suma bondad esto es inexplicable: cuántos siervos suyos no ha dispuesto que sean honrados y venerados, descubriendo, por medio de milagrosas revelaciones, los puntos donde yacían ignoradas sus cenizas, y ¿sólo al cuerpo de la Virgen había de retenerlo ignorado y oculto? Sin honra, sin reverencia, al que es digno y merecedor de todo honor, de toda reverencia? ¿Qué motivo digno de la Sabiduría infinita se pudiera encontrar para permisión semejante? Honrados los cuerpos de los esclavos; en olvido el cuerpo de la Madre! Venerados los cuerpos de los santos; oculto el cuerpo de la Reina de los santos!

El cuerpo de la Virgen María no podía convertirse en polvo en el sepulcro, porque ese cuerpo sagrado tenía todas aquellas dotes, que adornaban los cuerpos de nuestros primeros padres en el esta-

(1) San Mateo, cap. 27, versículos 52 y 53.—Véase sobre este punto el Comentario del P. Cornelio A.—Lápide.

do de la inocencia: claro es que, así como aquellos cuerpos hubieran gozado del precioso dote de la incorrupción, si no hubiesen pecado Adán y Eva, también el cuerpo de la Virgen María tuvo, con su inocencia incomparable, la incorrupción. Si Adán no hubiera pecado, habríamos transmigrado desde la tierra al cielo, sin pasar por el sepulcro; y, por tanto, sin la muerte, sin la corrupción del cuerpo, sin su aniquilamiento temporal. Ahora bien, ¿por qué se había de negar á la más inocente y santa de todas las criaturas, no sólo humanas sino angélicas, lo que habría sido dote y prerogativa universal de todos los hombres, si nuestro primer padre hubiera conservado la inocencia? El cuerpo sagrado de la Virgen no sufrió, pues, la corrupción del sepulcro.

El alma humana ha sido criada por Dios, para que esté unida al cuerpo; y así las almas apetecen y desean la unión con sus propios cuerpos, y en el cielo, para su completa felicidad, les falta solamente esta gloria accidental, que, al fin, les será también concedida con la resurrección y glorificación de los cuerpos, el día del juicio universal. El alma de la Virgen no pudo, pues, menos de desear la unión con su cuerpo, y los deseos de la Madre era necesario que fueran satisfechos por el Hijo de Dios. Esos deseos eran naturales, eran justísimos: por ventura, el Hijo divino, ¿podía ignorarlos? Conociéndolos como los conocía, ¿le faltaría, acaso, bondad para complacer á su Madre? carecía, talvez, de poder para llenar esos deseos, que no podían ser más justos? El mismo que en Caná de Galilea, á una sencilla insinuación de la Virgen su Madre, convirtió el agua en vino, negaría, en el cielo, á la Madre la satisfacción de deseos tan naturales y tan justos? Y el mismo santísimo Hijo, no desearía también la pronta glorificación de aquel cuerpo virginal, que era carne de su carne y hueso de sus

huesos? Lo que se concedió al punto á los deseos de María, manifestalos en Caná, se negaría en el cielo, tratándose de misterios tan diversos? ¿Cómo sería esto posible? El Hijo divino deseaba la inmediata resurrección y glorificación del cuerpo de su Madre; y los deseos suyos son eficaces en la ejecución, porque Dios, en verdad, no desea, sino quiere, y su voluntad es omnipotente.

Del Redentor nos dice San Pablo, que en los días de su vida mortal solía rogar á Dios Padre, en cuanto hombre, y pedirle, hasta con lágrimas y gemidos, la resurrección de su cuerpo sagrado; y añade el Apóstol, que Jesucristo fué oído, y se le concedió lo que pedía, así por la reverencia con que había orado, como por la que á sus oraciones se debía. *Et exauditus est pro sua reverentia* (1). Y, ¿no podíamos creer que también la Virgen pidió la resurrección de su cuerpo? Y, si la pidió en la tierra ó en el cielo, ¿quién hay que se atreva á pensar siquiera que el Altísimo desechó esa oración y la dejó sin efecto? Y, ¿no era justo dar á los hombres, en la resurrección y glorificación del cuerpo de la Virgen, una prenda de la resurrección general? La resurrección de Jesucristo, al fin, era la resurrección del Hombre-Dios, cuyo cuerpo era divino; pero la resurrección de la Virgen era la de una pura criatura, en cuyo cuerpo glorificado podíamos tener los hombres una grande prenda de la resurrección de la carne: y añadido que, la Providencia divina debía darnos á los hombres esa prueba de la resurrección y de la glorificación de nuestros cuerpos.

Si bien se considera, toda la Religión Cristiana está fundada en la Esperanza; pues creemos los dogmas, porque esperamos la realización de las promesas, y aun la misma fe, según el Apóstol, no es

(1) Epístola á los Hebreos, cap. 5, ver. 7.

más que la sustancia de las cosas que esperamos, y la prueba de la existencia de aquello que no percibimos por los sentidos: *Sperandarum substantia rerum, argumentum non apparentium* (1). Esa esperanza de los bienes eternos es la que nos alienta y estimula á cumplir los preceptos cristianos, venciendo y mortificando nuestra carne, castigando, como decía el mismo Apóstol, nuestros cuerpos y reduciéndolos á servidumbre; porque la repugnancia para obedecer la ley cristiana no nace de la inteligencia, ni proviene del ánimo como sér espiritual, no; esa repugnancia tiene su causa en nuestra carne, en nuestros sentidos, en la ley de los miembros, que, según otra palabra del mismo gran Apóstol, repugna y contradice á la ley del espíritu, produciendo en nosotros mismos, entre nuestra razón y nuestros apetitos, una guerra sin treguas ni momentos de paz. Y entre tanto, ¿qué es lo que vemos? ¿qué es lo que palpamos? Lo que vemos, lo que palpamos, es la triste aniquilación de nuestro cuerpo en el sepulcro: y como en los días de nuestra prueba, durante nuestra vida mortal sobre la tierra, la observancia de la ley evangélica no está impuesta ni solamente al alma, ni solamente al cuerpo, sino á entrambos juntamente; y como nos hemos de salvar ó condenar para siempre, recibiendo premio ó castigo por nuestros actos humanos, es decir, por nuestros actos ejecutados por el cuerpo y el alma á la vez, ó, mejor dicho, practicados por el alma con el cuerpo, y por medio del cuerpo, justo es, que tanto el premio, como el castigo, se den al hombre en su cuerpo y en su alma. La resurrección de la carne era, pues, necesaria en la economía divina de la Religión cristiana; y era muy propio de la bondad y de la sabiduría de Dios dar-

(1) Epístola á los Hebreos, cap. II. ver. I.

nos una prueba tan consoladora de nuestra resurrección en la resurrección y glorificación de la Virgen María, su santa Madre.

La resurrección prometida á todos los hombres para el fin de los tiempos, es una gracia alcanzada por Jesucristo para todos los descendientes de Adán, á quienes redimió, derramando su sangre divina: si por Jesucristo alcanzaremos todos la resurrección de nuestros cuerpos, como un efecto y un beneficio de la redención, ¿no sería absurdo pensar que el cuerpo de la Virgen está en el sepulcro, habiendo sido ese cuerpo santísimo principal instrumento de nuestra redención, por haber tomado el Verbo divino de aquellas entrañas virginales la carne y la sangre, con que redimió al mundo? ¿Quién debía participar con mayor abundancia de los beneficios de la redención, que el cuerpo de María y su alma inmaculada? No se concederá á todos los hombres la resurrección? Pues, si María estuviera aguardando hasta el fin de los siglos la resurrección general, para que su cuerpo tornase á la vida y fuese glorificado, ¿qué ventajas tendría la Madre de Dios, igualada, equiparada y confundida, en este común beneficio, hasta con los mismos réprobos? La Madre, no merecía un amor único y excepcional? Y los beneficios, ¿no debían medirse por ese amor? Y á tantos merecimientos no se debían también coronas extraordinarias? La justa providencia del Altísimo estaba, pues, empeñada en la pronta resurrección de la Virgen.

La Encarnación es la obra primera y más admirable y estupenda de la diestra del Omnipotente: en esa obra fué Dios glorificado, como la soberana y santa Majestad de Dios lo merecía. Más, en obra tan divina la naturaleza material criada fué unida hipostáticamente, de un modo íntimo ó indisoluble, á la persona del Verbo divino, á la per-

sona del mismo Dios; pues la carne humana, que el Unigénito del Padre tomó en las entrañas de la Virgen María, vino á ser, por la Encarnación, carne y sangre del mismo Dios. Y ese cuerpo humano, ese cuerpo verdadero de hombre, que el Verbo divino tomó en las entrañas de la santa Virgen, quedó eternamente unido á la Divinidad, mereciendo los honores y la adoración, que se deben al mismo Dios. Por tanto, algo de la sustancia material de la Virgen, sangre de la Virgen, carne de la Virgen, está hipostáticamente unido á la misma Divinidad, á la Soberana Esencia; así es que, San Agustín no vacilaba en decir que la carne de Cristo era carne de María: *Caro Christi caro Mariæ*. El Hombre-Dios se conserva, crece y vive nueve meses enteros en el vientre virginal de María; por largo tiempo después de nacido, María lo alimenta á sus pechos, que milagrosamente el cielo había llenado de leche: *Ubere de celo pleno*: había, por tanto, en el cuerpo divino de Jesucristo algo, que era sustancia y parte del cuerpo y de la sangre misma de la Virgen; algo, volveremos á repetirlo, que había sido unido hipostáticamente á la Soberana Esencia, en la Persona divina del Verbo Eterno.

La muerte es pena del pecado; y el cuerpo del hombre se torna en polvo, también en castigo del pecado; y en la corrupción y en la hediondez y en la podredumbre de nuestro cuerpo en el sepulcro, hay cosas tan humillantes para la naturaleza humana, que no podemos fijar los ojos en un cadáver, sin horrorizarnos, ni considerar un sepulcro, sin llenarnos de miedo y de asco y de confusión: y, al fin, pasando por tantas humillaciones, el miserable cuerpo humano, convirtiéndose en polvo, deja de existir como tal cuerpo humano; ya no es, se aniquila, desaparece. El cuerpo sagrado de la Virgen, que tan íntimamente llegó á estar unido con Dios, ¿pa-

sería por esas humillaciones del sepulcro? Sería así profanado por la corrupción? Sería arruinado y destruído, dejando de existir como tal cuerpo de la Madre de Dios? Y, acaso, allá, convertido en polvo, quién sabe en qué lugar vil é ignorado, ese santuario del Verbo es hollado y pisoteado por plantas inmundas? Y Dios lo sabe, y Dios lo ve, y Dios lo consiente, y Dios ama á la Virgen su Madre!... ¡Oh! No: pensemos de Dios como debemos pensar, y no andemos discurriendo, con ánimo mezquino, acerca de las excéncias de la Virgen, y midiendo torpemente con nuestra ruindad, las grandes cosas que en Ella obró el Omnipotente!

La regla ó criterio, según el cual debemos juzgar de las obras de Dios, es su bondad infinita. Dios es sumamente bueno, y como dice Tertuliano, Dios dejaría de ser Dios, si no fuera infinitamente bueno: y ¿en qué consiste la bondad? La bondad consiste en la comunicación del bien, en dar á otros el bien que uno mismo posee; y, siendo como es Dios para sí mismo su propio bien, su propia felicidad, sin que necesite de cosa alguna fuera de sí mismo para su felicidad, crió los ángeles, crió los hombres y todo cuanto existe en el universo visible é invisible, movido de su bondad infinita, para hacer participantes á las criaturas, (á cada una según la medida de su capacidad), de ese piélago de bien que está rebosando en su Esencia soberana. El mayor bien, que Dios podía conceder á la naturaleza humana, era unirla á su propia persona divina, como la unió el Verbo Eterno: y, ¿de dónde el Unigénito del Padre tomó esa naturaleza humana, sino de las entrañas virginales de María? El cuerpo sagrado de la Virgen sirvió, pues, por lo mismo, á la bondad divina, para hacer el mayor bien posible, que el Omnipotente podía hacer á las criaturas. Y ¿había Dios de permitir

que se destruyera, que se convirtiera en polvo y se aniquilara ese instrumento providencial de la Encarnación? Permitir que se tornara en polvo, era privarle de un bien positivo, cual era la existencia suya individual, como cuerpo humano, en el orden material de las cosas criadas; lo cual no era digno de la bondad divina, porque ese cuerpo sagrado, animado por aquella alma inmaculada, había cooperado á la Encarnación y Redención; pues no era solamente el alma de la Virgen, sino su persona humana la que había sido elevada á la dignidad de Madre de Dios; y los actos humanos de la Virgen fueron los que, obrando la santificación suya incomparable, le merecieron aquella corona de gloria, única y extraordinaria, á que no será jamás ensalzada ninguna criatura.

Toda la creación, así visible como invisible en los cielos y en la tierra, tiene por fin á Jesucristo, y entre Jesucristo y María hay una relación de existencia tan íntima y necesaria, que María existe por Jesucristo y para Jesucristo; de tal manera que, si la Encarnación no se hubiera verificado, la Virgen no habría sido criada, aun cuando hubiera existido todo el linaje humano. María fué criada para Madre de Dios; y su cuerpo formado, para aquel ministerio, en el que había de ser santuario del Verbo divino y trono de la increada Sabiduría.

¿Será posible concebir que ese cuerpo haya sido profanado por la corrupción? que haya sido humillado con todas esas imponderables afrentas de nuestra carne, en la podredumbre y hediondez del sepulcro? que haya sido después de esto también convertido en polvo? y que, por fin, haya dejado de existir, como tal cuerpo humano de la Madre de Dios? Será posible pensarlo ó imaginarlo siquiera? Y que Jesucristo, amando con amor de hijo á la Virgen, haya contemplado, con indiferen-

cia, esas profanaciones del cuerpo de su Madre divina, y no las haya impedido, pudiendo impedir-las? Dónde estaba el amor de aquel Hijo, el más amoroso de todos los hijos? Dónde la honra del Hijo á la Madre? ¡Cómo así, á vista de los cielos y de la tierra, dejaba el Hijo de Dios que se convirtiesen en polvo, afrentados y profanados en la podredumbre del sepulcro, esos pechos virginales que lo habían amamantado en su infancia? Esos miembros immaculados, donde había descansado como en trono de gloria, recibiendo las adoraciones de los ángeles y de los hombres? Ese rostro de celestial hermosura, que el mismo Dios había cariñosamente acariciado? En fin, ese cuerpo sagrado, que, al contacto de la Divina Persona del Verbo, había recibido como la unción de la inmortalidad? ¡Ah! Exclamemos con el Apóstol y digamos de la muerte de la Virgen, lo que de la muerte de Jesucristo decía San Pablo: la muerte venció, pero fué absorbida en su misma victoria: *Absorta est mors in victoria!*

Por ventura, el cuerpo vivo del Hombre-Dios no había de tener la eficacia del fruto del árbol de la vida, que preservaba de la muerte y de la corrupción? Ese cuerpo divino, cuyos vestidos, tocados furtivamente, tenían poder de dar la salud á enfermos desahuscidos, ¿no había de poder preservar de la corrupción el cuerpo de la Virgen, cuya sangre circulaba por las venas del Hombre-Dios, calentada, dirémoslo así, y vivificada por la misma persona del Verbo? La sombra de San Pedro daba salud á los enfermos, y, ¿el cuerpo de Jesucristo no había de tener virtud para preservar de la corrupción el cuerpo de la Virgen? . . . ¡Oh! Ese cuerpo virginal estaba ungido con la unción de la inmortalidad, porque en el seno suyo había albergado al mismo Dios; y así, con ese bálsamo de vida, preservado

de los insultos de la muerte, salió triunfante del sepulcro! El sepulcro no fué para ese cuerpo sagrado mansión de muerte, sino el trono de su glorificación; porque, con esplendor, saliendo resucitado, dejó vencida á la misma muerte! Esa carne inmaculada reffloreció, quedando pasmada la muerte, con las galas de la vida y de la inmortalidad, de que se revistió en el seno mismo de la destrucción!

De todo lo relativo á la Encarnación, de todo cuanto atañe á un misterio tan admirable, no hemos de juzgar con el criterio, según el cual discernimos las obras de Dios en el orden común y ordinario de su providencia: en la Encarnación todo es divino, todo extraordinario, y extremada la bondad divina, llegando á unir su misma Persona adorable con la naturaleza humana, en la unión más íntima que era posible. Pues, en obra tan admirable y magnífica, ¿habremos de medir las prerogativas y excelencias de la Virgen, Madre de Dios, con la medida estrecha y mezquina de nuestra asustadiza comprensión humana, que quisiera poner límites á las bondades del Omnipotente? ¿Cuándo se ha visto que el Altísimo prive á las criaturas de los bienes que les son propios, según la naturaleza de ellas? La incorrupción era un bien que correspondía necesariamente al cuerpo de la Virgen, por su inocencia: ¿no era la corrupción una pena? Pues, cómo, siendo Dios justo, había de sufrirla quien era inocente? María, en su concepción fué inmaculada; luego su cuerpo no sufrió los estragos de la muerte en el sepulcro. Tal es la conclusión lógica, que, necesariamente, se deduce de la verdad de nuestros dogmas.

Para sostener que el cuerpo de la santa Virgen se convirtió en polvo en el sepulcro, sería necesario negar primero el dogma de la preservación de la culpa original. Los méritos del Redentor, que

nació de la Virgen, fueron la causa de su santificación original: ahora bien, esos méritos, que preservaron de pecado al alma, ¿no pudieron preservar de corrupción al cuerpo? El alma fué inmaculada; y el cuerpo se consumiría en el polvo del sepulcro? Faltó eficacia á la sangre divina? El brazo del Omnipotente se quedó corto en hacer beneficios á su Madre? Era esto propio de la Sabiduría infinita? En todas las cosas que hace Dios hay siempre un fin nobilísimo: ¿qué fin se hallaría digno de Dios en esta humillación y apocamiento de la dignidad de **María?**

La gloria de Dios está en la manifestación de sus divinos atributos, y allí hay mayor gloria divina, donde haya mayor manifestación de sus atributos: ¿y dónde brillará más la bondad divina? En la destrucción del cuerpo de la Virgen, ó en la preservación de toda corrupción y de los estragos de la muerte? Cuál de los dos será un beneficio mayor: preservarlo de la corrupción y glorificarlo, resucitándolo luego después de sepultado? ó dejarlo aniquilarse en el sepulcro, para resucitarlo al fin de los tiempos? Aquí la regla de las operaciones divinas no puede ser otra, sino la de la Encarnación, en la cual resplandezca extraordinaria y maravillosamente la bondad divina; pues debemos tener siempre presente que la santa Virgen María, en los decretos eternos, pertenece no solamente al orden sobrenatural de la gracia, sino á aquel otro orden, todavía más elevado y supremo de las obras divinas, el orden de la Encarnación, para el cual fué, desde toda eternidad, predestinada; y aun añado, sin vacilar, que su mismo cuerpo, su misma sangre estuvo predestinada á esa gloria única y dignidad incomparable de unirse hipostáticamente á la Segunda Persona de la augusta Trinidad, el Verbo Eterno de Dios. Siendo esto una verdad inconcusa,

¿ por qué nos hemos de sorprender de su glorificación corporal, tres días después de su muerte? Más bien debiera sorprendernos, como cosa inexplicable, que hubiese sucedido lo contrario; y que María no estuviera en cuerpo y alma en el cielo.

Las circunstancias de la santidad de la Virgen eran tan superiores á la condición de la naturaleza humana; había en la Virgen un conjunto tan extraordinario de virtudes, que causaba admiración á los mismos espíritus angélicos, como nos lo da á entender la Escritura Santa, con aquellas palabras, que, en el Cantar de Cantares, decían las doncellas de Sión respecto de la Esposa mística: ¿Quién es ésta, que va subiendo del desierto? Parece una columnita de humo, que se levanta de un pebetero, fragante con olor de mirra, de incienso y de toda clase de polvos aromáticos, confeccionados por la diestra mano de un perfumista! *Quae est ista, quae ascendit per desertum, sicut virgula fumi, ex aromatibus myrrhae, et thuris, et universi pulveris pigmentarii?* (1). Considerado el mundo desde el punto de vista sobrenatural, era verdaderamente como un desierto, donde apenas se descubrían señales de vida al tiempo en que apareció la Virgen; porque hasta en la misma nación judaica el espíritu de religión y de piedad estaba postrado: desde este desierto se levantó, pues, esa humilde columnita de humo oloroso, y se fué elevando, recta, derecha, sin que ni vientos de inconstancia la torcieran, ni tibieza ó debilidad la quebraran. En aquella columnita de humo oloroso, que de la tierra se elevaba al cielo, se encontraban, confundidos y mezclados en una sola fragancia, el aroma de la mirra, el del incienso y el de todos los demás polvos olorosos, cual si los hubiese fundido y confeccionado un diestro perfumis-

(1) Cantar de Cantares, cap. 8, ver. 6.

ta. La mirra, preservadora de corrupción; el incienso, grano sagrado, que se quema en el templo de Dios; en aquella simbolizada la concepción limpia y pura, la integridad virginal: en éste la contemplación, el silencio, la oración; en los demás aromas todas las virtudes, sin que se eche de menos ni una sola: *Universi pulveris pigmentarii*. Ved ahí esa columna de santidad, que se levantó de la tierra, embalsamando el aire de este mundo con extraordinaria y maravillosa fragancia, y regocijando los mismos cielos con su presencia.

DEPRECACIÓN.

Gracias infinitas sean dadas á Dios en todo momento, por los incomparables beneficios que se dignó concederos á Vos, ¡oh María! Gracias infinitas le sean tributadas al Altísimo, por los dones sobrenaturales, con que enriqueció vuestra alma immaculada: esos beneficios, esos dones, que Vos habéis recibido, son vuestros, porque con ellos fuisteis elevada á la sublime dignidad de Madre de Dios, y son también nuestros, porque los recibisteis para el bien de las pobres criaturas, redimidas con la sangre preciosa de vuestro Hijo. Aquí tenéis, pues, oh Madre santa, un miserable, en quien emplear muy oportunamente vuestra protección: es ya tiempo de que me saquéis del abismo del pecado, donde me veo hundido: extended vuestra mano á este infeliz y ayudadme á salir de tantas culpas y pecados en que me encuentro sumergido, y no me abandonéis, ni me desechéis, Virgen clementísima: Vos regocijáis con vuestra presencia la Jerusalén celestial, y ¿seré yo tan desgraciado, que me pierda para siempre, y no os contemple en el trono de gloria, donde reinais con Dios eternamente? ¡Oh! María, no lo permitáis! . . . Salvadme os

diré sin cesar, salvadme os diré á cada instante; salvadme, Virgen poderosa: salvad á este pecador, que merece no uno sino mil infiernos, salvadme, porque Vos sois mi única esperanza después de Jesucristo.—Amén.

LECCION DÉCIMA TERCIA.

DIA TRECE DE MAYO.

EXPLICACIÓN DE LA QUINTA Y ÚLTIMA PALABRA
DE LA SALUTACIÓN ANGÉLICA: **BENEDICTUS**
FRUCTUS VENTRIS TUI, BENDITO ES EL FRUTO
DE TU VIENTRE.

I

La última palabra de la salutación angélica, en su primera parte, y con la cual termina el elogio de la Virgen es esta: *Benedictus fructus ventris tui*, Bendito es el fruto de tu vientre. ¿Quién pronunció estas palabras? ¿Cuál fué el primer autor de ellas? Estas palabras fueron pronunciadas por Santa Isabel, la madre del Bautista, cuando, viéndolo entrar por las puertas de su casa, á la santa Virgen que iba á visitarla, se sintió poseida de la inspiración profética y prorrumpió, diciendo en alta y grande voz: ¿de dónde á mí que haya venido á visitarme la Madre de mi Señor? *Et unde hoc mihi ut veniat Mater Domini mei ad me?* Bendita tú entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vien-

tre. Y estas palabras las pronunció, según nos lo hace notar la Santa Escritura, en el éxtasis de la inspiración divina, exclamando en alta voz, como quien no acababa de maravillarse de la grandeza y excelencias de María. *Repleta est Spiritu Sancto Elisabeth: et exclamavit voce magna, et dixit: Benedicta tu inter mulieres, et Benedictus fructus ventris tui* (1).

Varias circunstancias muy dignas de ponderación debemos notar aquí: santa Isabel principia su elogio á la Virgen, aclamándola con las mismas palabras que le había dirigido poco antes el Angel.

Las primeras palabras de Santa Isabel fueron las últimas, con que terminó el Angel su salutación; de tal manera que, la madre del Precursor repitió las mismas palabras del Angel, y, añadiendo una nueva excelencia, terminó el elogio de la Virgen. Santa Isabel no había oído antes la salutación del Angel á la Virgen: ¿cómo dirigía, pues, á su bienaventurada prima esas mismas palabras de elogio, con que le había saludado San Gabriel? ¿Quién le había revelado el secreto de la Maternidad divina de María? ¿Quién, sino el mismo Dios? Por lo cual, nos dice el Evangelio que Isabel estaba llena del Espíritu Santo, cuando pronunció estas palabras. Y advertid cómo las pronunció, con exclamaciones y gritos de admiración, como quien no podía contener su pasmo, su asombro, á la vista de los grandes misterios, que se le habían revelado.

Las palabras que la santa añade á las del Angel rematan y concluyen el elogio de la Virgen; y, resumiendo misteriosamente en ellas todas las palabras anteriores, ponen de manifiesto el motivo y el fundamento de la sublime grandeza de María.

(1) San Lucas, cap. 1, versículos 41 y 42.

María es quien es, por ser Madre de Dios: lé ahí el origen de su grandeza, el motivo de sus excelencias, el secreto de sus merecimientos, la causa de su predestinación y el fundamento de su gloria. Llamándola Madre de un Hijo bendito, santa Isabel la proclamó Madre de Dios; y la esposa de Zacarías, la madre del Precursor fué la primera, que, en la tierra, predicó y anunció la Maternidad divina de la Virgen, sirviendo de instrumento al Espíritu Santo, que, por la boca inspirada de Isabel, revelaba al mundo aquel tan admirable y estupendo misterio.

¿Quién fué, por tanto, el autor de la Salutación angélica? El elogio de la Virgen lo reveló el mismo Dios, quien puso en los labios del Arcángel Gabriel y en los de la santa madre del Precursor aquellas tan magníficas palabras, con que saludaron á María: palabras magníficas, pero que no contienen sino la más rigurosa verdad, sin aumentos, ni ponderaciones; porque en María el mérito está al igual de la alabanza; y no como sucede ordinariamente entre los hombres, que los merecimientos verdaderos quedan, en la realidad, muy inferiores á las alabanzas, usurpando con frecuencia la lisonja los fueros de la verdad.

Examinemos y ponderemos cada una de estas palabras: Bendito es el fruto de tu vientre. ¿A qué otras palabras equivalen estas de santa Isabel? Estas palabras equivalen evidentemente á estas otras: el Hijo, que nacerá de tí, es bendito. Y, ¿por qué designa santa Isabel á Jesucristo, el Hijo de la Virgen María, con el nombre figurativo de fruto del vientre virginal, de su divina Madre? En estas palabras hay, pues, una intención misteriosa, con la cual se nos quiso dar á entender por el Espíritu Santo, así la virginidad de la Madre, como la verdadera y real naturaleza humana que había tomado el Hijo de

Dios, y de la que se había revestido en el seno de la Virgen.

¿Qué es el fruto? El fruto es lo más precioso que tiene el árbol; es el fin y el motivo, dirémoslo así, de la existencia misma del árbol; pues raíces, tronco, ramas, hojas y flores, todo va enderezado á la producción del fruto: así también Jesucristo es lo más precioso que tuvo la Virgen, y el motivo y el fin tanto de la eterna predestinación de Ella, como de su creación.

Para el fruto, el árbol echa raíces y ahonda con ellas en la tierra; levanta su tronco, esparce sus ramas, se viste de hojas, se engalana con flores, y pide al cielo lluvias; al sol, luz vivificadora; á la tierra, calor fecundante; á las aubes, rocío que lo refresque, y al aire, vientos que lo oreen y purifiquen; y la pompa de las hojas y la gala de las flores y el crecer de las ramas y el ahondar de las raíces todo tiene por fin al fruto.—De la misma manera, en los soberanos designios del Altísimo, la existencia de Jesucristo es el fin y el motivo de toda aquella muchedumbre de gracias y de bendiciones, con que fué prevenida y adornada la santa Virgen; á quien, para que fuese digna Madre de Dios, el cielo le concedió aquella plenitud de gracia santificante, que la preparó, la adornó y hermoseó con un cúmulo de virtudes heroicas y extraordinarias, á fin de que recibiera dignamente y hospedara en el claustro virginal de su casto seno al mismo Hijo Unigénito de Dios Padre. Y así como el fruto es de la misma naturaleza que el árbol, que lo engendra y produce, transformando callada y misteriosamente su misma sabiduría y sustancia en el fruto; así, la santa humanidad del Redentor del mundo no fué criada de la nada, ni formada de otra parte, sino de la misma sangre viva del corazón de María, que, mediante la obra divina del Espíritu Santo, se transformó en sustan-

cia propia humana del cuerpo de Jesucristo ; Quién podrá negar que el fruto es la sustancia misma del árbol? ; Quién dudará que es lo más exquisito y delicado de la flor? La flor misma, que á nuestra vista, sin que sepamos cómo, se transforma en el fruto!

El fruto tiene otra propiedad, que merece atención. Los frutos se forman y cuajan de la misma flor, merced á las leyes de la naturaleza ; así es que, la flor misma es la que se transforma en fruto, produciéndolo de lo más exquisito de ella, y de su más íntima sustancia. ¿Qué parte tiene el hombre en esta maravilla de la naturaleza? Ninguna, absolutamente ninguna: la mano del hombre no toca en esos secretos de la creación, y lo más que podrá hacer será auxiliar á la naturaleza, ya cortando una ú otra rama, ya acercando el riego á la raíz para darle humedad ; pero intervenir en el fruto, producirlo, cuando quiera, ó cambiar las leyes de su formación, eso no le es dado hacer al hombre. En el casto alumbramiento de los frutos, cuando los dan á luz las flores, el hombre no tiene poder alguno. Llamar, pues, á Jesucristo no hijo, sino fruto del vientre de María, era proclamar, de una manera muy significativa, su milagrosa concepción en el seno virginal de María, sin que en ello hubiese tenido parte alguna el hombre: Jesucristo es el fruto de la santa virginidad de María, es la virginidad misma de la Madre, que, al dar á luz á su Hijo divino, no padeció quebranto ni mengua alguna en su pureza.

Todavía nos detendremos más en esta significación de la palabra fruto. Si consideramos atentamente el fruto como el fin del árbol; por aquella relación de causalidad y mutua dependencia que hay entre todas las criaturas, que componen el universo, no podremos menos de reconocer, que todo cuanto existe viene á contribuir de una manera

más ó menos inmediata á la producción del fruto del árbol. El sol con su luz y su calor, la tierra con sus jugos, el aire con las lluvias y los vientos; y para que el sol alumbrase al árbol y lo caliente, y para que la tierra lo sostenga y lo nutra, coopera toda la máquina admirable de este vasto universo, y todo se pone en movimiento para la producción del fruto. Levantemos ahora nuestra consideración del orden puramente natural al orden sobrenatural de la gracia, y reflexionemos un momento sobre la economía sublime de la Encarnación.

II

Dios Nuestro Señor tuvo indispensablemente un fin en la creación de todas las cosas, y ese fin es necesario que haya sido digno de Dios: fuera de la Soberana Esencia, ¿qué cosa hay, ni qué cosa puede haber, digna de Dios? Dios mismo es, por tanto, el único fin digno de Dios. Al sacar, pues, de la nada cuanto existe, Dios no pudo proponerse otro fin, sino su gloria. Y, ¿en qué consiste la gloria divina, sino, como lo hemos repetido ya muchas veces, en la manifestación de los divinos atributos? Dos clases de gloria tiene Dios: la gloria íntima esencial y necesaria: y la gloria exterior y accidental, que recibe de su propia creación. Esa gloria esencial, que es la vida misma de Dios, nace de las relaciones de las tres adorables Personas divinas, en la esencia una é indivisible de la Santa Trinidad, y esta gloria no puede menos de ser necesaria. En la gloria exterior y accidental, siendo como es Dios soberanamente libre para sacar las cosas de la nada, y comunicarles el bien, en el grado que á su Majestad le plazca: ¿quién podrá poner límites á Dios? ¿Quién podrá decir al Señor: de esta manera habéis de hacer manifestación de vues-

tros atributos? O, ¿quién podría haberle pedido que llevara su bondad hasta el extremo de comunicarse personalmente á la criatura, uniéndola á su divina Esencia? Y, no obstante, ved ahí precisamente el término hasta donde llevó Dios su bondad para con la criatura; pues se dignó tomar, en las entrañas virginales de María, la naturaleza humana, uniéndola á su propia esencia divina en la persona del Verbo Eterno.

La Encarnación vino á ser, por tanto, el término de las obras divinas: ¿sería también el fin de de todas ellas, y, por consiguiente, el fin último de la creación? No hay duda que sí. Cuando el Todopoderoso sacó de la nada el universo, tuvo por fin de la creación su propia gloria, y la Encarnación fué el camino admirable, por donde todo lo criado debía tributar á Dios una gloria digna de Dios; así es que, todas las cosas visibles é invisibles tienen por fin á Dios, y se refieren á Jesucristo, subordinando lo menos excelente á lo más excelente; puesto que es muy propio de lo menos excelente estar ordenado, como medio, respecto de lo más excelente. El orden puramente natural está, pues, subordinado al orden sobrenatural; y éste, á su vez, lo está respecto del orden divino de la Encarnación.

Si la gloria divina, por medio de la Encarnación, fué el fin de toda la creación visible é invisible, es claro que todas las cosas han sido criadas para Jesucristo, y se refieren á Jesucristo, como á fin inmediato de ellas, para que, por medio de Jesucristo, se eleven á Dios. ¿Cuál es el fin de las obras de Dios, sino la gloria divina? Y, ¿cuál es el modo que Dios ha establecido para que las criaturas cumplan y alcancen su fin, sino la Encarnación? Todo está, pues, ordenado y se refiere á Jesucristo: porque Jesucristo es, como El mismo Señor se apellida en el Apocalipsis, el principio y

el fin de todas las cosas: *Principium et finis*: todas las cosas han sido criadas para el Verbo Divino humanado; y todas, como dice el Apóstol, subsisten por Jesucristo. *Omnia in ipso constant*.

San Francisco de Sales, en su libro del *Amor de Dios*, hace á este propósito una consideración muy hermosa. Cuando el hortelano planta una viña, dice el Santo, no se propone como fin ni las hojas, ni las flores, sino los racimos; pero, por los racimos, quiere los pámpanos, los sarmientos, las hojas, las flores y cuanto se refiere á la vid. Así, Dios Nuestro Señor se propuso como fin de todas sus obras la Encarnación, y, para recoger este racimo de divina hermosura, quiso la familia humana y en ella la Iglesia, quedando todo ordenado hacia un fin digno de Dios, por medio de Jesucristo. Tal es el misterioso significado de la palabra fruto, con que la santa madre del Precursor designó al Hijo de la Virgen María (1).

Levantárase un tallo de la raíz de Jesé, había dicho Isaías, profetizando la Encarnación; de ese tallo brotará una flor, y, sobre esa flor reposará el Espíritu Santo. ¿Quién es ese tallo que se levantó de la raíz de Jesé, sino la santa Virgen María? y ¿quién es la flor que brotó de ese tallo, sino Jesucristo Nuestro Señor? Ved, pues, cómo la misma Escritura nos ha dado á entender de una manera muy clara el fin de la creación. El universo mundo debía dar de sí una flor, debía florecer; y esa flor suya fué la santa humanidad de Jesucristo, que es la flor, lo más precioso y exquisito de la creación. Todo es, pues, para Jesucristo, todo: desde el grano de arena, hasta el astro rutilante; desde el guzanillo que vive en un átomo de polvo, hasta el

[1] San Francisco de Sales, *Tratado del Amor de Dios*, Libro 2º, cap. 5º.

más encumbrado serafín ! Tal es el fin de la creación : dé esa manera está trazado el plan admirable de las obras divinas.

En el Libro Tercero de los Reyes se cuenta que, en todo el territorio de Israel hubo una sequía prolongada, la cual duró más de tres años : todos los torrentes se secaron ; faltó el agua en los arroyos, y hasta la yerba de los campos, marchitándose, pereció. Movidó á compasión el profeta Elías, subió á la cumbre del Carmelo ; y allí, puesto de rodillas, ocultando su faz con entrambas manos, y profundamente inclinado, hizo oración á Dios : al cabo de un espacio de tiempo, durante el cual había permanecido orando, levantó la cabeza y dijo á su criado : anda y observa el horizonte hacia el mar, para ver si descubres señales de lluvia. Partió el criado ; y, tendiendo su vista hacia el mar, sólo contempló la dilatada llanura de las aguas, que se perdía en lontananza ; más no observó señal alguna de lluvia : volvió á orar el Profeta, y segunda vez mandó á su criado que observase el mar : empero, las aguas estaban tranquilas, el cielo sereno y en el horizonte no se descubría señal alguna de lluvia. Siete veces tornó á orar el Profeta, y siete veces observó el criado el horizonte para descubrir señales de lluvia ; y á la séptima vez, por fin, en el extremo del horizonte y del lado de hacia el Oriente, se divisaba levantándose del mar, una nubecilla, tan pequeña como la huella de un hombre. Esa es, dijo Elías á su criado, la señal de la próxima lluvia ; anda y avísaselo á Acab, diciéndole que parta al instante. Y, en efecto, pocos momentos después, una lluvia copiosa bañaba los campos : la pequeña nubecilla se levantó sobre el horizonte, tomáronla en sus alas los vientos, cubrió todo el cielo y desatóse luego en lluvia abundante. Tal es la narración de la Santa Escritura : veamos ahora su interpretación.

¿Qué significa esa nubecilla, pequeña como la huella, que imprime en el polvo la planta del hombre? Del mar inmenso de las generaciones humanas, se levanta la admirable Virgen tan hermosamente figurada por esa nubecilla, que, en su pequeñez, simboliza muy bien la humildad sublime de la Madre de Dios: si la consideramos desde el punto de vista puramente humano, ¿qué habría dicho la soberbia de los grandes de la tierra acerca de la humilde Esposa del pobre carpintero de Nazaret? ¿Quién habría fijado en Ella sus ojos? y, no obstante, la humilde Virgen es por quien vino la salud al mundo: la tomó bajo sus alas el Espíritu Santo, y, á impulsos de la gracia, creció en santidad; su gloria cubrió los cielos, y sobre la faz de la tierra, enjuta, árida y desecada, descendieron las lluvias benéficas de la misericordia divina; y, para hablar el lenguaje de la Escritura, tras largos siglos de sequedad y desolación, las nubes llovieron al Justo. *Nubes pluant Justum.*

¿Qué significa esa sequía prolongada, en la cual el cielo se mantuvo cerrado, negando sus lluvias á la tierra? ¿Qué significa, sino esa larga época de dolor y de expectación, que precedió á la venida del Redentor del mundo? Toda virtud se había marchitado y perecido; la vena de la santificación estaba exhausta, y sobre una tierra desecada por los vicios no se veía señal alguna de vida en el orden sobrenatural!

Siete veces, en siete edades consecutivas, los Patriarcas y los Profetas habían buscado en el horizonte de los tiempos futuros á la Madre privilegiada del Salvador prometido, y sus ojos, cansados de mirar, habían desfallecido: de Adán al diluvio: de Noé á Abraham: del Padre de los Creyentes á Moisés: de Moisés á David: de David á la cautividad de Babilonia: del cautiverio á la reedifica-

ción del templo y vuelta á la tierra de Judá, la señal de la venida del Justo se iba dilatando: en el horizonte de los tiempos no se descubría la nubecilla, que lo había de dar á la tierra: al fin, en la séptima edad aparece; es llegada la plenitud de los tiempos, y sobre la tierra descende, cual lluvia benéfica, la gracia divina y la redención. ¿Quién la trajo á la tierra? ¿Quién nos la dió, sino María? La Virgen admirable, la Virgen humilde, la Madre immaculada! La tierra estéril se tornó fecunda y brotó al Salvador del mundo, que nació del seno purísimo de María, como el fruto milagroso de su santa virginidad. El tiempo de la desolación había cesado y sobre la triste descendencia de Adán caía la lluvia copiosa de las divinas misericordias.

DEPRECACIÓN.

Conozco, Virgen divina, cuántos y cuán señalados beneficios os habéis dignado hacerme: y muchos otros, sin duda ninguna, habré recibido de vuestra mano liberal, sin conocerlo ni advertirlo: en mis necesidades, en mis angustias, en mis tribulaciones, á Vos he acudido, siempre confiado, siempre seguro de encontrar auxilio, de recibir alivio, de hallar consuelo, y mi esperanza jamás ha salido burlada. Hoy, á Vos vengo, á Vos acudo, delante de Vos me postro, pidiendo para esta mi pobre alma, árida y sedienta, la lluvia ansiada de la gracia. El cielo está cerrado para mí; Vos lo podéis abrir. En mi corazón no aparece señal alguna, ni la más pequeña, de enmienda y mudanza de vida; pero á Vos clamo, á Vos ruego, á Vos os conjuro. ¡oh! María, pidiéndoos que os acordéis de mí, que no me dejéis perecer! Me he puesto pecador á vuestros pies, y quiero levantarme penitente: me he acercado pecador, quiero levantarme arrepentido, cambia-

do, renovado: Madre de Dios, no desamparéis á quien en Vos confia: doleos de un miserable pecador, que para moveros á compasión no tiene más título que su misma desgracia, que su misma miseria; pero para un corazón como el vuestro ése es mi mejor título para ser amparado y favorecido por Vos, oh María.—Amén.

LECCION DÉCIMA CUARTA.

DIA CATORCE DE MAYO.

CONTINÚA LA EXPLICACIÓN DE LA QUINTA Y ÚLTIMA PALABRA DE LA SALUTACIÓN ANGÉLICA: **BENEDICTUS FRUCTUS VENTRIS TUI**, BENDITO ES EL FRUTO DE TU VIENTRE.

I

Explicada la admirable y misteriosa significación de la palabra fruto, con que santa Isabel designó á Nuestro Señor Jesucristo, resta que consideremos ahora el sentido de la expresión bendito, de que se valió la santa para manifestar la divinidad del Hijo de la Virgen. Le llamó fruto, dando á entender que era verdadero hombre, pero concebido por milagro de una manera maravillosa; y le proclamó bendito, manifestando que era verdadero Dios, con lo cual confesó la dichosa madre del Precursor el gran dogma de la Encarnación, siendo la primera que le anunció públicamente al mundo.

Lo primero que se ofrece á nuestra consideración es, porqué santa Isabel no expresó entre quienes, ni de qué manera era bendito el fruto del vientre de María. En efecto, santa Isabel, llena del Espíritu Santo, proclamaba á Jesucristo absolutamente bendito: no dice, que sea bendito entre los hombres, ni entre los ángeles, sino que lo llama bendito, con bendición absoluta; lo que equivalía á manifestar que Jesucristo era bendito por excelencia, y el único absolutamente bendito. Tampoco especifica la clase de bendición que había recibido el Hijo divino de la Virgen, y lo predica bendito, sin enumerar la bendición que se le había concedido. ¿Qué misterio hay oculto en esta manera de bendición, tan extraordinaria?

Recordemos lo que significa la palabra bendición. Como lo ponderamos ya antes, bendecir es lo mismo que conceder bienes; y, según los bienes concedidos, así será también la excelencia de la bendición. Cuando Dios es quien bendice, la bendición es la posesión real y positiva, de todos los bienes expresados en la bendición: cuando el hombre bendice, su poder no alcanza más que á desear bienes para aquel á quien favorece con sus bendiciones. ¿Por ventura, santa Isabel bendecía de esta manera al Hijo de la Virgen? ¿Se debe entender en las palabras de la santa solamente la manifestación de un deseo vivo de que Jesucristo sea llenado de toda clase de bienes? ¡Ah! No: las palabras de santa Isabel no manifiestan un deseo, ni son una deprecación; por el contrario, son terminantemente afirmativas, y contienen una declaración solemne de una verdad relativa á un hecho verificado antes. ¿Cuál es ese hecho? Meditémoslo, á la luz de las divinas Escrituras.

Dios Nuestro Señor es Todopoderoso; y, por este atributo suyo, es Criador, en cuanto, sacando

las cosas de la nada, ha dado ser y existencia á todo cuanto hay en el universo. Más, ¿qué viene á ser la existencia, sino un bien, concedido por Dios á la criatura? Si consideramos, pues, atentamente las circunstancias de la creación, encontraremos que toda ella no es más que un ejercicio de la suma bondad del Altísimo. Imaginemos sino aquel instante, (si es posible expresarse de este modo), de la eternidad, en que existía solamente Dios Nuestro Señor: su vida divina era la plenitud de la felicidad, en aquellas relaciones inefabables de conocimiento y de amor entre las tres santas personas de la adorable Trinidad. ¿Qué podía faltar á tanta Majestad, para ser feliz, es decir, para ser quien es? Delante de la Soberana Esencia yace el seno vacío y pavoroso de la nada, cuyas tinieblas son más oscuras que las de la muerte: la muerte es el fin, ó mejor dicho, la transformación de la vida: en la nada no hay más que el silencio y la tranquilidad de todo cuanto no ha recibido el beneficio de la existencia. Pues, allí, en ese abismo de la nada, se dignó el Altísimo poner sus ojos, para derramar el bien que revosaba en sí mismo. ¡Para derramar el bien! ¿Pero, cómo?... Dios es la misma bondad; y, como de la bondad es atributo ó propiedad esencial el difundirse y derramarse, comunicando y haciendo participantes á otros de la felicidad y bien propio; el Eterno abrió su mano soberana y bendijo los abismos de la nada, haciendo brotar de ellos los mundos innumerables, que forman la basta y estupenda creación. En esa muchedumbre innumerable de mundos, que Dios sacó de la nada, hay tantas y tantas especies de criaturas, que la imaginación se cansaría en vano, si quisiera abarcar el número, ó contar el guarismo de ellas. A todas esas criaturas, y á cada una de ellas, según su clase, les ha dado Dios, no sólo un bien, sino muchos bienes,

haciéndolas de esa manera, en justa medida y proporción, participantes de su bondad infinita.

Más, como Dios Nuestro Señor en esta comunicación de su bondad, es soberanamente libre, elige y determina, con su eterna sabiduría, el bien que ha de comunicar á cada criatura, y la medida, en que se lo ha de comunicar, y el modo cómo se lo ha de conceder. Así pues, entre la innumerable muchedumbre de criaturas se encuentra el linaje humano, que es la gran familia de criaturas humanas racionales, elevadas á la capacidad de alcanzar como fin un bien sobrenatural. Y entre todas esas innumerables criaturas racionales, que forman y componen el linaje humano, el Altísimo predestinó una criatura, un individuo de ese linaje humano, á saber: una alma racional, y un cuerpo humano, á los que determinó, libre y voluntariamente, concederles un bien excelentísimo, el mayor bien posible, el mayor bien que Dios, con ser Dios, podía conceder. ¿Qué bien era ese? ¿Sabéis cuál fué? La misma Divinidad suya ese fué el bien que determinó comunicar! . . .

Dios concedió á unas criaturas un bien, á otras criaturas otro bien: á unas un bien excelente, á otras un bien mayor: á unas la simple existencia, á otras la vida en su grado más imperfecto; á éstas una naturaleza noble, á esas una naturaleza nobilísima, á cada una como le plugo á su infinita bondad. Dió la existencia á los astros, que pueblan los espacios inmensos del firmamento: la vida á las plantas: el vivir y el sentir, á los animales: el vivir, el sentir, el entender y el querer, á los hombres: la vida espiritual á los ángeles: á todas cuantas cosas existen, el bien, en medida y proporción. El Altísimo pudo haberse contentado, nos expresaremos así, con esos beneficios que había repartido á las criaturas; pero, en los inescrutables desiguos de su infinita bondad, determinó hacer un beneficio

tan excelente á las criaturas, que su poder y sabiduría, con ser infinitos, quedasen agotados con el bien que había resuelto dar á la criatura. ¿Qué bien podía ser ese? Ese bien era la unión de la naturaleza humana con su propia Esencia Soberana, en la unidad de una sola Persona divina: lo cual se verificó, cuando, en la plenitud de los tiempos, el Unigénito de Dios Padre, que es la segunda Persona de la santa Trinidad, tomó la naturaleza humana, haciéndose hombre en el seno inmaculado de María.

¿Quién es Jesucristo, sino el mismo Verbo Divino hecho hombre por amor á los hombres? ¿Cuántas personas hay en el Hijo adorable de la Virgen? ¿No es verdad, que no hay más que una sola persona divina, y que esa es la segunda de la augusta Trinidad? Esa alma humana racional, que es el alma de Jesucristo: ese cuerpo humano, que es cuerpo de verdadero hombre; esa naturaleza humana de Jesucristo es una criatura, un individuo del linaje humano, á quien Dios lo tuvo predestinado para concederle, libre y voluntariamente, el mayor bien posible, aun á la misma infinita omnipotencia del Altísimo; y ese bien es la unión con la Esencia Divina en la Persona del Verbo Eterno.

Cuando Dios bendice, concede bienes; y las bendiciones divinas son la posesión de todos aquellos bienes prometidos en la bendición. La concepción del bien mayor y más excelente que Dios puede conceder, será, por tanto, la mayor de las bendiciones divinas; y aquel á quien semejante bendición le hubiere cabido, ese será, por consiguiente, bendito por excelencia, sumamente santo, con santidad divina, en una palabra, el mismo Dios, unido á una criatura, en la unidad de una sola Persona divina. Ved, pues, aquí cual es el misterioso significado de la palabra bendito, con que santa Isabel glo

rificó al Hijo de la Virgen María.

La primera confesión pública y solemne de la Encarnación, la primera confesión pública y solemne de la divinidad de Jesucristo fué, pues, la que, en voz alta y palabras misteriosas, llenas de admirable significación, hizo santa Isabel. Llamando bendito, de una manera general y absoluta, al Hijo de la Virgen, manifestaba la santa, que el Hijo de María era al mismo tiempo el Hijo de Dios. ¿Cómo proclamar que María era Madre de su Señor, si el Hijo de la Virgen no era al mismo tiempo el Hijo de Dios? De dónde á mí, exclamaba la santa, que la Madre de mi Señor haya venido á visitarme. *Et unde hoc mihi ut Mater Domini mei veniat at me?...*

El pueblo judío, guardador de las promesas divinas, y extraordinariamente predestinado por Dios para custodiar las tradiciones religiosas y la revelación, vivía convencido de que el Mesías prometido á los antiguos Padres había de nacer de la familia de David. Y el Mesías, según la célebre promesa hecha por Dios á Abraham, había de ser bendito, con una bendición divina tan excelente, que, mediante ella, serían benditas todas las generaciones de la tierra. Los verdaderos israelitas, aquellos, para cuyo sentido material la Escritura no había sido pervertida con groseras interpretaciones carnales, creían que el Mesías prometido á Abraham, sería el único hijo del linaje humano que nacería bendito, y esperaban que la bendición suya sería la causa, el origen y el fundamento de las bendiciones que se concederían á todos los hombres, sin distinción de razas ni familias.

En Uno, que nacerá de tí, había dicho Dios á Abraham, serán benditas todas las naciones de la tierra. Dos verdades ó dogmas religiosos contenía esta divina promesa: la caída y la maldición, con que fué castigado todo el linaje humano: y la beu-

dición de un hijo de Abraham, por quien todos los hombres serían bendecidos. *Benedicentur in semine tuo omnes gentes terrae* (1). A esta promesa divina, verificada y cumplida ya, aludía, pues, el Espíritu Santo, cuando, por boca de santa Isabel, proclamaba bendito al Hijo de María. *Benedictus fructus ventris tui*, bendito es el fruto de tu vientre, es decir: ¡oh! Hija de David, oh descendiente de Abraham, la gran promesa del Altísimo ha tenido en Vos su cumplimiento: Lleváis en vuestro seno á Aquel, por quien serán benditas todas las naciones de la tierra: sois Madre del Hijo de David, que es bendito por excelencia! Por esto exclamaba, á su vez, la divina Virgen, y, respondiendo á Isabel, decía: Hoy se han cumplido las promesas que el Todopoderoso hizo á nuestros padres, á Abraham y á su descendencia en la serie de los siglos: *Sicut locutus est ad patres nostros, Abraham et semini ejus in saecula* (1). ¡Cuán misterioso y admirable no es el significado de cada una de las palabras de la salutación angélica! . . .

II

Continuemos desenvolviendo el de la palabra bendito.

Diéronsele á Jesucristo toda clase de bienes: los del orden natural, los del orden sobrenatural, los de la gracia y los de la gloria. En Nuestro Señor Jesucristo debemos considerar su divinidad y su humanidad santísima: á Dios y al Hombre. Como Dios, claro es que, siendo Criador de todo cuanto existe inclusa su misma humanidad, tenía sobre todas las cosas aquel dominio absoluto y necesario,

(1) Génesis, cap. 22, ver. 18.

(2) San Lucas, cap. 1, ver. 55.

que no puede, menos de poseer infaliblemente el Criador respecto de lo criado. En cuanto hombre, por estar unido con la persona divina del Verbo Eterno, adquirió soberano derecho á todas las cosas; así, porque á su persona divina todas las cosas le eran debidas, como por que el Señor se las mereció en premio de las excelentísimas virtudes suyas. En Jesucristo no hay más que una sola Persona y esa es divina, la segunda de la adorable Trinidad. ¿Cómo se podrá, pues, ni imaginar siquiera que no le sean debidos todos los bienes? Según el orden establecido por la Providencia, las cosas inferiores están subordinadas á las superiores; y las menos excelentes á las más excelentes; y en el grado de excelencia, lo menos perfecto sirve siempre de medio para conseguir lo más perfecto, y esto es fin respecto de aquello. Más, ¿cómo conocemos la perfección de una cosa, sino comparándola con la divina Esencia? Pues, una cosa será tanto más perfecta cuanto más se acerque á Dios. Aquella humanidad santísima, unida hipostáticamente con la Persona del Verbo divino, ¿podría haber carecido de algún bien? O, mejor dicho, ¿qué bien no le sería debido al Hombre-Dios?

Añadamos á esto que Jesucristo mereció y alcanzó todos los bienes con sus virtudes divinas, obteniendo como premio el derecho á todos los bienes; así de naturaleza, como de gracia y de gloria. Los bienes de naturaleza le eran debidos; porque, estando unido al Verbo divino, siendo el mismo Verbo divino humanado, todo cuanto conviene á la vida natural humana que debía vivir sobre la tierra, le correspondía necesariamente, y á todo ello tenía el más justo derecho. No obstante, ¿qué clase de vida llevó en la tierra? La vida más dolorosa y llena de privaciones que era posible: aquella adorable humanidad, por su unión con el Verbo divi-

no, debía necesariamente gozar de la plenitud de la dicha y del contento, sin que nada de cuanto aflige, molesta y conturba á los demás hombres, le pudiera tocar: porque el estado natural, dirémoslo así, tanto del alma como del cuerpo de Jesucristo, debió ser el estado glorioso; la unión con el Verbo así lo estaba exigiendo. Y si lo consideramos atentamente, la vida natural propia de los hombres mortales en este mundo, era necesariamente imposible para el Hombre-Dios. Jesucristo vivió esa vida suya humana semejante á la nuestra, por un milagro no interrumpido. Tenía derecho á todos los bienes; y voluntariamente renunció al goce de todos ellos, y llevó en la tierra una vida sometida al sufrimiento y al dolor. Ved aquí como adquiere un nuevo derecho á los bienes naturales: y esos bienes le pertenecen no sólo como á Dios, sino como á hombre.

Los bienes de la gracia le pertenecen al Redentor, asimismo por un doble derecho, es decir: por su unión con el Verbo divino en cuanto hombre, pues, (como lo hemos hecho notar ya antes); Jesucristo es el mismo Unigénito de Dios Padre humanado; y por los infinitos merecimientos suyos. Los bienes de la gloria son el premio, que de justicia le era debido. Esa posesión inefable de todos los bienes, ¿no merecía, acaso, que Jesús, el Hijo de la Virgen, fuese llamado bendito por excelencia? Sí: á eso estaba dirigida la exclamación de santa Isabel.

Sin embargo, no hemos considerado todavía toda la admirable significación de esta palabra bendito, *benedictus*, aplicada á Nuestro Señor Jesucristo. Anunciando el Altísimo la redención del linaje humano, y prometiéndole á Abraham que de entre sus descendientes nacería el futuro Redentor, le dijo estas palabras: En Uno de tus descendientes serán benditas todas las naciones de la tierra:

In simine tuo benedicentur omnes gentes. ¿Qué significan estas palabras? ¿Cuál es el sentido de ellas? ¡Su sentido es admirable y muy digno de nuestra ponderación!

Recordemos que el hombre es criatura de Dios, que el Todopoderoso, al sacarlo de la nada, no pudo menos de proponerse un fin digno de su infinita sabiduría. Ese fin, como muy bien lo sabemos, es sobrenatural y consiste en la posesión de la eterna bienaventuranza. De aquí se deduce claramente cual sea la condición de la vida humana sobre la tierra: vivimos vida de prueba, y, mientras estamos detenidos en este mundo, vamos peregrinando, según el lenguaje del Apóstol; porque nuestra mansión está en el cielo, y aquí en el mundo, no tenemos ciudad permanente: *Dum sumus in corpore peregrinamur: non habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus.*

En esta vida de prueba, que dura para nosotros lo que el tiempo de nuestra permanencia en este mundo, recibimos, pues, los bienes puramente temporales, como medios, de los cuales debemos servirnos para alcanzar nuestro fin sobrenatural. Más, ¿qué es lo que hacemos cuando pecamos? ¿Qué es el pecado? . . . El pecado no es otra cosa, sino la libre y voluntaria renuncia que hace la criatura racional de su fin sobrenatural: el hombre conoce que, cuando peca, pierde el derecho á la eterna bienaventuranza; y, no obstante ese conocimiento, abusando de su libre albedrío para pecar, en cuanto está de su parte, renuncia á la posesión de la eterna bienaventuranza. Tal es la espantosa consecuencia de un sólo pecado mortal, cometido advertida y deliberadamente.

Y una criatura racional, que así renuncia á su destino eterno, ¿tendrá derecho á que se le concedan los bienes temporales? Quien renuncia al fin,

¿podrá tener derecho á los medios?... Nuestra misma vida temporal debía, pues, terminarse aquí en la tierra, desde el momento, en que, por el pecado, renunciamos á nuestro fin sobrenatural: en el instante mismo, en que pecamos, deberíamos morir... ¿Para qué hemos sido criados? ¿Para qué se nos ha dado la existencia? ¿No es cierto, que hemos sido criados para alcanzar la posesión del fin sobrenatural? Y por el pecado renunciando á ese fin, renunciamos al motivo de nuestra creación. ¿Qué debería, pues, hacer con nosotros el Señor? ¡Ah! Debía al instante quitarnos la vida, privarnos de la existencia y dejarnos perdidos para siempre; pero, como su Divina Majestad conoce que somos capaces de arrepentimiento, nos conserva la vida y continúa dándonos los bienes temporales que necesitamos, hasta que llegue el día de concedernos el perdón, y volvernos el perdido derecho á nuestra eterna bienaventuranza. Más, esta paciente clemencia divina, no puede menos de tener un fundamento, digno de Dios y de su infinita grandeza. Porque ese fin sobrenatural, cuya posesión renunciamos por el pecado, es el mismo Dios: esos medios sobrenaturales, sin cuyo auxilio no podríamos salvarnos, son la gracia divina de precio infinito. Conviene, pues, que la soberana bondad de Dios tenga motivos justos para usar con el hombre de tanta misericordia, perdonándole en la vida innumerables veces, y concediéndole otras tantas su gracia y su amistad. ¿Qué motivos pueden ser esos? ¿Sabéis cuáles son?... Esos motivos, fundamento para la clemencia divina respecto del hombre, son los méritos infinitos de Jesucristo.

Los bienes puramente naturales son de Jesucristo, y suyos son también los bienes de la gracia y los bienes de la gloria; y ese derecho que el Redentor adquirió á todos esos bienes, nos lo traspasó

á nosotros; y, en atención á Jesucristo, se nos conceden los bienes naturales de la vida presente, los bienes sobrenaturales de la gracia divina y los bienes eternos de la gloria. No hay, pues, ni ha habido hasta ahora, ni habrá jamás un sólo individuo siquiera del linaje humano, que no deba todo cuanto es y todo cuanto tiene á Jesucristo. Remontémosnos á más altas y profundas consideraciones.

Los doctores opinan de dos maneras en punto á la Encarnación del Verbo Divino. Unos piensan que se habría verificado, aun cuando nuestros primeros padres no hubieran pecado: más entonces no habría habido redención dolorosa. Otros enseñan que la Encarnación se verificó para redimir al hombre, y que no se hubiera consumado tan admirable misterio, si el hombre no hubiese pecado. Cuando Dios Nuestro Señor quiso dar al hombre un fin tan admirable, tan superior á nuestra pura naturaleza: cuando nos preparó en la gracia divina los auxilios necesarios para conseguir ese fin, claro es que el Altísimo tuvo motivos que justificasen, dirémoslo así, ante los ojos de su sabiduría infinita las obras de su bondad inagotable. Esos fundamentos los encontramos en la Encarnación y en la Redención, por cuyo medio Dios debía ser infinitamente glorificado. ¿Quién se atreverá á escrutar aquellos secretos profundísimos de la Majestad divina?

¿Nos atreveremos á investigar esos abismos adorables de la Encarnación? ¿Quién podrá sondar esos arcanos divinos? ¡Adorémoslos en silencio, adorémoslos en humilde silencio y reverencia profunda! Y para nosotros los pobres descendientes de Adán bástenos saber, como nos lo enseña la Iglesia, que el Verbo divino se hizo hombre por amor á los hombres, por causa nuestra y para salvarnos. *Propter nos homines et propter nostram salutem.*

Perdido por el pecado el derecho al fin sobrenatural, inmediatamente hace Dios al hombre culpable la promesa de la redención. ¿No se ha dado, pues, á entender bien claro que el linaje humano se conservará, para ser redimido? y, ¿á quién deberá entonces su conservación, sino es al Redentor prometido? En la conservación del estado de inocencia, el Hijo de Dios humanado es el fruto precioso, la flor que debía dar de sí la creación: en el estado de la naturaleza caída, el Redentor es ese mismo fruto precioso, que brota de la creación, con un cúmulo de virtudes y de merecimientos tan extraordinarios y tan admirables que sería imposible encontrarlos semejantes en el estado de la inocencia original.

A Jesucristo le debemos, pues, la gracia divina y la redención; y no solamente estos beneficios, sino la misma vida temporal y la conservación de ella en el mundo. Los mismos que no conocen al Redentor, aquellos, que jamás han oído pronunciar siquiera su santo nombre, le son deudores de la existencia y de todos los bienes temporales que dependen de ella: los que blasfeman de la fe, los que la niegan y escarnecen, todos le deben cuántos bienes tienen, poseen ó gozan en este mundo, porque el linaje humano fué criado, existe y se conserva por Jesucristo y para Jesucristo. Y cada individuo y cada nación desempeña un ministerio, y tiene un fin íntimamente ligado con la gloria de Jesucristo. El hortelano que planta la viña, quiere no solamente los racimos de ella, sino las hojas, los bástagos, los sarnientos, las flores y todo cuanto con la vid está íntimamente relacionado; y, si conociéramos profundamente los secretos de la naturaleza, nos convenceríamos de que en la vid no hay ni una hoja siquiera ociosa, autes todas y cada una tienen su ministerio relativo á la fructificación.

¡ Cuántos beneficios no encierra el sólo beneficio de la conservación ! Para conservar nuestra vida, el Todopoderoso emplea y pone en juego la máquina del universo entero: desde el planeta, en que habitamos, hasta esos mundos, que parecen perdidos allá en el fondo del espacio, todo contribuye á nuestra conservación. En efecto, nuestra vida es como la tenue llama de una bujía: para apagarla bastaría un soplo muy ligero, y Dios vigila para que no venga ese soplo, sino el momento en que hayamos concluido el encargo providencial de nuestra existencia sobre la tierra. Para que se conserve esta nuestra vida temporal, es necesario un cierto y muy determinado grado de calor: un aumento pequeño en aquel grado preciso, calculado para la vida, una disminución serían causas poderosas para destruirnos al instante: y, para mantener ese preciso grado de calor, que ha menester nuestra vida humana, es indispensable que el sol nos envíe sus rayos, y que se mantenga, sin variar, á la misma determinada distancia respecto de la tierra, y que ésta haga medidamente sus movimientos diurno y anual, y, en fin, que toda la admirable máquina del universo guarde el equilibrio en que ha puesto los mundos la mano poderosa del Criador. Esa mano adorable conserva y mantiene la vida en la tierra, sosteniendo siempre en el fiel la balanza, en que se pesan y equilibran los mundos. Ved ahí la profunda significación de la palabra bendito, con que santa Isabel, saludando á la Virgen María, alabó el fruto divino de su seno inmaculado.

Si pensáramos y reflexionáramos despacio en esta verdad, no podríamos menos de sentir nuestros corazones santamente abrasados en el fuego del amor divino: sentiríamos nacer en nuestros pechos el reconocimiento hacia nuestro Criador, y la gratitud por los beneficios que hemos recibido y recibi-

mos constantemente de sus bondadosas manos. Nuestro olvido es grande, nuestra falta de reflexión muy culpable.

De todos cuantos bienes gozamos, aun en el puro orden natural, somos deudores á Nuestro Señor Jesucristo, quien se llama bendito, precisamente porque posee todos los bienes de naturaleza, de gracia y de gloria, y porque se ha dignado hacernos á nosotros participantes de ellos: no hay individuo alguno del linaje humano, que no deba á Jesucristo los bienes que de Dios haya recibido: y aun la existencia misma, fundamento de todos los bienes, á Jesucristo se la debemos; pues, por las relaciones íntimas, que, en los desiguos divinos, unen y enlazan la gloria divina con la existencia del linaje humano y con la Encarnación, ningún hombre es criado, sino con subordinación á ese fin último de las obras de Dios, dentro de sus designios eternos.

De la Encarnación, apenas alcanzamos á entender aquello que está en relación con nuestra salvación eterna: pero, ¿ese será, acaso, el único fin de la Encarnación? ¡Oh! ¡Qué misteriosos abismos estarán ocultos en esa obra divina tan estupenda! Adorémoslos en silencio, y rindamos al Señor humilde agradecimiento por sus innumerables beneficios, exclamando, con todo fervor: bendito es el fruto del vientre inmaculado de la Virgen María! Por Jesucristo nos han venido á nosotros todos los bienes: bendigámosle mil veces, bendigámosle sin cesar! . . .

En el sagrado libro del Génesis encontramos, en el nacimiento milagroso de Isaac, una figura profética de la admirable concepción del Verbo divino en las entrañas purísimas de la augusta y santa Virgen, hija de Abraham, hija de David.

Sara, estéril, concibe y da á luz un niño, cuyo nacimiento regocija el hogar de Abraham: Sara era

ya anciana, y el Patriarca Abraham también muy entrado en años: no obstante, esa anciana estéril concibe por milagro y da á luz un niño, á quien se le pone un nombre significativo y se le llama Isaac, que quiere decir risa, para que, hasta con su mismo nombre, ese hijo de las promesas, ese hijo de las bendiciones recuerde á sus padres la alegría de que los llenó con su nacimiento.

María es una doncella que se ha consagrado á Dios con voto de virginidad: y vedla ahí hecha madre de un modo extraordinario y milagroso; y su divino alumbramiento deja intacta y sin quebranto su pureza virginal: y al Niño, que ha nacido de su seno y que Ella estrecha á su regazo, le ha puesto también un nombre misterioso y le ha llamado Jesús, que significa Salvador, verdadero Isaac, verdadera risa, verdadero regocijo para todo el linaje humano, á quien venía ese Niño á redimir: verdadero Isaac, verdadera risa y contento, porque ese Niño divino con su nacimiento ha hecho la paz entre el cielo y la tierra, y, por eso, sobre su cuna, la cuna del Salvador recién nacido, los ángeles le cantaron á la tierra cánticos de regocijo.

Y en ese anciano Patriarca, agoviado por los años, que contempla, sumido en admiración al hijo de las promesas en el regazo de su esposa, milagrosamente fecundado; en Abraham, ese venerable padre de los creyentes, ¿no os parece ver al Eterno Padre, inclinado sobre el mundo, y contemplando en el regazo virginal de María á su muy amado Hijo Unigénito, en quien tiene puestas sus inefables complacencias? El día en que nació Isaac los tabernáculos de Abraham se transformaron en moradas de contento, y el viejo Patriarca no se sació de contemplar á ese hijo, cuyo nacimiento había traído al ya silencioso hogar, en las postreras épocas de la vida, las dulzuras y los encantos de la edad

florida: y Dios Padre, ese anciano de días, como le llama la Escritura, cuyos años son eternos, puso sus ojos en la tierra, y aquí, en esta mansión de llanto y de miseria, vió el Eterno su Imagen, la Figura de su sustancia, y el Esplendor de su gloria en la faz de un Niño ternuzuelo, y en aquel tan encantador aspecto de delicadeza y de debilidad, el Altísimo reconoció sus atributos soberanos, y el Todopoderoso no desconoció su omnipotencia.

María, llevando en sus brazos virginales á su divino Niño, anuncia risa y regocijo á todo el mundo, porque ese Niño es de quien San Juan Bautista exclamó al verlo: mirad ahí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. *Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccatum mundi* (1). Y por ese Niño divino el linaje humano recibió toda clase de bienes y el mismo derecho á la vida eterna.

DEPRECACIÓN.

A. Vos acudo, á Vos vengo, á vuestro patrocinio me acojo, ¡oh María! oh Virgen inmaculada, única esperanza de los pecadores: si Vos nos deshecháis, ¿a quién acudiremos? Si Vos nos desamparáis, ¿qué será de nosotros? Si Vos, tan misericordiosa, tan compasiva, cerráis los oídos á nuestros clamores, ¿quién los escuchará benignamente? . . .

A. Vos acudo, á Vos vengo; vuestra misericordia imploro, oh María: no me desamparéis, no me desamparéis! Si de vuestros pies me levanto desamparado, ¿en quién pondré ya mi esperanza? Si Vos me deshecháis, mostradme otra Madre mejor, mostradme otra Virgen María mejor que Vos, y á ella correré al instante. . . . Dadme otra Madre de Dios mejor que Vos, mostradme otro Dios más bondado-

[1] San Juan, cap. 1, ver. 29.

so que vuestro Hijo, y á ese acudiré á pedirle misericordia, al instante. . . . Pero, ¿quién puede ser mejor que Vos? ¿quién puede ser más misericordioso y compasivo que Jesucristo? A Vos vengo, pues, Madre admirable, á Vos acudo, Madre de la divina gracia; á vuestro patrocinio me acojo Madre de misericordia. . . . ¡Oh vida nuestra! no me dejéis perecer en manos de los enemigos de mi salvación eterna. Jamás ha sido burlado el pecador que depositó en Vos su confianza: en Vos la tengo yo depositada y no pereceré eternamente.—Amén.

LECCION DÉCIMA QUINTA.

DIA QUINCE DE MAYO.

EXPLICACIÓN DE LA PALABRA JESUS, CON QUE TERMINA LA PRIMERA PARTE DE LA SALUTACIÓN ANGÉLICA.

I

La primera parte de la Salutación angélica termina con el nombre santísimo de Jesús; el cual fué añadido por la Iglesia Católica inmediatamente después de las palabras de santa Isabel, para concluir así, con la expresión del nombre propio del Hijo de Dios humanado, el elogio dirigido á la divina Virgen.

Nada más natural que la expresión de ese nombre adorable después de las palabras, con que termina la primera parte de la Salutación angélica.

En efecto, ¿qué significan esas palabras que medítamos ayer? á quien se refieren, sino á Jesucristo, el Verbo humanado, nacido milagrosamente de la Virgen? Natural era, pues, pronunciar el nombre de Jesús, que es el nombre propio del Verbo humanado, inmediatamente después de las palabras que lo designan, como el fruto bendito del vientre virginal de María.

Y ¿cuál es el fin que se ha propuesto la Iglesia al enseñarnos á pronunciar en la Salutación angélica ese sagrado nombre? Conviene que conozcamos la intención de la Iglesia, para que pronuncie-mos dignamente ese nombre adorable, siempre que lo repitamos en la Salutación angélica. ¿Qué fin se ha propuesto, pues, la Iglesia? La Iglesia, recordándonos el nombre santísimo de Jesús, ha querido traernos á la memoria necesariamente el recuerdo de la persona adorable del Redentor, pues, para no olvidarnos de una persona, nada es tan conveniente como pronunciar á menudo su nombre. Hablar de una persona indicándola por medio de expresiones más ó menos significativas, contribuye indudablemente al recuerdo de ella; pero nada contribuye tanto, como pronunciar con frecuencia su nombre propio, aquel nombre, con que es llamada y conocida de todos. El nombre santísimo de Jesús, pronunciado al terminar la primera parte de la Salutación angélica, no puede menos de hacernos pensar en nuestro Redentor, á quien nos lo pone delante de la memoria ese nombre propio suyo, con que fué conocido y distinguido entre los hombres, mientras vivió vida mortal en este mundo.

Ese nombre, que trae á nuestra memoria la persona adorable de Jesucristo, debe encender nuestros corazones en amor, gratitud y reconocimiento hacia nuestro Salvador. Jesús significa Salvador: y, cuando pronunciamos ese nombre, nos acordamos

de los inmensos beneficios, que debemos á Jesucristo. La idea y el recuerdo de la salvación nos hacen pensar necesariamente en los males de que fuimos librados. Esos males eran incomparables, y en la criatura no había recurso alguno para la salvación; y Jesucristo no sólo nos libertó de todos aquellos males, sino que, al mismo tiempo, nos llenó de bienes innumerables: fué una salvación completa, fué una salvación sin medida, inagotable, y en la que la bondad divina, si es permitido hablar de esta manera, se excedió á sí misma: no le bastó librarnos de todos los males, sino que nos colmó de toda clase de bienes.

Estábamos condenados á la muerte, y nos dió el derecho á la vida, haciéndonos herederos de la gloria: las puertas del cielo estaban cerradas para nosotros, y nos las abrió: pesaba sobre nosotros una maldición, y nos llenó de bendiciones. Y; ¿cómo nos salvó, sino tomando sobre sí nuestros pecados? Sobre Jesucristo puso Dios Padre todas nuestras iniquidades: vióse el Salvador cargado con ellas, herido por la mano de Dios y humillado; más las llagas suyas fueron nuestra salud: *Libore ejus sanati sumus.* El hombre enfermo vió que su Médico divino tomaba para sí nuestras dolencias, y hé aquí que, según la expresión del Profeta, el Médico celestial se presentó, á la vista de los ángeles y de los hombres, como un leproso, en cuyo cuerpo, desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza, no había parte alguna sana. Para calcular, pues, la grandeza del beneficio de la redención, sería necesario que hubiésemos podido conocer perfectamente cuál hubiera sido la suerte del hombre, si, en los insondables arcanos de la misericordia divina, permitiéndose la caída original, no se hubiese decretado también la redención. Más, ¿cómo será posible conocer ese estado, si en el momento mis-

mo de la caída principian ya los beneficios y las gracias de la redención? Si en el momento mismo de la caída, la acción de la gracia se deja sentir ya sobre los culpables, inspirándoles rubor y vergüenza? Si al punto, la acción suavísima de la gracia visitó sus almas, moviéndolas al dolor y al arrepentimiento? ¿De dónde esa gracia sobrenatural concedida á los culpables, sino de la redención futura? La sangre expiatoria de la futura Víctima divina estaba obrando esas maravillas: así es que, para conocer los males de que Jesucristo nos salvó, es necesario del Edén pasar á la montaña del sacrificio; del Paraíso al Calvario. Es necesario contemplar al Redentor padeciendo por nosotros, para conocer los males de que nos salvó.

¿Cuál es el aspecto del Salvador, muerto en el patíbulo de la cruz? ¿Dónde encontramos su sangriento cadáver? Lo encontramos colgado de un patíbulo infame, hecho objeto de la befa, del escarnio y del horror de todo un numeroso pueblo, que lo detesta y lo abomina, como á un sedicioso, á un engañador, á un blasfemo: para Jesucristo no ha habido compasión, no ha habido compasión ni lástima, afectos que el corazón humano siente hasta por un miserable y vil animal: á Jesucristo se le ha dado muerte en medio de un pueblo inmenso, que no sólo ha presenciado con gusto el suplicio, sino que ha pedido con furor su ejecución! Hé ahí lo que yo merecía. . . Para mí, que pequé contra Dios, no debía haber habido ni lástima, ni indulgencia; la indignación divina debía haberse descargado sobre mí, y todas las criaturas debían haberse conjurado también en mi ruina. . . ¿qué digo en mi ruina? ¿En mi castigo! El que se reveló contra su Criador, ¿merecía existir? El que ofendió á su Bienhechor, no merecía afrentas y humillaciones? ¿De qué podría haber sido digno el que

de la existencia misma era indigno? . . .

Pero el sagrado cadáver del Salvador no solamente está pendiente de un patíbulo afrentoso, sino que lleva también en sí mismo las señales de cruelísimos y multiplicados dolores: en su rostro adorable están estampadas las huellas de una angustia y de una agonía intensa y prolongada: magullado por golpes y bofetadas, empapado en la sangre que ha corrido en abundancia desde la cabeza; cárdeno y lívido, está manifestando, así los secretos padecimientos que afligieron al alma, como los dolores corporales, de que estuvo acompañada su agonía. . . . En todas las heridas, cardenales y llagas de aquel sagrado cuerpo se pueden ir repasando uno por uno sus dolores y sufrimientos, sin que pueda encontrarse parte sana, ni miembro sin dolor. Y la tristeza mortal, y el tedio profundo, y el pavor horroroso y el abandono desolador de aquel corazón divino, á quien le plugo sumergirse primero en un mar de amargura antes de morir, ¡oh! ¿cómo están clamando que eran grandes los males que habrían caído sobre los pecadores, si el Señor no se hubiese dignado misericordiosamente librarlos, por medio de los dolores de su Hijo Divino! . . .

Esa muerte dolorosísima y afrentosa estuvo precedida de una vida pasada toda en la pobreza y en el trabajo: pobreza, llevada hasta la falta absoluta de lo necesario: trabajo, humilde y penoso, ejercitado durante largos años, con paciencia y constancia admirables, en el modesto taller de un artesano en Nazaret. Esa muerte, injusta y cruel, había sido precedida de las más grandes virtudes, y de tres años continuos de la enseñanza de una doctrina divina, que debía salvar al mundo: y la ingratitud y la traición y el odio ciego se conjuran para dar muerte al que venía á darnos la vida! Hé ahí cuán graves eran los males que debieron haber caído so-

bre nosotros, si el Señor no se hubiera dignado misericordiosamente salvarnos de ellos, por los méritos infinitos de Jesucristo, Nuestro Redentor.

Nace el divino Niño; y á los ocho días de nacido recibe en su cuerpo delicado la humillante marca de la circuncisión, dando principio de este modo, ya desde la cuna, al ejercicio doloroso del ministerio de Redentor de los hombres; y entonces, en la ceremonia legal, cuando la sangre empapaba sus miembros tiernos y delicados, y entré los sollozos de dolor y la contristada solicitud de la Virgen Madre, se le impone el nombre misterioso de Jesús, que las potestades del cielo y las potestades de los abismos escucharon hincadas de rodillas. Era ese nombre inefable el nombre propio, con que había de ser llamado en los cielos y en la tierra el Verbo Eterno humanado.

Y ¿quién ha impuesto al Redentor ese nombre, tan misterioso? Ese nombre sagrado le fué impuesto por Dios Padre, el único á quien correspondía imponer nombre á su Hijo Unigénito, hecho hombre para salvar á los hombres. María, instruída por el Espíritu Santo, llama al Hijo divino de sus puras entrañas con el nombre de Jesús, porque ese nombre le ha sido mandado poner por el Angel aun antes de que fuese concebido. Con ese nombre será invocado en los cielos y en la tierra: con ese nombre será bendecido en el tiempo y en la eternidad!

La Iglesia quiere que lo pronuncemos como una confesión y protesta de nuestra fe en la divinidad del Salvador de los hombres: llamarlo Jesús es confesar que el Hijo de la Virgen no es un puro hombre, porque una pura criatura, por santa é inocente que se imagine, no habría podido salvar ni redimir al linaje humano, de los pecados con los cuales tenía ofendida la divina justicia: y, si fuera simplemente un Dios, tampoco habría podido sal-

varnos, porque en tal caso le hubiera sido imposible padecer, para expiar con su pasión nuestros pecados. Confesemos, pues, nuestra creencia en Jesucristo, reconociéndola por verdadero Dios y por verdadero hombre, siempre que pronunciamos el adorable nombre de Jesús, al terminar la primera parte de la Salutación angélica. Confesemos nuestra fe en el Salvador, y excitemos en nuestros corazones los sentimientos y afectos de adoración, amor, reverencia y agradecimiento, de que debemos estar poseídos al pronunciarlo: adoración profunda; amor hasta el sacrificio; reverencia humilde y agradecimiento sin término ni medida: adoración á nuestro Dios, que nos ha criado de la nada, adoración al Verbo Eterno, por quien y en quien han sido hechas todas las cosas, adoración al Dios-Hombre, que nos redimió con su cruz y su pasión: amor al que nos amó hasta dar su vida por nosotros en una cruz: reverencia, á Aquel, cuyo nombre inefable pronuncian de hinojos los ángeles en el cielo; á Aquel, cuyo nombre escuchan postrados y temblando los demonios en el infierno: agradecimiento sin límites, sin medida, á nuestro Salvador, que nos redimió de todo mal y nos colmó de todo bien: males eternos, de que nos salvó con su pasión: bienes eternos, de que nos llenó con los méritos de su sangre: adorable. ¿Cómo poner límites al agradecimiento, si el beneficio fué inmenso? ¿Cómo tasar ni medir la gratitud, si el amor fué infinito? Amemos, pues á Jesús, con todo nuestro corazón, y amémoslo sin medida, porque, como muy bien dice San Bernardo, la única medida de nuestro amor debe ser amar á Jesucristo sin medida, sin poner límites á nuestro amor.

II

Según las costumbres y leyes del pueblo hebreo, á los ocho días de nacido un niño se practica:

ba con él la ceremonia de la circuncisión, y entonces era cuando se le imponía el nombre: así se hizo puntualmente con el Redentor. Al día octavo de su nacimiento, teniéndolo en sus brazos la Virgen, el ministro de la circuncisión estampó en el cuerpo sagrado del divino Infante la dolorosa y humillante marca del pecado, mediante la cual el Hijo de Dios aparecía delante de su Eterno Padre como víctima voluntaria para expiar los pecados del mundo: la misma inocencia se revestía con el aspecto y señales del culpable.

Pero, á diferencia de todos los demás niños, que, por las condiciones de su tierna edad, no eran capaces de tener conciencia de lo doloroso y humillante de aquella ceremonia, Jesucristo conoció y sintió cuanto se practicó en su cuerpo adorable en aquellas circunstancias, haciendo un acto sublime de divina humildad. La Virgen vió correr entonces la sangre de su Hijo santísimo; y, ponderando el grande significado del misterioso nombre de Jesús ó Salvador, que entonces se le impuso, comprendió cuán dolorosa había de ser para su divino Hijo la redención con que tenía de salvar al mundo. Y, ya desde aquel momento, ese nombre dulcísimo de Jesús se convirtió para la Virgen en amargo, y muy amargo, anuncio de la pasión y muerte dolorosa de su Hijo: y, ya desde aquel instante, no pudo pronunciar ese nombre sagrado, sin que se le enterneciera el corazón y llenaran de lágrimas sus ojos. Ese santo y augusto nombre era un presagio de dolores y de padecimientos para el corazón de la Madre!.

Pocos días después, en la visita y adoración de los Magos, el alma sensible y contemplativa de la Virgen volvió á recibir una herida nueva con los simbólicos y figurativos dones, que presentaron los Reyes al divino Niño. La mirra le puso delante de los ojos de la consideración la muerte y la sepultu-

ra de su Hijo; y la Virgen en los mismos santos regocijos de Belén encontró causas poderosas para llenarse de dolor. Esa mirra anunciaba que un día aquel tierno infante, que descansaba en los brazos virginales de la Madre, estaría reposando en el sepulcro, después de haber dado cima á la dolorosa redención del mundo!

De este modo, la misma imposición del nombre de Jesús causó á la Virgen vivo dolor, anunciando la dolorosa muerte que aguardaba á su Hijo santísimo; pero también se consoló considerando los grandes bienes que el Salvador traía á la tierra, y los males de que libertaba al linaje humano. La sangre, que tan temprano principiaba á derramar generosamente el Redentor, sería el precio con que granjearía para la gloria y la bienaventuranza eterna á la Iglesia, comprada así, como nos dice el Apóstol, con tan preciosa sangre.

María lo conocía muy bien, María veneraba en silencio, con santa admiración, estos grandes misterios, y se regocijaba meditando en su corazón los beneficios que derramaría sobre el linaje humano el Salvador del mundo. Ya desde entonces veía en espíritu á la Iglesia y la amaba y la bendecía y oraba por ella. ¡La Iglesia, comprada ó adquirida por Jesucristo con el precio infinito de su sangre adorable! ¿No la había de amar la Virgen? No la había de amar con amor profundo, con amor inmenso, conociendo como conocía que le había costado á Jesucristo su sangre preciosa, su sangre divina?..... Una de las mayores maravillas del corazón inmaculado de la Virgen es su amor á la Iglesia, su patrocinio sobre ella y esa solicitud maternal para con todo lo que se refiere á la Iglesia. Ignoraría, por tanto, lo que es la divina Virgen el que no conociera el amor que Ella tiene á la Iglesia Católica, fundada por Jesucristo, su Hijo y nuestro Señor, á la

Iglesia lo repetiremos una vez más con el Apóstol, adquirida por el Redentor mediante el precio infinito de su sangre divina. *Ecclesia Dei, quam acquisi- vit sanguine suo* (1).

DEPRECACIÓN.

¡ Oh ! María, Virgen inmaculada, hija primogé- nita de la santa Iglesia Católica : Virgen bendití- sima, Madre de los creyentes, desde el cielo, donde estáis reinando con Dios, volved los ojos hacia el piélago de este mundo, y contemplad cómo la Igle- sia se halla por todas partes combatida de vientos furiosos, de tempestades desencadenadas : sus en- señanzas, sus misterios, sus sacerdotes, sus institu- ciones y todo cuanto le pertenece es objeto de odio, de escarnio y de befa sacrilega, y en tan deshecha borrasca naufragan innumerables almas ! Vos amáis á la Iglesia, la amáis con amor de hija, porque sois su hija primogénita, y en vuestra sagrada persona estuvo representada la Iglesia á los pies de la cruz en el Calvario : dadle buenos y excelentes pilotos, ponedle buenos y excelentes custodios. El Divino Salvador la representaba bajo la apasible imagen de un rebaño con un Pastor. Pastora soberana de las almas, poned sobre vuestro rebaño pastores vi- gilantes : Madre del Buen Pastor, librad siempre de pastores indignos al rebaño de los fieles : no per- mitáis jamás, sí, no permitáis jamás, que pastores indignos lleguen á empuñar en sus manos el cayado espiritual ; sí, nunca lo permitáis, oh María ; acor- daos de que la Iglesia fué comprada para Dios con la sangre preciosa de Jesucristo, y no es justo que la destrocen pastores, dados á los pueblos por la ira y no por la misericordia divina.—Amén.

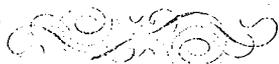
(1) Hechos de los Apóstoles, cap. 20, ver. 28.

NOTA A LA LECCION OCTAVA.

Gravísima cuestión es en la Teología dogmática la de explicar la libertad y el mérito de Nuestro Señor Jesucristo y su impecabilidad, atendido el precepto expreso, *Mandatum*, de morir para la redención de los hombres, que le fué impuesto por Dios Padre, como á hombre, y en cuanto hombre, inferior á Dios Padre.

Varias explicaciones han discurrido los Doctores: la Escuela Tomista con Lemos, Billuart y principalmente Gázaniga da una solución algún tanto sutil: las que dan los Padres Petavio, Vázquez, Charmes y Tournely no pueden aceptarse completamente, pues hay contra ellas algunas dificultades de peso. Por lo cual creemos indispensable recordar las enseñanzas dogmáticas, que se deducen de la Escritura Santa.

Hubo precepto de redimir al linaje humano, y San Pablo pondera que Jesucristo obedeció, y que murió, y con muerte de cruz, para obedecer libre y voluntariamente á Dios Padre; pues, si no hubiera sido libre para obedecer, su obediencia no habría sido meritosa. Mas, ¿no convendrá distinguir el precepto, del modo de cumplir lo mandado? La voluntad divina, ¿sería tan expresa respecto de la redención, como respecto de todas las circunstancias de ella? Para la satisfacción de estricta justicia era indispensable el mérito infinito del Hombre Dios; y la misma oración de Jesucristo era ya de precio infinito, de donde resulta esa asombrosa grandeza de la redención, mediante la pasión y la muerte del Salvador. Dios quiso que Jesucristo redimiera á los hombres muriendo por ellos: pero, con la misma clase de voluntad, ¿querría también todas las circunstancias terribles de la pasión y de la muerte del Redentor?



SUMARIO.

LECCION PREPARATORIA.

Para el último día del mes de abril.

	PAGS.
CUAN PROVECHOSA SEA LA DEVOCION DEL MES DE MARIA.	
Devociones cotidianas.—Sus efectos saludables.—Beneficios sobrenaturales que se reciben practicando la devoción del Mes de María.—Facilidad de practicar la devoción del Mes de María.—No hay excusa alguna para no practicarlo.—Deprecación.....	7

LECCION PRIMERA.

Día primero de Mayo.

EXPLICACION DE LA PRIMERA PALABRA DE LA SALUTACION ANGELICA: AVE, DIOS TE SALVE.

Partes de que consta la Salutación angélica.—Elogio y Deprecación.—Verdadero autor de la primera parte.—Lo fué el mismo Dios.—Significado de la palabra AVE, Dios te salve. Es palabra de respeto.—Superioridad de los ángeles sobre los hombres.—Tres cosas, en las cuales la Virgen es superior á los ángeles.—Es palabra de felicitación y de regocijo.—Se compara la salutación del ángel Rafael á Tobías con la de San Gabriel á la Virgen.—Deprecación.....	11
---	----

LECCION SEGUNDA.

Día dos de Mayo.

EXPLICACION DE LA SEGUNDA PALABRA: GRATIA PLENA, LLENA DE GRACIA.

Naturaleza de la gracia divina.—Dos especies de gracia: gracia santificante y gracia actual.—Plenitud de gracia santificante de la Virgen.—Medida de esta plenitud.—Creación de la luz.—Deprecación.....	30
--	----

LECCION TERCERA.

Día tres de Mayo.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA PLENITUD DE GRACIA
SANTIFICANTE DE LA VIRGEN MARIA: GRATIA PLENA,
LLENA DE GRACIA.

Condiciones necesarias para la santificación.—La gracia concedida á la Virgen fué mayor que la que se ha concedido á todos los ángeles y santos juntos.—María estuvo unida á Dios, que es el principio de la gracia.—Amor de predilección filial, que el Verbo divino tuvo á la Virgen.—El dón de la divina Maternidad.—Naturaleza del culto que tributa la Iglesia á la Virgen.—Relaciones de María con la Encarnación.—El diluvio universal y el arca de Noé.—Deprecación..... 45

LECCION CUARTA.

Día cuatro de Mayo.

CONTINUASE LA EXPLICACION DE LA PLENITUD DE GRACIA
DE LA VIRGEN: GRATIA PLENA, LLENA DE GRACIA.

La plenitud de gracia santificante que tuvo la Virgen en su concepción inmaculada fué mayor que la gracia de todos los ángeles y santos juntos.— Regla teológica para juzgar acerca de los privilegios de la Virgen.— El dón de la justicia original.— La santificación antes de nacer.— Lugares notables de la Escritura santa.— Testimonios de los Santos Padres.— Creación del mar.— Deprecación..... 63

LECCION QUINTA.

Día cinco de Mayo.

CONTINUA LA EXPLICACION SOBRE LA SEGUNDA PALABRA
DE LA SALUTACION ANGELICA: GRATIA PLENA, LLENA
DE GRACIA.

Correspondencia de la Virgen á la gracia.—Su inmunidad hasta de la más leve imperfección.—Su privilegio de la impecabilidad.—Libertad moral de la Virgen Santísima.—Su fidelidad y correspondencia á la gracia actual.—Circunstancias excepcionales en que la Maternidad divina puso á la Virgen.—El Paraíso terrenal, figura profética de la Virgen.—Deprecación..... 85

III

LECCION SEXTA.

Día seis de Mayo.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA SEGUNDA PALABRA: GRATIA
PLENA, LLENA DE GRACIA.

Medios por los cuales se aumentaba la gracia actual en el alma de la Virgen.—Su manera de corresponder á la gracia. Su oración.—María recibió aumento de gracia por los Sacramentos del Bautismo y de la Confirmación.—Efectos maravillosos de la Eucaristía en la Virgen.—Mérito incomparable de la Virgen.—Eva y María.—Deprecación..... 101

LECCION SEPTIMA.

Día siete de Mayo.

EXPLICACION DE LA TERCERA PALABRA DE LA SALUTACION
ANGELICA: DOMINUS TECUM, EL SEÑOR ES CONTIGO.

Relación que tienen entre sí las palabras de la Salutación angélica.—DOMINUS TECUM, el Señor es contigo; significado que esta expresión tiene en la Santa Escritura.—Significado de ella cuando la dirigió el Angel á la Virgen.—Condiciones de la Redención de estricta justicia.—El Hombre-Dios satisface por el pecado.—Dios pide á la Virgen su consentimiento para la Encarnación del Verbo divino.—Virtudes que practicó la Virgen al darlo.—Notables consideraciones de San Agustín y de San Bernardo.—Se pondera la palabra esclava, con que se designó la Virgen á sí misma.—Rebeca figura de María.—Deprecación..... 103

LECCION OCTAVA.

Día ocho de Mayo.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA TERCERA PALABRA DE LA
SALUTACION ANGELICA: DOMINUS TECUM, EL SEÑOR ES
CONTIGO.

Maravillosas circunstancias de la Redención.—Libertad de Nuestro Señor Jesucristo en su pasión.—Dolorosos sacrificios que impuso á la Virgen su divina Maternidad.—La presentación del Niño Dios en el templo.—Vaticinio de Simeón.—Cir-

eunstancias por las cuales fué incomparable el dolor de la Virgen.—El sacrificio de Abraham y el sacrificio de María.—Deprecación..... 142

LECCION NOVENA.

Día nueve de Mayo.

EXPLICACION DE LA CUARTA PALABRA DE LA SALUTACION ANGELICA: BENEDICTA TU IN MULIERIBUS, BENDITA ERES TU ENTRE TODAS LAS MUJERES.

Que es bendición, y lo que es bendecir.—Sentido misterioso de las palabras del Angel.—Maldición pronunciada por Dios contra nuestros primeros padres, en pena de su pecado.—Maldición contra Eva.—Su doble sentido.—Perpetua virginidad de María.—Estér figura de la Virgen.—Deprecación..... 165

LECCION DECIMA.

Día diez de Mayo.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA CUARTA PALABRA DE LA SALUTACION ANGELICA: BENEDICTA TU IN MULIERIBUS, BENDITA ERES TU ENTRE TODAS LAS MUJERES.

Naturaleza del amor maternal.—Vida de sacrificio de la Virgen.—Economía misteriosa de la santificación de María.—Se ponderan sus dolores en la pasión y muerte de Jesucristo.—Pasajes de la Santa Escritura.—Un texto del Cantar de Cantares de Salomón.—Deprecación..... 182

LECCION UNDECIMA.

Día once de Mayo.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LA CUARTA PALABRA DE LA SALUTACION ANGELICA: BENEDICTA TU IN MULIERIBUS, BENDITA ERES TU ENTRE TODAS LAS MUJERES.

La familia en el estado de la inocencia.—Su restauración por Jesucristo.—Vida de la Virgen en Nazaret.—Matrimonio de la Virgen santísima con San José.—La pena del trabajo.—

su extensión y doble sentido.—Bendiciones de la Virgen.—El
 pellocino de Gedeón.—Deprecación..... 206

LECCION DUODECIMA.

Día doce de Mayo.

TERMINA LA EXPLICACION DE LA CUARTA PALABRA DE LA
 SALUTACION ANGELICA: BENEDICTA TU IN
 MULIERIBUS, BENDITA ERES TU ENTRE TODAS LAS
 MUJERES.

Castigo impuesto á Adán.—La muerte del cuerpo y la
 muerte del alma.—Lo que es la muerte del cuerpo.—Tránsito
 dichoso de la Virgen.—Su resurrección.—Su glorificación en
 cuerpo y alma.—Gravísimas razones teológicas que la demues-
 tran.—Un texto del Cantar de Cantares de Salomón.—Depre-
 cación..... 223

LECCION DECIMA TERCIA.

Día trece de Mayo.

EXPLICACION DE LA QUINTA Y ULTIMA PALABRA DE LA
 SALUTACION ANGELICA: BENEDICTUS FRUCTUS
 VENTRIS TUI, BENDITO ES EL FRUTO DE TU VIENTRE.

El autor de la Salutación angélica fué el Espíritu Santo.—
 Circunstancias notables en las palabras de santa Isabel.—Sig-
 nificado misterioso de la palabra fruto, con que la santa desig-
 nó á Nuestro Señor Jesucristo.—Fin de las obras de Dios.—La
 nubecilla del Profeta Elías.—Deprecación..... 248

LECCION DECIMA CUARTA.

Día catorce de Mayo.

EXPLICACION DE LA QUINTA Y ULTIMA PALABRA DE LA
 SALUTACION ANGELICA: BENEDICTUS FRUCTUS
 VENTRIS TUI, BENDITO ES EL FRUTO DE TU VIENTRE.

Lo que se entiende por bendición.—Cristo es bendito por
 excelencia.—Confesión pública y solemne que hizo santa Isa-
 bel de la divinidad de Jesucristo.—Efectos prodigiosos de la
 Encarnación aun en el orden temporal.—El nacimiento de
 Isaac figura de la divina Maternidad de la Virgen.—Depreca-
 ción..... 258

LECCION DECIMA QUINTA.

Día quince de Mayo.**EXPLICACION DE LA PALABRA JESUS, CON QUE TERMINA
LA PRIMERA PARTE DE LA SALUTACION ANGELICA.**

Por qué ha añadido la Iglesia el santo nombre de Jesús á la primera parte de la Salutación angélica.—Significado admirable del nombre de Jesús.—Afectos, de que debemos estar animados, al pronunciarlo.—Ceremonias de la Circuncisión.—Sentimientos que despertaba en el corazón de la Virgen el nombre de Jesús.—Deprecación..... 285



INDICE.

	PAGS.
Prólogo.....	I
Instrucción sobre el modo de practicar con provecho la devoción del mes de María.....	III
Lección preparatoria.....	7
Lección primera.....	11
Lección segunda.....	30
Lección tercera.....	45
Lección cuarta.....	63
Lección quinta.....	85
Lección sexta.....	101
Lección séptima.....	113
Lección octava.....	142
Lección novena.....	165
Lección décima.....	182
Lección undécima.....	206
Lección duodécima.....	223
Lección décima tercera.....	248
Lección décima cuarta.....	259
Lección décima quinta.....	276
Sumario.....	287

